







**HESPERIA**

LIBROS HISPANICOS  
ZARAGOZA  
ESPAÑA

# SERMONES

PREDICADOS

POR EL LICENCIADO

**DON SANTIAGO JOSÉ GARCIA MAZO,**

*Magistral de la Santa Iglesia Catedral  
de Valladolid,*

Y

UN PREÁMBULO DE APUNTES DE RETÓRICA.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

VALLADOLID:

IMPRENTA DE DON MANUEL APARICIO.

1847.



R. 86147

C. 1135788

t. 110311

REVISTA

DE LA

CIENCIA Y LAS ARTES

DE DON SANTIAGO JOSÉ GARCÍA MARO

Director de la Revista Española de Ciencias y Artes

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



IMPRESA EN MADRID

EN LA BIBLIOTECA

DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

1847



## PREÁMBULO.

**D**esde que me resolví á dar á la prensa varios de mis Sermones, tuve por necesario poner á su frente algunos apuntes de retórica, á fin de que los Señores Sacerdotes, que gustasen valerse de ellos, evitasen aquellos defectos, que en el largo discurso de mi carrera de púlpito, habia notado en mí y en otros. Daré, pues, principio á estos apuntes por la definicion de la retórica; porque, segun Ciceron, para conocer bien las cosas, se ha de principiar por su definicion.

### Definicion de la retórica.

Es la retórica un arte ó ciencia que enseña á hablar bien, esto es, con claridad, adorno, abundancia, armonía, prudencia y propiedad, que es lo que se llama: hablar con elocuencia. Por eso á un hombre que habla de este modo, se le llama elocuente. Hay una elocuencia que se dice del foro, y pertenece á los Abogados, y otra que se llama del púlpito, y toca á los Eclesiásticos. A los que ejercen la primera llaman *Oradores* y á los que se ocupan de la segunda *Predicadores*. Acerca de esta han de versar mis apuntes; y nótese desde luego que un Predicador no es un Catequista ó Maestro de doctrina cristiana, aunque se ayuda muchas veces de este magisterio. Un Predicador es un Ministro de la divina palabra, que la derrama en las almas de sus oyentes, no de un modo familiar como el Catequista ó Maestro, sino con sen-



cillez y claridad, cuando quiere enseñar; con adorno y armonía, cuando quiere captarse la atención y atraer; con abundancia y vehemencia, cuando quiere persuadir y convencer; y siempre con discreción y prudencia para hacerse suyo el auditorio, y ganarle para Dios.

### **Necesidad de instruirse el Predicador en ella.**

De aquí se infiere la necesidad que tiene el Predicador de instruirse en ella para arrancar con su elocuencia los vicios y plantar las virtudes; pues aunque un Sermon sin retórica pueda ser bueno para enseñar, no bastará regularmente para sacar del vicio y sostener en la virtud. ¡Mis amados Sacerdotes! Si los que han de hablar en las salas del foro, procuran instruirse bien en la retórica para defender los intereses temporales; ¿cuánto más deberán instruirse en la retórica del púlpito los que han de defender en aquella cátedra del Espíritu Santo los intereses eternos? Añádese á esto que la retórica es un arma, de la que se puede usar bien ó mal; un arma con la que se defiende, no solamente la verdad, sino también la mentira; y si el defensor de la verdad no está provisto de esta arma; ¿cómo defenderá la verdad contra el que defiende con ella la mentira? Pero acerca de esto trae San Agustín en su libro cuarto de la doctrina cristiana un párrafo admirable, que nos dispensa de alegar más razones; el cual vamos á copiar, porque su importancia no permite compendio.

### **Doctrina muy notable de San Agustín acerca de esta necesidad.**

Persuadiendo la retórica, escribe el Santo Doctor, cosas verdaderas y falsas; ¿quién se atreverá á decir que la verdad debe estar desarmada en sus defensores contra la mentira, de suerte, que los que intenten persuadir ficciones, sepan hacer en el exordio, benévolo, atento y dócil al oyente, y que ignoren esto los

que defienden la verdad? ¿Que aquellos cuenten las cosas falsas con brevedad, claridad y verisimilitud, y estos las verdaderas con tal desaliño, que cause tedio oirlas, que no sea fácil entenderlas, y que parezcan increíbles? ¿Que aquellos con argumentos falaces impugnen la verdad y defiendan la falsedad, y que estos no se atrevan á defender la verdad, ni á refutar la falsedad? ¿Que aquellos atemorizen, contristen, alegren, y exhorten con ardor, moviendo, como quieren, los ánimos de los oyentes, impeliéndolos al error; y que estos, en defensa de la verdad, sean tontos, frios y dormidos? ¿Quién ha de haber tan necio que tal piense? Teniendo, pues, á mano el arte de la oratoria, que sirve en gran manera para persuadir lo bueno y lo malo ¿por qué no se aplican los buenos á estudiarla para militar por la verdad, cuando vemos que los malos se sirven de ella para inducir á la impiedad y al error?

Hasta aquí el Santo Doctor, cuya doctrina no puede ser mas clara y concluyente. Es, pues, necesario, mis amados hermanos, persuadirnos, que sin el auxilio de la retórica ninguno puede predicar bien, á no estar dotado de un ingenio felizmente predicador, el que se encuentra en muy pocos, ó ser inspirado del Cielo, como los Profetas y Apóstoles, los cuales pudieron decir con San Pablo: Predicamos, no en persuasion de humana sabiduría, sino en manifestacion de espíritu y poderio. Mas esto es solamente de los hombres divinamente inspirados, y no de los demas Predicadores, que deben valerse de la retórica, sacando de su saber cosas antiguas y preciosas, como lo hicieron los Santos Padres y lo hacen los buenos Predicadores.

## **Composicion y predicacion de los Sermones.**

Nadie ignora que todo Sermon, que llega á predicarse, consta de dos cosas principales. De su composicion y de su ejecucion, ó sea del Sermon que se ha compuesto y de su predicacion; de donde se sigue que puede ser uno el que le componga y otro el que le predique, sin que en esto haya un grande inconveniente,

antes bien puede haber á la vez un gran provecho; porque si se da un Sacerdote de corto talento y estudio, pero de buena memoria y disposicion para predicar, será este Sacerdote mas provechoso á los oyentes, predicando un buen Sermon, compuesto por otro, que uno que el haya compuesto con los defectos que son consiguientes á su corto talento y estudio. Por el contrario, si se da un Sacerdote de buen talento y estudio, pero de mala disposicion para predicar, poco ó nada aprovechará á los oyentes, predicando el Sermon que con su talento y estudio haya compuesto, segun todas las reglas de la retórica.

Con respecto á esto, he conocido, entre otros, dos Predicadores que llamaron muy particularmente mi atencion. Era el uno Estudiante todavia. Tenia buena memoria y se producía de una manera clara, bien cortada y sentida; y sobre todo, muy agradable. Hizo oposicion á curatos en un gran concurso de Teólogos, muchos sobresalientes. Llegaron sus veinticuatro horas de ejercicio, y no siendo capaz para componer ni un solo párrafo de la leccion, se procuró una, bien escrita por otro; se le impuso en los argumentos y sus respuestas, y se lució tan bien, que sacó una censura casi de las mayores, á pesar de no haber sido capaz de poner ni un solo argumento en los dos últimos años de su carrera que cursamos juntos; porque de Teología apenas nada sabia. Fué el otro un Padre Maestro, escritor público, cuyas obras son muy apreciables. Con este motivo sus amigos, creyendo sin duda que era lo mismo escritor que predicador, se empeñaron en que predicase un Sermon; mas él, que, como hombre entendido, conocía su falta de disposicion para el púlpito, lo resistió por mucho tiempo, hasta que ostigado por sus porfias, vino á condescender, y compuso un gran Sermon; pero le predicó tan mal, que hasta pudieran padecer por él sus sábios escritos.

De todo lo dicho se infiere, que aquellos Sacerdotes que se hallan con buenas disposiciones para predicar, pero sin talento y estudio suficiente para componer los Sermones, pueden valerse de composiciones ajenas, sin que les retraiga el que sean trabajos de otros, porque esa repugnancia que se tiene á predicar Sermones ó ajenos ó ya predicados, no nace sino de falta de

humildad y de zelo por la honra de Dios y salvacion del prójimo, y sobra de orgullo y de amor propio. No hay cosa nueva bajo del Sol, dijo Salomon en el Eclesiástes, ó libro sagrado del Predicador, ni puede decir alguno: Ved aqui esta cosa es nueva; porque ya precedió en los siglos que fueron antes de nosotros. Los Profetas han repetido continuamente lo que habian dicho los Patriarcas. Los Evangelistas se copian unos á otros en muchos pasages. Los Apóstoles predicaban y escribian lo que habian oido á Jesucristo. Los Santos Padres han tenido su mérito y su gloria en valerse de las doctrinas de los Patriarcas, Profetas, Evangelistas y Apóstoles ¡y querrá un pobre Predicador decir cosas nuevas! ¡Ah! ¡Pluguiese al Cielo que no hubiera tanto prurito por la novedad, particularmente en nuestros dias! Lo que necesitan los Señores Sacerdotes, de quienes voy hablando, es hacerse con buenos Sermones, y predicarlos bien sin otras variaciones que las precisas que pidan las circunstancias. ¡Pero qué digo...! Lo que se necesita generalmente, con muy raras excepciones, es manejar buenos predicables, copiar, entresacar y acomodar á las circunstancias, para conseguir el objeto de enseñar, persuadir y mover al auditorio á detestar el vicio y amar la virtud. Y no se crea que esto no pide trabajo, y que es poco hacer, sacar la miel conveniente de estas colmenas y alimentar con ella á las almas; porque los que asi piensan, hacen ver que se han aplicado poco ó nada á este género de trabajos. Los Granadas y Maxillones fueron hombres de un siglo, y á los demas nos toca valernos de sus hermosos escritos, sin tener jamás reparo en predicar literalmente párrafos enteros de ellos.

### **Clases de Sermones y partes principales.**

Hay cuatro clases de Sermones, que son: los *morales*, y tienen por objeto reprender los vicios y exhortar á las virtudes. Los *panegtricos*, que se emplean para hacer el elogio de la Santísima Virgen, de los Ángeles y los Santos. Los *magistrales*, que se dirijen á enseñar mas que á mover, y son para explicar los santos

misterios y demas verdades de la religion. Y los *fúnebres*, que se predicán en alivio y provecho de las benditas almas del purgatorio; y en la muerte de personas distinguidas ó por su alta clase, ó por los puestos que han ocupado, principalmente en la muerte de los Reyes y familias reales. Tambien hay *homilias*, que no son otra cosa que exposiciones de la letra del Evangelio.

Todas estas clases de Sermones, exceptuando las homilias, se componen de cuatro partes principales, á saber: de *invencion*, *disposicion*, *elocucion* y *pronunciacion*. La *invencion* es el acto con que el entendimiento busca y halla cosas verdaderas ó verisimiles para persuadir lo que desea la voluntad. La *disposicion* es la distribucion y buen orden con que se colocan las cosas halladas. La *elocucion* es el acomodamiento de las palabras para decir bien las cosas ya ordenadas. Y la *pronunciacion* es el decoroso atemperamento de la voz, la accion y el semblante á las cosas que se predicán.

Dichas las clases de Sermones con sus deficiones, y las partes principales que los componen con las suyas, no me detendré á explicar en estos apuntes cada una de estas clases, ni en ampliar las partes de que constan, excepta la pronunciacion. En todas las demas me refiero á mis Sermones. En ellos encontrará el Predicador puesto en práctica, no lo mejor, sino lo que yo podria enseñar con mis explicaciones. Dije: excepta la pronunciacion, porque esta parte no se halla en mis Sermones, ni puede hallarse, como es claro, en Sermon alguno por sábia que sea su composicion.

### **De la pronunciacion ó predicacion.**

La pronunciacion, como ya dijimos, es el decoroso atemperamento de la voz, accion y semblante á las cosas que se predicán. Cuando esto falta, el Sermon mejor compuesto sobre la mesa, se desgracia en el púlpito; lo cual sucede, porque la buena predicacion no es menos difícil que la buena composicion. Para componer un buen Sermon se necesita un buen entendimiento, cultivado con un buen estudio; y para predicarle bien, son necesarias

todas las cualidades de la buena ejecucion. Se necesita, como suele decirse, tener *predicaderas* y estas no se encuentran en muchos. Por eso vemos algunas veces que hombres llenos de saber, y que componen bien sus Sermones, los predicán malamente, como lo hemos notado en los dos Sacerdotes de que hablamos arriba.

### **De algunas reglas para la buena predicacion.**

Ninguno, que haya ejercitado el Sagrado ministerio del púlpito por algun tiempo, puede ignorar, cuán difícil sea dar reglas acerca de las modificaciones de la voz, movimientos del cuerpo y variaciones del semblante que debe observar el predicador en aquella sagrada cátedra. Mas no por esto habremos de dejar de ayudarle en lo posible, indicándole algunas sobre asunto tan importante, y poniéndole al mismo tiempo en disposicion de meditar y praeticar por sí mismo las que nosotros no acertamos á expresar por escrito. Componiéndose toda predicacion de voz, que se dirige á los oídos, y de accion que ocupa la atencion de los ojos, hablarémos primero de la voz, y después de la accion que debe acompañarla.

**De la voz.** El púlpito exige una voz clara, limpia, dulce, penetrante, firme, expedita, robusta, varonil y de un género de dignidad que corresponda al ministerio de la divina palabra, que con ella se anuncia; y aunque la reunion de todas estas cualidades sea mas para deseada que para conseguida, siempre debe procurarse. Por el contrario, el púlpito rechaza las voces oscuras y confusas, las broncas ó pueriles, y las tartamudas ó de difícil pronunciacion; por cuya causa el zelosísimo San Valerio, Obispo de Zaragoza, encomendó á su Diácono el invicto Mártir San Vicente la predicacion, que él por la tardanza de su lengua apenas podia ejercer, para que nada faltase á confirmar su pueblo en la fé y enseñarle santamente, dicen las lecciones de su vida. Cuando la naturaleza no recibió una voz, por decirlo así, predicadora, ésta no puede

adquirirse con el arte, porque ningún arte puede hacer clara y sonora una voz naturalmente oscura y confusa; y esto deben tener presente aquellos Señores Sacerdotes á quienes no dotó el Señor de una voz mas favorecida. Podrán éstos ser buenos catequistas y zelosos sembradores de la palabra divina fuera del púlpito, podrán ser médicos excelentes en el confesonario, caritativos dispensadores del pan del Cielo en el altar, y del mayor consuelo á las cabeceras de las camas de los enfermos y moribundos, pero no deberán subir al púlpito para predicar desde allí al pueblo Cristiano: y no se diga que, según esta doctrina, no deberán predicar semejantes Sacerdotes, aun cuando sean Párrocos, porque ya saben los Párrocos, tanto por la doctrina de los Teólogos, como por las declaraciones de la Sagrada Congregacion del Concilio de Trento, á que clase de predicacion deben atenerse: sin embargo, seria muy bueno que en el exámen de los que aspiran al ministerio parroquial, entrara tambien el exámen de la voz y se considerase como parte de su aptitud para el desempeño de su ministerio.

### **Del uso de la voz en la puntuacion.**

No basta que la voz sea buena, es necesario ademas que se use bien de ella, esto es, que se aclaren bien las cosas que se dicen y que se hagan bien las pausas que pide la puntuacion; á saber: la *coma*, el *punto y coma*, los *dos puntos*, el *punto final*, el *interrogante*, la *admiracion*, los *puntos suspensivos*, el *paréntesis* y el *párrafo*. En la *coma* debe hacerse una pausa casi imperceptible; en el *punto y coma* será la pausa algo mas sensible; mas todavia en los *dos puntos*, y entera, hena y redonda en el *punto final*. Para el *interrogante* debe tomarse desde el principio un tono de pregunta, pues con este objeto se pone antes de él un signo inverso al que tiene despues. Aquí la pausa debe ser breve, pero suspensiva, como si se esperase la respuesta. Tambien la *admiracion* tiene sus signos antes y despues, y su pausa debe ser tambien breve, pero bien sentida, y mas cuando tiene dos ó tres signos al fin. Si se encuentran tres puntos seguidos, que llaman *suspen-*

sivos y significan que aun hay mas que decir y no se dice, la pausa ha de ser mayor que las anteriores, y si ocurre algun *paréntesis*, se variará el tono de la voz, aunque moderadamente, para advertirle á los oyentes. Los párrafos cierran los períodos y sirven para el descanso. Por lo dicho se infiere que es absolutamente necesario observar la puntuacion, inventada únicamente para hacer claro, inteligible y bien sentido lo que se lee, escribe, ó predica; porque de lo contrario todo se confunde, como lo vemos en los que leen mal, ó escriben sin puntuacion.

### **De la naturalidad en el uso de la voz.**

De poco ó nada sirve la puntuacion, si se predica con precipitacion; porque entonces, ni aquella puede observarse, ni darse el tiempo bastante á los que oyen para informarse de lo que se les predica, y á mas de esto, se atropella el Sermon, se falta á la gravedad del ministerio y se expone el Predicador á perderse. En esta gran falta incurren todos aquellos que por su precipitacion sincopizan las dicciones, cortan los períodos y no expresan ó expresan mal los finales, dejando á los oyentes sin entender lo que se les predica. La voz debe emitirse, no con pesadez sino con sosiego, exceptuando los casos que piden actividad y viveza para conmover á el auditorio. Sobre todo, tanto en la voz, como en el uso de la voz debe haber naturalidad. Todas las reglas de la retórica se dirigen á enseñar el modo natural de hablar, sea que se predique con mas ó con menos retórica, con mas ó con menos actividad y energía: de donde se sigue que yerran mucho los que usan de un tono de voz para hablar ó conversar y de otro para predicar: que para conversar, hablan; y para predicar, cantan; porque en ambos casos el tono debe ser natural, con la diferencia de que, cuando se habla ó conversa, la voz es baja y seguida, y cuando se predica es alta por causa del auditorio, y variada para dar al Sermon la importancia que pide; pero sea que se converse, sea que se predique, la naturalidad es siempre necesaria.

## **De los movimientos del cuerpo y mudanzas del semblante.**

Los movimientos del cuerpo y las mudanzas del semblante componen y forman la accion del púlpito, y tanto aquellos, como estas, deben acomodarse á la voz y acompañarla. De cuanta importancia sea esto, se conoce, porque muchas cosas se dan á entender con la variacion de los movimientos y mudanzas del semblante sin necesidad de palabras, como lo vemos en los mudos, y lo que es mas, en los animales; por ejemplo en los perros, los cuales manifiestan con los ojos, la cola y otros movimientos su contento ó su disgusto; su cariño ó su enojo; su animosidad ó su cobardía... y lo que es mas todavía, en las estatuas y pinturas, que ni aun tienen movimiento y hacen muchas veces mas impresion en los que las miran, que las mismas palabras. Añádase á esto, que por el semblante nos manifestamos tristes ó alegres, altivos ó sumisos, duros ó tiernos, airados ó placenteros, humildes ó soberbios... que en el semblante manifestamos nuestro amor ó nuestro odio, nuestro cariño ó nuestro enojo, y finalmente, que en el semblante se leen muchas cosas; y nuestro semblante vale por muchas palabras.

### **Posturas y movimientos de la cabeza.**

Esto supuesto, comencemos arreglando la accion del Predicador por la postura y movimientos de la cabeza. Esta debe estar derecha al modo natural, porque caída, significa bajeza; levantada, arrogancia; inclinada hácia los lados, flojedad; y tiesa como palo, representa una estatua sin coyunturas y toda la altanería del orgullo. Retirla para atrás, presentado el pecho en saliente, es una postura en gran manera fea, pero inclinarla algun tanto hácia adelante, principalmente en algunos pasajes, no es desagradable, porque significa humildad. Esto en cuanto á la postura de la cabeza.

Vamos á sus movimientos. Con la cabeza se indican muchas cosas. Con ella se manifiesta el consentimiento, inclinándola hácia

adelante, y el disentimiento, torneándola hácia los lados, ó volviendo el rostro hácia atrás; con ella damos parte del saludo, y muchas veces todo entero, y con ella en fin, hacemos la cortesía y manifestamos el respeto.

### **Accion de los ojos.**

En la cara están los ojos que manifiestan aun mas que el semblante. En ellos se conocen principalmente las disposiciones del ánimo. Ellos brillan en el regocijo y se anublan en la tristeza. Unas veces se ponen atentos, airados y amenazadores, y otras apacibles, dulces y complacientes, segun está el corazón. Ellos dan mil señales y de ellos están como colgados los que esperan favores ó temen castigos. A mas de esto, la naturaleza les ha concedido lágrimas, que saltan con el dolor y manan con la alegría.

### **De las manos, los dedos y los brazos.**

Las manos, sin cuya accion todos los movimientos del Predicador necesariamente son mancos, tienen casi tantas aptitudes, como palabras se pronuncian. La accion de las manos significa tanto, que casi puede decirse que las manos hablan. Con ellas pedimos, suplicamos, llamamos, despedimos, rechazamos, amenazamos, y con ellas expresamos otra multitud de cosas que no es fácil manifestar en un escrito, y menos en unos apuntes. Baste decir que la accion de las manos es el lenguaje comun á todos los idiomas del mundo, pues con ella principalmente se entienden los hombres, cuando ignoran el idioma en que se les habla. Tambien los dedos tienen su accion en el púlpito. Ya se unen el índice y el pulgar, quedando los demas estendidos; ya se estiende solo el índice y se doblan los demas; ya en fin se estienden todos, y esta es la postura mas decorosa. Casi toda la accion debe ser de la mano derecha, estando la izquierda sobre el pretil ó valla del púlpito, y alguna vez sobre el pecho, segun pidan los asuntos de que se habla, y solo en ocasiones muy raras puede alternar con la derecha ó moverse á par con ella. Apenas nunca debén

ponerse las palmas hácia arriba, como los que piden ó reciben limosna, ni cóncavas á manera de los que toman agua para beber en ellas, y menos cerradas y apretadas, formando lo que llaman *puños*, como los que se amenazan ó se golpean. Alzarlas sobre los ojos ó bajarlas del pecho es tenido por vicioso entre los retóricos; porque es feo, dicen, principiar la acción en la cabeza y acabarla en el vientre.

Las *Dar palmadas una mano contra otra*, ó sobre el pretil del púlpito, son ridiculeces que, sobre ofender los ojos y los oídos del auditorio, tienen algo de furioso, y solo en un caso extremadamente grave y urgente podría esto excusarse. Los brazos y los codos son como los ejes en que estriba y se vuelve la acción de las manos. La aptitud regular de los brazos debe formar un ángulo en el codo, mas ó menos abierto, según lo pida la acción de las manos. Sus movimientos deben ser horizontales, ó de un lado á otro, bajándolos ó subiéndolos algun tanto, como lo exijan las cosas que se dicen. Estenderlos demasiadamente, y bajarlos ó subirlos así estendidos, son acciones que espantan, y fijarlos estendidos, en vez de un Predicador, representan un hombre aspado.

### De la monotonía.

Entregamos al saber y discreccion de los Señores Predicadores las demas reglas que deben observarse, tanto en la voz como en la acción, pero no podemos dejar de notar un defecto muy considerable y que se cometè con demasiada frecuencia. Este es el que los Griegos llaman *Monotonía*, y consiste en una unisonidad de voz, que todo lo predica en un mismo tono. El V. Granada trae en su retórica eclesiástica un caso que le sucedió con un Predicador jóven. Rogóme este, dice el V., que le oyera cuando predicaba, para que despues le advirtiese lo que me pareciera digno de reprehension; pero el Predicador echó todo el Sermon, que habia aprendido á la letra, como si recitara de memoria un salmo de David. Volviendo yo á casa, concluido el Sermon, vi en el camino dos mugercillas que altercaban entre sí y reñian, las cuales, como hablaban movidas de verdaderos afectos del

ánimo, así tambien mudaban las figuras y tonos de la voz conforme á los mismos afectos. Yo entonces dije á mi compañero: Si aquel Predicador hubiese oido á estas mugercillas, é imitara esta misma manera de pronunciar, nada le faltaria para una perfecta accion, de la que se halla enteramente destituido,

Aqui manifiestan estas dos mugeres el valor que tiene la naturaleza (que era toda su retórica) para hablar, accionar y persuadir, predicándose la una á la otra; y de aqui se infiere la necesidad que tiene el Predicador de observar diligentemente el modo natural de hablar y accionar de los hombres, particularmente de aquellos que lo hacen con mas propiedad y dignidad, para imitarlos cuando predica y no hacerlo como nuestro jóven Predicador que recitó su Sermon con una voz monotona, como Sermon de ciego.

### **Del púlpito y su tornavoz.**

La buena situacion del púlpito, sus dimensiones y la forma de su tornavoz son cosas necesarias para que oigan bien los fieles la palabra divina. Se supone desde luego que ha de estar al lado del Evangelio (puesto que el Evangelio se ha de predicar desde él) y arrimado á una columna del Templo, que le sirva á un mismo tiempo de seguridad y de respaldo. Su altura debe ser como de una vara desde el piso del auditorio al de el Predicador, y de vara y cuarta desde este al pretil, de modo que venga á tener dos varas y cuarta de altura para que la accion del Predicador se sobreponga á el auditorio en una elevacion conveniente. La altura del púlpito debe economizarse lo mas posible, porque disminuye la voz, y para persuadirnos de esto, basta observar que un hombre que va subiendo por una escalera colocada perpendicularmente, á cada paso que sube se le oye conocidamente menos, y cuando ha subido de ocho á diez varas ya no se le entiende sino grita, lo que no sucede cuando dos hombres que estando en el suelo se hablan á la misma distancia de ocho á diez varas, los cuales se entienden muy bien en un tono de voz regular. Debiendo el Predicador hablar unas veces tocando con

la espalda en la testera del púlpito y otras con el pecho en el pretil, conviene que su capacidad sea proporcionada á los movimientos que debe ejecutar en él. Un púlpito muy ancho preciosa al Predicador á decirlo todo, ó tocando en el pretil ó en la testera, sopena de caminar de un punto á otro como quien acomete y huye, lo que seria ridiculo en un Ministro de Jesucristo.

El tornavoz contribuye en gran manera á que se oiga al Predicador y para esto se ha inventado; porque derramándose y elevándose naturalmente la voz, el tornavoz hace que esta se recoja y baje sobre el auditorio. Nada importa para esto la forma que tenga en su parte superior, aunque debe estar adornado en atención á ser como la coronacion de la cátedra del Evangelio; mas importa mucho su forma inferior. Esta debe ser cóncava, pero no tanto que retumbe en ella la voz y la vuelva oscura y confusa. Su estension debe ser tal, que sobresalga como media vara fuera del pretil para que recoja bien la voz; y tener en toda su circunferencia un adorno que cuelgue como dos dedos, porque tambien esto conviene ya para el adorno del tornavoz y ya para que baje la voz sobre el auditorio. Acaso estas advertencias que hago acerca del púlpito y su tornavoz parecerán menudencias; pero importa tanto observarlas, que de ellas pende que oigan bien los fieles la divina palabra, particularmente cuando es numeroso el concurso y grande el Templo.

### **Del Predicador.**

Ultimamente y sobre todo es necesario, que el Predicador este bien penetrado de la grandeza del ministerio que ejerce, y de las disposiciones que este pide para desempeñarle con dignidad y con fruto. En cuanto á la grandeza basta decir: que es el ministerio de los Profetas y los Apóstoles, el ministerio del mismo Hijo de Dios en su vida mortal. En cuanto á las disposiciones que se requieren para desempeñar con dignidad y con fruto un ministerio tan elevado, aunque son en gran número, no hablaré mas que de cuatro para no salir de los límites de unos breves apuntes,

á saber: *de la bondad de costumbres; de la rectitud de intencion; del zelo prudente; y sobre todo de la gran caridad del Predicador.*

### **De la bondad de sus costumbres.**

La bondad de costumbres debe ser tal, en lo posible, cual corresponde á la dignidad de un ministerio que mereció ser ejercido por el Hijo de Dios. Cuando fué destinado Isaias para predicar á su pueblo, bajó un Querubín del Cielo y, tomando fuego del altar, se acercó á él y le purificó los lábios con aquel fuego sagrado, para que sus palabras purificasen los vicios de su pueblo. En el dia de Pentecostés fueron llenos los Apóstoles de la gracia y virtud del Espíritu Santo para que llevasen por todo el mundo el Evangelio eterno, y San Pablo fué arrebatado hasta el tercer Cielo para que aprendiese entre los Ángeles lo que habia de enseñar á los hombres. ¡Qué ministerio, mis amados! ¡Cuánta pureza no pide! ¡Qué costumbres no requiere!

Desengáñese el Predicador Cristiano, y entienda que, si le es necesaria la luz de la doctrina, no le es menos necesaria la bondad de las costumbres. De tal modo, decia Jesucristo á sus Apóstoles, ha de lucir vuestra luz (vuestra doctrina) delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquén á vuestro Padre que está en los Cielos.

Consultemos sino la historia de la Iglesia y veremos que esta hija del Cielo crece y se propaga, no tanto por la persuasion de las palabras, como por la santidad de las obras. Era tan Santa la vida de los primeros Cristianos que todo el pueblo les contemplaba y su santidad hacia que se convirtiesen y uniesen á ellos. La santidad de San Pablo primer Ermitaño pobló de Cristianos los desiertos sin otros Sermones que su santa vida, y San Francisco de Asis solia decir á su compañero: Vamos á predicar; y echándose su caperuza sobre la cabeza y la frente, cruzando los brazos sobre el pecho y metiendo las manos en las mangas opuestas, paseaba todas las calles del pueblo sin hablar ni una sola palabra, porque su santa vida, llevada por las calles con una santa composición, predicaba mas eficazmente que podian hacerlo sus Sermones.

He dicho esto, no para excluir en modo alguno la necesidad del estudio y depósito de la doctrina en el Predicador, sino para que entienda este cuanto importa al que ha de predicar y santificar al pueblo Cristiano llevar una vida pura y santa: porquẽ ¿á quién purificará un súcio, dice el Eclesiástico? *¿Ab immundo quis mundabitur?*

Haz eleccion, decia un sábio, de un maestro que te admires mas al verle que al oirle. Los que dan lecciones para bien vivir, no esperen conseguirlo sino viven bien; porque lo que enseñan con sus palabras, lo contradicen con sus obras, dice San Gregorio, y añade este Santo Doctor esta bella advertencia: Conviene limpiarse primero á sí mismo, y asi limpiar á los otros; hacerse primero sábio á sí mismo, y asi hacer sábios á los otros: Conviene hacerse primero clara luz á sí mismo, y asi alumbrar á los otros; acercarse primero á Dios, y asi hacer que se acerquen los otros. Conviene, en fin, santificarse primero á sí mismo y hacer asi que se santifiquen los otros.

La falta de estas disposiciones es, hablando generalmente, una de las causas porque resonando con tanta frecuencia la divina palabra en nuestros Templos, particularmente en las grandes poblaciones; y siendo esta divina palabra, segun la expresion de la Sagrada Escritura, mas penetrante que una espada de dos filos, no traspasa de dolor los corazones de los pecadores; y siendo ademas como un martillo que desmenuza las piedras, no ablanda su dureza. Se trata á la vez este negocio eterno mas con palabras que con obras, mas con dulzuras que con lamentos, mas con cultura de estudio que con ansia de conversion; y asi no es de extrañar que apesar de la eficacia de la divina palabra y de la frecuencia con que se anuncia, sea tan escaso el fruto que produce.

### **De la rectitud de su intencion.**

El que se ha de presentar en el púlpito, en aquella cátedra del Espiritu Santo, se ha de olvidar de sí mismo, de su estimacion

y su gloria, y solo ha de fijar su atencion en la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas. A esto atienda, esto busque, esto desee, esto tenga delante de sus ojos sin dejarse llevar á pensar en sí mismo; porque es una cosa en gran manera ruin, que cuando se trata de la gloria de Dios y la salvacion de las almas, se ocupe el hombre del cuidado de su honorcillo, y se deje llevar del aura popular. Sin embargo, esta es una miseria humana á que está muy expuesto el pobre Predicador, porque si procura trabajar y predicar bien su Sermon para dar gloria á Dios y ganar almas, luego se atrae las alabanzas; y esto le expone á malear su pureza y rectitud de intencion; y si no le trabaja y predica bien, regularmente pierde el trabajo y el fruto.

No quiero decir en esto que el Sermon sea de una composicion que, ó presente desaliño ó respire vanidad; ni tampoco que se predique con vanidad ó con desaliño. Ahí está el Ilmo. Señor Don Juan Bautista Maxillon, Obispo de Clermon, (de quien hemos hecho ya mencion) que es acaso el mejor Predicador de estos últimos tiempos, y que desearia yo que se hallase continuamente en las manos de todos los Señores Predicadores... Ahí está, repito, el Ilmo. Señor Maxillon, á quien nadie podrá notar de una composicion desaliñada; y sin embargo, no se descubre en sus Sermones, ni el menor asomo de vanidad, ni jamás nadie le tachó de que adoleciese de este mal. Lo que quiero decir es que el Sermon se componga y predique con aquel órden y tono que corresponde á un Ministro de Jesucristo, á quien representa en el púlpito.

Pero esta pureza y rectitud de intencion, que deseamos y pedimos en el Predicador, tiene un enemigo tan sutil y poderoso como entrañado en el hombre; enemigo que la combate incessantemente. Este enemigo es el apetito de la propia estimacion; es el deseo de la honra y el amor á la propia excelencia. Explicando San Gregorio aquellas palabras de Job: *Si yo fuere sencillo, esto mismo lo ignorara mi alma*, dice: que hay cosas que no podemos entender facilmente, aun cuando las estamos haciendo. Muchas veces nos damos á la predicacion para aprovechar con esto á nuestros prójimos, y como no es recibido lo que predicamos,

sino damos gusto á los que hablamos, procuramos agradar; y cuando lo conseguimos, luego se apodera de nosotros la vanidad, de modo que, procurando librar á otros de la vanidad, quedamos nosotros mismos presos en ella. Es, mis amados compañeros, la ambicion á la gloria y propia alabanza, como un ladroncillo que se junta con nosotros disimuladamente en el camino del púlpito, y sube con nosotros á aquella sagrada cátedra con el fin de robar la rectitud de nuestra intencion é inutilizar nuestra predicación.

Se dice que estando San Bernando para predicar un Sermon muy bien compuesto, vino este ladronzuelo del verdadero honor á turbarle para que no le predicase, diciéndole: ¡Cuánta fama vas adquirir, Bernardo, con este Sermon! ¡Cuántos elogios! ¡Cuántos aplausos! todos te alabarán y pondrán en las nubes... y con este lenguaje llegó á sobresaltar tanto al Santo, que trataba ya de no predicarle; pero reflexionando sobre un asunto tan interesante, conoció que era una astucia del tentador, que á motivo de huir de la vana gloria, queria privarle de predicar su Sermon, y le dijo: Ni por ti he compuesto mi Sermon, ni por ti dejaré de predicarle; y dirigiéndose al púlpito predicó su gran Sermon, con mucho fruto del auditorio y mérito del Predicador. Todo lo dicho prueba, no solo que es necesaria la pureza y rectitud de intencion, sino que es necesario renovarla con frecuencia, pedir á Dios que nos la conserve para que sean fructuosos nuestros Sermones, y que no permita que nos robe su mérito el ladronzuelo del amor propio.

### **De su caridad.**

Aunque la caridad pertenezca á todos los hombres, toca muy particularmente á los Predicadores; porque de ella nace el verdadero zelo por la honra de Dios y salvacion de las almas, que es todo el objeto de este celestial ministerio. Por eso, los que se dedican á él, deben tener gran deseo de la gloria de Dios y salvacion de los hombres; y esto es tan necesario, que en sentir del

V. Granada (cuyo voto es de gran consideracion en la materia) aquel que esté destituido de este deseo, hará muy bien en no entregarse á este santo ministerio. De este ardiente deseo se hallaba inflamado David cuando, hablando con el Señor, decia: Vi á los prevaricadores y me consumía, porque no guardaban vuestra ley. ¿Quién enferma de vosotros, decia San Pablo, sin que yo enferme? ¿Quién se escandaliza sin que yo me abraze? Esta caridad, este zelo por la honra de Dios y salvacion de los hombres es el principal, el gran Maestro de este ministerio. Él solo inspira al Predicador prevenido, todo lo que necesita para desempeñarle con fruto. Él hace que, segun el encargo del Apóstol, arguya, reprenda, amenace, ruegue y se mude en todas las formas para ganarlos á todos. *Ut omnes lucrifaciat.*

Pero es necesario que este zelo sea muy prudente. Deseaba San Francisco de Sales que se curasen las llagas del alma sin descubrirlas; que era lo mismo que desear, que se reprimiesen los vicios sin hacer mas pintura de ellos que la muy precisa para reprenderlos, y sobre todo: que jamás se hablase de delitos desconocidos á el auditorio; y es sin duda que uno de los males que ha sufrido y aun sufre nuestra España, ha provenido de la falta de este zelo prudente.

Si un pueblo no oye fuera del púlpito los errores y blasfemias que vomita la impiedad y la heregía, es un gran mal que, á pretexto de impugnarlas y rebatirlas, las oiga en el púlpito. Al contrario, si por su desgracia llega á contagiarse, preciso es ya curarle, descubriendo sus errores y blasfemias; pero cuidando siempre de no aumentar el contagio; y si este va cesando por sí mismo, no será regularmente sino un mal, clamar por su remedio, conservando con esto la memoria de lo que nunca debió saberse.

Cuando el reino vecino se corrompía con las doctrinas mas perversas, preciso era combatirlas; y así lo hicieron los grandes Predicadores de aquella nacion, aun á costa de descubrir los errores y blasfemias de los impíos; mas si en aquel tiempo hubieran venido á predicar en España, que aun no estaba contagiada, sus elocuentes Sermones, habrian hecho un grandísimo daño, hablando de tales errores y blasfemias á un pueblo to-

davía inocente. Pero la peste, por nuestra desdicha, se comunicó á este Católico reino, y ya en nuestros dias ha sido preciso combatir, como en Francia, errores y blasfemias, que acaso jamás habia oido el pueblo Español desde que le alumbró la fé. Mas es necesario escasear lo posible el hablar de estos escándalos, particularmente en el púlpito, y más cuando vayan cesando las causas de ellos. Por esto en los Sermones, que doy á la prensa, he suprimido, ya párrafos enteros, y ya parte de todos aquellos, que hablaban de estas blasfemias y errores, porque asi lo exigian las circunstancias en que se predicaban. Es, pues, necesario en el púlpito un zelo prudente, pero la caridad que es tambien quien le forma, lo es sobre todo.

Buenas son las disposiciones naturales del Predicador. Entendimiento claro, memoria feliz, voz dulce y sonora, personal bien proporcionado, accion magestuosa, y un grande atractivo; buenas son las disposiciones adquiridas; mucho conocimiento de las artes y las ciencias, particularmente de la sana moral y sagrada Teología; mucha lectura de las Sagradas Escrituras y Santos Padres, y un buen estudio y manejo de la retórica: pero si le falta la caridad; si le falta el zelo por la honra de Dios y salvacion de los hombres, todo viene por tierra, y un Predicador adornado de tantas y tan interesantes cualidades, no será otra cosa, segun la metáfora de San Pablo, que una campana que suena. Esto lo enseña la experiencia de todos los dias, y lo confirma el suceso de un Predicador famoso, del cual suceso escribieron largamente los autores de su tiempo, y del que yo, para no salir de los límites de mis apuntes, daré solamente un compendio.

### **Suceso del famoso Predicador Fray Juan Taulero.**

Por los años de mil trescientos y cincuenta predicaba en Alemania, en la gran ciudad de Colonia, un Padre Maestro de la religion de Santo Domingo, llamado Juan Taulero, con una fama

tal, que le ponía sobre todos los predicadores de su tiempo. Era un religioso de raras prendas, de gran talento, de singular ingenio, de mucho estudio, de bastos conocimientos, muy versado en la lectura de los libros Sagrados y Santos Padres... de erudición exquisita, estilo elegante, finos y sutiles conceptos... su acción era grave y magestuosa, su expresión admirable, sus dichos agudos... á todo lo cual juntaba unos aires corteses y un singular agrado. No había Templo capaz de recibir la multitud que se agolpaba á oír á un Predicador de tan singulares prendas.

Mas por desgracia toda su predicación era sin caridad, sin zelo, sin luz de la divina gracia, sin unción del Espíritu Santo... era sin fruto. Estaba reducida á derramar flores y á recoger alabanzas y aplausos. La multitud le seguía, porque hallaba un placer en oírle. Le llamaba el grande, el famoso, el insigne Predicador, porque tal parecía á los ojos de los hombres, pero no sucedía así á los ojos de Dios. Caminaba Taulero rodeado de la nube de los aplausos, y cuanto mas se aumentaban estos, mas se espesaba la nube que le rodeaba y menos veía... ¿Y quién sabe, si la soberbia que se nutría y aumentaba con ellos en su corazón habría llegado á formar de este Predicador adulado otro dios Agripa? Mas el Señor, que había puesto en él tantas prendas naturales, no quiso que estas sirviesen á la perdición del hombre á quien las había concedido, ó que fuesen inútiles. Echó una ojeada de misericordia sobre su extraviado Ministro, y le trajo al verdadero camino por medio de un hombre, nada comparable con él en la ciencia del mundo, pero muy superior en la del Evangelio.

Distante como una jornada de Colonia vivía un siervo de Dios, y de él quiso valerse el Señor para su obra. Movidó por un impulso interior, pasó á Colonia, donde oyó varios Sermones del famoso Predicador. Conoció su extravío, y así como Natan se valió de una parábola para corregir al Rey David, así este siervo de Dios se valió de un Sermon para corregir á este Predicador. Se presentó en su celda, como Natan en el palacio del Rey, y le suplicó que predicase un Sermon sobre la perfección. Reusábalo el Predicador, diciendo: que no habría en su

auditorio persona alguna capaz de tan alta doctrina; pero haciéndole presente el suplicante, que en la multitud que le oía, podría haber personas á quienes aprovechase, y que bastaba una para dar por bien empleado su trabajo, condescendió con su súplica y compuso un gran Sermon, recopilando en veinticuatro avisos lo mas sublime de la perfeccion cristiana (se hallan estos avisos en la historia de su vida, impresa al principio de sus obras). Al dia siguiente de haberle predicado, el que se le habia encargado, se le presentó escrito, y se despidió. Admiróse el Predicador al ver copiado un Sermon tan largo, con tanta exactitud y en tan poco tiempo, y deseando tratar mas despacio á un hombre semejante y conocerle, procuró detenerle, ofreciéndole que predicaria otro sobre la misma materia.

No me ha traído á Colonia, le dijo entonces el desconocido, la fama de vuestros Sermones, sino la esperanza de hacer aqui algun fruto con la gracia de Dios. ¡Cómo! le preguntó, admirado el Predicador, siendo vos, segun yo entiendo, un seglar y sin letras... ;Cómo y en quién pensais hacer aqui fruto! El fruto que yo espero hacer, le contestó, no es en el auditorio, sino en el Predicador del auditorio. Es en vos mismo, haciéndoos presente algunas verdades que os son de suma importancia; pero temo que las tomeis mal y que no os aprovechen. Entonces el Predicador, llevado regularmente de su espíritu de curiosidad, condescendió en oírle y le prometió ademas, que le escucharia sin enojo. Con esta promesa el desconocido prosiguió, diciendo: Sacerdote sois del Altísimo y Predicador de su divina palabra, beneficios que os imponen grandisimas obligaciones. Condescendiendo con mis súplicas, habeis predicado un Sermon lleno de admirables avisos acerca de la perfeccion cristiana. Me convidais con predicar otro sobre el mismo asunto; pero os aseguro, que me enseña mas Jesucristo en algunos momentos de oracion, en que se digna visitar á este miserable, que cuantos Sermones podeis vos predicarme en toda vuestra vida. Estas palabras llamaron ya vivamente la atención del Predicador y dieron motivo á que se informase lo mas posible de quien era el hombre que le hablaba, y halló que era un alma de mucha virtud y muy

favorecida de Dios. De aquí infirió, que aquel hombre era un instrumento que el Señor había escogido para reducirle á su verdadero servicio; y le suplicó que se quedase con él y le dijese con lisura lo que sentia de sus Sermones y tenor de vida.

Entonces el siervo de Dios le habló de esta manera: Cuando oí vuestros Sermones, me pareció que veía salir un vino excelente de una vasija inmundada, que dá el vino y se queda con las heces. Bien sabeis lo que dice San Pablo: que la letra mata y el espíritu vivifica. En vos se está cumpliendo esta doctrina; porque vuestras letras os matan, no por sí, sino por vuestra culpa, pues ellas buenas son y pueden aprovecharos si mudais de vida; mas al presente en tinieblas andais, no teneis luz de Dios, y os falta el espíritu que vivifica. Nadie me ha hablado en mi vida con tanta libertad, dijo Taulero. Sosegaos, Padre Maestro, añadió aquí el desconocido, porque yo os probaré cuanto he dicho y me dareis la razon.

No ignorais, Padre Maestro, que desde que os entregasteis á las letras, no habeis buscado en vuestros estudios otra cosa que á vos mismo. Vuestra estimacion y vuestra fama, vuestros estudios y vuestros Sermones no se han enderezado á ensalzar la gloria del Criador, sino á conseguir los aplausos de las criaturas. Dije que erais una vasija inmundada, que daba el vino precioso y se quedaba con las heces, porque predicais buena doctrina, pero os quedais con las heces de vuestra propia estimacion. Contemplaba Taulero asombrado á aquel hombre que estaba leyendo en su corazon la historia de su vida y veia que el dedo de Dios era quien apuntaba esta admirable lectura. Movieron grandemente estas verdades al Padre Maestro y pidió al desconocido, que miró ya como un siervo de Dios, que tuviese la bondad de encargarse de su alma, prometiendo obedecerle en quanto le ordenase y permitiese su profesion religiosa. Reusaba el siervo de Dios tomar este cargo, conociendo la dificultad de mudar de vida en la edad de cincuenta años un hombre docto, acostumbrado á hacer su voluntad, y cuya vida y costumbres se habian convertido ya en naturaleza. Hizo todo esto presente el siervo de Dios al Padre Maestro, pero este le contestó que es-

taba resuelto á todo. Con esta resolucion abrió la puerta á su remedio, y el siervo de Dios, al ver su entero rendimiento, adoró las misericordias del Señor y se encargó de su dirección.

Lo primero que dispuso fué que no volviese á predicar hasta que se le mandase, y el famoso Predicador de Colonia quedó reducido á un simple religioso, sin otra ocupacion que el coro, la oracion y la ciega obediencia. Asi pasó dos años, en los que desaparecieron sus adulaciones, sus alabanzas, sus elogios, su fama, y hasta su nombre; y se olvidaron enteramente sus pomposos y floridos Sermones. En estos dos años sufrió olvidos ingratos, desprecios no esperados y persecuciones de donde menos debia temerlas. Un Padre Maestro y Predicador de tanto crédito, reducido á un religioso arrinconado, fué tenido por un mentecato ó dementado. A tan profunda humillacion quiso reducir el Señor á su orgulloso Ministro para destruir el Predicador viejo y formar otro nuevo, que anunciase su divina palabra con honor y con fruto.

En efecto, al cabo de los dos años se le mandó volver á subir al púlpito; pero qué hombre tan distinto se presentó en la cátedra del Espíritu Santo! ¡Qué Predicador! ¡Qué Apóstol! En el primer Sermon se acidentaron mas de cuarenta personas. Las postrimerías, la muerte, el juicio, el infierno, la gloria, la eternidad y las más imponentes verdades de la religion eran ya los asuntos comunes de sus Sermones. Ya no habia flores en su boca, todo lo que producía eran frutos. Nueve años predicó despues de su mudanza, y en un solo Sermon hacia mas fruto que en todos los que habia predicado antes. Su fama, su estimacion, su nombre se aumentó de manera, que podia pensarse que el Señor le habia concedido el ciento por uno de los frutos que podria haber recogido en los dos años de su retiro y silencio. Al cabo de nueve de su nueva predicacion murió en el Señor, lleno de virtudes y méritos. Fué larga y muy penosa su última enfermedad, y su agonía tan terrible, que los religiosos quedaron con grande desconsuelo al verle entregar su alma entre tan grandes congojas. Pero, ¡qué distintos son los juicios del Señor y sus caminos, de los juicios y caminos de los hom-

bres! A los tres dias de su muerte se apareció al siervo de Dios, que le habia convertido y servido de guia, y que se habia hallado á la hora de su muerte, y le dijo: que habia subido al Cielo sin entrar en el purgatorio, porque le habia padecido en su larga y penosa enfermedad y en su terrible agonía.

¡Cuánto enseña, mis amados Predicadores, este ejemplo! Él solo vale por una retórica, y por eso he creido que seria provechoso concluir con él mis apuntes. Plegue al Cielo que él y ellos contribuyan en algo á la honra y gloria de Dios y salvacion de los hombres. AMEN.

¡Dios! A las tres horas de su muerte se apareció al siervo de  
 Dios; que le había convalido y servido de guía, y que se había  
 hallado a la hora de su muerte, y le dijo: que había subido al  
 cielo sin entrar en el purgatorio, porque le había parecido en su  
 vida y penosa atormentada y en su terrible agonía.  
 ¡Cuánta novena, mis amados Predicadores, este ejemplo! En  
 esto hay por una retórica, y por eso he creído que sería prove-  
 choso concluir con él mis amigos. Bieque al cielo que él y ellos  
 contribuyen en algo a la honra y gloria de Dios y salvación de los  
 hombres. AMEN. *Se acabó.*

¡Dios! A las tres horas de su muerte se apareció al siervo de  
 Dios, que le había convalido y servido de guía, y que se había  
 hallado a la hora de su muerte, y le dijo: que había subido al  
 cielo sin entrar en el purgatorio, porque le había parecido en su  
 vida y penosa atormentada y en su terrible agonía.  
 ¡Cuánta novena, mis amados Predicadores, este ejemplo! En  
 esto hay por una retórica, y por eso he creído que sería prove-  
 choso concluir con él mis amigos. Bieque al cielo que él y ellos  
 contribuyen en algo a la honra y gloria de Dios y salvación de los  
 hombres. AMEN. *Se acabó.*

# SERMON

## SOBRE LA MUERTE.

*In omnibus operibus tuis memorare  
novissima tua, et in æternum non pecca-  
bis. Eccli. c. 7 v. 40.*

En todas tus obras acuérdate de tus  
postrimerias, y jamás pecarás.

**P**luguiese al Cielo, Católicos, que grabadas profundamente estas palabras en nuestra alma, permaneciesen presentes siempre en nuestra memoria. No tendríamos necesidad de otra guía para dirigir constantemente nuestros pasos por el camino de la virtud. Nuestras mas rebeldes é indómitas pasiones se sujetarian y amansarian á la vista de aquel momento terrible que, dando fin al curso de nuestra vida mortal, nos ha de arrojar en la eternidad.

Asi seria sin duda, mis amados oyentes; pero nos sucede por nuestra desgracia que, como vivimos habituados y como pegados á esta vida terrena, no pensamos sino con dificultad y con pena en aquel momento espantoso que la ha de concluir; y como por otra parte no sabemos la suerte que nos ha de caber en la eternidad, miramos con horror aquel terrible momento que la ha de comenzar; pero no, mis amados, no nos dejemos llevar de una delicadeza mal entendida. Entreguémonos al pensamiento de la muerte por nuestro propio interés. Procuremos llenarnos del temor santo que naturalmente inspira. No recelemos temer demasiado. Recelemos no temer lo bastante. Cuanto mas temamos al presente, menos tendremos que temer en adelante. Lo que verdaderamente debe estremecernos no es el pensar en la muerte, sino el morir sin haber sido guiados por este saludable pensamiento. Ah! si él fijase su residencia cotidiana en nuestra memoria, otra seria nuestra conducta. Se humillaria nuestra soberbia, se sujetarian á la razon nuestras pasiones, se

acibararian nuestros apetitos, á los vicios sucederian las virtudes, y nuestra reforma vendria á ser general y completa.

Tales serian sin duda los frutos que produciria en nosotros el pensamiento cotidiano de la muerte; por que ¿como podria fijar el hombre su atencion en aquel terrible momento que le ha de separar del mundo y sus encantos, sin mirar con cierto tédio á este mismo mundo que, ni le ha de acompañar al sepulcro, ni ha de dejar en su corazon otra cosa que la pena y el desconsuelo de haberle amado y servido? ¡Qué! ¿se representará la podre y los gusanos en que se ha de convertir su carne, sin mirarla con el desprecio que merece, sin tratarla con el rigor que piden sus atrevimientos y sin arrepentirse de sus criminales condescendencias? ¿Echará una sola ojeada hácia la eternidad que le espera sin estremecerse, sin formar mil propósitos de mudar de vida, de hacer penitencia y de prepararse por todos los medios posibles para entrar en ella? No por cierto, esto no es posible; y ved aqui en lo que se fundaba el gran Padre de la Iglesia San Ambrosio para desear tanto, que nos hiciéramos familiar y cotidiano el pensamiento de la muerte. Acostumbrémonos, decia el Santo, á morir todos los dias, y no tendrá cabida en nosotros el pecado. *Sit nobis quotidianus quidam usus moriendi.*

Llevado tambien yo de este mismo deseo, vengo preparado y determinado á hablaros en este dia de tan saludable recuerdo. Os haré una relacion circunstanciada de la muerte y de sus terribles consecuencias. Digo terribles consecuencias; *porque la muerte ha de acabar con lo que somos temporalmente y principiar lo que hemos de ser eternamente.* Y ved aqui ya mi discurso dividido naturalmente en dos partes. *En la primera haré una viva pintura de nuestra salida de esta vida temporal, y en la segunda de nuestra entrada en la eternidad.* Vos, Dios mio, habeis dicho que nos acordemos de nuestras postrimerías, y que jamás pecaremos. Imprimid, Señor, en lo mas íntimo de nuestra alma esta verdad para que nunca pequemos; y Vos Virgen sin pecado, alcanzadnos esta gracia de vuestro querido Hijo. Asi os lo suplicamos, saludándoos con las palabras del Angel. **AVE MARÍA.**

## PRIMERA PARTE.

Con razon se ha dicho, que cuando principiamos á vivir, principiamos tambien á morir. Apenas nos dejamos ver sobre la tierra, cuando la debilidad de nuestra naturaleza nos deja caer en el sepulcro. Este mundo, en el que tanto procuramos fijarnos, no es para nosotros sino un pais extranjero, por donde pasamos aceleradamente á la eternidad. Cuando dormimos, nos vamos acercando á ella con igual velocidad, que cuando corremos, y la vida del octogenario apenas se distingue de la del niño, que es trasladado de la cuna al sepulcro. Tanta es la brevedad de nuestra vida. Por esto los libros santos la comparan ya á una flor que nace en la mañana y á la tarde cae marchita y se seca; ya á un correo que va en posta; ya á un humo que se disipa; y ya, en fin, á una sombra fugitiva que aparece y desaparece casi al mismo tiempo. *Et fugit sicut umbra.*

En vista de esta brevedad de nuestra vida, bien podemos decir, que siempre estamos á las puertas de la muerte, y que de uno á otro momento vamos á entrar y sepultarnos en sus pavorosas sombras. ¡Momento terrible! pero momento inevitable. Llegaré, cristianos, y no tardará en llegar para cada uno de nosotros, un dia, una hora, un momento, que será el último de nuestros momentos, y al que solo sucederá nuestra eternidad. Por mas salud que disfrutemos, por mas robustos que seamos, cuando estemos acaso mas descuidados, nos asaltará la muerte, y, á no ser que nos sorprenda, como tantas veces sucede, fuera de nuestra casa, entraremos por última vez en ella para no volver á salir, sino arrastrados por manos ajenas. Entonces nuestra postrera enfermedad, sino es de aquellas que arrojan en un momento al hombre en el sepulcro, comenzará nuestra destrucción para acabarla por nuestra total ruina. Se agravará de dia en dia, y acaso de hora en hora: se hará cada vez mas peligrosa y temible; y nuestros asistentes, al ver sus mortales aparatos, llegarán á desconfiar de nuestra vida. Entonces afligidos, temblando y quizás llorando, se acercarán á nuestra cabecera, y con un tono compasivo y cariñoso al mismo tiempo, nos advertirán: que es preciso que nos dispongamos para morir y dar cuenta á Jesucristo.

¡O Dios mio! ¡Qué nueva esta para un corazon enamorado del mundo! ¡qué noticia para quien contaba todavia con muchos años de vida! mas sobre todo; ¡qué anuncio tan espantoso

para el alma pecadora! pero no hay arbitrio. Llegó el tiempo de la partida y es preciso caminar. Nuestra enfermedad se agravará cada vez mas hasta llegar al extremo, y entonces el pulso se retira, el color se pierde y un sudor frio va cubriendo nuestro semblante. Comienzan los parasismos y se van menudeando. Entorpecense los sentidos, y la respiracion se apaga por momentos. Se nos eclipsarán y pondrán vidriados los ojos. Se nos afilarán las narices y se abrirán por si mismas. Se encogerán y pondrán cárdenos los lábios, y se descubrirán los dientes con horror. Dejará de palpitar nuestro corazón, se nos anudará la garganta, y con una congoja mortal cesará nuestro ronquido. Aqui ya llegó la muerte. Erizanse los cabellos. Encógense todos los miembros, estremécese y retiembla todo el cuerpo, y comienza la agonía. Ábrese la boca desmedida y espantosamente y vuelve á cerrarse. Pasan algunos momentos y vuelve á abrirse y cerrarse causando mayor espanto. Al fin se abre para no volver á cerrarse. Rompense todas las ataduras, y rechina todo el cuerpo, como edificio que va á desplomarse, y con esto se desprende de él su alma, dejándole tendido en la cama de la muerte, descuadernado, convertido en un cadáver y hecho el espanto de los vivos y el compañero de los muertos.

¡Amados de mi alma! ¡Qué escena tan temerosa! ¿Y no es esto lo que inevitable y prontamente ha de suceder á cada uno de nosotros? ¿Y será posible que á su vista, aun no nos desengañemos? ¿Seguiremos todavía engolfados en un mundo que estamos para perder todos los dias? ¿Condescenderemos aun con una carne que va á morir y podrirse? ¿Continuaremos por mas tiempo en el funesto olvido de nuestra salvacion? Esta catástrofe tan terrible y espantosa, como cierta y cercana, ¿no nos despertará de nuestro letargo? ¿No refrenará nuestras pasiones? ¿No sujetará á la razon nuestros apetitos? Esta catástrofe que acaba con todos los gustos, con todos los deleites y tambien con todos los delitos del pecador ¿no estremecerá su corazón? ¿No le reducirá á penitencia? Esta catástrofe.... pero no cortemos el hilo de nuestra última y temerosa historia. Preparan luego nuestro sepulcro. Aquel sepulcro que nos está esperando desde que nacimos; le abrirán; nos arrojarán en él; nos cubrirán, como á porfia con tierra, huesos, calaveras y restos de otros muertos para impedir el hedor que arrojamus. Tal será nuestro sepulcro, á no ser que nos encierren en una cueva pavorosa, donde sobre los horrores que acabamos de referir, se añada el peligro de que sean derramados por los campos nuestros huesos, si ya no

lo son nuestros cuerpos. Pero sea que nos sepulten en la tierra ó en las cavernas, ellos se retirarán y nosotros quedaremos entregados al olvido sempiterno de los muertos. *Tamquam mortui sempiterni*. ¡Espantoso paradero del hombre! Mas paradero inevitable.

¡O sepulcro! ¡O pavoroso sepulcro! Tu, si, tu serás la horrenda sima donde todos nos hundiremos, y con nosotros todas nuestras locuras y quiméricos proyectos. ¡Hombres altaneros! ¿á qué viene esa soberbia, cuando os espera un sepulcro? Si, hasta el sepulcro se abatirá vuestro orgullo. ¡Avarientos! esos bienes, que tanto codiciáis, y que os ocasionan tantas culpas, no os acompañarán al sepulcro. En él solo encontrareis las sombras del sepulcro. ¡Sensuales! en el sepulcro vendrán á sepultarse vuestras delicadezas, vuestros regalos, vuestros banquetes y vuestras comilonas. Allí reventará ese vientre por cuya causa cometisteis tantos delitos. ¡Lujuriosos! En el sepulcro tendrán fin vuestros deleites. Allí se podrirá esa carne que os arrastró á la torpeza. ¡Vanas hermosuras! Venid al sepulcro. En el vereis convertida en asquerosos gusanos esa carne tan amimada, ó en un pavoroso esqueleto vuestra gentileza. ¡Pecadores todos y de todas clases! venid á ver al sepulcro ese cuerpo que tanto amais, del que vivis tan enamorados, al que cuidais con tanto esmero y procurais tantas comodidades y satisfacciones, y por el que cometeis tantas culpas. Venid y le vereis, como San Agustin al de un Cesar: desecho el vientre é hirviendo en gusanos, separado el pelo y la piel de la cabeza, convertidos los ojos en dos agujeros pavorosos, comidas las narices y presentando el espanto en sus roturas, consumidos los lábios y enseñando los dientes con horror... Vereis todo ese cuerpo de pecado convertido en podredumbre. ¡Qué estado tan asqueroso y pavoroso al mismo tiempo! Pues no hay remedio, mis amados. En esto ha de venir á parar nuestro cuerpo y todo cuerpo, sea el que fuere: aunque sea mas agigantado que el de Goliath, aunque haya sido mas incensado que el de Alejandro, aunque sea mas hermoso que el de Absalon, aunque haya sido mas regalado que el de Helegábalo ó mas torpemente deleitado que el de Sardanápalo. Este paradero le espera, porque, como dice Job, el sepulcro es el fin de toda carne; el sepulcro y nada mas que el sepulcro. *Solum superest sepulcrum*. Asi acaba la muerte con todo lo que somos temporalmente, y esta es su primera y terrible consecuencia; pero no es la mas terrible. Aquella eternidad á que dá principio es su segunda consecuencia sin comparacion mas terrible. Continuada me vuestra atencion.

## SEGUNDA PARTE.

Separada nuestra alma de nuestro miserable cuerpo por la guadaña inexorable de la muerte, verá que se abre delante de sí un espacio inmenso y una nueva region por donde jamás anduvieron los mortales. Verá una eternidad donde va á entrar y fijarse para siempre. Verá que la están esperando un cielo ó un infierno, sin saber á cual de los dos pertenece. ¡Paso terrible! ¡Pobre alma mia! ¿Qué harás entonces? ¡Sola, extranjería, desamparada, é incierta de lo que va á ser de tí en la eternidad! ¡Cristianos! ¡la vida humana es un soplo! ¡un sueño! ¡es como un juego de niños! ¡Aqui principia lo serio, lo grande y lo verdadero! En este momento se señalará á cada uno de nosotros una morada eterna, ¿mas á donde? Yo me estremezco al pensarlo, mas es preciso decirlo. En el Cielo ó en el Infierno. ¡Alternativa espantosa! pero no hay medio. ¡Cuál pues será aqui nuestro temblor al ver que no nos falta mas que un paso para emprender el camino de la gloria ó para ser precipitados en los fuegos del infierno! ¡Que será de mi, diremos aqui asombrados cada uno de nosotros! ¡Que será de mi en el momento siguiente! ¡Si me recibirá Dios en su agrado ó apartará de mi su divino semblante! ¡Si usará conmigo de su misericordia ó me entregará al rigor de su justicia! ¡Si será para siempre mi buen Padre ó se convertirá para siempre en mi riguroso Juez! ¿Qué va á ser de mí? ¡Dios mio! ¡Seré al menos trasladado al Purgatorio para volar despues al Cielo, ó seré arrojado en este instante al infierno! ¡Amados de mi alma! Aqui el entendimiento se confunde y abisma, y el corazon palpitante ápenas cabe en el pecho. ¡Dios de las misericordias! ¡Dios de las virtudes! Concedednos ahora un corazon penitente y una vida virtuosa, que sean en aquel terrible momento los fiadores de nuestra pobrecita alma. De otra suerte ¿cómo podremos sostenerle!

¡Hombres temerarios! ¡insensatos pecadores! A vosotros convierto yo ahora mi discurso. ¡Hombres temerarios! ¡Locos pecadores! Si estais determinados á perderos, si habeis tomado el empeño de condenaros, asomaos á esos estanques de fuego donde están sumergidos y dando vuelcos los réprobos. Contemplad á esos pecadores como vosotros y acaso menos pecadores que vosotros, anegados en ese mar de tormentos. ¡Podreis vosotros sufrirlos! ¡No los estremeceis solo al contemplarlos! Pero ya sé que á vosotros no os estremecen, porque vivis funestamente en-

gañados y lastimosamente persuadidos de que, despues de haberlos seguido por el camino de los vicios, no ireis á parar como ellos al lugar de los castigos. Ya sé vuestra funesta y temeraria cantinela. Nosotros, decis con un tono de seguridad, que á vosotros os tranquiliza y que á mi me estremece. Nosotros no pensamos en condenarnos. Es verdad que llevamos una vida pecadora y que con la repeticion de nuestro delitos estamos provocando la ira del Señor y probando su paciencia, ¡pero es tan bueno! Es tan piadoso que en cualquier tiempo que nos volvamos á El nos recibirá. Es tan misericordioso que un solo *pequé* bastará para que se olvide de todos nuestros delitos. ¡Infelices! Solo un engaño como este podria sosteneros en vuestros desórdenes á la vista de la consideracion de una muerte terrible y de unos tormentos eternos.

Pero yo os suplico que me sufrais un momento y aviveis vuestra atencion y vereis lo que vale ese *pequé*, ese momento con que contais y con que cuentan los perdidos. ¡Con qué ello es pecadores temerarios que me ois, ello es que contais con un *pequé* para salvaros! ¡Con que un momento es todo el caudal con que contais para hacer una obra eterna! ¡Con un *pequé*! ¡Con un momento contais! ¿Y para qué? ¡O Dios mio! para mudar el entendimiento, para refundir el corazón, para olvidar cuanto malo habeis sabido, para saber cuanto bueno habeis ignorado.... en suma para formar un justo de un pecador, obra mayor que la creacion del mundo, dicen los Santos Padres!... ¡Un *pequé*, un momento! ¿y cuándo? Cuando ofuscado el entendimiento no conocerá sino palpando sombras, cuando moribunda la razon no despedirá sino desmayadas vislumbres, cuando toda la naturaleza estará luchando con las agonías y terrores de la muerte.... ¡Un momento! repito, ¿y para qué? para que se convierta y se salve un pecador empedernido con la repeticion de sus delitos. ¡Un momento! ¡O Dios mio! ¡Un rápido momento para un negocio eterno! ¡Santos Cielos! ¡Hasta donde habrá de llegar la temeridad y ceguera del pecador!

¿Pero y cuántas veces no llega ese rápido momento? ¿Cuántas veces la flor de la juventud se marchita de repente? ¿Cuántas veces la naturaleza mas robusta no hace mas que mudar de color y caer mortal ó muerta? ¿Cuántos que aun contaban con muchos años de vida, recibieron el golpe mortal sin advertir el brazo que le descargaba? Mas concedamos de gracia ese momento que decís. ¡Valgáme el Cielo! un momento para disponerse á comparecer en la presencia de Dios y

dar allí una estrecha cuenta de toda su vida! ¿Y quiénes son los que cuentan con este momento? ¡Ah! esto es lo mas lastimoso. ¿Son acaso esas almas inocentes, cuya virtud arraigada profundamente en su corazon apenas las deja que temer? ¿Son siquiera esas almas penitentes, que se ocupan en lavar con sus lágrimas unas manchas, tal vez pasajeras, y obra, mas bien de la sorpresa, que de la malicia? Nada menos. Es un rico espuesto por sus riquezas á todos los crímenes, y reo acaso de todos los crímenes que pueden proporcionarle sus riquezas. Es un juez cargado de negocios árdüos y peligrosos, reo de todas las injusticias y de todos los atrasos de su tribunal; responsable de todo el mal que pudo impedir y no impidió, y de todo el bien que debió hacer y no hizo. Es un comerciante que abraza todos los medios de acaudalar, que se entra en las compañías del monopolio, en los empréstitos de la usura, en los contratos del fraude, que todo lo juzga lícito y que decide con la mayor facilidad casos que el mas profundo teólogo resolvería con timidez. Es un soldado, acostumbrado á despreciar la muerte,preciado de filósofo, y abandonado á una vida podrida. Es una muger mundana, distraida, superficial, poseida del frenesí de figurar, y por consiguiente entregada á las modas, asistente perenne á los teatros y á las concurrencias del gran mundo; rendida al deseo de agradar con conciencia ó sin ella, y tal vez mas criminal por las pasiones que inspira, que por sus pasiones mismas. Es un pecador de costumbre, un pecador de por vida, que ha sofocado la voz de la gracia y la conciencia. Es un alma sacrílega que con la repeticion de este horrible crimen, ha formado la ceguera del entendimiento, la obstinacion de la voluntad y la dureza del corazon. Es un alma escandalosa, á quien no bastarian años de penitencia pública, para reparar los daños que ha causado con su depravada conducta.

Estas y otras semejantes son las almas que cuentan con momentos para presentarse en el juicio de Dios y entrar en la eternidad. En aquella espantosa eternidad en la que nunca se muda de condicion. Tales son los pecadores que cuentan con un momento para conseguir... ¿Y qué es lo que quieren conseguir en este momento? ¡Santo Dios! nada menos que la gracia de la perseverancia final á la que aun no han dado principio; es decir la gracia de salvarse, aquella gracia que es la gracia de todas las gracias y sin la que son infructuosas todas las gracias. Aquella gracia que echa el sello á la predestinacion

eterna, que forma los Bienaventurados y los pone en la posesion del reino de los Cielos. ¿Y pensarán y se prometerán conseguir en un momento esta gracia que apenas siempre es el fruto de los rigores de una vida penitente ó de la constancia de una vida virtuosa? ¿Y querrán que el Señor les conceda en aquel momento esta gracia inestimable de la que se han hecho tan indignos con su vida criminal y temeraria? pero, y si no se la concede: ¿adonde van á parar? ¿Qué suerte es la que les espera por toda la eternidad? ¿Tendrán bastante atrevimiento; digámoslo mejor: tendrán bastante ferocidad para presentarse á las puertas del infierno cargados con sus delitos y para precipitarse y sepultarse con ellos para siempre en sus encendidos abismos? porque no hay medio. La segunda consecuencia de la muerte es cielo ó infierno y cielo ó infierno eterno. Asi se verifica que la muerte, despues de acabar con lo que somos temporalmente, da tambien principio á lo que hemos de ser eternamente. Y estas son las dos terribles consecuencias de la muerte que anuncié en el principio de mi Sermon, y que segun el pensamiento de San Ambrosio deben ocupar diariamente, como ya dije, nuestra memoria para dirigir diariamente con acierto nuestra vida. *Sit nobis quotidianus quidam usus moriendi.* (1).

¡Gran Dios! imprimid estas verdades en las almas de esos pecadores, de quienes acabo de hablar. Imprimidlas de modo que no las puedan apartar de su memoria. Imprimidlas con tan vivos y terribles caracteres que no les permitan sosiego hasta salir de su lastimoso estado. Haced, Señor, que afligido y ahogado su corazon no pueda desahogarse sino vertiendo un torrente de lágrimas de compuncion y penitencia. Este es, Dios mio, el fruto que yo deseo conseguir con mis débiles esfuerzos; fruto glorioso para vos y precioso para mi sagrado ministerio. Imprimidlas tambien, Señor, en mi pobre corazon y en el de todos mis oyentes, para que caminando todos con temor y con temblor por la senda de la virtud, lleguemos á veros y gozaros en el reino de los Cielos por los siglos de los siglos. AMEN.

---

(1) Aqui puede hacerse una vehemente exhortacion, antes de la invocacion, segun sea el auditorio.

# SERMON

## SOBRE EL JUICIO PARTICULAR.

---

*Statutum est hominibus semel mori: post hoc autem iudicium. Hebræor. c. 9. v. 27.*

Establecido está á los hombres morir una vez, y despues el juicio.

**H**e aquí, Cristianos, el terrible por venir que nos espera: morir y ser juzgados. La muerte, rompiendo todos los lazos que unen nuestra alma á nuestro cuerpo, destruirá cuanto nos enlaza con este mundo. Nos separará de nuestros padres, hermanos, parientes, amigos y vecinos... de nuestros conocidos y desconocidos... en una palabra, de todos los hombres del mundo, y nos pondrá á las puertas de la eternidad para ser juzgados. Nos privará de todos nuestros bienes temporales, de nuestras riquezas, nuestros honores, nuestros puestos por elevados que sean, de todo lo que nos rodea. Las separaciones aqui son desoladoras y las privaciones terribles, pero el juicio en que vamos á entrar, es sin comparación mas terrible; porque ¡quién puede contemplar sin estremecerse á un gusanillo de la tierra, á un hombre pecador, solo y desamparado en la presencia de un Dios á quien ha injuriado y ofendido! ¡A un reo miserable en la presencia de un Dios omnipotente que va á juzgarle y sentenciarle! ¡Quién, repito, puede contemplar sin horror un cuadro semejante! El presidente Felix, aunque gentil, se estremece y tiembla al oír hablar al Apostol San Pablo del juicio de Dios y su divina justicia. El Rey Baltasar grita, pidiendo socorro, al ver una mano desconocida que escribe en la pared de su palacio y á su vista unos caracteres misteriosos. El agigantado Rey Saul pierde el color y cae desmayado al ver la sombra de Samuel, Juez de Israel... ¡Cuál, pues, será, mis amados, el temor y tem-

blor del pecador al verse en la presencia de un Juez Soberano, de un Juez omnipotente, de un Juez infinitamente justo y justiciero que va á juzgarle y sentenciarle! ¡Juicio espantoso! Juicio pavoroso y terrible, no solo porque lo es por su esencia, sino tambien por *cuatro circunstancias*, que serán la materia de mi discurso.

Juicio pavoroso y terrible, porque han de ser juzgados y sentenciados en él todos los hombres sin excepcion del mas alto personage del mundo: *Primera* circunstancia. Juicio pavoroso y terrible, porque se ha de hacer de todos los pecados sin excepcion del menor pensamiento ó desco: *Segunda* circunstancia. Juicio pavoroso y terrible, porque su sentencia será irrevocable por toda la eternidad: *Tercera* circunstancia. Y Juicio pavoroso y terrible finalmente, porque todos estamos espuestos á sufrirlo en todos los momentos de nuestra vida: *Cuarta* y última circunstancia.

Dios de luz, luz eterna y fuente de todas las luces, alumbrad mi entendimiento para que yo acierte á manifestar en algun modo á mi auditorio la terribilidad de vuestro juicio. Dios de justicia y de justicia infinita, infundid en mi auditorio aquel temor santo que convierte los pecadores, forma los justos y hace que se mude en consuelo la terribilidad de vuestro juicio. Esto os pedimos, Señor, por la intercesion de la madre de las misericordias, á la que saludamos con las palabras del Angel, diciendo: AVE MARÍA.

### *Statutum est hominibus...*

He dicho que está decretado á los hombres morir una vez y despues el juicio; ¡pero qué juicio tan terrible! Esta terribilidad es la que voy á hacer ver por las cuatro circunstancias que he propuesto por materia de mi discurso.

#### **PRIMERA CIRCUNSTANCIA.**

Nuestro juicio, Católicos, será un juicio cierto, y tan cierto como la muerte, y esta es la primera circunstancia que hace terrible nuestro juicio. Luego que espira el rico del evangelio, es juzgado, sentenciado y sepultado en el infierno. *Mortuus est dives et sepultus est in inferno*; y en el momento que muere el pobre Lázaro, es declarado justo y llevado en manos de Angeles al seno

de Abraham. *Factum est autem ut moreretur mendicus, et portaretur ab Angelis in sinum Abrahæ.* Es necesario, dice San Pablo, que todos seamos presentados delante del tribunal de Jesucristo para ser juzgados y recibir cada uno segun lo que hubiese hecho, ó bueno ó malo. *Ut referat unusquisque prout gessit, sive bonum, sive malum.*

Por consiguiente serán presentados delante del tribunal de Jesucristo para ser juzgados los sacrilegos, para quienes, segun la expresion del Real Profeta, tiene preparadas el Omnipotente saetas encendidas en carbones desoladores. Serán presentados los impíos, de quienes dice el mismo Real Profeta: ví al impío ensalzado y elevado como los cedros del Líbano, y pasé, y he aquí que ya no era, y le busqué, y no hallé ni el lugar que ocupaba. Serán presentados los blasfemos, que poniendo su boca contra el Cielo, hablan mal de Dios, de la Virgen, de los Angeles y los Santos y de las cosas santas. Serán presentados los soberbios, esos hombres arrogantes que ahora no caben en el mundo y allí no serán sino como unos viles insectos.

Tambien serán presentadas delante del tribunal de Jesucristo para ser juzgadas esas almas de una fé muerta, que satisfechas con profesar los artículos, atropellan los mandamientos, como si hubiera entrada en el Cielo para las que no guardan la ley por mas que confiesen la fé. Tambien serán presentados esos pecadores escandalosos, cuyo lenguaje se compone de las palabras mas infames y mas indignas de la boca de un cristiano. Tambien lo serán esos cristianos de nombre, que satisfechos con una vida que ellos llaman comun, y los Santos Padres tienen por reprobada, pasan los años siempre con vicios, siempre sin virtudes, siempre indignos del Cielo y siempre dignos del infierno. Esos cristianos, á quienes con razon se llama Apóstoles de Satanás y Anticristos, porque siempre en sus conversaciones defienden el partido de las pasiones, procuran dar anchura á la conciencia contra su misma conciencia y reducen cuanto pueden la ley de Dios en favor del amor propio.

Se presentarán, finalmente, y nos presentaremos á los pies de Jesucristo para ser juzgados todos y cada uno de los mortales sin otra compañía que nuestras obras. ¡O virtud! ¡O vicio! ¡qué tan confundidos andais en el mundo! A los pies de Jesucristo os distinguireis mas que la luz de las tinieblas, mas que la noche del día y tanto como el cielo del infierno. El vicio aparecerá allí como un monstruo horrible que pide castigo para el alma viciosa, y la virtud como una hermosa Matrona que pide premio

para el alma virtuosa. ¡O felices virtuosos! A los pies de Jesucristo principiará vuestra gloria. ¡O desdichados viciosos! A los pies de Jesucristo principiará vuestro infierno. ¡Señor! ¡Qué será de mí y de todos mis oyentes en aquella hora temerosa! ¡Si seremos tan dichosos que aparezca allí viva nuestra alma con la vida de la gracia, ó tan desdichados que se presente allí muerta con la muerte del pecado! ¡Dios mio! ¡qué diferencia tan espantosa! Haced, Señor, que aborrezcamos hasta la sombra del pecado que vos tanto aborreceis, y que amemos la virtud que tanto amor os merece.

### SEGUNDA CIRCUNSTANCIA.

Habéis visto, Católicos, que todos, sin excepcion, nos hemos de presentar ante el tribunal de Jesucristo para ser juzgados; y esta es la primera circunstancia que hace terrible el juicio que nos espera. Vamos á ver que este juicio se ha de hacer de todos los pecados sin que deje de ser juzgado ni el mas rápido pensamiento, y esta es la segunda circunstancia que hace terrible nuestro juicio. Al salir cada uno de nosotros de este mundo y entrar en la eternidad nos hallaremos solos con Dios solo, á darle cuenta de toda nuestra vida. Considerad, mis amados, este paso terrible. ¡El hombre delante de Dios! ¡El pecador solo y desamparado delante de un Dios ofendido é irritado! ¡Cómo podrá sostener esta divina presencia!

Puesto el infeliz pecador á los pies de su Dios, un rayo de luz penetrará su alma, y en un momento se descubrirá toda la historia de su vida desde el primer momento en que hizo uso de su razon, hasta que cesó este uso. Se verán todas sus palabras y pensamientos con todas sus obras y deseos. A un mismo tiempo se estarán viendo las fragilidades de la niñez y la juventud y las malas costumbres de la edad madura; los pecados cometidos en años enteros y los cometidos en rápidos momentos; los deseos pasageros y los rencores inveterados; los pecados de comision y atrevimiento y los de omision y descuido. Allí se presentarán tantas gracias despreciadas y tantas inspiraciones desatendidas; tantas confesiones sin mudanza de vida y tantas comuniones sin fruto; tantas ocasiones de practicar la virtud y tanto descuido en aprovecharlas; tanto amor de parte de Dios y tanta indiferencia de parte del hombre... Allí, en fin, se manifestará cuanto ha pensado el espíritu, cuanto ha deseado el corazon, cuanto ha pronunciado la lengua, cuantos movimientos ha hecho el cuerpo y cuantos

quereres ha tenido el alma. En suma, cuanto ha hecho Dios por el hombre y cuanto ha hecho el hombre contra Dios. ¡Qué vista tan terrible!

Ya allí no se presentarán los pecados como una cosa que pasa y de la que no queda ni aun memoria; sino como unos monstruos enroscados y anidados en lo mas hondo del alma. Allí ya no se presentará el Señor, como un Dios mudo, que sufre, calla, y espera en silencio el arrepentimiento y la mudanza del pecador; sino como un Dios que juzga y sentencia al delincuente. Allí ya no aparecerá aquel Dios niño que nace en un establo, que llora sobre Jerusalén, que suda sangre en el huerto y que camina al Calvario como un cordero al matadero, sino aquel Dios á cuyo paso se bajan los montes y los cerros para allanarle el camino; aquel Dios á quien preceden los torbellinos y el terror; á cuya presencia caen los muros de las ciudades, y cuyas venganzas publican los relámpagos y los truenos; aquel Dios, cuya voz airada, hace temblar al universo; aquel Dios que con el soplo de su cólera reduce á una soledad espantosa los pueblos y los reinos, borra los astros y desquicia los Cielos; aquel Dios, que, como dice David, baña sus saetas en la sangre del pecador y con su aliento enciende los carbones del infierno. Ved aqui, mis amados, un débil bosquejo del poder del Juez que nos ha de juzgar y del juicio que indispensablemente hemos de sufrir cada uno. ¡Cielos santos! ¡Quién podrá sostener, ni al Juez ni el juicio!

### TERCERA CIRCUNSTANCIA.

Pero, si es terrible el juicio, porque han de ser juzgados en él todos nuestros pecados, no lo es menos por la sentencia que en él se ha de pronunciar, porque ha de ser una sentencia sin revista, sin apelacion y sin revocacion por toda la eternidad. Una vez pronunciada por el Juez soberano, ya se concluyó para siempre la causa, y aunque todos los justos del mundo y todos los Santos y Angeles del Cielo, y con ellos la Santísima Virgen, pidiesen á Dios á un mismo tiempo con todo el fervor que les sugiriese su encendida caridad la revocacion de esta sentencia, jamás conseguirian que se mudase ó variase ni en una sola tilde; por que ya entonces no intercede por el pecador la sangre de Jesucristo. Ya no tiene en la divina hostia, que se ofrece todos los dias sobre el altar santo, aquel

Abogado divino, aquel Hijo de Dios que ruega continuamente por los pecadores á su eterno Padre. Ya entonces cesó para él aquel Soberano Espíritu que con gemidos inexplicables pide por nosotros. ¡Desdicha incomparable!

Jamás mudará ya el sentenciado de estado y condicion. Siempre será ya un pecador, porque su pecado queda estampado en su alma por toda la eternidad. Ya no puede volver á la gracia de Dios. Para siempre queda ya en su desgracia. Dios no le mirará ya jamás como hijo. Siempre le mirará ya como un maldito. Siempre será ya un esclavo del demonio y una presa del infierno, que va á sumirse en la eternidad de sus tormentos. Ya no habrá para él dias ni años, sino eternidad y tormentos. Ahora tormentos y eternidad, luego eternidad y tormentos. Despues tormentos y eternidad, y siempre eternidad y tormentos. ¡O desdichado pecador! ¡Cuánto mejor te habría sido no existir! ¡O amados de mi alma! ¡Qué diremos, que haremos cuando aparezcamos en juicio! ¡O mi querido Jesus! Todavía no sois nuestro Juez. Todavía sois nuestro Salvador y nuestro piadoso Padre. Concedednos, Padre amado, una contricion verdadera que borre nuestros pecados, pues si nosotros los detestamos y lloramos, vos no los castigareis.

#### CUARTA Y ÚLTIMA CIRCUNSTANCIA.

Mas ay de nosotros, si no procuramos prepararnos para nuestro juicio y vivir prevenidos para entrar en él; porque no puede estar distante, y esta es la cuarta y última circunstancia que hace, si cabe, mas terrible nuestro juicio. Ya podemos decir cada uno de nosotros con el Apóstol Santiago, que está el Juez á nuestra puerta; porque ¿cuánta distancia puede haber desde esta hora, en que yo os predico y vosotros me escuchais, á la de nuestro juicio? La misma que hay á nuestra muerte, porque nuestra muerte y nuestro juicio están seguidos y unidos. Y que distancia puede haber á nuestra muerte, siendo nuestra vida, segun la pintura que de ella nos hace la Sagrada Escritura como una sombra que aparece y desaparece al mismo tiempo, como un vapor que se disipa, como un posta que pasa precipitadamente, como un ave que vuela con rapidez, como un navío con viento fuerte de popa y velas desplegadas... ¡Qué cosa mas rápida que nuestra vida! ¿Y cuánto podemos distar de nuestro juicio hallándonos tan cerca de nuestra muerte? Segun esto ¿cuándo seremos juzga-

dos? Acaso dentro de un año, acaso dentro de un mes, acaso el día de mañana, acaso el día de hoy, quizás en esta misma noche nos pedirán, como al rico del Evangelio, nuestra alma. Quizás estando dormiendo nos despertará un clamor como á las vírgenes de la parábola, y nos dirá: el esposo viene, salid á recibirle.

Amados de mi alma, oid el terrible pensamiento, que con este motivo me ocupa en este instante. Si un Angel del Señor bajase del Cielo en este momento y presentándose en este templo en medio de nosotros nos dijese: que en esta noche á las doce en punto habíamos de ser juzgados cuantos nos hallamos ahora en él; ¡qué día tan apretado seria este para cada uno de nosotros! Todos nos hallariamos ocupados de repente en repasar ó ajustar nuestras cuentas; ¡pero que largas habria que hacerlas en tan corto tiempo! ¡Cuántas penitencias que cumplir! ¡Cuántas restituciones que hacer! ¡Cuántas malas costumbres que desarraigar! ¡Cuántas virtudes que adquirir para comparecer ante el Dios de las virtudes! ¡Cuántos vicios que borrar para presentarse á los pies del Dios de la Santidad! ¡Cómo seria posible hacer todo esto en un tiempo tan breve! ¡Dios mio! ¡Cuál seria la confusion de todos en tan espantoso día, particularmente la de aquellos que viven tan olvidados de su alma y su salvacion! ¡Cómo se contarían las horas que pasaban y las que iban quedando! ¡Qué pavor cuando se oyesen ya las doce menos cuarto! ¡A quién no correría, segun la expresion del Profeta, agua de sus rodillas en fuerza del temblor! ¡Quién no estaria cubierto en aquel momento de palidez y de un sudor frio y mortal!

Pues ahora, yo os pregunto, Católicos, aunque lleno de confusion, y sin separar mi suerte de la vuestra. ¿Quién nos asegura nuestra vida, ni aun hasta la media noche? Si el anuncio de un Angel que señalase nuestra muerte para las doce, nos pondria en congojas de muerte, ¿cómo podemos vivir tan sosegados habiéndonos dicho, no un Angel, sino el Señor de los Angeles: que velemos, que estemos preparados para darle cuenta de nuestra vida en todo día y en toda hora, porque no sabemos ni el día ni la hora, sin que tengamos segura esta tarde, como la tendríamos hasta las doce con el anuncio del Angel?

Pero ya veo que direis; que aun cuando pueda haber mayor peligro para cada uno de nosotros en particular, no le hay con respecto á todo el número que nos hallamos aqui reunidos. Mas bastará que le haya con respecto á cada uno para

que todos temblamos; pero le hay tambien con respecto á todo el número, porque á la muerte no detiene el número. ¿Cuántos ejemplares no tenemos de muertes de la multitud? Bien olvidados de la muerte estaban los Israelitas, bailando al rededor del becerro, cuando vino sobre ellos la espada del Señor y luego se hallaron mas de veinte mil en su divino tribunal dándole cuenta de su vida. Aun estaban las golosinas en las bocas de la multitud del desierto, cuando el fuego del Cielo reducía ya á carbones sus cuerpos y enviaba sus almas al juicio soberano. En un momento se tragó la tierra las cuatro populosas Ciudades de Pentápolis. ¿Cuántos pueblos enteros no han sido abrasados improvisamente en los volcanes? ¿A cuántos no han consumido las llamas? ¿A cuántos no ha sepultado en sus entrañas la tierra? ¿A cuántos no se ha sorbido el mar? Llenas están las historias divinas y humanas de tan terribles acontecimientos. Pero yo quiero conceder que no fuesen más que diez de los que nos hallamos presentes á los que anuncia el Angel la muerte sin señalarlos; que no fuesen más que cinco; que fuese solamente uno; ¿sería por eso menor nuestro sobresalto, temiendo cada uno de nosotros ser ese uno que habia de morir y ser juzgado á las doce de la noche?

— Pero vosotros contais con que á la muerte precede regularmente la enfermedad; que ésta os dará algún tiempo para disponer os á dar cuenta á Dios, y que no os hallareis tan apurados como en el caso propuesto. ¿Y quién eres tu, Cristiano temerario, que así expones el negocio de tu salvacion? Regularmente precede la enfermedad, y si no precede, te será de consuelo en el infierno haberte fiado de que regularmente precede? Pero ¿y cuántos han pasado del sueño al tribunal soberano? ¿Cuántos anochecieron sanos y amanecieron juzgados? ¿Cuántos cayeron en una calle, en una plaza, en el campo; en el templo mismo, y cuando quisieron levantarles, los encontraron cadáveres? Yo mismo he visto caer muerta una persona rezando las cruces con el pueblo sin que hubiese tiempo para administrarla los santos Sacramentos, á pesar de estar en la Iglesia y al lado de su Párroco. ¿Cuántos han muerto bajo de las ruinas de sus casas, que cayeron repentinamente sobre ellos? ¿Cuántos se han estrellado cayendo de los árboles ó de los edificios? ¿Cuántos, en fin, sin saber por qué quedaron muertos? ¡Y quien sabe si tu muerte será semejante á alguna de estas!

Pero concedamos de gracia que precede la enfermedad á tu muerte, siendo tu, como supongo, una de aquellas almas que viven desprevenidas en lo que toca á su salvacion, y á las que cuesta tanto trabajo disponerse para recibir los santos Sacramentos, no querrás que te hablen de esta disposicion mientras haya esperanza de salir de la enfermedad, y como esta esperanza no se acaba regularmente hasta que comienzan á faltar los sentidos, dejarán para entonces tus asistentes el hablarte de que te dispongas para recibir los santos Sacramentos y dar cuenta á Dios, y tu lo dejarás tambien para entonces. Y bien ahora, cuando te halles aquejado de dolores por todas partes, confundidos los sentidos y pensando el corazon, ¿harás mas diligencias para prepararte á comparecer en el juicio de Dios que las que harias esta tarde, si el Angel te anunciase tu muerte á las doce de la noche? Y si con las diligencias que harias esta tarde, te hallarias tan temeroso y poco satisfecho, y estarias tan apurado al llegar la hora de las doce, ¿qué confianza podrias tener en las que harias en el apuro de tu enfermedad? Si estando todas tus potencias y sentidos en una actividad suma con motivo del término de las doce fijado por el Angel para dar cuenta á Dios, y ocupadas únicamente en la preparacion para esta terrible cuenta, te hallarias tan temeroso y desconfiado de salir bien en ella, ¿qué esperanzas podrías fundar en las diligencias hechas en tu enfermedad, estando tus potencias y sentidos en el mayor abatimiento y ocupados enteramente de dolores y tal vez de congojas mortales? ¡Cristianos! no nos hagamos ilusiones, no nos engañemos en el negocio de nuestra eternidad que es nuestro unico negocio. La muerte pide que nos preparemos cuando tenemos salud, si por desgracia no vivimos siempre preparados, y el juicio pide que vivamos preparados para presentarnos en él.

¡Dios mio! Penetrad de vuestro santo temor nuestros corazones. No entreis en juicio de ira con vuestros siervos. Juzgadles en misericordia. Concedednos ahora un espíritu de penitencia que borre nuestros pecados, un espíritu de piedad y de amor que nos adquiera la santidad y las virtudes y un don de perseverancia que nos lleve á vuestra divina presencia con aquella pureza que necesitamos para entrar en el Cielo á reinar con Vos que vivís y reináis en los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## SOBRE EL JUICIO FINAL.

*Erunt signa in sole et luna et stellis,  
et in terra pressura gentium. Luc. c. 21.  
y. 25.*

**H**abrará señales en el sol y en la luna y en las estrellas, dice el Santo Evangelio, y en la tierra consternación de las gentes. Quedarán yertos los hombres por el temor de las cosas que sobrevendrán á todo el orbe. Se conmovieron las virtudes del Cielo y vendrá el Hijo del hombre sobre una nube con gran poder y magestad. *Cum potestate magna et majestate.*

Ved aquí, Católicos, la terrible pintura que en estas breves palabras nos hace el Santo Evangelio del día del juicio: día de calamidad y de miseria, añade la Iglesia: día grande, y grandemente amargo, porque en aquel día terrible se oscurecerá el sol, la luna y las estrellas; se apagarán los astros, y desaparecerá el Cielo con tanta rapidez, como se ocultan á la vista las figuras de un lienzo pintado, euando una mano diestra y ligera le arroja apresuradamente. Se recogió el Cielo, dice San Juan, como un libro que se arrolla. *Et cælum recessit, sicut liber involutus.* La tierra se pondrá en un horroroso movimiento. Se encontrarán y mezclarán sobre ella los uracanes, los torbellinos y los torrentes de fuego. Los mares se elevarán sobre los montes y formarán golfos y abismos. Se arrancarán los peñascos y nadarán sobre los mares ó se hundirán como vagel que naufraga. Todos los elementos se confundirán, el Universo entero se destrozará y toda la naturaleza dará moribunda el último gemido. Se acabará el imperio de la muerte, se abrirán los sepulcros y sus cenizas producirán hombres nuevos. Llegará el Juez soberano y pronunciará la sentencia eterna del hombre...

¡Qué sucesos tan espantosos, Cristianos! Cuando considero mi pequeñez y mi flaqueza, y la comparo con la terrible y última

historia del mundo, que es el asunto de este día, apenas me encuentro con ánimo para poder emprenderla. Luz de luz que iluminais todo el mundo, alumbrad mi entendimiento y disipad los temores que le ocupan. Poder sin límites, que con un dedo sostenéis todo el orbe; sostened mi flaqueza, tranquilizad el tumulto interior que me turba, y concededme un valor celestial que me anime. Comunicad, Señor, á mis palabras aquella eficacia que conmueve y muda los corazones de los pecadores. La trompeta del juicio hará que salgan todos los hombres del abismo de la muerte. ¡Suceso asombroso! Mas yo aspiro en este día á un suceso mas asombroso. Aspiro, Dios mio, á sacar al pecador del abismo del pecado. Mi voz, aunque débil, obrará este prodigio, si Vos, Señor, la animais con el poderio de vuestra gracia. Ésta os pedimos por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del Angel. AVE MARÍA.

*Erunt signa in sole et luna...*

Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y en la tierra consternacion de las gentes. ¿Y quién podrá imaginar el horror de aquel día terrible? ¡Despertad mortales! ¡Temblad pecadores! En medio de aquel día de espanto se enlutará el Cielo de repente, quedará la tierra sepultada en una pavorosa noche y toda la naturaleza se estremecerá al ver que llegó su fin. Entonces los vientos enfurecidos y dando silvidos espantosos, embestirán al mundo por todas partes. Aquí tronchan los árboles mas fuertes y corpulentos; allí destrozan los montes mas espesos y dilatados; allá arrasan los bosques mas poblados y hacen que se estremezcan hasta en su centro las mas empinadas sierras. La tierra se bambolea desquiciada, se abre en bocas horribles y se traga poblaciones enteras. Los mares, bramando de un modo horroroso, rompen sus términos y anegan islas y reinos, y sus olas embravecidas arrebatan cuanto encuentran. El ayre se convierte en relámpagos y rayos que se cruzan por todas partes. Los truenos mas espantosos se oyen sin cesar de uno á otro polo y sus horrendos estampidos hacen retemblar el orbe. Las nubes abiertas por todas partes no arrojan ya granizos regulares sobre los hombres, sino granizos como talentos, dice San Juan. *Et grando magna sicut talentum descendit de Cælo in homines.* (1)

(1) El talento es mas de tres arrobas.

¡O Católicos! ¡Quién podrá expresar los estragos y las muertes que sucederán en tan horrible tragedia! Unos quedarán sepultados bajo de los montes, á otros se tragará la tierra. Sobre unos pueblos caerán los cerros que ahora los dominan, á otros anegarán los mares que ceban su apetito. Aquí se verá un monton de cadáveres abrasados por los rayos, allá otro de hombres dando el último gemido. En los campos y en los poblados, en las plazas, en las calles y en las casas se oirán los lamentos mas tristes y los quejidos mas lastimosos. El mundo entero será un Egipto anegado en llanto. Todo será horror, todo confusion. Unos asombrados correrán huyendo de la muerte y sin saber adonde; pero en su misma carrera ó los tragará la tierra ó los abrasarán y consumirán los rayos. Otros, atónitos al ver tantos horrores, no acertarán á moverse y se secarán de temor, como dice San Lucas. ¿Qué es esto? dirán entre sí mismos, sin tener ánimo bastante para preguntarlo unos á otros. ¿Qué es esto? ¡En qué ha de venir á parar este destrozo del mundo! ¡Pero ay! amados de mi alma, que todo esto no es mas que el principio de los dolores, segun dice San Mateo. *Hæc autem omnia initia sunt dolorum.*

Tras de todos estos males enviará la indignacion divina, dice San Pedro, un como rio de fuego, que estendiéndose en un momento por las cuatro partes del mundo, abrasará toda la tierra. Reducirá á cenizas las poblaciones que hubiesen perdonado los otros elementos. Secará los rios y los mares. Derretirá los metales y descompondrá y consumirá hasta los elementos. *Et elementa ignis ardore tabescent.* ¡Que horror! Cristianos. A la violencia del fuego caen encendidos los montes en los valles; revientan entre rechinidos espantosos las enriscadas sierras, y hasta el soberbio Olimpo desaparece. A nada perdona el fuego victorioso; cuanto encierra y contiene la tierra, no basta para saciar el furioso elemento. Se embravece de nuevo y, ¡quién lo imaginára! prende en los Cielos y con un ruido espantoso va encendiendo sus bóvedas celestes. Arden el sol y la luna, las estrellas y los astros, y todo se purifica á la violencia del fuego. *Caeli ardentis solventur.*

### BOY LA NADA DEL MUNDO.

Venid ahora, mortales. Venid pecadores. Buscad á la pálida luz de esos errantes fuegos este mentiroso mundo que tanto os enamora y encanta. Venid á buscarle, pero advertid que ya no es mas que pavesas. Buscad, si quereis, en el cenicero á que ha

quedado reducido, aquellos bienes que adquiristeis con tantos afanes y acaso con tantas injusticias; que conservasteis con tantos desvelos y tantos remordimientos, y que perdisteis con tantos sentimientos y tantas inquietudes. Pero... ¿dónde quereis encontrar esos átomos del mundo, cuando el mundo entero ha perecido? Buscad, mugeres mundanas, aquellas galas y vestidos que tanto os envanecian y hacian tan orgullosas; pero ved que ni á vuestros atavíos mugeriles ha perdonado el furioso elemento. Buscad, hombres corrompidos, aquellos teatros que llenaban de un fuego impuro vuestro pobre corazón. Buscad, almas pecadoras, cualesquiera que seais, aquellos lugares, aquellos sitios, donde, olvidados de un Dios que os estaba mirando, os entregabais al crimen. Buscad aquel suelo que sufrió el peso de vuestras maldades. Tomad en vuestras manos parte de esas cenizas que teneis á la vista. Acaso fueron una hermosura. ¿Qué se han hecho sus encantos? Quizás fueron un traje ó una gala: ¿qué se ha hecho su lucimiento? Quizás fueron oro ó plata, rubies ó diamantes: ¿dónde está ya su valor? Quizás fueron una corona ó un cetro: ¿dónde está su brillantez y poderío? ¡O vanidad de las cosas humanas! ¿Y sois vosotras las que robais el corazón del hombre que solo debe ser de Dios? ¿Sois vosotras por quienes se cometen tantos crímenes en todo el universo? Ambicion, fáusto, orgullo, grandeza humana presentadnos ahora esa hinchazon con que entumecéis el corazón humano y haceis tan soberbios á los hombres. Ostenta ahora riqueza tus tesoros. Ven gula á convidarnos con tus manjares y licores. Y tu hermosa funesta, fiera enemiga del alma, ven ahora á hacer alarde de tus fatales atractivos. Pero ¡ay cristianos! que ya en la derrota comun todo ha perecido. Solo la virtud ha quedado... pues ven tu virtud amada, reflejo de la divinidad, hechizo del alma justa y único consuelo del hombre en aquel día espantoso. Ven tesoro de la tierra y hechizo de los Cielos. Ven á poseer desde hoy y para siempre nuestros pobres corazones. Amados de mi alma, fuera de la virtud yo nada veo que merezca las atenciones del hombre. Solo la virtud no acaba. Todo lo demas perece.

### RESURRECCION DE LOS MUERTOS.

Peró volvamos á contemplar la espantosa soledad á que ha quedado reducido el orbe. Mas ¡ay! amados de mi alma. En medio de aquel profundo silencio se deja oír de repente la trompeta del juicio. Aquella trompeta, cuya sola memoria estremecia

á un San Gerónimo, y llenaba de pavor á los mas áusteros Anacoretas. Levantaos, muertos, dice, y venid á juicio. *Surgite mortui. Venite in judicium.* A su sonido espantoso, la tierra tiembla de nuevo, el Cielo repite el temeroso acento, y hasta el abismo se estremece. Mar y tierra fermentan á un tiempo, y cada uno arroja los cadáveres que encierra. Cabezas, brazos, manos, piernas, todo género de miembros van volando por el aire á unirse con sus correspondientes miembros. Muchos troncos, sepultados allá en el escarchado norte, atraviesan con una velocidad, sin comparacion mayor que la del rayo, regiones inmensas, buscando sus cabezas en el fogoso mediodia. Al sonido de la imperiosa trompeta hasta el menor átomo humano se pone en movimiento y acude á formar el cuerpo de que fue parte. Los huesos se presentan descarnados, como los vió el Profeta Ezequiel, se juntan unos con otros, coyuntura con coyuntura, vienen los nervios á unir aquellos huesos desunidos y la carne á vestirlos. La piel se acelera á cubrirlos por todas partes, y en un momento ¡qué asombro! el mundo todo se encuentra lleno de cadáveres. ¡Pavoroso espectáculo! Aquí se verá un gran campo de batalla, cubierto de los muertos que dejó tendidos en él la espada victoriosa. Allí se verá otro de los que sepultó vivos un espantoso terremoto. El mar presentará la innumerable multitud que pereció en los naufragios; y toda la tierra se verá como sembrada de montes de cadáveres que formarán los que fueron sepultados en los templos y en los cementerios. En el sitio que ocupa hoy este pueblo, se formará tambien uno de los que han muerto en él hasta ahora y de los que morirán en adelante. Nuestros cuerpos, mis amados, estos mismos cuerpos que ahora le ocupan, entrarán regularmente tambien á formarle. ¡Quiérase el Cielo que sea, para que unidos á nuestras almas gloriosas, vayan con ellas al Cielo, á ver á Dios y gozarle eternamente!

#### DE LOS JUSTOS.

Preparados así todos los cuerpos de todos los hombres por virtud del Omnipotente, acudirán sus almas á dar cada una otra vez vida al suyo, pero ¡qué diferente ha de ser el estado en que se presenten! Bajarán unas del Cielo rodeadas de gloria. Saldrán otras del Purgatorio mas limpias y blancas que la nieve. ¡Mas ay! Suspirando, gimiendo y arrastrando subirán otras del infierno mas horribles que el infierno. Todas hallarán sus cuerpos preparados. Pero ¡qué cuerpos tan diferentes! El alma justa

hallará un cuerpo hermoso que recibirá de mano de su Angel de guarda, quien al entregársele la dirá: Entra alma dichosa en ese dichoso cuerpo que fue el fiel compañero de tus virtudes para que lo sea tambien de tu gloria. Mirale bien, ese mismo es el cuerpo que castigabas en otro tiempo y reducias á servidumbre, siguiendo el ejemplo de San Pablo, para no ser reprobada. Regístralos con cuidado, esos mismos son los ojos que bajabas con tanta modestia para no encontrar con el objeto peligroso. Esos mismos son los labios que aprisionabas al oír tus injurias. Esos son los oídos que cerrabas á la murmuracion. Esa es la cabeza donde formabas tus pensamientos santos y tomabas tus resoluciones piadosas. Esos los pies con que caminabas del templo á tus deberes y de tus deberes al templo. Esas las manos con que socorrías á los pobres. Esa la lengua con que bendecias á Dios y consolabas al prógimo. Esa, en fin, es aquella carne que mortificabas con el ayuno y otras mil austeridades que te sugeria tu piedad ingeniosa. Duras te parecerían entonces esas mortificaciones ¡pero que gustosas y consoladoras te han de ser por una eternidad! ¡Dichosos ojos que vais á ver la hermosura de los Cielos! ¡Dichosos oídos que vais á oír la música de los Angeles! ¡Dichosa lengua que vas á cantar las alabanzas de Dios! Alma feliz, date prisa á esta unión inmortal. *Propera.*

Entonces, entrando el alma bienaventurada en su cuerpo, le volverá mas resplandeciente que la luna y los luceros, mas brillante que las estrellas y mas luminoso que el Sol. ¡Qué dicha! ¡qué felicidad! ¡qué hermosura! ¡qué gloria! La gloria de los bienaventurados. Venid acá ahora almas insensatas. Vosótras, las que vivís tan entregadas al mundo y tan enamoradas de sus glorias. Acercaos á estas nuevas criaturas. Comparad hermosuras con hermosuras, grandezas con grandezas y glorias con glorias, y desengañaos de una vez. ¿Quereis presentaros llenas de hermosura y de gloria en la gran concurrencia de todos los hombres y de todos los Angeles? pues renunciad desde ahora á esas glorias mundanas que os engañan y pierden. Emprended el camino de la virtud, que es el que conduce á la verdadera gloria. Si aún sois inocentes ¡ó qué estado tan dichoso! conservadle á toda costa, no aborreis sacrificio por no perder ese felicísimo estado; pero si sois pecadoras, emprended animosas la penitencia. Despues del naufragio, no hay otra tabla de salvacion para vosótras. Sin penitencia, vuestra resurreccion en el dia del juicio no será para gloria, sino para ignominia. Contempladla desde ahora en el alma reprobada.

### DE LOS PECADORES.

También esta encontrará preparado su cuerpo para recibirla, ¡pero qué cuerpo tan horroroso! Acaso le encontrará en donde cometió el mas feo de sus delitos. ¡Y cuál será al verle su espanto! ¡Es éste, gritará estremecida: Es este el abominable cuerpo por cuya causa ofendia yo á mi Dios! ¡Es posible que por dar gusto á este cuerpo de pecado me haya privado del cielo y condenado al infierno! O cuerpo traidor, y que caros me han de costar por una eternidad tus desordenados apctitos y tus sucios deleites. Ah, si me fuera dado volver á vivir contigo en el mundo ¡cuán distinto seria el tratamiento que usaría contigo! Te enfrenaría como á un bruto. Te trataría como á un rebelde. Te arrancaría los ojos, y te cortaría los pies y las manos, si esto fuera necesario para evitar el escándalo. Te reduciría á la mas dura servidumbre. Te castigaría... Pero adonde vas, alma insensata, la interrumpirá aqui Lucifer. ¿Adonde vas alma reprobada con tus inútiles discursos? Ya no hay remedio para tí, ni le ha de haber por toda la eternidad. Amaste á tu cuerpo como amigo, y ya será por siempre tu enemigo. Esa es la morada que tu misma te preparaste con tus vicios. Aun mas feos eran ellos que ese feisimo cuerpo. Entra en ese saco de tus antiguos deleites para que sea el calabozo de tus eternos tormentos. Aqui el alma desdichada entrará en su abominable cuerpo, le comunicará su fuego y luego hará que arroje llamas por todas partes como una espantosa hoguera.

¡Desgracia horrible! pero desgracia inevitable para tí, pecador que me escuchas, sino mudas de vida y haces penitencia. ¡Qué! ¿podrás huirla de otro modo? Esto es imposible. ¿Tardarás en caer en ella? ¿Y quién te ha dicho que está distante el juicio universal, cuando solo Dios sabe, cuando ha de ser este horroroso dia? Y dado que esté distante, ¿quién te asegura un solo dia de vida? Y si murieses en este año, en este mes, en este dia ó esta noche y no has hecho penitencia, ¿qué destino será el tuyo? Es verdad que no irás desde el lecho de la muerte al juicio universal, pero irás á esperarle en el infierno. ¿Y te atreverás á esperarle en el fuego del infierno tantos años, cuántos él tarde en llegar? Y cuando llegue aquel juicio espantoso, ¿te atreverás á presentarte delante de todos los hombres y de todos los Angeles como un condenado que sube del infierno á comparecer en el juicio de un Dios irri-

tado contra tí? ¿Y por último te atreverás á volver despues del juicio á sepultarte en cuerpo y alma para siempre en el infierno? Pues no hay medio, pecador. O penitencia, ó juicio espantoso é infierno eterno.

### VALLE DE JOSAFAT.

Pero yo me distraigo, desgraciado pecador, pero yo me distraigo lastimado de tu inmensa desgracia, y ansioso de tu enmienda. Volvamos, Católicos, á tomar el hilo de esta terrible y última historia del mundo. Animados en fin los cuerpos, tanto de los buenos como de los malos, serán presentados todos en el famoso valle de Josafat. Ya en el destrozo del Universo se habrán allanado los cerros que ahora le rodean. Un campo inmenso estará prevenido para recibir á todo el género humano. Irán llegando pueblos, ciudades, provincias y reinos. Adán verá allí á sus últimos descendientes. Lloverán gentes los años y los siglos. Mundos enteros ocuparán la vasta llanura. ¡Qué inmenso concurso! Apenas pueden compararse con él las menudas arenas. Hierve la multitud que ha concurrido con la multitud que concurre, hasta que llega á reunirse todo el género humano. ¿Y qué veis, Católicos, en esta concurrencia la mas asombrosa que jamás vieron los siglos? ¡Ay amados de mi alma! Aqui ya solo se ve una reunion inmensa de hombres, compuesta de infinitas generaciones. Aqui ya no se distingue, ni la magestad de los Reyes, ni la grandeza de los poderosos, ni la autoridad de los Grandes. Los mayores Monarcas se hallan aqui confundidos con los hombres mas despreciables. El mismo Cesar se hallará desatendido al lado del mas vil de sus esclavos. Aqui ya solo se advierte una multitud innumerable de criaturas que esperan temblando á su Criador para darle cuenta de toda su vida. Una multitud innumerable de reos que van á ser juzgados por el Soberano Juez de vivos y muertos, Estado pavoroso, situación terrible que, solo imaginada, estremee; ¡pues qué será cuando nos hallemos en ella! porque al fin, allá hemos de ir y allí nos hemos de hallar. En esta misma carne, decia Job, y con estos mismos ojos he de ver á mi Dios. Sí, Católicos, en esta carne y con estos ojos veremos á nuestro Dios.

## VENIDA DEL SOBERANO JUEZ Y MANIFESTACION DE LAS CONCIENCIAS.

¡Qué venida esta tan magestuosa, Cristianos, y al mismo tiempo que terrible! Se abrirán los Cielos de repente, y allá, á una distancia inmensa, aparecerá el Hijo de Dios, que baja con gran poder y magestad. En una mano trae el libro de la vida y en otra la vara de su justicia. El estandarte de la Cruz le precede y la Côte celestial le acompaña. Rodeado este Juez omnipotente de la innumerable multitud de sus Angeles, fija su tribunal soberano sobre todo el género humano, que, sobrecogido y temblando, le espera para ser juzgado. Luego principiará el juicio. Se abren los Libros de las conciencias y en un momento verán todos los hombres los vicios y las virtudes de todos los hombres; dice San Pablo, *in momento, in ictu oculi*. Una luz repentina se introducirá en el corazon humano, alumbrará todos sus senos y pondrá de manifiesto todos sus delitos. Entonces saldrán de improviso y como de una emboscada, dice San Bernardo, pecados sin número, y se presentarán á la vista de todo el mundo. Las flaquezas de la niñez, los excesos de la juventud, los delitos de la edad madura, las maldades de la vejez... Todas las culpas del hombre que acá en la vida se miraban como derramadas por todas sus edades, se presentarán allí reunidas y expuestas á un solo golpe de vista. ¡Qué confusion para el infeliz pecador! Considerémonos aqui ahora como necesariamente nos hemos de ver en aquel dia terrible. Considerémonos arrodillados y temblando á los pies del Juez soberano con la historia de todos nuestros delitos estampados en nuestra frente, expuestos á la vista de todos los hombres y de todos los Angeles, y sufriendo las miradas de todos. ¡Dios mio! ¡Puede imaginarse estado mas bochornoso! ¡Qué abismos podrá haber entonces que parezcan bastante ocultos para esconderse el alma pecadora! ¡En dónde se ocultarán entonces aquellos y aquellas que sobre la seguridad del secreto, abandonaron su pureza, su honor y su conciencia! Cuál será entonces vuestra confusion jóvenes disolutos al descubrirse allí vuestros vicios, ¿y á quién? á vuestros Padres, á vuestros hermanos, á vuestros vecinos, á vuestros conocidos y á vuestros desconocidos que principiarán á conocer por vuestros grandes delitos ¿Cuál será vuestro empacho, vírgenes sucias, como llamaba el Profeta á las de Israel, cuando se manifesten allí

á vuestras madres, á vuestras hermanas, á vuestras amigas, á vuestras conocidas y á todas las personas de los pueblos, en que vivisteis, á todas las concurrencias en que os hallasteis, á todo el mundo aquellas vergonzosas permisiones, aquellas caidas que llenas de congoja, y palpitando con violencia el corazon, apenas os atreveis á manifestar al Confesor, aunque estabais seguras de un eterno secreto? ¿Cuál será tu ignominia, marido indigno de serlo, cuando te vea el mundo tal como eres y te gradue de un monstruo de lujuria, á quien no bastó una esposa fiel para contener esa pasion de ignominia, que, como dice el Apóstol, te iguala con los estúpidos jumentos y te hace semejante á ellos? ¿Y cuál será la tuya esposa infiel, tu que con la esperanza de que quedaria oculta tu alevosia, te atrevas á manchar el tálamo de un esposo honrado que, con el sudor de su frente, sustentaba ese cuerpo que profanabas tu traidoramente? ¡O muger insensata! ¿no advertías, que te dice el Profeta, que ocultabas tus delitos con una tela de araña, tela que sino se rompió en los dias de tu vida, romperá el Juez soberano en este gran dia con el aliento de su boca para que todos vean todas tus torpezas? *Ut videant omnem turpitudinem tuam.* ¡O amados de mi alma! Que dia tan afrentoso será este para el alma pecadora al verse delante de todo el mundo cubierta con la maldad y fealdad de todos sus delitos, como aquella Ramera que vió San Juan llena de nombres de blasfemia. *Plena nominibus blasfemiæ.*

Pero al mismo tiempo, ¿qué dia tan glorioso será este para el justo, cuando se hagan patentes á todo el mundo los secretos de su conciencia? ¿Cuándo se vean sus combates, sus victorias, sus penitencias, sus lágrimas, sus sacrificios, sus virtudes y todo el misterio de su precioso corazon? Entonces, Cristianos, entonces se verá que no habia en el mundo cosa mayor ni mas digna de aprecio que un alma justa. Entonces se verá que lo que pasaba en esta alma, era mas prodigioso que todos los demas sucesos de la tierra, y lo único digno de escribirse en los libros del cielo. Entonces, en fin, se verá que un solo justo ofrecia á Dios un espectáculo mas admirable al mundo, á los hombres y á los Angeles, que todos esos hechos ruidosos que llenan las historias, á los que se levantan soberbios monumentos y que serán mirados en aquel dia terrible, dice Jeremías, como unas obras vanas y dignas de risa. *Opera vana et risu digna.*

## LOS ANGELES SEPARAN LOS JUSTOS DE LOS RÉPROBOS.

Pero ya el Juez soberano registra desde su augusto trono los pueblos y las naciones postrados á sus pies, y luego por su mandato dan principio los Angeles á una separacion lastimosa. De entre aquella multitud, compuesta de todos los hombres del mundo van entresacando los justos de todos los tiempos y de todos los reinos y colocándolos á la derecha del Juez soberano. Allí se van reuniendo las Vírgenes con la Reina de las Vírgenes, los Sacerdotes con Melchisedech, los Patriarcas con Abraham, los Profetas con Elias, los Inocentes con el Bautista, los Mártires con Esteban, los Penitentes con David, las Penitentas con Magdalena, y todos los justos con los compañeros de sus virtudes. Todos caminan gozosos á formar el dichoso pueblo de los hijos adoptivos de Dios á la derecha de su Hijo Jesucristo. ¡Qué triunfo este, Católicos, para los justos! ¡El solo importa un Cielo!

¡Pero ay! Tambien van amontonando á la izquierda la desventurada multitud de los réprobos. Allí van formando gavillas segun la parábola del Evangelio. Allí atarán á los envidiosos con Cain, á los soberbios con Faraon, á los disolutos con Onan, á los murmuradores con Coré, á los ladrones con Acan, á los sacrílegos con Nabuco, á los borrachos con Baltasar, á los adúlteros con Heródes, y á todos los réprobos con los compañeros de sus delitos. ¡Dios eterno! ¡Quién podrá imaginar cuan horrible será esta reunion espantosa!

Hecha la separacion de buenos y malos, todo el género humano quedará dividido en dos porciones que formarán por toda la eternidad solos dos pueblos; á saber, el pueblo justo y el pueblo pecador, el pueblo de Dios y el pueblo del diablo, el pueblo del cielo y el pueblo del infierno. Desde este momento quedarán separados para siempre el trigo de la cizaña, el grano escogido de la paja reprobada, los vasos de honor de los vasos de contumelia... En una palabra, todos los buenos de todos los malos para no volver á mezclarse ni á verse mas. ¡Separacion espantosa! ¡Ay de mí! decia un Profeta, el consuelo se ha huido de mis ojos al ver como separan para siempre á un hermano de otro hermano. *Consolatio abscondita est ab oculis meis, quia ipse inter fratres dividet.*

¡Cuál será aqui, Cristianos, la desesperacion de un mal Padre

al verse separar para siempre de su buen hijo; de una mala hija de su buena madre; de una hermana criminal de su hermana virtuosa; de un hermano corrompido de su casto hermano! La muerte que nos arrebatara todos los días las personas más queridas, y nos hace verter tantas lágrimas, nos deja al fin el consuelo y la esperanza de volverlas á ver algún día; pero aquí la separación es eterna y un caos inmensamente mayor que el que mediaba entre Lázaro y el rico del Evangelio, se fijará entre unos y otros por toda la eternidad.

### SENTENCIA DEL JUEZ SOBERANO.

Colocados en fin con un orden admirable todos los justos á la derecha del Juez soberano, y agavillados de un modo espantoso todos los réprobos á su izquierda; los justos mirando enagenados de gozo á Jesucristo con quien van á reinar en cuerpo y alma por toda la eternidad; y los réprobos mirando de un modo feroz hácia la tierra y penetrando con su vista hasta el abismo donde van á sumergirse en cuerpo y alma por toda la eternidad... En esta actitud, tan llena de gozo para los unos y de espanto para los otros; el Juez soberano volverá desde su augusto trono sus dulces y apacibles ojos hácia la derecha, y mirando á sus escogidos con aquel semblante que están contemplando siempre los Angeles y siempre deseando contemplarle, les dirá: venid benditos de mi Padre, venid hijos de mi amor, engendrados con el calor de mi pecho y redimidos con la sangre de mis venas, venid á coronaros de gloria, venid á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo. *Venite, possidete paratum vobis regnum ab origine mundi*: y volviéndose luego hácia la izquierda y echando una ojeada espantosa sobre aquella multitud de réprobos, les dirá: apartaos de mi malditos al fuego eterno. *Discedite á me maledicti in ignem æternum*. Yo morí por vuestro amor y vosotros no vivisteis para amarme. Yo os adopté por mis hijos y vosotros me tratasteis como sino fuera vuestro Padre. Vuestras pasiones valieron más que yo y con ignominia me ví puesto á ellas. Vosotros me despreciasteis y me arrojasteis de vuestro corazón que era mi santuario; yo también os desprecio ahora á vosotros y os arrojé de mi presencia para no veros más. Id malditos al fuego eterno. *Ite in ignem æternum*. ¡O dulce Jesús, Redentor compasivo de nuestras almas!

¡Dios de amor y de ternura, de cuándo acá os habeis revestido de ese terrible furor! ¡Qué harán esas desventuradas criaturas, arrojadas para siempre de vuestra divina presencia! ¡Cómo podrán vivir ni subsistir sin su Criador! ¡Y cómo sostendrán por toda la eternidad el formidable peso de vuestra indignación! ¡Ah Señor! Reducidlas á la nada de que las formasteis antes que hacerlas el blanco de vuestra ira eterna. Si las negais vuestra presencia y vuestra gloria, aniquilad su naturaleza, y desaparezca su existencia... Este, Cristianos, seria el partido menos desventurado de los réprobos, pero ni esto se les concede. La injuria fué infinita y la pena debe ser infinita. Asi que, arrojados de la presencia de Jesucristo, ya no les queda otro partido que bajar al fuego eterno. *In ignem aeternum.*

### SU EJECUCION.

Pronunciada la sentencia, á un tiempo se abrirán Cielo é Infierno para recibir cada uno los que le pertenecen. Los justos, enagenados de gozo, mezclados con los Angeles y cantando las glorias del Señor subirán con Jesucristo al reino de los cielos á ver á Dios y gozarle eternamente, y los réprobos, cubiertos de palidez y atropellados por los demonios, caerán desplomados en el infierno para no volver á salir de él eternamente. *Ibunt hi in supplicium aeternum.*

¡Gran Dios! Nuestro corazón se ha llenado de pavor al considerar vuestro terrible juicio. ¡Y quién no se estremecerá! Amados de mi alma, la historia espantosa que acabais de oír no es la historia de reinos estraños ni de hombres desconocidos. Es la historia de todos los reinos del mundo y de todos los siglos. Es la historia de todos y cada uno de nosotros. Yo mismo que ós predico y vosotros que me escuchais, todos nos hemos de hallar en este juicio espantoso. ¿Pues qué hacemos mis amados? ¿En qué pensamos sino pensamos en esto? ¿Dónde está nuestro juicio, si no nos preparamos desde ahora para aquel terrible juicio? Ya es tiempo de salir de nuestro fatal sueño. Jesucristo no es todavia nuestro Juez, pero lo será muy luego. Todavia es nuestro Padre, pero va á dejar de serlo. Para un negocio tan grande nos queda solo un momento, porque un momento es el que falta para nuestra muerte por larga que sea nuestra vida. El dia del juicio por distante que esté, comparado con la eternidad, tampoco es mas que un momento, porque todo

lo temporal en comparándolo con la eternidad no es mas que un momento. ¡Y qué! ¿Seguiremos despreciando este momento de nuestra vida? No lo permitais, Dios mio. Vednos aqui, Padre amado, postrados á vuestros pies, y pidiendo con un corazon contrito y humillado que por las entrañas de vuestra infinita misericordia tengais piedad de nosotros. Ahora, Dios mio, ahora que todavia no sois nuestro Juez, ahora que todavia sois nuestro Padre, compadeceos de vuestros desgraciados hijos. Perdonad todos nuestros yerros cometidos hasta aqui, y haced que desde este dia emprendamos una vida penitente y virtuosa, y que perseveremos en ella hasta nuestro último aliento, para que acabando esta vida momentanea en vuestra amistad y gracia, merezcamos en el dia de vuestro terrible juicio vernos colocados á la derecha de vuestro querido Hijo, y subir en su compañía mezclados con los Angeles al reino de los cielos á veros, bendeciros y alabaros eternamente en la gloria. AMEN.

# SERMON

## SOBRE EL INFIERNO.

---

*Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.* Luc. cap. 16. v. 22.

**M**urió el rico, dice San Lucas, y fué sepultado en el infierno. Tal es el horrible destino del pecador impenitente. Muere y muere para todo y todo muere para él. ¡Cuántas separaciones! ¡Cuántas pérdidas! ¡Cuántos sentimientos! Muere y es sepultado en el infierno. ¡Qué sepulcro! ¡Qué tumba! ¡Qué habitacion! Soy atormentado en este abismo, exclama con una voz lastimosa. Me quemo en esta llama. *Crucior in hac flamma.* ¡Qué clamor! ¡Qué palabra! Palabra eterna, palabra inmensa, palabra, que encierra todos los tormentos y toda su duracion. Las llamas del infierno que le rodean, abrasan y consumen sin acabarle; los Ministros infernales que las atizan sin cansarse jamás... Qué mayor ¡que mayores tormentos! Pues asombraos, Católicos. Llenos de pavor, todo esto no es mas que un aumento de las penas del condenado. El fondo y como la esencia de sus tormentos son sus pecados. La misma justicia divina viene á ser menos formidable para el condenado que sus delitos; porque en efecto, ¿cuál es la imagen del infierno? el pecado. ¿Y cuál es la imagen del pecado? el infierno. No consideremos hoy el infierno sino bajo de estas ideas, ideas justificadas en los libros santos. Estos nos dicen en unas partes que los pecadores caerán en el abismo que ellos mismos se abrieron con sus pecados; que allí se alimentarán con el fruto de sus iniquidades; y que serán abrevados con la hiel de sus abominaciones. Nos dicen en otras: que lo que fué instrumento de sus prevaricaciones, vendrá á ser el instrumento de sus suplicios: que sus iniquidades pesarán sobre sus cabezas; y que las flechas que ellos dispararon contra Dios, se volverán contra ellos. Otros mil pasages, que seria largo referir aqui, nos hablan en el mismo sentido.

El gran Basuet no creyó abanzar demasiado en decir: que Dios, siendo tan poderoso, no tenía cosa mas terrible para castigar al pecador que su mismo pecado: idea grandemente conforme á la naturaleza de Dios, que siendo esencialmente bueno, no encontrará en sí mismo cosa con que atormentar mas á los réprobos, ni que contribuya mas á su castigo que poniendoles delante sus pecados. Así que el infierno no es tanto el reino de la justicia divina, como el reino de la tiranía del pecado. ¡O Israel! Tu perdicion y tus tormentos obras son de tus pecados. *Perditio tua ex te Israël.* Si, Cristianos, el condenado verá sus pecados, y sus pecados serán su desesperacion. El condenado será el objeto de todos los castigos que exige el pecado y el pecado será el motivo de todos los castigos que padece el condenado. ¡Qué verdades tan terribles vais á oír, mis amados, al desenvolver yo esta idea! Por el pecado vais á conocer lo que es el infierno: Primera parte. Por el infierno vais á conocer lo que es el pecado: Segunda parte. Imploramos los auxilios del Espíritu Santo por la intercesion de su amada Esposa la Santísima Virgen. AVE MARIA.

### PRIMERA PARTE.

¿Quién conoce los pecados? preguntaba el Real Profeta. ¿Quién? El réprobo y nadie mejor que el réprobo. Este infeliz va á aclarar el misterio de iniquidad que encierra en sí el pecado. Herido por el golpe terrible de la muerte, y precipitado en el infierno, la ilusion cesa, el encanto desaparece, el velo cae, el pecado se descubre... ¿Y qué es lo que vé? Lo que él solo ha hecho, lo que no acierta á creer, aun cuando lo está viendo. Ve el pecado tal cual es en si mismo. Ve este abismo de maldad, este mal inmenso que encierra todos los males. Ve las obras de la creacion manchadas por el pecado, inutilizadas las riquezas de la redencion, violada la ley eterna, oscurecida la gloria exterior del Señor y vulneradas sus divinas perfecciones. Ve dentro de si mismo las ruinas del pecado, las llagas de su alma, una miseria mas miserable que la miseria misma, unas tinieblas mas espesas que las que le rodean, una muerte mas terrible que la muerte, ve una muerte inmortal.

Mientras el réprobo ignoraba su iniquidad, ella era á su vista, como si no fuese. Solo subsistía á los ojos de Dios. Él tenía á su engaño en lugar de la inocencia y gozaba del fruto

de sus crímenes sin padecer su vergüenza. Mas ahora la claridad vengadora ha disipado su ignorancia y le ha vuelto su pecado. El le había perdido en el mundo entre los objetos de la seducción, y ahora le ha vuelto á hallar en el infierno á la luz de sus horribles llamaradas. La que acaba de parir, está asustada, decia un Profeta. *Exterrita est quae parit*. Ella no sabia lo que encerraba en su vientre, ¡y cuál ha sido su espanto á la vista del hijo mónstruo que ha dado á luz! La maldicion ha venido sobre ella, y la confusion la ha envuelto como un vestido. *Maledicta est et confusa*. ¡O madre horrible! ¡O hijo monstruoso! ¡O pecador! ¡O pecado! Devoraois ahí uno y otro.

El réprobo verá todos sus pecados á la luz formidable de la venganza divina. El caos de su conciencia que siempre habia temido desenredar, se desenredará por sí mismo. Un fuego terrible alumbrará y descubrirá todos los caminos tortuosos y todos los escondrijos de este laberinto. ¡Réprobo desdichado! exclama aqui un Santo Padre. Cuantos pecados, que tu no habias reconocido, saldrán ahora de las emboscadas, donde estaban escondidos. *Voe, quot tibi praevenient peccata*. Ahí, en el infierno saldrán los pecados, ocultos en los pliegues del corazon y borrados enteramente de la memoria. Ahí, en el infierno saldrán aquellos pecados que apenas ninguna impresion hicieron en el alma; aquellos pecados cometidos sin atractivo, sin interés y solo por la costumbre de cometerlos; aquellos pecados de un momento... Tantas miradas inflamadas de un fuego secreto, tantos pensamientos impuros, tantos deseos reprobados, tantas flaquezas escapadas á la naturaleza y abrazadas por la voluntad, tantos pecados que no se ponian en el número de los pecados... Todos se dejarán ver allí, no bajo de formas engañosas, sino bajo de sus verdaderas formas. El ódio no pasará ya allí por celo, ni la flogedad por dulzura, ni la soberbia y orgullo por carácter y firmeza. La envidia allí no será ya sino envidia; el interés, interés; la ambicion, ambicion... En una palabra, el crimen será ya allí siempre crimen, y no será ya jamás otra cosa que crimen.

En el infierno revivirán para el condenado no solo sus pecados propios sino tambien los ajenos, de que fué causa, ya por sus malas palabras y peores obras, ya por sus escandalosos ejemplos, y mas escandalosos discursos. Allí revivirá para el réprobo aquella herencia de maldicion que dejó sobre la tierra, y que pasará de generacion en generacion y de siglo en siglo: he-

rencia fecunda en pecados y que los multiplicará hasta el infinito. Allí los inventores y actores de esas escenas tan fatales á la inocencia, como á propósito para la corrupcion de costumbres. Allí los escritores de esos libros inmórales é impíos que trastornaron y perdieron tantas almas en sus dias y que continuan y acaso continuarán hasta el fin de los siglos contribuyendo á la condenacion de los hombres con sus escritos, con esos escritos, cuyos progresos no pueden ya detener ellos mismos. Allí los grandes talentos que, cuando se dejan llevar por el camino del mal, son, como dice un sábio, grandes azotes del Cielo. Allí todos estos pecadores estarán espantados al ver la multitud de sus delitos, y mas espantados, si cabe, al ver la multitud de que fueron la causa ó el motivo. Allí los hombres avarientos, que jamás se saciaron de bienes de la tierra, se verán perseguidos por la imágen horrenda de sus tesoros y robos. Una mano invisible exprimirá delante de ellos sus riquezas de iniquidad y hará gotear de ellas las lágrimas de los afligidos, los sudores de los pobres, y la sangre de los pueblos. Allí la muger, fiera con su vana hermosura, gemirá á la vista de sus prestados adornos, de sus galas indecentes, de su fausto anticristiano y su molicie. Su cuerpo, del que fué una verdadera idólatra, contribuirá espantosamente á el aumento de sus tormentos. Allí, finalmente, ni un solo pecado dejará de presentarse á la vista del réprobo. El mas imperceptible no se ocultará bajo del mas enorme, y esta multitud de pecados, cada uno conservará su carácter singular, cada uno tendrá su deformidad y sus horrores, y cada uno causará su particular vergüenza, y sus tormentos. Separados entre sí, hallarán todos al réprobo, y reunidos todos juntos, le oprimirán; y para colmo de sus penas, una fuerza superior fijará la ligereza de su espíritu y hará que se aplique todo entero á la contemplacion de sus delitos. No habrá ya mas sueño para él, no habrá mas distraccion, no habrá mas velo que los oculte, ni por un solo momento. ¡Espectáculo terrible! El réprobo no puede, ni apartar de él su vista, ni acostumbrarse á mirarle y menos puede sufrirle. ¿Pues que hará este desdichado? ¿Adonde irá para no ver sus maldades? Todo se las representa. Sus cómplices, sus castigos, el Cielo, la tierra, el infierno... Todo se las aviva. Ellas se imprimen sobre la extension de su corazon; ellas le penetran; ellas se hacen su propia sustancia y el fondo de su ser. ¡Situacion desesperada del réprobo! Este desdichado no puede huir de si mismo. A pesar suyo, se ve obligado

á entrar en el tribunal de su conciencia; á hacer una confesion humillante y estéril de todas sus culpas; á numerar exactamente todos sus crímenes; á juzgarse delante de Dios, y á pronunciar él mismo la sentencia de su condenacion. El maldice la mentira por que no tiene ya fuerza para engañarle, y aborrece la verdad por que no tuvo mas fuerza para alumbrarle y confundirle. Los falsos pretestos y las ilusiones que le calmaban, desaparecieron, y ya no ve otra cosa que sus pecados. Él los ve y no puede ya dejar de verlos ni tampoco destruirlos por mas que lo desea é intenta. Porque ¿qué es lo que puede hacer ya este infeliz en el infierno? ¿Será una confesion de todos ellos? Pero esta confesion es ya tardia, dice San Cipriano. *Sera confessio*. ¿Será verter un torrente de lágrimas? Pero estas no nacen ya del arrepentimiento, sino de los tormentos. Llanto inútil. *Inanis ploratio*. ¿Será, en fin, entregarse á una penosa y amarga penitencia? Pero esta no es ya una penitencia que satisface, sino una desesperacion que enfurece. *Poenitentia paenalis*. ¡Combate terrible entre el réprobo y sus pecados! ¡Entre el réprobo que se esfuerza y empeña en arrojarlos de sí, y sus pecados que se presentan y empeñan en estar continuamente á su vista! ¡Entre el réprobo que maldice sus pecados y sus pecados que á su modo le vuelven sus maldiciones! Obras tuyas somos, le dicen, tu nos engendraste. *Opera tua sumus. Tu nos genuisti*. Objetos somos de la execracion del Cielo y de la tierra, porque somos pecados, pero ¿que serás tu que nos has engendrado? Tu furor no será tan funesto para nosotros, como para ti mismo. Un momento bastó para producirnos, pero una eternidad de tormentos no bastará para aniquilarnos. Nosotros estamos fuera del imperio de la muerte y de la misericordia. Nosotros fuimos en otro tiempo tus placeres; y ya no seremos para siempre sino el motivo de tus tormentos... Pero esto pertenece ya á la segunda parte de mi discurso.

## SEGUNDA PARTE.

Si quereis conocer, mis amados, lo que es el pecado, no os acordeis de este mundo de engaños, donde mil objetos seductores se ofrecen continuamente á vuestras pasiones para irritarlas; donde vuestra imaginacion exaltada añade nuevas ilusiones; donde la variedad de los placeres suple la falta de su duracion; donde la esperanza viene á ser para vosotros un género de encanto por

los infinitos sueños que presenta para el porvenir. Olvidaos de todo esto y demas que á esto se parece, porque todo esto y demas que lo es semejante, en vez de dar á conocer lo que es el pecado, no hace otra cosa que desfigurarle y ocultar sus horrores. Representaos, en lugar de esos cuentos, aquellos calabozos que abrió la justicia divina en el principio del mundo para castigar á los Angeles rebeldes, y que siguen abiertos para recibir á los réprobos. Una noche eterna les ocupa. Estanques de fuego, llamas que no alumbran, demonios que rugen, condenados que maldicen... Rábia, desesperacion, blasfemias, furores... esto es lo que se siente, lo que se oye en ellos. Estos son los castigos, los tormentos del pecado. Esto es lo que hace conocer lo que es el pecado.

Al salir el pecador de este mundo, criado y conservado por una bondad infinita para labrar y formar en él á los justos, entra en otro mundo, criado tambien y conservado por la justicia divina para castigar en él á los réprobos; en un mundo, señalado con el sello de la ira de Dios y perfectamente semejante al pecado. En este mundo, nuevo para el réprobo; en este lugar de tormentos, como le llamó el rico del Evangelio, la continuacion de las penas, lejos de apagar la sensibilidad del condenado y de hacer la impresion menos dolorosa, la aumenta y hace mas activa. La justicia divina da á los condenados fuerzas tan superiores que les hace, en cierto modo, omnipotentes para sufrir y padecer. Todo en este horrible lugar aumenta los padecimientos. Los vínculos de la naturaleza se rompen. Los lazos de la carne y la sangre se desatan. Los nombres de padres, esposos y hermanos, tan dulces acá en la tierra, allá en el infierno son ya nombres de execracion y blasfemia. El ódio ocupa allí el lugar del amor. El amigo no ve ya en el amigo sino el adulator de sus pasiones, el origen de sus estravíos, y muchas veces la causa principal de su condenacion. Los que se unieron acá con los lazos de una pasion criminal, se acusan allá mutuamente de la seduccion de que se valieron para engañarse y perderse. Lo que un amor reprobado habia unido en el mundo, un ódio furioso lo desune en el infierno. En aquellos calabozos eternos los condenados se aborrecen, se persiguen, y vienen á ser entre sí como aquellos vasos de iniquidad de que se nos habla en el Genesis. Se golpean unos á otros, se chocan, se baten, y reciben y vuelven los unos á los otros las maldiciones de todo el infierno. *Vasa iniquitatis bellantia.*

Tormentos horribles, y que necesariamente han de ser eter-

nos, porque en el infierno el que castiga es un Dios omnipotente, justo y eterno, que castiga el pecado mientras dura, y el pecado dura siempre porque no hay redención en el infierno. *In inferno non est redemptio*. También el que sufre dura siempre. Es un condenado á padecer eternamente, y un poder celoso de la justicia divina está atento á conservarle eternamente. Así es que el condenado, en medio de tantas causas de destrucción, no se destruye, todo le atormenta y nada le quita la vida, todo le acaba y nada le aniquila. ¡Tormentos incomprensibles! La espada le atraviesa y le vivifica; el fuego le quema y no le consume; la muerte le devora, le traga y no le digiere... Asombrado el réprobo de hallarse aun con vida entre las garras de la muerte se adelanta de sorpresa en sorpresa en la carrera espantosa de su eternidad sin tocar jamás en su término. ¡Desdichado enormemente! ni puede vivir en el descanso ni morir en los tormentos.

Pero no es esto todo, mis amados. El condenado en el infierno está entregado á eternos remordimientos. ¡Y qué desoladores son estos cuando dejan de ser gracias y piedades! ¡cuándo ya no son sino castigos, y castigos del infierno! En aquel lugar de tormentos, los remordimientos no son ya aquella voz divina y piadosamente importuna que dispone al reino de la clemencia y de la misericordia. Son, por el contrario, la voz de una conciencia indignada que ejerce el imperio de la justicia; son la voz del delito que pide venganza contra sí mismo; son la voz de la conciencia, de este testigo irrecusable que todo lo ha visto y oído; son la voz de la conciencia, de este juez espantado á la vista de los crímenes que él mismo ha cometido; de este juez espantoso que acusa, prueba, convence y sentencia contra sí mismo. Es la conciencia, esa voz horrible que se hace oír sobre todos los tormentos del infierno. Es la conciencia, esa voz mas penetrante que el rayo y mas espantosa que el trueno; esa voz que hace estremecer al corazón del condenado y temblar á las potencias de su alma. Es la conciencia, esa voz tan obstinada y horrible como el pecado, contra quien clama, y tan fuerte é inflexible como el Dios injuriado á quien venga. Es en fin la conciencia, esa voz lúgubre que se lamenta de la muerte del alma, sepultada en la noche eterna del pecado. ¡Muerte lastimosa! ¡Muerte horrible! que no consiste, dice San Gerónimo, en la destrucción de su ser, (¡Ah! entonces cesarian sus tormentos) sino en la separación eterna de aquel que dijo: *Yo soy la vida*.

En el mundo era el pecador el que se resistía, el que no quería escuchar ni atender, el que huía de Dios, y Dios el que

buscaba al pecador, el que le seguía, el que tocaba á la puerta de su alma, el que llamaba con la sonora voz de la gracia. En el infierno todo sucede al contrario. Dios es el que se niega al pecador que le llama, el que huye del pecador que le busca, el que no quiere escuchar al pecador que grita pidiendo que le admita. Su alma, despreñida de las ataduras del cuerpo, que impedían la impetuosidad de su inclinacion natural hácia su Criador, es llevada ahora con un ardor indecible á unirse con él. Pero ¡adónde vas alma criminal! ¡Vuelas á la presencia de tu severo Juez, severamente irritado contra tí! Mas los terribles castigos que allí la esperan, no detienen el ímpetu que la arrebató. Se lanza por la necesidad de su naturaleza hácia su Dios. ¡Desdichada! Todas las perfecciones divinas, que ha ultrajado, se apresuran á rechazarla. Ella vuela hácia Dios por una necesidad inmensa que tiene de Dios, y Dios la arroja por un ódio inmenso que tiene al pecado. Igualmente desdichada cuando se esfuerza á acercarse á esta bondad infinita, que cuando es rechazada de ella; igualmente atormentada, cuando sale de sí misma, que cuando se reconcentra en sí misma, pasa sucesivamente de las tinieblas mas espantosas á la luz mas abrasadora. Rueda de horrores en horrores y de abismos en abismos, y lleva sus tormentos á todas partes; sea que haga los mas violentos esfuerzos para volar hácia el Cielo; sea que vuelva á caer desesperada en lo mas hondo del infierno.

En tan crueles alternativas, ¡Dios eterno! grita furiosa ¡Dios eterno! Si sois mi soberano bien ¿por qué os negais á mis ardientes deseos? y si debeis ser mi suplicio ¿por qué me atormento en buscaros? O destruid los delitos que me impiden ir á Vos y gozar de vuestra gloria, ó encadenad los deseos que me atormentan por unirme con Vos. ¡Dios terrible! el espectáculo de mis tormentos no aumenta vuestra felicidad, y vuestro enojo es el mas insoportable de todos mis tormentos. ¡Qué! ¿no bastaba haberos perdido, sin que me vea obligada á sostener vuestra presencia irritada? ¡Qué! ¿no he de poder renunciaros ni poseeros? ¡Qué! ¿no seré bastante desgraciada con haberos perdido, sin aumentar el tormento de tener presente siempre mi pérdida? ¿Qué esperarais de mí, Juez terrible? ¡O! yo no sé, yo no acierto, yo no puedo sino maldecir y vomitar las mas horribles blasfemias. Yo siento dentro de mi toda la aversion y furor de un condenado, y toda la inclinacion y ánsia de un escogido. ¡Qué pelea tan terrible! ¿Qué comparacion tiene con ella la de Esau y Jacob luchando en el vientre de Rebeca? ¡Dios del poder! ¡Poder sin límites! O poned término á mi eternidad, ó á mis tormentos.

O concludid mi existencia, ó mis castigos, ó volvedme á la nada, de donde me sacasteis, ó sacad de la nada un nuevo tiempo para mi, en el que haga penitencia y gane el Cielo: pero nada se concede al condenado, ni salir de sus tormentos, ni cesar en su existencia, ni borrar el espantoso *siempre* de su eternidad.

¡O mis amados oyentes! Suponed por un instante un imposible. Suponed que un Angel del Señor se presentase de repente á las puertas del infierno y levantando su voz angelical, exclamase: víctimas eternas de la justicia divina, suspended por un momento vuestras blasfemias y escuchadme. Yo no soy un Angel exterminador, como el de Egipto, soy un Angel de paz que vengo á traeros la esperanza de que estais privados para siempre. Dios me ha confiado las llaves del abismo. Puedo abrir os sus puertas, sacaros de esos tormentos eternos y volveros al mundo; pero con la condicion de que habeis de pasar esta nueva vida en el arrepentimiento, en las lágrimas y en las mortificaciones de la penitencia, practicando las mayores austeridades.

¡Con qué trasportes de alegría\* no se someterian estos desdichados á la condicion que se les imponia! ¡Con qué reconocimientos y acciones de gracias no corresponderian á este inmenso beneficio! ¡Ah! las mortificaciones mas rigurosas les parecerian delicias, y las penitencias mas espantosas harian el colmo de su consuelo y su gozo.

Pues ahora, mis amados, tambien nosotros nos hallamos en el caso de los condenados, aunque con la inmensa diferencia de que para ellos todo lo dicho ha sido una suposicion imposible de realizar, y para nosotros es una cosa real y verdadera. Ellos jamás saldrán del infierno para hacer esa penitencia que les habia de salvar, y nosotros nos hallamos todavia en el mundo, donde hay tiempo de penitencia para salvarnos. Su salida del infierno es ya un imposible. Nuestra salida del pecado está en nuestro arbitrio. Nuestro arrepentimiento, nuestra enmienda y nuestra penitencia, no solo nos sacarán del abismo de la culpa, sino que tambien nos abrirán las puertas de la Gloria. Para los condenados la entrada en el Cielo es imposible, como la salida del infierno. Para nosotros la salida del pecado es tan posible como la entrada en el Cielo.

Amados de mi alma. ¿Con qué es cierto que aun podemos salir del pecado y librarnos de caer en el infierno? ¿Con qué aun podemos conseguir la gracia y merecer la gloria? ¡Dios piadoso! Espantados del infierno, cuya pintura hemos oido temblando, y á cuyas puertas nos han llevado nuestras culpas:

horrorizados del abismo, en cuyas márgenes nos han puesto, sin que falte, para caer en sus voraces llamas sino que se quiebre este hilo debilísimo de la vida... en peligro tan terrible nos atrevemos, Dios mio, á recurrir á Vos. No, Dios de las misericordias, no nos dejareis caer en el infierno. Por nosotros no tenemos fuerzas para salir de este horrendo peligro; pero Vos, Señor, nos alargareis vuestra compasiva mano y nos apartareis del abismo. Gracias á vuestra paciencia adorable, todavia no estamos en el infierno, donde las lágrimas chorrean sin fruto y los sacrificios no son sino tormentos. Pero y ¿cómo os llamaremos, Señor, para obligaros? ¿Os llamaremos nuestro Dios? pero nos hemos rebelado contra Vos quebrantando vuestra ley. Os llamaremos nuestro querido Padre ¿pero cómo nos habeis de conocer por vuestros hijos, habiendo borrado con nuestras culpas vuestra imagen? Os llamaremos nuestro amante Redentor ¿pero que han hecho de vuestra divina sangre estos redimidos? ¡Ah! no sabemos como llamarnos para inclinar á nuestro favor vuestros piadosos oídos. Os llamaremos nuestro compasivo Salvador. Sí, Salvador de nuestras almas. Nosotros sabemos que Vos sois todo y mas que todo lo que es necesario para salvarnos. ¿Qué quereis, pues, que nosotros hagamos para alcanzar nuestra salvacion? ¿Qué detestemos nuestras iniquidades? Pues nosotros las detestamos de todo nuestro corazon. ¿Qué las confesemos á los pies de vuestros Ministros? Pues nosotros iremos, nos arrojaremos á sus pies y haremos una confesion humilde y dolorosa de todas ellas. ¿Qué salgamos de las ocasiones peligrosas? ¿Qué huyamos de ellas? Pues desde ahora renunciamos á un mundo enemigo de nuestra alma, y nos consagramos á un retiro cristiano. ¿Qué nos sometamos al yugo de la penitencia? pero esta no es un yugo, es un remedio saludable que cura nuestras llagas, es un consuelo del alma. ¿Qué nos entreguemos al martirio? Pues que se descargue el golpe; la víctima está preparada. Seriamos indeciblemente felices si pudiéramos, por este medio, borrar nuestros pecados, lavarlos con nuestra sangre, satisfacer á vuestra divina justicia, librar nuestra alma del infierno y colocarla en el Cielo, donde os viésemos, alabásemos, bendijésemos, adorásemos y gozásemos por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA GLORIA.

---

*Oculus non vidit, nec auris audivit,  
nec in cor hominis ascendit, quae prae-  
paravit Deus iis qui diligunt illum.*  
1. Cor. cap. 2. v. 9.

Ni ojo vió, ni oído oyó, ni en corazón  
de hombre entró, lo que preparó Dios  
para aquellos que le aman.

**C**ristianos ¡que felicidad! ¡que herencia tan rica nos ha preparado el Señor en el reino de los Cielos! ¿Pero que haceis vosotros mis amados, para merecerla y poseerla? ¿Donde están esos vivos descos, que todo lo ponen en movimiento á fin de conseguirla? Sentados en este valle de lágrimas, insensibles á los llamamientos de los Bienaventurados que os animan con su ejemplo á que vayais á acompañarlos en el Cielo, vosotros os dejais encantar de la figura de este mundo, os complacéis en vuestro destierro... pero ¡qué digo! quisierais perpetuarle y ser siempre desterrados. No pensais que teneis patria que os espera, ó no pensais en ella sino con pena. ¡Ah! ¿Cómo huiréis de los vicios? ¿Cómo practicaréis las virtudes? ¿Cómo cumpliréis los deberes penosos del cristianismo, si teneis hasta su recompensa? Por la esperanza del Cielo es por la que los mártires han conservado en los tormentos esa intrepidez que les hacia desafiar la crueldad de los tiranos. Por la esperanza del Cielo es por la que las generosas vírgenes y los fervorosos solitarios han abandonado al mundo y se han abandonado á sí mismos para sepultarse en los cláustros y los desiertos. Por asegurar la conquista de la gloria es por lo que han abrazado tantos justos los rigores de la penitencia. ¡Ah! Vosotros, mis amados, practicaríais semejantes diligencias si tuvierais la fé y la esperanza tan vivas como ellos. ¡Hijos de los hombres! ¡Hasta cuando habeis de amar la vanidad y correr tras de la mentira!

Yo bien sé que no hay ni uno entre vosotros que no quiera ser feliz, porque este es el sentimiento y la voz de la naturaleza; pero esa felicidad, por la que suspirais, no se encuentra en el mundo, que es donde vosotros la buscáis. Avivad vuestra fé, elevad vuestros corazones. Entrad en espíritu en el reino de la verdadera felicidad, donde todo es puro, todo es santo, todo es eterno. Allí la encontrareis; mas entre tanto que la misericordia y bondad infinita del Señor concede á vuestra vida inocente ó penitente entrar en él realmente, yo voy á descubrirlos con el auxilio de las santas Escrituras alguna parte de las riquezas de ese glorioso reino, á fin de encender vuestro deseo de conseguirle y poseerle. Procuraré levantar una punta del velo misterioso que las oculta, y ¡qué interesante debe ser este espectáculo para el Cristiano!

Por tanto, mi asunto en este dia será haceros ver lo que es la gloria que tiene Dios preparada para los que le aman y sirven, á fin de empeñaros en que procureis conseguirla á toda costa. ¡Virgen gloriosísima, Reina de la gloria! pedid al Rey de la gloria vuestro gloriosísimo Hijo; que nos conceda la abundancia de sus gracias para conseguir la gloria. AVE MARIA.

### *Oculus non vidit...*

¿Con qué colores, Católicos, os pintaré yo la gloria? ¿ni qué podré yo decir de aquel bien sobre todo bien, que jamás vieron los ojos, nunca oyeron los oídos, ni imaginar pudo el hombre? ¿Diré con el piadoso Boecio, que la gloria es un estado perfectísimo, que encierra en si todos los bienes? ¿Diré con mi Angélico Doctor Santo Tomás, que la gloria es un bien sumo y perfecto que llena y cumple todos nuestros deseos? ¿Añadiré con el venerable Puente, que la gloria es la dichosa eternidad del Bienaventurado, su felicidad perpetua, su corona, su reino... un bien sumo que llena todos sus deseos? ¿Pero decir todo esto será pintaros la gloria? Nada menos. San Pablo, que habia sido arrebatado hasta el tercer Cielo, decia: que habia visto y oido cosas tan maravillosas, que los hombres no pueden, ni explicarlas ni entenderlas. *Audivi arcana verba quae non licet homini loqui.*

San Agustin, exponiendo el Salmó 83, pregunta: ¿Cuáles y de que calidad son los bienes que Dios tiene preparados en el Cielo para premiar á los Justos? ¿Son acaso manjares delicados, alhajas escogidas ó vestiduras preciosas? Yo no sé explicarlo, res-

ponde el Santo Doctor, ni jamás criatura alguna ha podido comprenderlo, pero si quereis formar alguna idea de ellos, examinad con atencion este mundo material, en que habitamos, y que viene á ser como el rincon, donde se arrojan los desperdicios del Cielo. Registrad sus espaciosos campos en la risueña primavera, y vereis las primorosas alfombras que forman las flores sobre el hermoso fondo de las verdes y dilatadas praderas. Echad una rápida ojeada por la vasta redondez de la tierra, y hallaréis aquí fuentes cristalinas, allí frutas delicadas, en una parte piedras preciosísimas, en otra perlas inestimables, y en todas primores y maravillas de la naturaleza que solo sabreis admirar, y nunca podreis apreciar debidamente. Vereis la prodigiosa variedad de Aves, que pueblan los aires, la admirable diferencia de Peces, que encierran los mares, y la asombrosa multitud de animales que sustenta la tierra. Bajad á sus mas ocultos senos, y hallareis minas abundantes de oro, plata, y otros preciosos metales. Alzad los ojos, y observad esa prodigiosa bóveda, que forman los Cielos, y que viene á ser como el techo que Dios ha puesto á este mundo. ¿Qué cosa mas admirable? ¿A quién no pasma y encanta ese Sol tan hermoso, que todo lo ilumina, todo lo calienta, todo lo vivifica, y todo lo alegra? ¿Qué cosa mas bella que la Luna, cuando llena y magestuosa camina por medio de esos Cielos inmensos, como haciendo ostentacion de su hermosura? ¿A quién no heebizan esa brillante multitud de estrellas, y esos risueños luceros que tachonan y esmaltan los Cielos? ¿Quién jamas miró con atencion tanta hermosura, tantos prodigios, y tantas maravillas sin sentirse dulcemente arrebatado de su belleza?

Pues ahora, si es tal la hermosura de este mundo, ¿cuál será la hermosura de la gloria? Si en el destierro hay tanta grandeza ¿que habrá en la pátria? Si para los hombres y las bestias, que igualmente ocupamos la tierra, ha destinado el Señor cosas tan primorosas, ¿qué habrá reservado para los Angeles y los Santos que habitan el Cielo? Si ha sido tan generoso para con los pecadores, que son sus enemigos, ¿cuál será su magnificencia para con los justos que son sus amigos? ¡O amados de mi alma! ¡Quién podrá imaginar los bienes que tiene Dios preparados en el Cielo para aquellos que le aman! ¡O cuán cierto es, Señor, que ni el ojo vió, ni el oido oyó, ni jamás pudo entrar en el corazon del hombre lo que teneis preparado para los que os quieren y aman! *Oculus non vidit Deus absque te quae praeparasti diligentibus te.*



Ven, dijo un Angel, al Evangelista San Juan; ven y verás la esposa muger del Cordero; y habiéndole trasportado en espíritu, y colocado sobre un alto monte, le mostró la Côte de los Cielos. Era, dice el Sagrado Evangelista, una Ciudad inmensamente grande é indeciblemente hermosa. Sus muros eran de piedras preciosas. Tenia doce puertas, que se cerraban con doce margaritas; y en cada puerta habia un Angel que la guardaba. Sus calles, sus plazas, la Ciudad toda era de purísimo oro, y brillaba mas que los mas tersos y resplandecientes cristales. No habia templo en ella, porque el Señor Dios omnipotente, y el Cordero eran su templo. No tenia necesidad, ni de Sol que la alumbrase, ni de Luna que luciese; porque la claridad inmensa de Dios la iluminaba, y Jesucristo era su Sol. No habia allí, ni nubes, ni sombras, ni noche; sino un dia continuado, y siempre sereno y hermoso. Allí no se encontraban ni perezosos, ni incrédulos, ni malvados, ni deshonestos, ni homicidas, ni hechiceros; porque el destino de todos estos son los fuegos del infierno. Toda abominacion, toda mancha, y toda maldición estaba desterrada de aquella Ciudad de justicia, de pureza y de bendicion. Los que obraron la maldad, jamás entraron en aquella Ciudad dichosísima. Allí no se hallaban mas que Angeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines: Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Martires, Confesores, Vírgenes, y una multitud innumerable, compuesta de todos los Angeles, de todos los Santos y de todos los Justos, interpolados, mezclados y colocados con un órden maravilloso por toda aquella inmensa Ciudad, y en medio el trono de Dios, cuya infinita Magestad y gloria todo lo llenaba, todo lo iluminaba y todo lo glorificaba. Cuando el Sagrado Evangelista estaba absorto, embelesado, y como fuera de sí con tan dichosa y maravillosa vision, oyó una voz que salia del trono de Dios y le decia: esta Ciudad, que estas viendo, tan magnífica y hermosa, es la patria de los justos: esta es su morada eterna, y Dios habitará aqui siempre con ellos. *Ecce tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis.*

¡Cristianos! ¡Qué grande, que hermosa y que duradera es nuestra posesion y nuestra herencia! Sus términos son sin término, su hermosura inexplicable, y su duracion la misma eternidad. ¿Quién habrá que no lo sacrifique todo por conseguirla? ¿Quién no se desvivirá por llegar á poseerla? ¿Qué trabajos, qué mortificaciones, qué penitencias nos deberán ser pesadas por

vivir eternamente en esta dichosísima Ciudad? Yo corro, decía el Apóstol, y corro encorvado con el ánsia de entrar mas pronto en esta Ciudad soberana. Sostengo, escribia un alma santa, sostengo consolada los trabajos, las tribulaciones, las adversidades, los ayunos, las penitencias, las mortificaciones y todas las penalidades de la vida, acordándome que voy caminando á la Côte de la gloria. ¡O Côte santa, Côte bendita, Côte soberana, Jerusalén gloriosa, habitacion del descanso eterno, pátria de los Angeles, morada de los Justos! Tu, Côte amada, tu eres tambien nuestra Côte, nuestra pátria y nuestra morada. ¡Cuándo veremos tus preciosos muros! ¡Cuándo entraremos por tus hermosas puertas! ¡Cuándo pasaremos tus calles y tus plazas! ¡Cuándo, Dios eterno, cuándo llegará el dia venturoso en que desatada nuestra alma de las ligaduras de nuestra carne, pueda tomar alas como de paloma y volar á descansar en esa soberana Côte! Cristianos, mi alma desea tan ardientemente entrar por las puertas de la casa del Señor, que desfallece de deseo. *Concupiscit et deficit anima mea in atria domini.*

Pero si es tan prodigiosa, amados míos, la Côte que Dios tiene preparada para habitacion de los Angeles y los Santos, ¡cuál deberá ser la gloria de que gozarán en ella! San Agustin dice, que la felicidad que gozan los Bienaventurados en el Cielo es una felicidad que puede desearse, que puede ansiarse, pero que no puede dignamente ni explicarse ni imaginarse. *Desiderari potest, concupisci potest, digne cogitari et verbis explicari non potest.* ¿Y qué podré yo decir de una felicidad que todo un San Agustin tiene por inexplicable? ¿Decir con el Profeta que los Bienaventurados en el Cielo son tan dichosos que sus corazones están como sumergidos en un mar de delicias, y sus almas como anegadas en un abismo de gozos? ¿Añadir con el Apostol que poseen y están llenos de la gloria del mismo Dios? No es decir lo que es un justo glorificado. El Evangelista San Juan, que como un Aguila misteriosa habia dado un rápido vuelo por los Cielos y la tierra, no encontró, ni en los Cielos ni en la tierra con quien comparar al Justo glorificado, sino con el mismo Dios, y exclamó: ¡Hermanos, cuanta es nuestra felicidad! Sabed que en el Cielo será tanta nuestra gloria y hermosura que solo á Dios seremos semejantes. *Similes ei erimus.* ¿Y por qué? Ya nos lo dice el mismo Evangelista. Porque veremos á Dios, no por espejo en enigma, como en este mundo, sino como es en sí mismo. *Quoniam videbimus eum sicuti est.*

Ninguna pura criatura, dice Santo Tomás, ni el hombre, ni

el Angel, ni el más encumbrado Serafin pueden ver á Dios en si mismo, sin que para esto sea confortado y elevado su entendimiento con aquella poderosa y brillante luz que llaman los Teólogos *lumbre de gloria*: porque así como las aves nocturnas por la debilidad de sus ojos no pueden ver al Sol en si mismo y se desvistan al mirarle; así los hombres, los Angeles, y los mismos Serafines, por la debilidad de los ojos de su entendimiento, no pueden ver en si mismo á Dios, Sol inmenso, sin desvestirse al mirarle, y necesitan de una luz divina que les fortifique y eleve para poder verle. Por eso dijo David: En vuestra luz, Señor, veremos la luz. Que fue decir: En vuestra luz, Señor, os veremos á Vos, que sois la luz por esencia. *In lumine tuo videbimus lumen.*

Pero cuando fortificado el entendimiento con la lumbre de la gloria, ven á Dios cara á cara y en si mismo, entonces es cuando reciben de lleno en lleno aquella luz soberana é inmensa que les baña, les penetra y les para tan hermosos, que ya no parecen ni hombres, ni Angeles, sino Dioses, é hijos del Dios excelsa, como dijo un Profeta: *Dii estis, et filii excelsi omnes.*

¿Y quién podrá imaginar la felicidad que gozan los Bienaventurados en este dichosísimo estado? Ellos ven la esencia divina como es en si misma, y allí descubren con indecible alegría aquella hermosura antigua y siempre nueva, que tanto buscó San Agustín en las criaturas, y que solo llegó á encontrar en su Criador. Allí, en la esencia divina, ven todos sus soberanos atributos, su bondad, su justicia, su misericordia, su providencia y todas sus divinas perfecciones. Allí, en aquel mar inmenso de luces, dice el Padre San Bernardo, ven los Cielos y la tierra y cuanto en ellos se contiene. Ven á todos los Angeles con toda su hermosura y á todos los Santos con toda su gloria. Allí ven todo el orbe, la vasta redondez de la tierra, la grandeza de los Cielos, la hermosura del Sol, la belleza de la Luna, la brillantéz de los luceros, la multitud de las estrellas, la magnitud de todos los astros, el sitio que ocupa cada uno, la rapidez y el orden maravilloso de sus movimientos, y para decirlo todo de una vez, allí ven á Dios y todas las cosas en Dios. Allí es donde se llena y satisface la asombrosa capacidad de su entendimiento, sin que le quede ya que ver, ni que desear ver, porque allí ve la hermosura increada y en ella todas las hermosuras criadas; y en esta dichosísima vision recibe un gozo y una alegría que no es posible ni explicar ni imaginar. Allí es donde la voluntad encuentra un bien perfecto que nada la deja que desear: bien que siem-

pre buscó en este mundo, y que jamás pudo hallar. Allí encuentra en su Dios un bien sumo, que llena los anchurosos senos de su corazón de un modo infinitamente mas apetecible que cuantos ella pudiera desear. Allí es donde el alma abismada, para explicarme así, en el seno de Dios, queda ya en un reposo eterno, lleva de una alegría inefable y de un contento indecible. Allí recibe una nueva naturaleza que la hace compañera de la naturaleza divina, como nos dice San Pedro. Allí ya no vive con su propia vida, sino con la vida de Dios. Allí, en fin, ya queda trasformada y endiosada, viendo eternamente á Dios, amando eternamente á Dios, gozando eternamente de Dios, cantando eternamente las grandezas de Dios con los Angeles de Dios, triunfando eternamente en la presencia de Dios con los escogidos de Dios, y reinando eternamente en las moradas de Dios. ¿Qué mas diré? nada. Porque, si cuanto he dicho es nada comparado con la gloria que gozan los Bienaventurados, nada seria cuanto pudiera añadir, aun cuando estuviere predicando años y siglos. Lo mas asombroso es, que si ellos no tuviesen otra gloria que la que yo llevo explicada y en el modo grosero con que nosotros la entendimos, nada tendrian de la gloria que realmente están gozando. Solo ellos podrian decirnos su inmensa felicidad, pero yo me engaño, pues aun cuando ellos quisieran decírnosla, nosotros no seriamos capaces de comprenderla; y solo, cuando la santidad de nuestra vida nos coloque en la gloria, conoceremos la inmensa felicidad que ellos disfrutaban, y que está preparada para nosotros. Hasta tanto, repito con San Agustín, que no hay entendimiento que alcance á conocerla dignamente, ni palabras para explicarla. *Digne cogitari, et verbis explicari non potest.*

Levanta, Cristiano, levanta, exclama aqui el Padre San Gerónimo, levanta, sal de la cárcel del mundo, olvídate por un momento de tu destierro y dirígete á tu patria. Mira aquel eterno reino que allí te está preparado. Contempla aquella gloria inmensa que Dios te tiene allí prevenida. ¿Podrás mirarla con indiferencia? ¡Alma justa! imagina, si es que puedes, ¡imagina cuál será tu dicha en aquel día, en que vencidas tus pasiones con los sacrificios del amor propio y los esfuerzos de tu buen corazón, concluidas tus peleas y reunidas tus victorias, entres triunfante con tus virtudes y tus méritos en el reino de los Cielos! ¡Quién podrá ponderar tu felicidad en aquel dichoso día! En aquel día, en que Jesucristo, tu divino Redentor, te reciba y te diga: Ven alma venturosa, redimida con mi sangre. Ven bendita de mi Padre. Ven y serás coronada. *Veni, coronaberis.*

¡O alma dichosa! ¡Cuál será para tí este día y este recibimiento! ¡Quién podrá explicar tu gozo al entrar por los átrios de la casa del Señor y ponerte en la presencia de Dios! Pero ¡y quién podrá imaginar tu enagenamiento al ver aquella cara divina! ¡aquél rostro soberano, qué están siempre viendo los Angeles y siempre deseando verle! ¡qué están siempre contemplando y siempre deseando contemplarle! ¡qué están siempre recibiendo un indecible gozo y siempre deseando recibirle!

¡O Cristianos! exclama aquí San Agustin. ¡O Cristianos! Si fuese necesario sufrir todos los días continuos y duros tormentos, aun cuando fuese preciso tolerar largo tiempo las penas del mismo infierno por conseguir el reino de los Cielos, por ver á Dios y gozarle eternamente, ¿no sería justo sufrirlo todo por conseguir tanto bien? ¡Qué nos persiga, continúa el Santo, que nos persiga enhorabuena Satanás! ¡Qué nos mortifique con sus continuas tentaciones y malignas sujestiones! ¡Qué domen nuestro cuerpo los ayunos! ¡Qué carguen pesados trabajos sobre nosotros! ¡Que se ponga pálido nuestro semblante al rigor de las penitencias! ¡Qué se vaya consumiendo con dolores continuos nuestra vida! ¡Qué entre la corrupcion en nuestros huesos! ¡Qué bullan por todas partes los gusanos...! enhorabuena, nada importa, con tal que el ultimo día de nuestra peregrinacion vayamos á aumentar el pueblo de Dios en el reino de los Cielos. *Ut requiescam in die tribulationis et ascendam ad populum accintum nostrum.*

¡Felices, Dios mio, los que habitarán en vuestra casa todos los días de su vida! ¡Felices, los que subiendo de virtud en virtud, os verán, Dios de Dioses, sobre el monte de Sion, sentado en el trono de vuestra gloria! ¡Felices, los que os poseerán y gozarán eternamente! ¡Felices, en fin, los que probarán por experiencia, cuan dulce y amable sois, Señor, para los que os sirven y aman.

¡Plegue al Cielo! amados de mi alma, que, temiendo y amando á Dios, obremos toda justicia en esta vida, y merezcamos entrar el día de nuestra muerte en el reino de los Cielos, en esa nuestra querida pátria, á ver á Dios y gozarle en compañía de todos los Angeles y todos los Santos por todos los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA ETERNIDAD.

*Cogitavi dies antiquos, et annos aeternos  
in mente habui. Ps. 76. y. 6.*

Pensé en los dias antiguos, y tuve en  
mi entendimiento los años eternos.

**C**atólicos. ¿Qué pavor desusado sobrecogió al héroe de Israel, á aquel valiente David, que desquijaraba los leones y los osos, que derribaba los gigantes y los decapitaba, que aterraba á los ejércitos de los incircuncisos, y que, baieiendo la alegría de Jacob, se arrebatava la admiracion y las bendiciones de todos los pueblos? ¿Quién se apoderó de este magnánimo corazon, y le obliga á exclamar: estoy tan turbado que apenas puedo decir ni una sola palabra? ¿Quién le puso en la necesidad de registrar con tanta diligencia los senos mas ocultos de su conciencia? ¿Quién sino el pensamiento de la eternidad? Yo, decia, me puse á pensar en los dias que han pasado, y luego vinieron á mi entendimiento los años eternos. *Cogitavi dies antiquos, et annos aeternos in mente habui.*

Ved aqui, Católicos, el motivo de la exquisita diligencia con que registra su conciencia. ¿Qué importa, se diría á si mismo, qué importa que yo disfrute y goce en este momento de mi vida de todas las delicias y riquezas del mundo, ni que me lleve los aplausos de todos los hombres, si voy á sepultarme despues en unos tormentos eternos? ¿Ni qué importa tampoco que yo padezca en este momento de mi vida todos los males del mundo si voy á entrar despues en una gloria eterna? ¡O eternidad! ¡Quién puede pensar en ti sin renunciar á las vanidades del mundo y entregarse á la virtud!

¿Quién os parece sino, Cristianos, que obligó á tantos Reyes á renunciar sus cetros y sus coronas, y á tantos poderosos y ricos á despreciar sus títulos y sus honores, sus riquezas y sus conveniencias sino el pensamiento de la eternidad? Este recuerdo fue quien llenó las cuevas de Anacoretas, los desiertos de Solitarios y los monasterios de Monges. Este pensamiento es quien puebla los cláustros de Cristianos fervorosos y Vírgenes timoratas, y quien rodea los tribunales de la penitencia de pecadores arrepentidos y de almas virtuosas. Este pensamiento de la eternidad es quien ha dado constancia á los mártires en los mas atroces tormentos, y perseverancia á los penitentes en las mas austeras mortificaciones. En una palabra, este recuerdo de la eternidad es el freno mas poderoso para contener á los pecadores que se precipitan, y la espuela mas punzante para avivar á los justos que se entibian.

Y ved aqui ya, Católicos, porque me he determinado á predicaros de la eternidad, no de la dichosa sino de la desdichada porque hará mas impresion; pues aunque es cierto que un sermón sobre esta materia es demasiado temeroso, tambien lo es que nunca acaso ha sido mas necesario que en estos tiempos tan faltos de temor de Dios. Procuraré ser breve, porque un sermón semejante no puede sostenerse mucho tiempo, ni por el predicador ni por el auditorio. Mas para que yo os predique con acierto, y vosotros me oigais con fruto, imploramos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARÍA.

### *Cogitavi dies antiquos.....*

### **Pensé en los dias antiguos....**

No penseis, Católicos, que me detengo yo en este dia á hacer os una pintura de los tormentos del infierno. No os diré con espanto que el fuego de este mundo, sea el que fuere, aunque sea mas horroroso que el de el horno de Babilonia, ó mas voraz que el que redujo á pavesas en un momento á las Ciudades de Sodoma y Gomorra; aunque sea mas activo que el que derrite los metales ó reduce á polvo los diamantes... no os diré que todos estos fuegos, comparados con el fuego del infierno, son como el agua que refresca las abrasadas entrañas del sofocado cami-

nante. No os diré que el fuego del infierno enciende desde el primer momento y del primer golpe el cuerpo del condenado y todos sus sentidos, el alma y todas sus potencias, y que le convierte todo en un hombre de fuego. En una palabra, yo no pienso hablaros hoy del furor con que abraza este fuego infernal, ni de todos los demas tormentos que padecen los condenados en aquel abismo, al que dá el Santo Evangelio el nombre de lugar de tormentos. *Locus tormentorum*. Pienso ir mas adelante. Pienso hablaros de la eternidad de estos tormentos. De la eternidad que pone el colmo á todos los tormentos del infierno. De la eternidad que cierra para siempre á los condenados en el infierno.

Pero ¿quién, Católicos, quién podrá decir lo que es la eternidad? ¿Quién dirá lo que es indecible? ¿Quién explicará lo que es inexplicable? ¿Quién podrá manifestar lo que es la eternidad? Di cuanto quieras de la eternidad, escribe San Agustin: Todo cuanto dijeres es infinitamente menos que la eternidad. *Quidquid dixeris, minus dicis*. Haz de ella todas las pinturas que ocurran á tu imaginacion inflamada: Forma las comparaciones mas imponentes: Sirvete de las expresiones mas valientes: Di, habla, pinta todo lo que quieras de la eternidad; pero sabe, que todo lo que digas, hagas, ponderes, hables y exageres de la eternidad, es infinitamente menos que la eternidad. *Quidquid dixeris, minus dicis*.

¿Y qué podré yo decir, Católicos, qué idea podré daros de la eternidad, cuando un San Agustin se explica de este modo? ¿Os diré con San Dionisio Areopagita, que la eternidad es un tiempo que nunca se acaba? ¿Os diré con el sábio Crisostomo, que la eternidad es para el Bienaventurado un dia que no tiene anocheecer, y para el condenado una noche que no tiene amanecer? ¿Os diré con el piadoso Dreselio, que la eternidad es una duracion que no se mide por el movimiento de las criaturas, sino por la inmovilidad del Criador? ¿Pero cuándo yo haya dicho todo esto, os habré dicho lo que es la eternidad? No por cierto. Yo no habré dicho sino lo que es infinitamente menos que la eternidad *Quidquid dixeris, minus dicis*.

Pero valgámonos de las comparaciones. Acaso por este medio formaremos menos mal la idea de lo que es la eternidad. ¿Será, pues, la eternidad una multitud de tiempos que duren mas años que estrellas hay en el Cielo, que letras hay en los libros, que ojas hay en los árboles, que gotas de agua hay en los ríos y los mares y arenas en sus fondos y riberas? ¡Santos Cielos! Se pierde el entendimiento en esa multitud de años, que

no podrian numerar todos los contadores del mundo en toda su vida. Pues amados de mi alma, todavia no es esta la eternidad. Esto es infinitamente menos que la eternidad. *Quidquid dixeris, minus dicis.*

¿Pues qué será la eternidad, si esto no es la eternidad? ¿Será sino la eternidad un tiempo que dure mas años que los que necesitaria un ruiseñor para agotar todos los mares, todos los rios y todas las fuentes del mundo, no sacando en cada un año mas que una gota en su piquillo? Pero no, no es esto la eternidad. Esto es infinitamente menos que la eternidad. *Quidquid dixeris, minus dicis.*

Pues supongamos un monte de diamante tan ancho como la tierra y tan alto como el Cielo. Supongamos tambien que este monte de diamante recibiese cada mil años una picada de golondrina, y que á fuerza de picadas se hubiese de desbatar é igualar con la tierra. ¿Quién podria imaginar el tiempo que necesitaria la golondrina para deshacer é igualar con la tierra este monton tan ancho como el mundo, tan alto como el Cielo y tan duro como el diamante, no dando en él sino una sola picada en cada mil años! ¡Dios eterno! ¡Quién podrá sostener la eternidad en el infierno!

Figurémonos con San Buenaventura que uno de los condenados vertiese cada dia una lágrima. ¿Cuántos dias no serian necesarios para que estas lágrimas reunidas formasen un grande arroyo? Cuántos para que formasen un rio navegable? ¿Cuántos para que formasen un mar tan grande como el Oceano? ¿Cuántos, en fin, para que formasen un mar tan grande como todos los mares del mundo reunidos? ¡Pues, asombraos Católicos, y llenaos de estupor!!! Llegaria el condenado á verter tantas lágrimas, que formasen ese grande arroyo, ese rio navegable, ese mar tan grande como el Oceano, ese mar inmenso, formado de todos los mares del mundo reunidos, y le quedaria que pasar una eternidad toda entera porque la eternidad nunca mengua. Hagamos otra suposicion mas sensible y si eabe mas terrible. Supongamos que una hormiguilla hubiese de gastar y reducir á polvo con sus pisadas todas las piedras, todas las peñas, todos los peñascos y todas las enriscadas sierras del mundo á fuerza de pasar por ellas. ¡Mis amados! En este cálculo todo se pierde. El entendimiento, la imaginacion, el alma con todas sus potencias...

Pues añadamos otra suposicion que por hablar con el hombre la hará mas terrible, y mas todavia por abrazar en sí

todas las suposiciones que van hechas. Supongamos, pecador que me estas oyendo: supongamos que te condenas. ¡Suposicion horrible! Pero supongámosla, puesto que no es agena de tu conducta pecadora. Supongamos que te condenas; pues sábetete loco y desatinado pecador que me estás oyendo: sábetete, vuelvo á decir: sábetete y no lo olvides jamás: sábetete que si te condenas, has de estar en el infierno toda la inmensidad de años que llevamos referidos: sábetete que llegarás á estar tanto tiempo en aquel fuego que puedas decir con verdad, ¡ay de mi desventurado! Ay desdichado de mi que desde que entré en el infierno y estoy ardiendo en este fuego voraz, han pasado ya mas años que estrellas hay en el Cielo, que letras hay en los libros, que gotas de agua hay en los rios y los mares y arenas en sus fondos y riberas. Ay de mi inmensamente infeliz, que desde que entré en el infierno han pasado ya mas millones de años que los que necesitaria el ruisenior para agotar todos los rios y mares del mundo, sacando una gota en su pico cada mil años: la golondrina para deshacer el monte de diamante tan ancho como el mundo y tan alto como el Cielo á fuerza de picadas no dando en él mas que una cada mil años: y la hormiga para gastar con sus pisadas todas las peñas y riscos del mundo en fuerza de pasar por ellos. Esto es horrible, pero todavia lo es sin comparacion mas que despues de tantos siglos de tormentos, aun me hallo en el principio. Sabed, mortales, que toda esa enormidad de siglos que llevo pasados en el fuego del infierno en nada han disminuido mis tormentos, y que desde este dia me queda que padecer una eternidad toda entera. Tan al principio me encuentro como el primer dia que me sepulté en el fuego del infierno. ¡Qué desesperacion! ¡Qué rábía! ¡Qué furor! El furor del infierno.

No, mortales, los tormentos del infierno no sufren disminucion, ni mudanza. Hoy me hallo en sus tormentos, ayer estuve en sus tormentos; hace un año, hace mil años, hace un millon de años, hace mil millones de años, hace innumerables siglos que estoy en sus tormentos; pero esto, que solo imaginado horroriza, aun es nada comparado con lo que me resta que padecer. Mañana estaré en los tormentos del infierno, estaré el dia siguiente, estaré el siguiente mes, estaré el siguiente año, estaré el siguiente siglo, estaré de aqui á mil años, estaré de aqui á mil siglos, estaré de aqui á mil millones de siglos, estaré siempre. ¡Pena horrenda! ¡Despecho cruel! Estaré siempre en sus tormentos, nunca saldré de sus tormentos.

Aqui, mis amados, el alma se extremece, el cuerpo tiembla,

la garganta se anuda, y el corazón palpitando con violencia apenas cabe en el pecho. ¡O eternidad! ¡O espantosa eternidad! ¡Quién puede negar tu existencia sin negar la fé! ¡Y quién puede creer tu existencia y cometer un solo pecado mortal! ¡Quién puede pensar en ti y vivir en pecado mortal! ¡Quién puede acordarse de ti y dilatar un momento su conversión! ¡Dios mio! ¡Si seré yo tan desdichado que me pierda por una eternidad! Yo que nada apenas puedo sufrir, ¿cómo sufriría por una eternidad los tormentos del infierno? ¡Cristianos! ¡Hay un infierno eterno para castigar el pecado mortal, y esto no obstante hay quien le cometa! ¡O loco pecador! ¡A qué extremo no llega tu locura, cuando pecas mortalmente, sabiendo que hay prevenido un infierno para castigar en él eternamente tu pecado! Si despues de estar un millón de años en el infierno se hubiesen de acabar tus tormentos, yo no me empeñaría tanto en apartarte del pecado mortal, pero ay de ti que te espera una eternidad en el infierno.

Sería una locura espantosa, pecador desdichado, que por un solo pecado mortal, por un mal pensamiento grave y consentido, por un momento criminal, te condenases á padecer en el infierno un millón de años; pero al cabo esta pena, aunque tan espantosa, no era eterna; y estando en el infierno podrias decir con verdad: todo cuanto voy padeciendo, eso menos me va quedando que padecer. Cuando haya estado en el infierno cien mil años ya no me quedarán mas que novecientos mil que estar en él; y aunque nadie puede imaginar los tormentos que llevo pasados y los que habré de pasar hasta que llegue á acabarse este millón de años, por mas largo y espantoso que sea este tiempo, el habrá de acabarse. Esto diria el condenado á estar en el infierno un millón de años; pero y ¡una eternidad! ¿Cuándo piensas que se acabe, pecador desatinado, si no tiene acabamiento?

Estarás en el infierno los cien mil años, y despues que hayan pasado te faltará una eternidad. Estarás los novecientos mil restantes y te faltará una eternidad. Estarás millones de millones y te faltará una eternidad. Estarás mas millones de años que los que llevamos mencionados en este Sermon, y al cabo de ellos no podrás decir, me falta una hora menos que padecer; porque siempre te faltará una eternidad toda entera.

¡O espantosa eternidad, digna de ser predicada en todos los pulpitos del mundo para desengaño de todos los hombres! ¡O eternidad! ¡O palabra espantosa digna de grabarse en láminas de bronce con puntero de hierro, segun la expresion de

Job, y de fijarse en todas las casas, en todas las calles y en todas las plazas del orbe para terror y enmienda de todos los pecadores! ¡O pavorosa eternidad! ¡Cómo es posible que el hombre piense en ti sería y detenidamente sin que se le extremezca y dé vuelcos su corazón, sin que se batan con violencia una con otra sus rodillas, sin que corran de sus ojos dos fuentes de lágrimas y resuenen los prolongados gemidos de su alma, angustiada con el pavor y el espanto! ¡Cómo es posible que el pecador no mude de vida, no se entregue á la penitencia y no se anime á practicar la virtud y á sufrir todos los trabajos del mundo por librarse de los tormentos de un infierno, y de un infierno que es eterno!

Concluyo, mis amados, estas verdades tan terribles, como ciertas, encargandoos la memoria de la eternidad, si quereis no pecar. ¡Ojalá, Dios piadoso, que yo hubiese logrado con su recuerdo introducir en los corazones de mi auditorio aquel santo temor que convierte á los pecadores, sostiene á los justos y forma los predestinados para el Cielo, que á todos os desco. AMEN.

del hombre que le concierne eternamente, lo que se le ha  
Espiritu Santo, como el agua y el fuego, para que viva  
sin, con alegría y hasta con algaría. Como por más que el  
sentimiento. Pero ¡que digo! se cuenta muchas cosas con an-  
dejarlo de tener un pecado mortal por tres cosas semejantes  
también á pesar de la vida y aun de la vida; mas la horrosa  
las lacrimas y algunas llegan á durar el día y el año y  
las lacrimas de esta vida escapan semejantes. Muchas hacen cosas  
facilmente y otras semejantes, que es un bien eterno. Todas las  
que se alijan y descomoden, cuando, por el pecado mortal,  
aunon y de su alma, que son bienes perecederos; y no ven-  
alijan y descomoden en la medida de sus intereses, de su sa-  
lud, las comodidades y la abundancia de bienes. Como cuando se  
cuerpo, mas no venis por propios intereses así contra la pe-  
presencia contra la pobreza, las comodidades y la abundancia.  
tudo que las lacrimas, las ans y las lágrimas como por un  
un del pecado mortal, que es una vida sin comparación las for-  
de su tierra, de su vida y de su alma; pero no venis por poder  
por mas otros bienes que el pecado mortal y comodidades  
un mal mayor que todos los males del mundo, como los hom-

# SERMON

## SOBRE EL PECADO MORTAL.

*Nullus est qui agat poenitentiam  
super peccato suo, dicens: ¿quid feci?  
Jeremiæ. cap. 8. v. 6.*

Ninguno hay que haga penitencia de  
su pecado, diciendo ¿qué hice?

**T**al es, Cristianos, la causa porque, siendo el pecado mortal un mal mayor que todos los males del mundo, temen los hombres mas otros males que el pecado mortal. Vemos como huyen de un tigre, de un oso ó de un leon; pero no vemos que huyan asi del pecado mortal, que es una fiera sin comparacion mas terrible que los tigres, los osos y los leones. Vemos como procuran prevenirse contra la pobreza, las enfermedades y la muerte del cuerpo; mas no vemos que procuren prevenirse asi contra la pobreza, las enfermedades y la muerte del alma. Vemos cuanto se afligen y desconsuelan en la pérdida de sus intereses, de su estimacion y de su fama, que son bienes perecederos; y no vemos que se aflijan y desconsuelen, cuando, por el pecado mortal, pierden la gracia santificante, que es un bien eterno. Todas las desgracias de esta vida causan sentimiento. Muchas hacen correr las lágrimas, y algunas llegan á quitar el apetito y el sueño y tambien á privar de la salud y aun de la vida; mas la horrorosa desgracia de caer en pecado mortal pocas veces causa semejantes sentimientos. Pero ¡qué digo! Se comete muchas veces con ansia, con alegria y hasta con algazara. Como por risa, dice el Espíritu Santo, comete el necio la maldad. *Quasi per risum stultus operatur scelus.*

¿Pues de qué proviene, Católicos, este trastorno de la razon del hombre, que le cause gran sentimiento, lo que apenas nada

vale, y casi ninguno, lo que lo vale todo? ¿Sabéis de qué? De que no piensa lo que es el pecado mortal. De que no considera lo que hace cuando peca. *Nullus est qui agat poenitentiam super peccato suo, dicens: quid feci?*

Siendo, pues, esta la causa, por que se arrojan los hombres á cometer el pecado mortal, y se estan sin salir de él los dias, los meses y aun los años, vengo determinado á manifestaros hoy sus horrores y sus terribles efectos. Mas claro. Intento manifestaros lo que es el pecado mortal en sí mismo; y esta será la primera parte de mi discurso. Intento manifestaros los estragos que causa en el alma que le comete; y esta será la segunda. Conociendo la enormidad del pecado mortal, no os determinareis á cometerle por cuanto hay en el mundo, y conociendo los estragos que causa en el alma, no podreis dejar de procurar salir de él al momento por una verdadera penitencia. Si, Cristianos. Quiero que conozcais bien el pecado mortal y los estragos que causa. Quiero que conozcais bien este monstruo, á fin de que huyais de él horrorizados. Quiero que jamás cometais un pecado mortal, y que si, por la mayor desgracia que puede sucederos en esta vida, llegais á cometerle, salgais de él horrorizados, conociendo vuestra enorme desgracia, porque como dice San Gregorio, no se infunde en el entendimiento la gracia de la compuncion, sino se le muestra primero la magnitud del pecado. *Compunctionis gratia menti non infunditur, nisi prius ei peccati magnitudo monstretur.* Mas para que yo predique con acierto, y vosotros me oigais con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia, poniendo por interesora á la que fué concebida sin pecado. AVE MARIA.

*Nullus est...*

### PRIMERA PARTE.

Para amar ó aborrecer las cosas es necesario conocerlas primero. Esto no admite duda. Procuremos nosotros conocer el pecado mortal, pues conociéndole, no podremos dejar de aborrecerle. Y no solo aborrecerle, sino temblar al querer comerle. Porque ¿qué os parece, Católicos, que es el pecado mortal? Si lo preguntais á San Agustin, os dirá: que es un dicho, un hecho, un pensamiento ó un deseo, no precisamente contra las leyes temporales de los hombres, sino contra la ley eterna de Dios; y si haceis la misma pregunta á San Ambrosio exclamará: que el pecado mortal es una trasgresion arrogante de la voluntad del Altísimo.

Si, Cristianos. El pecado mortal es el atrevimiento de un hombre despreciable que atropella la ley de un Dios omnipotente. Es la maldad de una criatura que se huye de su Criador. Es la rebelion de un hijo perverso, que declara la guerra á su buen Padre. Es, en fin, la inobediencia mas digna de castigo, puesto que consiste, en que Dios manda y el hombre no quiere hacer lo que Dios manda. Inobediencia la mas temeraria, y la mas injusta. La mas temeraria, porque contradice á una voluntad omnipotente; y la mas injusta, porque atropella unos derechos soberanos. Todo lo debemos los hombres á Dios y así para con Dios no debemos ser sino agradecimiento y obediencia. Como á nuestro Criador, le debemos el ser que tenemos: como á nuestro Conservador, la vida que vivimos: como á nuestro Duño y Señor, todos nuestros servicios: como á nuestro Rey celestial, el mas humilde homenaje: como á nuestro Redentor, el mas tierno agradecimiento: como á Esposo de nuestra alma, el mas entrañable amor; y como á nuestro Padre amantísimo, la mas acendrada piedad, y el mas amoroso y profundo respeto. Pues bien ahora. Todos estos soberanos derechos atropella de un modo soberanamente injurioso el hombre que peca mortalmente. Rompe todos estos lazos sagrados y se revela, contra el amigo mas fiel, contra el Esposo mas amable, contra el Padre mas tierno, contra el Redentor mas generoso, contra su Dios.

¡Santos Cielos! Si á tanto se determina el temerario pecador, ya no me admira que este Dios omnipotente entre á haberselas

con tan despreciable criatura; que haga ostentacion de su poder contra la oja que arrebató el viento, como dice asombrado el Santo Job; y que persiga la paja seca, que son las semejanzas del miserable pecador. Ya no me admira, repito, que este Dios omnipotente, tan bajamente ultrajado, castigue con los tormentos eternos de un infierno la gravedad de un pecado mortal, y solo no puedo concebir, cómo no sepulta en ellos al insolente pecador en el momento mismo en que peca mortalmente, como lo ejecutó con los Angeles rebeldes, sin darles tiempo, ni para cometer un segundo pecado, ni para arrepentirse del primero.

¡Amados de mi alma! En vista de la gravedad del pecado mortal no es extraño que se abriese la tierra y se tragase vivos á un Datan y á un Abiron, en el instante mismo en que cometian su delito, ni que el infame Israelita acabase su torpe vida al golpe de un puñal que le atraviesa el corazón, cuando se halla en los brazos de la desenvuelta Madianita, que espira cosida con la tierra, del mismo golpe y con el mismo acero. No es extraño que cegasen los Sodomitas, cuando cercaban la casa de Lot para ultrajar á la naturaleza; que en vez de los hermosos rayos del Sol que esperaban para ver á ejecutar su pésimo crimen; cayesen sobre ellos rayos de fuego, encendidos en el furor de la ira del Señor que les consumiesen y redujesen á ceniza en un momento, y que cuando todos los hombres del mundo, exceptuando ocho personas, se hicieren criminales, todos los criminales pereciesen en un diluvio. Lo extraño, lo que seria increíble sino se viera todos los días, es; que el Señor no castigue al temerario pecador en el momento en que peca mortalmente, y que, teniendole entre las manos de su justicia omnipotente, no le sepulte entonces mismo en los tormentos del infierno. Tal es la gravedad del pecado mortal: tanta es la maldad de esos pecados que vosotros cometeis sin temor, que continuais cometiendo sin remordimiento, que multiplicais sin espanto, y en los que permanecéis con una serenidad, que, á los ojos de la fé, asombra á los Cielos, extremece á la tierra, aflige á los justos y obliga á la Iglesia á llorar y exclamar como en otro tiempo á un Profeta: vi á los pecadores y me consumia. *Vidi praevaricantes et tabescebam.*

Es sin duda, Cristianos, que cuantos llegasen á conocer bien toda la maldad que encierra el pecado mortal, si fuese antes de cometerle, nada habria en el mundo que pudiese determinar su voluntad á cometerle; y si fuese despues de cometido, juzgarian siglos los instantes que pasasen sin borrarle de su alma con

la penitencia. ¿Quién pensais, sino, que obligó al castísimo jóven José á preferir la cárcel y las cadenas á cometer un pecado mortal, consintiendo con los deseos de su torpe dueña que le incitaba á cometerle? ¿Quién sino el horror al pecado mortal? ¿Y cómo puedo yo, la dijo, hacer este mal y pecar contra mi Dios? *¿Quomodo ergo possum hoc malum facere, et peccare in Deum meum?* ¿Quién obligó á la honestísima Susana á elegir antes la muerte que cometer un pecado mortal? Angustias me rodean por todas partes, dijo gimiendo, al verse acometida de los dos viejos lujuriosos; porque, si esto hiciere, muerte es para mí, y si no lo hiciere, no escaparé de vuestras manos; pero mejor me es, sin liacerlo, caer en vuestras manos, que pecar en la presencia del Señor. *Sed melius est mihi absque opere incidere in manus vestras, quam peccare in conspectu Domini.* ¿Quién hizo, que un David pecador, detestase su pecado en el momento que Natán le hizo presente su maldad? ¿Quién sino el horror que le causó el pecado mortal que habia cometido? Yo he pecado, dijo, ahogado de sentimiento. Yo he pecado contra el Señor. *Peccavi Domino.* ¿Quién hizo que un Pedro saliese llorando amargamente del pretorio de Pilato, luego que su divino Maestro le dirigió una mirada que iluminó su conciencia y le manifestó la maldad de su negacion? ¿Quién sino el horror de su delito? Salió del pretorio, dice el texto sagrado, y lloró amargamente. *Et egressus foras, flevit amare.* Y para decirlo de una vez, ¿quién sostuvo á los mártires en sus terribles y repetidos tormentos, y á los confesores, las vírgenes, las casadas y las viudas en sus duras y largas penitencias? ¿Quién sino el horror al pecado mortal? ¿A ese pecado, que separa al hombre de la amistad de su Dios, que le deshereda del Cielo y le condena al infierno? Ellós creían, y así es verdad, que el infierno mismo era un mal menor que el pecado mortal; y así escribió Tertuliano, que era este un sentimiento y dicho comun entre los primeros Cristianos. Queremos ser condenados, no solo á los mayores tormentos de esta vida, sino tambien á los eternos de la otra, antes que cometer un solo pecado mortal. ¡Qué horror!, mis amados; pero no lo estrañeis. Penetraos bien de lo que es un pecado mortal, y sentireis y hablareis como ellos.

He dicho en el principio de mi sermón lo que es el pecado mortal; lo habeis oído; pero acaso no os habeis penetrado bastante de toda la maldad que encierra. Pues vedla aqui en dos palabras. Llega el apetito desordenado á la puerta del corazón del hombre, y le dice: dame satisfaccion. El hombre escucha,

oye, atiende y se inclina á satisfacerle; pero aqui su razon sale al encuentro y le dice: no hagas eso. Mira que Dios lo prohíbe, y hacer la voluntad de Dios es primero que todo. No quieras hacer tu voluntad contra la voluntad de Dios. Detente. Espera... Sin embargo, el hombre atropella y dice, sino con sus palabras á lo menos con su porte: nadie se me oponga. Soy libre y quiero hacer mi gusto. ¡Mira, ingrato, repite la razon, mira que es la ley de Dios quien lo prohíbe! No importa responde insolente. Póstrase la ley de Dios: yo quiero pasar por cima de ella para satisfacer mi apetito: póstrase su divina voluntad, yo quiero saltar por cima de ella para hacer mi voluntad, y en efecto salta; ¡puede darse mayor atrevimiento! ¡Puede hacerse mayor ultraje á la voluntad de Dios!!! Pues ved aqui, Católicos, lo que hace el hombre cuando peca mortalmente. Ved aqui lo que es el pecado mortal. Pero yo me equivoco, pues cuanto acabo de decir no es el pecado mortal; no es sino un débil bosquejo, una desmayada pintura, una sombra del pecado mortal; porque, extremeceos, Cristianos, al oír la idea que me ocupa. Supongamos que se formase un entendimiento de todos los entendimientos que ha habido, hay y habrá en el mundo, sin exceptuar el de la Madre de Dios, ni el de su Santísimo Hijo en cuanto hombre. Supongamos tambien que entrasen á componerle todos los entendimientos angélicos... pues vuelvo á decir ¡qué asombro! que el entendimiento, formado de todos estos entendimientos, aunque seria como inmenso, no seria bastante para conocer todo lo que es el pecado mortal. ¿Sabéis por qué? Porque el pecado mortal toca en lo infinito y se hace en cierto modo infinito. El hombre que peca mortalmente, ofende mortalmente á un Dios infinito, se opone á la voluntad de un Dios infinito, desprecia y ultraja la Magestad de un Dios infinito, se hace en su maldad infinito; y así solo Dios, cuyo entendimiento es infinito, puede conocer todo lo que es el pecado mortal. En vista de esto, ya no extrañareis, mis amados, que los primeros Cristianos, que habian meditado tan detenidamente sobre la gravedad del pecado mortal, y se habian penetrado de su infinita maldad, quisiesen ser condenados, no solo á los mayores tormentos de esta vida, sino á los eternos de la otra antes que cometer un pecado mortal. Pero si el pecado mortal es de una gravedad como infinita en sí mismo, tambien los males que causa en el alma que le comete, son como inmensos. Esto lo vereis en la segunda parte, si me continuais vuestra piadosa atención.

**SEGUNDA PARTE.**

Para conocer desde luego los males espantosos que el pecado mortal causa en el alma que le comete, representémosnos primero el estado de un alma que está en la gracia de Dios, y despues el estado á que la reduce el pecado mortal. Porque, Católicos, segun los principios de la fé, ¿qué viene á ser un alma que está en la gracia de Dios? ¡Ah! un alma en tan dichoso estado es la criatura mas hermosa, la mas amable y la mas preciosa del mundo. Es en la tierra la que mas se parece á las almas del Cielo, es la que mas se asemeja á los Angeles y á la que mas aman los Angeles, es la mas hermosa imágen de Dios que hay bajo del Sol, y con la que, en expresion de la Sagrada Escritura, tiene Dios sus delicias. Un alma en la gracia de Dios es una hija querida de Dios, y Dios es su querido Padre. Ella ama tiernamente á Dios y Dios la ama tiernamente. Dios la mira con ojos cariñosos y ella dirige á Dios sus cariñosas miradas. Un alma en la gracia de Dios es un hermoso miembro de la Iglesia, una heredera del Cielo, un templo del Espíritu Santo... En una palabra, es un Santuario á donde ha venido la Santisima y Beatissima Trinidad y donde ha hecho su mansion. *Ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus.*

¡Mis amados! ¡Qué estado tan feliz el de un alma que está en la gracia de Dios! Nada, nada mas hermoso, nada mas feliz á los ojos de la fé. Pues ahora avivad vuestra atencion y vuestra fé para contemplar otro cuadro enteramente diverso. Suponed que esta alma tan hermosa y feliz, por la mayor desdicha que puede sucederla, comete un pecado mortal; en el momento mismo en que esta alma tan preciosa en la tierra, tan amable para el Cielo y tan querida de Dios le comete, pierde toda su gracia y hermosura, y se convierte en la mas fea y abominable á los ojos de Dios y de los Angeles; porque pierde la gracia santificante, pierde las virtudes y dones del Espíritu Santo, pierde la amistad de Dios, pierde á Dios. ¡O Cristianos! ¡Y qué bien vendrian aqui los lamentos y las lágrimas del Profeta Jeremias para lamentar y llorar la desdicha de esta alma! Dios la amaba tiernamente y ya la aborrece de muerte. Dios era para ella el Padre mas cariñoso y ya es un Juez irritado contra ella. Los Angeles la miraban con placer y ya no pueden volver sus purísimos ojos á mirar un alma tan abominable. Era antes un templo del Espíritu Santo, y ya es, segun la expresion de la Sagrada Escritura,

una cueva de dragones. En ella habitaba la Beatísima Trinidad y ya habita el tirano mas cruel, habita Lucifer. Este príncipe del infierno ha entrado en ella con el pecado y ha sentado en ella su horrible trono. *Et ingressus habitat ibi.*

¡Alma indeciblemente desdichada y digna de lágrimas de sangre! Desde el momento en que se cubrió con el horrible manto del pecado mortal, ya no se desecubre allí la hija de Dios, sino la hija del diablo. Ya esta infeliz criatura no pertenece al número de los justos, sino al de los criminales. Su nombre no está ya escrito en el libro celestial, sino en el libro terreno. Ya fué tachada en el libro de la vida, y apuntada en el libro de la muerte. Por su delito esta alma renunció la herencia del Cielo y eligió la del infierno. Se huyó vilmente de Dios, y se pasó á su enemigo el demonio. Dejó la compañía de los escogidos y se incorporó con la de los réprobos. Renunció la sociedad de los Bienaventurados, y escogió la de los condenados... Con su delito arrojó y pisó la sangre de Jesucristo, despreció su valor infinito, ultrajó al Hijo de la Virgen en el camino del Calvario, y volvió á crucificarle de nuevo, dice San Pablo. ¿Qué mas diré? ¡Diré que esta alma desdichada, desde que cometió el pecado mortal, principió á dar pasos acelerados para el infierno! ¡Diré que no dejará su funesto camino hasta sepultarse en sus calabozos eternos! Diré que este es ya su espantoso destino y su horrible paradero; si la misericordia infinita del Señor no la sale al encuentro, la detiene, la toma por la mano y la saca de aquella vereda infernal! ¡Qué horror!!! ¡Qué desdicha!!! ¡O!!! su mal es como inmenso. Pero acaso pensareis que exagero. ¡O Cristianos! Si así juzgais, permitidme que os diga: que ignorais las primeras verdades de la religion que profesais.

Habeis oido en la primera parte de mi discurso que el pecado mortal es en si mismo un mal casi infinito, y acabais de oir en la segunda que los estragos y males que causa en el alma que le comete, son como inmensos, que es lo que me propuse haceros ver en la segunda.

¿Y cómo, pregunto yo ahora, cómo componer con estas verdades terribles el porte de un gran número, por no decir de la mayor parte, de los Cristianos? ¿Créen estos que el pecado mortal es el mayor mal del mundo, ó para decirlo mejor, el único mal del mundo? Y si lo creen ¿cómo es ese abandono de vida? Y si no lo creen ¿Dónde está su fé? ¡Amados de mi alma! ¡Quién no tiembla al cometer un solo pecado mortal! ¡Quién no

se extremece á solo el peligro de comértele! ¡Dios piadoso! ¡Dios querido! ¡Padre amado! Vengan sobre mi todos los males del mundo. Venga el fuego, la cruz, las bestias, el quebrantamiento de huesos, la separacion de miembros, la destruccion de todo el cuerpo, y todos los tormentos del diablo antes que yo peque, y con tal que posea á Jesucristo; como decia el gran mártir San Ignacio: *Ignis, crux, bestiae, confractio ossium, membrorum divisio, et totius corporis contritio, et tota tormenta diaboli in me veniant, tantum ut Christo fruatur.*

¡O vosotros, niñez amable, á quienes la falta de conocimiento no ha permitido todavia que podais perder la gracia del bautismo! ¡Qué dichosos sois! y cuanto mas lo sereis, si creciendo á la sombra de unos padres virtuosos, ellos os enseñan y vosotros aprendeis á perder todas las cosas antes que perder esa joya incomparable, esa preciosa margarita del Evangelio, la gracia del bautismo! ¡Y cuán felices, si sabeis morir por conservarla! ¡O encantadora niñez! ¡Quién pudiera daros por padre á un Tobías, que os dijera como este verdadero Israelita á su numerosa descendencia: servid, hijos míos, al Señor en verdad, y aprended á hacer lo que le agrada. *Servite Domino in veritate, et inquirete ut faciatis, quae placita sunt illi.* Quien pudiera daros por madre á una Blanca, que os repitiera tan continuamente como esta piadosísima española á su hijo San Luis, Rey de Francia; hijo mio, le decia, aunque os amó con la mayor ternura, quisiera mas veros muerto, que ver manchada vuestra alma con un pecado mortal. *Mallet mortem, quam foeditatem animae vestrae.*

¡O tierna juventud, cuyos albores están rodeados de tan malignos vapores y espesas sombras, y cuya brillante aurora corre tantos peligros de oscurecerse! Nada temas tanto como perder ese felicísimo estado de la gracia bautismal que aun conservas, porque si llegas á perderla, ¡ay de tí! ó no volveras á recobrarla ó será á costa de amargas lágrimas y de duras penitencias. Por estas pruebas tuvieron que pasar los Davides, los Pedros y los Agustinos; las Magdalenas, las Pelagias y las Egipcias, y todas las almas penitentes.

Y tu juventud robusta, ¡cuánto temó el abuso de tu robustez! Ama y teme á Dios. Cumple su santísima ley, guarda sus mandamientos, y emplea esa robustez, que te ha concedido el Señor, en defenderlos. Si tu edad, tu situacion ó tus circunstancias te espusiesen á la dura prueba de perder tu pureza y con ella la gracia y amistad de Dios, huye como otro José, dejando la capa

en las manos de la tentacion, y clamando ¡cómo puedo yo hacer esto y pecar contra mi Dios! *Quomodo possum hoc facere, et peccare in Deum meum!* Богачу и бѣднику грѣшну и грѣшну

210 Pecadores que me escuchais. Vosotros los que os hallais oprimidos bajo el terrible peso del pecado mortal y abismados en las sombras de su horrenda muerte, temblad al considerar vuestro espantoso y lastimoso estado. Temblad y no dejéis de temblar hasta haber salido de él. Considerad que vuestra alma en ese estado aunque parece que vive, está muerta, como os lo dice San Pablo. *Vivens, mortua est.* Si, desdichados pecadores. En ese cuerpo que ostenta tanta vida, está muerta vuestra alma; y podría fijarse en vuestra frente el triste epitafio de Seneca, que decía: en este cuerpo tan robusto está muerta y sepultada un alma infeliz. Sí, Cristianos, infeliz, infelicísima porque está aborrecida de Dios, y también del Cielo y de la tierra, de los Angeles y de los hombres, y de todas las criaturas; porque todas las criaturas aborrecen al que injuria á su Criador. El Señor se ha retirado de ella ofendido y ultrajado, la abortece de muerte, y está preparando las saetas de su terrible justicia para bañarlas en su sangre, sino las embota su penitencia. ¡Infelices pecadores! ¡En que estado tan deplorable no se encuentra vuestra preciosa alma! Yo quisiera infundir en vuestro entendimiento todo el conocimiento que pide tan lastimoso estado, y en vuestra voluntad todo el aborrecimiento que merece, y no sé como. Os veo sepultados en él, sin temor, sin sentimiento, si ya no es con placer y alegría, y yo me aflijo y consumo. Os veo permanecer en él días, meses y acaso años sin horror y aun sin cuidado, y yo me estremezco. Veo esta desgracia tan digna de lágrimas de sangre, y aunque soy de un corazon poco sensible, no puedo dejar de llorarla.

¡Gran Dios! Si en este momento os dignaseis poner á nuestra vista un alma en pecado mortal, ¡cuál sería nuestro espanto al verla! Caerian como en desmayo nuestros brazos segun la temerosa pintura que nos hace el Profeta Ezequiel de un alma en pecado mortal. Nos poseería el horror y nos cubriría la confusion. *Et in omni facie confusio.* Ojalá, Dios piadoso, que bajase ahora mismo un rayo de esa inmensa luz en que habitais, y penetrando hasta lo mas escondido de las conciencias de los pecadores que me oyen, les manifestase el lastimoso y horroroso estado de su alma. ¡Ah! ellos no podrian permanecer en él ni un solo momento. Sus ojos serian dos fuentes de lágrimas, gemirian y clamarian al Cielo, pidiendo que sacase su alma de tan horrible estado, y sus gemidos y sus clamores penitentes lle-

garían al trono de vuestra infinita misericordia, y vuestra infinita misericordia sacaría sus almas de tan lastimoso estado y las volvería á vuestra amistad y vuestra gracia. ¡Qué dicha, Señor, para estas almas pecadoras! ¡Qué alegría para las almas justas! ¡Qué consuelo para el ministro de vuestro Evangelio eterno! ¡Qué honor para vuestra divina palabra! ¡Qué gloria para Vos, Dios piadoso, que no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva! ¡Qué alegría para todo el Cielo, donde hay mayor gozo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan! ¡Ojalá Dios amable, Padre tierno y cariñoso que el rayo de luz que bajase de vuestro brillante trono, manifestase también á los justos, que me escuchan, el dichosísimo estado de sus almas! Esto sería para ellos un Cielo anticipado, les infundiría un valor incomparable y ya nada habría en el mundo que fuese capaz de hacerles caer de tan dichoso estado. Así el conocimiento del pecado mortal y de sus terribles consecuencias haría que los justos perseverasen en gracia y los pecadores la adquiriesen por la penitencia para merecer entrar unos y otros en el reino de los Cielos que á todos os deseo. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA VIGILANCIA.

---

*Omnibus dico: Vigilate. Marc. Cap. 13. Y. 35.*

*A todos lo digo: Velad. S. Marc. En el cap. 13. Y. 35.*

**S**ería increíble el descuido con que se vive comunmente en órden á la salvacion, sino se estuviera viendo. Llevando en vasos de barro, como dice San Pablo, la gracia santificante, este preciosísimo tesoro con que hemos de comprar el reino de los Cielos, caminando con él entre innumerables peligros, y siendo acometidos á cada paso, que damos, por multitud de enemigos poderosos y empeñados en robárnosla, ¿puede concebirse ese descuido en que vivimos y con que caminamos? ¿Hay necesidad de decir á los ambiciosos, que velen, que cuiden de conservar sus dignidades y puestos, y que se afanen por conseguir otros mas altos? ¿Hay necesidad de decir á los avarientos, que guarden sus tesoros con vigilancia y que cuiden de que nadie se los robe? ¿Hay necesidad de decir á los mundanos, que satisfagan sus pasiones y apetitos, y procuren hacer de los dias y las noches un círculo continuo de diversiones y placeres? No, ciertamente, porque el desvelo es inseparable de las pasiones. ¿Y es posible, Cristianos, que las pasiones se desvivan, y no velen las virtudes? ¿Seréis menos cuidadosos en adquirir una corona eterna en el Cielo que unos placeres momentáneos en el mundo! ¡Ocupará vuestros cuidados el tiempo, y vuestra eternidad no mercederá sino la indiferencia y el olvido! ¡Deplorable ceguedad!

Nada hay mas necesario á los fieles que la vigilancia cristiana. Puede decirse que toda la salvacion camina sobre esta virtud,

que á ella está como vinculado el reino de los Cielos y que sin ella no puede esperarse en la eternidad otra suerte que la de las vírgenes fátuas. No entraron á las bodas del Cordero celestial, porque no velaron, porque se descuidaron, porque no tuvieron prevenido el aceite para cebar y encender sus lámparas y salir á recibir el Esposo; porque, sin esta prevención, se durmieron. Sueño funesto que las privó para siempre de entrar en las bodas del Cordero. Ábrenos, clamaron estas necias, pero respondió el Esposo: no os conozco. Respuesta terrible que incluyó su reprobacion eterna. ¿Y qué otra suerte esperais, Cristianos que me ois, sino procurais velar? Ese descuido de vuestra salvacion será para vosotros un sueño fatal, que os privará, como á ellas, del reino de los Cielos. Ese letargo es del que quisiera yo sacaros en este dia, comunicándoos mis temores acerca de vuestra salvacion; por eso este sermón no será tanto una exhortacion, cuanto un clamor, un grito á fin de sacaros de ese amodorramiento. Despertad, oidme, mis amados. Velad; sino velais no entrareis en el Cielo. ¿Sabeis por qué? lo primero, porque el tesoro con que le hemos de comprar es muy precioso y delicado. Es la gracia santificante; y lo segundo porque son muy poderosos los enemigos que se empeñan en robárnosle. Estos son nuestras pasiones, el mundo y el demonio. Bien merece la materia que gritemos y clamemos sin cesar los predicadores Evangélicos, por si podemos conseguir, que despierten tantos dormidos, y velen, puesto que á la vigilancia cristiana está prometido el Cielo.

Mas para que yo lo haga con acierto, y vosotros lo oigais con fruto, imploremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras del Angel. AVE MARIA.

*Omnibus dico...*

Ved aqui, Católicos, lo que nos encarga continuamente Jesucristo. Velad; velad y orad: velad en todo tiempo: velad para no entrar en tentacion. Este encargo nos le hace incesantemente, y su Evangelio parece que no es sino una larga exhortacion, en la que nos advierte: que velemos, que cuidemos de salvarnos. ¿Y por qué un encargo tan repetido y urgente? Porque llevamos en vasos frágiles, segun la expresion de San Pablo, el tesoro con que hemos de comprar el Cielo; y porque son innumerables

los peligros á que está expuesto. Este tesoro es la gracia santificante, esa divina gracia que nos hace hijos de Dios y herederos del Cielo; ese don incomparable sin el cual todos los demas dones vienen á sernos inútiles. Y los peligros son aquellos que nos presentan y á que nos exponen nuestras pasiones, ayudadas del mundo y del demonio. Hablemos primero del valor de este tesoro, y despues de los peligros que corre. ¡El Dios de la gloria y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos conceda el espíritu de sabiduría que pedia el Apóstol para conocer las riquezas de la gracia!

Porque... ¿qué don hay sobre la tierra que pueda compararse con ella? Si la consideramos en sí misma, ella es el soplo de la virtud del Altísimo y la claridad de su luz eterna. Si en su valor, ella es el precio de la sangre de Jesucristo y el fruto de sus méritos infinitos. Si en sus efectos, ella comunica á nuestra alma una vida celestial, unas operaciones divinas y unos frutos inmortales. Ella obra en nosotros un prodigio mayor, dicen los Santos Padres, que la creacion del universo.

Cuando los hombres hemos perdido la gracia santificante, somos unos hijos de ira, dice San Pablo, unos enemigos de Dios, unos esclavos del diablo y unos reos de penas eternas. Pero cuando volvemos á adquirirla, nuestro estado cambia infinitamente. Ella nos hace hijos de Dios, hermanos de Jesucristo y sus coherederos. ¡En qué estado tan feliz, mis amados, no nos constituye la gracia santificante! Ella por lo que toca á esta vida, es el manantial verdadero de nuestra felicidad, porque... con ella, ¡qué claridad! ¡qué luz! ¡qué fortaleza! ¡qué paz! ¡qué consuelos! ¡qué delicias! ¡Ah! las delicias de la gracia. Pero sin ella ¡qué oscuridad! ¡qué turbacion! ¡qué tinieblas! ¡qué remordimientos! ¡qué inquietudes! ¡qué desconsuelos! Que muerte... ¡O!!! la muerte del pecado. Ella por lo que mira á la eternidad, nos prepara recompensas infinitas, nos adquiere derechos incontestables á la herencia de los Cielos, y nos pone en el número de los justos para trasladarnos despues al número de los bienaventurados, y hacernos reinar con Dios en las mansiones de la gloria.

¿Son éstas, mis amados, las ideas que vosotros teneis de la gracia santificante? ¡Ah! si fuera así ¿la expondriais tan temerariamente? ¿la defenderiais tan flojamente? ¿la abandonariais tan cobardemente? Si fuera así ¿se os vería correr con tanta ansia tras de las vanidades del mundo y entraros con tanta facilidad en sus peligros? ¿Se os vería concurrir á los pascos del lujo y de la provocacion, á las casas del juego, de la intemperancia y de la

embriaguez, al baile, al teatro... á esa multitud de reuniones que siempre han mirado los Padres de la Iglesia y los verdaderos discípulos de Jesucristo como unos mercados públicos, donde se vende la gracia y se compran los delitos? ¿Se os vería continuar esa compañía que ya en otra ocasion os perdió, entrar en esa casa donde pereció vuestra inocencia, permitir las visitas de esa persona que corrompió vuestro corazon timorato y virtuoso? ¡Ah! Si apreciárais la gracia santificante como merece ¿sería posible que la expusierais á tantos peligros? ¿tendriais valor para perderla con tanta serenidad y aun con la risa en los labios, como el necio de los Proverbios?

Por otra parte. Si la gracia santificante, si esta inapreciable gracia fuera menos delicada, vuestra temeridad en exponerla á los peligros seria menos culpable. ¿Pero hay cosa mas expuesta á perderse que esta gracia? El menor soplo de corrupcion la empaña. Un solo pecado mortal la aniquila. ¿Hay cosa mas arriesgada? Se pierde, y se pierde en un momento. Basta un pensamiento criminal consentido, un deseo grave reprobado, un movimiento corrompido. Se pierde, y se pierde toda de una vez. Nada queda de este bien del Cielo. No sucede con él lo que con los bienes de la tierra. Vosotros podeis perder una parte de estos bienes y quedar con la otra, mas esto no puede verificarse con la gracia santificante, porque es indivisible. Ella sobrelleva tibiezas y debilidades, pero no sufre division ni alteracion. Todo lo que toca en su esencia, la acaba, la aniquila. Se pierde, y se pierde hasta por olvidarla. El ejemplo que nos puso Jesucristo de las vírgenes necias, es una prueba terrible de esta verdad. Ellas la perdieron porque se descuidaron.

Y bien ahora, mis amados, la gracia santificante, este don por tantos títulos precioso, esta prenda del amor de Dios ¿no merecerá nuestro amor y nuestros cuidados? La gracia santificante, este tesoro por otra parte tan expuesto á perderse en cada momento ¿no pedirá nuestros desvelos? ¿Será posible que debiendo nosotros preservarla de los peligros, seamos nosotros los que la expongamos á los peligros? ¿Puede darse un proceder mas irracional en un Cristiano?

Añadid ahora, Católicos, que esta gracia santificante, tan expuesta á perderse por sí misma, no lo está menos por los enemigos que la persiguen. El primero es nuestras pasiones. Dios ha grabado en el fondo de nuestro corazon la inclinacion al bien, al verdadero bien, al soberano bien, y nuestra concupiscencia ¡quién lo creyera! ha encontrado el secreto de hacer correr de

este manantial sagrado por nuestro descuido todas las pasiones, con todos sus furores; por que al principio las pasiones son débiles, y pequeñas resistencias bastarian para contenerlas; pero si se las deja, sino se hace caso de ellas, ellas se estienden, se robustecen, y en fin, llegan á ocupar el alma, y entonces ya son un torrente despeñado que no hay barrera, no hay dique que baste á contenerle. La pasión, una vez admitida, viene á ser gusto, el gusto pasa á ser atractivo, el atractivo á embriaguez, la embriaguez á frenesi, el frenesi ya no tiene nombre; él es todos los crímenes. Cuando las pasiones han llegado á este punto, ya no son otra cosa que unos monstruos que despedazan el infeliz corazón que las ha dado el ser y el trido. Nada hay ya que las contenga, por todo avanzan, todo lo atropellan... El nacimiento no tiene ya lustre que ellas no empañen, ni la educación impresiones piadosas que ellas no borren, ni el corazón semilla viciosa que ellas no desenvuelvan, ni el estado decencias que ellas no atropellen, ni la sociedad vínculos que ellas no rompan, ni la amistad leyes que ellas no violen, ni la razón luces que ellas no oscurezcan, ni la conciencia gritos que ellas no sofoquen, ni la religión sacramentos que ellas no profanen, ni la naturaleza derechos que ellas no sacrifiquen, ni el Cielo mismo tiene rayos y truenos que ellas no desprecien. Tales son, Católicos, las pasiones cuando se las ha dejado crecer libremente y correr á su arbitrio y sin freno.

Para evitar, pues, males tan espantosos es necesario; mis amados, sofocar estos monstruos en su mismo nacimiento. Si se los deja crecer, se harán indomables. Es necesario estar continuamente en centinela de nuestro corazón, observar sus movimientos y prevenir el desorden de sus deseos. Es necesario cultivar constantemente la preciosa viña de nuestra alma y arrancar de ella todas las malezas en el momento que nacen. En una palabra, es necesario velar sin cesar, como nos lo reencarga Jesucristo.

El segundo enemigo de la gracia santificante es el mundo. Y si las pasiones, este enemigo interior, que debiera ser nuestro amigo, la expone tanto, ¿qué diremos del mundo, de ese enemigo exterior que por tantos modos provoca su ruina? Porque ¿en que tiempos vivimos, mis amados? ¿Cuándo ha corrido la inocencia mas peligros? ¿Cuándo ha sufrido la virtud censuras mas amargas? ¿Cuándo ha recibido la piedad mayores ultrajes? ¿Cuándo han estado mas corrompidas las costumbres públicas y privadas? Si recorreis las calles y las plazas, oireis á cada paso que deis, maldiciones, juramentos, desvergüenzas y aun espantosas

blasfemias. Si salis á los paseos, en unos encontrareis con el lujo de los paganos, en otros vereis compañías sospechosas que apenas permiten al hombre prudente y timorato limitarse á la sospecha, y en todos, el mundo persiguiendo á la gracia; y si de las calles, las plazas y los paseos pudierais pasar á ver el interior de las casas, aun veriais cosas peores. Allí veriais lo que dijo el Señor á su Profeta Ezequiel, cuando traspasado de dolor este celoso Israelita estaba contemplando las maldades públicas de su pueblo. Hijo del hombre, le dijo, ¿Piensas que ves todo lo que estos hacen? ¿Piensas que son estas solas las abominaciones que comete la casa de Israel? Ven, rompe esa pared y verás mayores abominaciones. Vé las abominaciones pésimas que hacen estos. *Vide abominatio- nes pessimas quas isti faciunt.*

¿Pues como conservaremos, mis amados, la gracia santifi- cante en medio de un mundo, que en las calles, en las plazas, en las casas, en todas partes no nos presenta sino escándalos, ocasiones y peligros? ¡Qué vigilancia! ¡Qué firmeza no se necesi- ta para conservarse justo en un mundo tan injusto! ¡O Cristia- nos! ¡Si los que huyen de los peligros, apenas pueden sostenerse, porque les persiguen los peligros, porque les salen al encuentro los peligros, porque les rodean por todas partes los peligros! ¿Qué quereis que suceda á los que se exponen voluntariamente á los peligros, á los que se entran en los peligros, á los que buscan los peligros? ¡Ah! ¿Qué les ha de suceder? Lo que ha sucedido y sucederá siempre: perecer en los peligros. Asi nos lo tiene prevenido el mismo Espíritu Santo. El que ama el peligro, nos dice, perecerá en el peligro. *Qui amat periculum, peribit in illo.*

Pero aun resta otro enemigo de la gracia santificante, acaso mas temible que el mundo y las pasiones. Quiero decir, el demo- nio. Este enemigo invisible, que como un leon rugiente, dice San Pedro, da vueltas, buscando á quien tragar: este enemigo, tan poderoso como enconado contra nosotros, tan astuto como ex- perimentado, tan antiguo como incansable... Este terrible ene- migo, apenas nació la Iglesia, cuando procuró ahogarla en su misma cuna y con su propia sangre. Excitó contra ella encarni- zadas persecuciones, que estremecieron á la humanidad con la crueldad de los tormentos. Es verdad que con esto no vino á conseguir otra cosa que poblar el mundo de Cristianos, y el Cielo de mártires, y bajo de este punto de vista deberiamos desear que hubiesen continuado sus persecuciones sangrientas; pero al fin llegó el tiempo en que se concedió la paz á la Iglesia, y

entonces este enemigo incansable, no por eso dejó de perseguirnos; lo que hizo, fué variar de armas, y en vez de las persecuciones *amargas*, comenzó á usar y valerse de las persecuciones *dulces*, si así puedo llamarlas; persecuciones tanto mas crueles y temibles, cuanto menos lo parecen.

La paz, es verdad, la paz se concedió á la Iglesia, pero no se concedió á los fieles. La paz se dió al cristianismo pero no se dió al Cristiano. Satanás nunca ha dejado ni dejará de ser nuestro enemigo. Nunca ha dejado ni dejará de combatirnos. Lo que hace es acomodarse con los vicios dominantes de los tiempos. En aquellos primeros siglos de fervor y fortaleza era un furioso leon que poblaba el aire de rugidos. En estos últimos siglos de molicie y de tibieza es una astuta serpiente, que se oculta entre las flores. Entonces recurría á los tormentos, para derribar á los Cristianos; ahora recurre á los placeres; entonces presentaba alfanjes; ahora delicias; entonces amenazaba; ahora acaricia; entonces se valia del pavor y los suplicios para perder á aquellos primeros fieles, ahora se vale de la seducción y los albagos para perdernos á nosotros.

No manda ya el erímen con amenazas, como entonces; pero, ¿qué hace? le prepara, le embellece, le persuade, le consigue. No turba los ejercicios de la religion como entonces; pero levanta altar contra altar, y coloea el ídolo de Dagon frente á frente del arca del testamento. A los ministros del Evangelio, cuyos lábios son los depositarios de la verdad, él opone esos doctores intrépidos de la irreligion, sentados sobre la cátedra de la mentira. A las augustas ceremonias y magestuosas solemnidades de la Iglesia, él opone los encantos é ilusiones del teatro; y para hacer mas vivas allí las pasiones, le adorna con la pompa y el lujo del espectáculo, con la armonía y ternura de las palabras, con la expresion y viveidad de las acciones, con la sorpresa y provocacion de los sucesos, y con la dulzura y el encanto de la música. Él opone, repite, las ilusiones del teatro, donde todo es engaño para el hombre, donde todo es corrupcion para su corazon y donde todo es veneno para su alma. A los preciosos libros del cristianismo, á esos libros que no respiran sino verdad, piedad, religion, virtud, y el buen olor de Jesueristo, él opone esos libros malvados de la irreligion y el ateismo, proscritos por todas las leyes y todas las naciones, y no obstante aun subsistiendo: esos libros detestables dictados y compuestos en la oscuridad, repartidos con profusion, recibidos con anhelo, y retenidos, aun por algunos Cristianos, con un criminal empeño: esos infam-

mes escritos que pasando de mano en mano por una circulación rápida y secreta, hacen de la corrupcion de un solo hombre, la corrupcion de todo un reino.

¿Y qué ha venido á conseguir el Dragon infernal con este nuevo modo de hacer la guerra á los Cristianos? ¡Ah! Vosotros, mis amados, por desgracia lo palpáis, y nosotros, los ministros del Evangelio, lo lloramos. Ha conseguido una funesta victoria, y lo que la violencia, el pavor y los tormentos no pudieron alcanzar en los primeros tiempos del cristianismo, la seduccion, la molicie y los placeres lo han conseguido en los nuestros. Si, Cristianos. El misterio de la iniquidad absorbe en nuestros dias al misterio de la Justicia. La religion aun subsiste por la misericordia de Dios sobre nuestros altares, pero apenas subsiste en nuestras costumbres.

Católicos: ¡qué reunion de virtudes no se necesita en el dia para defenderse de este nuevo género de persecuciones! ¡Qué cuidado y vigilancia para no corromperse en tiempos tan corrompidos! En los tiempos de las persecuciones sangrientas una sola virtud parecia necesaria al Cristiano, á saber: el sufrimiento, y aun este acababa luego con la corona del martirio. ¡Pero en el dia, que se vive en la mayor calma con respecto á la salvacion, y que nada temen los Cristianos por mas que se les advierta que, viviendo asi, se pierden! ¡En el dia que los refinamientos del siglo han llegado hasta hermohear los delitos! ¡En el dia que hay que temer mas las cóndescendencias que los rigores, que todo lo bueno se persigue suave y mañosamente, que las persecuciones son dulces, y sorprenden hasta á las almas mas avisadas...! ¡Ah! en el dia se necesitan todas las virtudes, y una vigilancia sin límites para no perderse.

Porque, no nos engañemos, Cristianos. Nosotros no tenemos que pelear solamente con algunos enemigos. El mundo entero está armado contra nosotros para perdernos, como habeis visto. Enemigos visibles y enemigos invisibles; enemigos interiores y enemigos exteriores; potestades del mundo y potestades del infierno... todos conspiran á nuestra perdicion y trabajan en nuestra ruina. No tenemos que evitar solamente algunas emboscadas en el camino de nuestra eternidad. Marchamos sobre continuos lazos, dice San Crisóstomo. Esa prosperidad que ciega, esas adversidades que abaten, esa molicie que adormece, ese lujo que deslumbra, esas conversaciones que seducen y pervierten, esas mesas delicadas y excesivas que provocan la lujuria, esos objetos encantadores que solicitan al crimen, esos ejemplos escan-

dalosos que le autorizan, esas máximas funestas que le defienden, esos consejeros perversos que le aplauden... ¿Qué más? Lazos en lo que vemos, lazos en lo que oímos, lazos en lo que tratamos, lazos en todas partes, lazos hasta en la virtud y hasta al pie de los altares. ¡O Dios mio! ¡cuántos peligros! ¡cuántos lazos! ¡cuántos enemigos en el camino de nuestra salvacion eterna!

Pues, amados de mi alma, en la necesidad de triunfar ó perdernos para siempre, en la espantosa alternativa de salvarnos ó perdernos por una eternidad, y caminando sobre tantos lazos, entre tantos peligros y luchando con tan poderosos enemigos, yo pregunto ¿de dónde puede nacer esa calma en que vivís? ¡Todo brama al rededor de vosotros, y vosotros estais tan sossegados! ¡Todo vela para perderos, y vosotros dormís tan descuidados! ¡Qué! exclamaba San Bernardo desde lo hondo de su soledad: si nosotros, á pesar de habernos alejado del mundo y de sus peligros, padecemos tanto para sostenernos en la senda resvaladiza de la virtud, sino nos defendemos de nosotros mismos, sino á costa de esfuerzos continuados. ¡Qué sucederá! ¿Cómo se salvarán esos hombres que navegan en el mar borrascoso del siglo, expuestos á tantos peligros, entregados á tantas peleas, rodeados de tantos escollos, y siempre á las manos con los enemigos de su salvacion?

Velad pues, mis amados, puesto que nuestros enemigos no duermen ni descansan. Salid de ese funesto descuido que os conduce insensiblemente á vuestra perdicion eterna. Considerad que todo hombre que existe, se halla desde el primer momento de su existencia á las puertas de la muerte, sin que tenga un solo momento seguro y libre de caer y sepultarse en sus pavorosas sombras. No hay instante de la vida en el cual no ejerza su imperio la muerte. Somos unos árboles, á cuyo pie está puesta siempre la segur. Cuando menos se piensa descarga el golpe. El arbol cae, y donde quiera que cae allí queda para siempre, sea á la derecha ó la izquierda: esto es en el Cielo ó en el infierno. El Esposo llegará á la puerta de cada uno de nosotros cuando menos lo pensemos. ¿Queréis esperarle dormidos? ¡Ah! en tal caso pasará, cerrará la puerta, y cuando recordeis y le llameis, os responderá desde adentro: no os conozco. *Nescio vos.* ¡Terrible respuesta que incluye una reprobacion eterna!

¿Queréis libraros de esa desgracia inmensa? Pues velad, cuidad de vuestra salvacion. Entremos todos en los sentimientos de un David. Y ojalá que desde hoy podamos decir cada uno con verdad al Señor lo que este justo. Yo ¡Dios mio! llevo siempre mi alma en mis manos. *Anima mea in manibus meis semper.*

Yo no tengo, debemos decirnos, consideracion en este mundo sino á mi alma. Todo lo demas nada me importa. Ella es el solo bien que me pertenece y que me es propio. Si por la mayor desgracia que puede sucederme, la perdiere, todo se perdió para mí. Yo llevo siempre mi alma en mis manos, porque es todo mi tesoro. *Anima mea in manibus meis semper.* Yo llevo mi alma en mis manos para no olvidarme nunca de ella en medio de tantos peligros y de tantos enemigos. Yo llevo mi alma en mis manos, y al mirarla, pregunto á todas las cosas que vienen á seducirme ¿yaleis vosotras tanto como mi alma? Yo llevo mi alma en mis manos para observar si permanece conforme á su divino modelo. Yo llevo mi alma en mis manos; y la llevo con veneracion, porque es la imágen de Dios; y la llevo con reverencia, porque está rescatada con la sangre de Jesus; y la llevo con valor y con esfuerzo, porque mil enemigos me rodean para robármela; y la llevo con temblor, porque mi eternidad feliz ó desgraciada pende de ella. Yo llevo mi alma en mis manos; y no dejaré de llevarla hasta ponerla en las manos de mi Dios. Entonces yo reposaré con mi alma en su divino seno y gozaré de mi Dios por los siglos de los siglos. AMEN.

## SERMON

# SOBRE EL CORTO NUMERO DE LOS ESCOGIDOS.

*Multi enim sunt vocati, pauci vero electi. Math. 20. y 16.*

Porque son muchos los llamados,  
pero pocos los escogidos.

**S**i yo me propusiese en este dia atemorizaros mas que instruiros, me bastaria exponer sencillamente lo mas terrible que se lee en las santas Escrituras acerca de esta verdad; y, recorriendo de siglo en siglo la historia de los justos, haceros ver que en todos tiempos ha sido corto el número de los escogidos. Veriais que cuando un diluvio acabó con todos los hombres, escepto Noé y su familia, solo estas ocho personas se hallaron justas; que cuando Dios redujo á cenizas las cuatro ciudades de Pentápolis, no habia en ellas mas que cuatro justos que retiraron los Angeles para que no pudiesen; que solo Abraham fué hallado justo y tomado por Dios para formar su pueblo escogido; veriais que de seiscientos mil combatientes que componian este pueblo cuando salió del cautiverio de Egipto, sin contar los varones de veinte años y abajo, ni las mugeres, ancianos y niños, que hacian subir su número á mas de dos millones, solo Josué y Caleb entraron en la tierra prometida, tierra que se ha llamado Santa y que siempre se ha mirado como la imágen mas expresiva de la gloria; que en la tierra de Hus no se encontró mas justo que un Job, y que en la populosisima Babilonia solo tres jóvenes no doblaron su rodilla delante de la estatua de Nabuco.

Por otra parte veriais en los Profetas las pinturas mas terribles acerca del corto número de los escogidos. Ya los comparan al número de aceitunas que quedan en las olivas despues de va-

readas; yá á aquellos privilegiados racimos que se han ocultado á la diligencia del vendimiador, y yá á las espigas que han quedado en pie, despues de la siega, á las que por un acaso perdonó la hoz del segador...

Y si el antiguo testamento nos presenta una idea tan temerosa acerca del corto número de los escogidos, el nuevo testamento aun nos la presenta mas terrible. En él dice muchas veces el Señor que hay dos caminos por donde van todos los mortales á la eternidad. Uno aspero y estrecho, que conduce á la gloria, pero poco hollado, porque son pocos los que caminan por él. Otro suave y espacioso, que conduce al infierno, pero muy trillado, porque son muchos los que van por él. Tambien nos representa el número de los escogidos en un pequeño rebaño, y el de los réprobos en la multitud. No es propio de una sabiduría infinita admirarse, y sin embargo Jesucristo, que es la sabiduría infinita, se admiró en una ocasion diciendo: ¡O que estrecho es el camino que guia á la vida! Cuando alguna vez en sus parábolas parecia dar á entender que no era corto el número de los escogidos, cuidaba de advertir en seguida que eran pocos.

Asi vemos que cuando, segun su parábola, admitió en la sala del convite á toda clase de personas, concluyó diciendo; (al parecer fuera de propósito) porque son muchos los llamados y pocos los escogidos. Lo mismo hizo cuando propuso la de los jornaleros. Recibe á todas horas y á todos los que se presentan; aun hace mas; los busca á todas horas por la mañana, á la hora de tercia, á la de sesta, á la de nona, á la undécima, al acabar el día; á todos los envia á trabajar en su viña y á todos los paga. Esto podia hacer creer que la multitud se salvaba y para prevenir este error, concluye diciendo lo mismo; porque son muchos los llamados y pocos los escogidos. Tantas veces repetia Jesucristo esta verdad terrible, que ya uno de sus discípulos no pudo contenerse y le hizo esta pregunta: Señor ¿si son pocos los que se salvan? *¿Si pauci sunt, qui salvantur?* Porfiad, le respondió el Señor, en entrar por la puerta angosta, porque os aseguro que muchos querrán entrar y no podrán. *Multi quaerent intrare et non poterunt.* ¡Qué leccion para los que quieren entrar en el Cielo por la puerta ancha!

El mismo espíritu, la misma doctrina, las mismas sentencias se hallan en los escritos de los Apóstoles; y si se leen las obras de los Santos Padres, intérpretes propios y naturales de las santas Escrituras, se verán sus temores acerca del corto número de los escogidos.

Todo esto y mucho más os diría yo, Católicos, si solo me propusiese llenaros de terror en este día, pero ¿qué fruto sacaría, limitando á esto mi discurso? No haria otra cosa que infundir en vuestras almas unos temóres que podrian ser funestos á vuestra conciencia, y manifestar el peligro sin enseñaros á evitarle. Lo que yo intentó es hacer ver las causas de ser tan corto el número de los escogidos para que procureis evitarlas, porque no es lo terrible que sea corto el número de los escogidos, sino que sea corto el número de los buenos. Cuando el número de los buenos ha sido grande, como en los hermosos siglos de la Iglesia, también lo ha sido el de los escogidos. Sean muchos los buenos y serán muchos los escogidos, porque los buenos siempre se han de salvar, sea cual fuere el número de los escogidos. Tengo descubierto mi pensamiento y mi intento; contenido en esta proposición. *Son pocos los escogidos, porque son pocos los buenos.*

Luz eterna, á quien solamente es conocido el número de los que han de ser colocados en el Cielo, alumbrad mi entendimiento, no para conocer este número, sino para contribuir á formarle con la predicacion de vuestra divina palabra. Pidamos al Señor, mis amados, que nos haga de este preciosísimo número, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen. **AVE MARIA.**

***Multi enim sunt vocati, pauci vero electi.***

Son pocos los escogidos... Decia, Católicos, que son pocos los que se salvan. ¿Y por qué? porque en este número solo pueden comprenderse dos clases de personas; ó las que han tenido la dicha de conservar siempre la inocencia ó las que la han recobrado por una verdadera penitencia. No hay mas que dos caminos para ir al cielo, y su puerta solo se abre, ó á los inocentes ó á los verdaderos penitentes. En el reino de Dios no ha de entrar alma alguna manchada, y asi es preciso ir allá, ó con una inocencia que siempre se haya conservado, ó con una inocencia que se haya recobrado por la penitencia. Conservar siempre la inocencia ¡qué cosa tan rara! Recobrarla despues de perdida ¡qué cosa tan difícil! Luego son pocos los escogidos, porque son pocos los inocentes y pocos los penitentes. *Pauci vero electi.*

Hablemos primero de la inocencia. Pero téngase presente en todo este discurso que yo no hablo de la inocencia de la niñez, que precede al uso de la razon, y que por lo mismo no puede perderse. Hablo de aquella inocencia que acompaña al uso de la

razon, y que está en la potestad del hombre perderla ó conservarla; y hablando de esta inocencia, yo pregunto ¿Quiénes son aquellas almas tan felices en quienes nunca habitó culpa mortal? ¿Quién esperará salvarse fundado en el título de inocente? Por desgracia casi todos nos descaminamos desde nuestros primeros pasos. Nuestras primeras inclinaciones son á la culpa. El primer uso que hacemos de nuestro corazon suele ser un delito, y nuestra flaca razon crece por lo comun sobre las tristes ruinas de nuestra inocencia. El vicio casi siempre se adelanta á la virtud, y nos hallamos regularmente muy abanzados en el camino del mal cuando pensamos en ello. Asi es que nuestra inocencia pocas veces deja de perderse en nuestros primeros años.

Pero si en esta edad no parece ¿quién es aquel venturoso que consigue conservarla por todo el resto de la vida? Echad una ojeada por el mundo y veréis que todo él no viene á ser otra cosa que un gran campo de batalla, cubierto, no de soldados muertos, sino de inocencias perdidas. Veréis un ejército de pecadores acampado en el lugar que ocupaba la inocencia. Veréis al hijo desamparado del padre, al padre abandonado del hijo, al hermano ensañado contra el hermano, al esposo divorciado con escándalo de la esposa, y á la esposa repitiendo infidelidades contra el esposo. ¿Dónde está aqui la inocencia? Veréis los pasajeros desahogos del juego, convertidos en ocupacion y en fraudes, las tertulias en amargas quejas y censuras crueles, y las diversiones públicas en ocasiones funestas á la castidad, y tal vez en escuelas de la lujuria. ¿Dónde está aqui la inocencia? Veréis la corrupcion en los jóvenes, el desahogo y aun la desevoltura en las doncellas, y la ambicion, la intriga y el interés en el resto de los hombres. ¿Dónde está aqui la inocencia? Veréis que la injusticia, la calumnia, la mentira, la mala fé, el hurto, el adulterio y los mas infames vicios han inundado la tierra, que todos practican la maldad, y que no se halla apenas uno solo que obre el bien en expresion del Profeta Oseas. *Maledictum, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt.* Veréis... ¡Pero que no veréis en un mundo tan perdido!

Veréis multiplicados sin número, no solamente los delitos sino hasta la variedad de los delitos. Veréis que la impiedad, la irreligion, la incredulidad, la heregía, la apostasía, el materialismo, el ateísmo, estos horrendos crímenes, desconocidos antes en nuestra católica y amada patria, se presentan ya con descaro entre nosotros. ¡O amados de mi alma! Nuestros padres murieron consolados al ver que destrozando estos monstruos á las naciones

vecinas, aun no habian podido asaltar nuestras fronteras. Estaba reservado para nosotros ¡generacion desgraciada! el presenciar este asalto. ¡Asalto horrible! ¡Desgracia inmensa y digna de llorarse con lágrimas de sangre!

Pues bien ahora. Si conservar la inocencia ha sido en todos tiempos un prodigio ¡qué portento no será el conservarla en los nuestros! ¡O vosotros, Cristianos que me escuchais! ¿Habéis sido tan felices que aun no se haya mancillado vuestro corazon? ¿Conservais todavía la inocencia? Si asi es, yo bendigo al Cielo que aun dispensa este precioso don á la tierra, y os suplico á vosotros con todo el amor y ternura que me inspira y merece la inocencia, que querais perderlo todo antes que perderla; pero... registrad con atencion la historia de vuestra vida, los tiempos de la niñez, de la juventud y de la edad crecida; registradla toda entera, desde el primer uso que hicisteis de vuestra razon hasta este momento en que os hallais, y decidme de buena fé ¿la encontráis toda inocente? ¿No descubris algun lunar, algun eclipse en toda ella? ¡Ah! Bien podrá ser ¡y ojalá que asi sea! bien podrá ser que un golpe de la gracia haya mudado vuestro corazon. Pero ¿y el tiempo que precedió á vuestra mudanza? ¡Qué...! ¿No pedis vosotros mismos al Señor que le borre de su presencia? Pero ¿por qué me detengo? Todos somos pecadores. Si, Dios mio, Vos nos conoceis, y acaso lo que nosotros vemos de nuestra vida no es á vuestros divinos ojos sino la parte mas sufrible de nuestros desórdenes. Acaso no vemos sino la que parece inocente. Inferid ahora, amados míos, si serán muchos los que se salven por el camino de la inocencia. A lo menos vosotros no sois tan temerarios que conteis mucho con él. Luego son pocos los escogidos, porque son pocos los inocentes. *Pauci vero electi.*

Pero, si son pocos los que se salvan por el camino de la inocencia, ¿á lo menos irán muchos al Cielo por el camino de la penitencia? Para conocerlo, veamos que viene á ser un verdadero penitente. Por esta regla no será fácil engañarnos. ¿Qué viene á ser un verdadero penitente? Lo diré con el gran Tertuliano. Un verdadero penitente es un hombre que como otro David arrepentido, tiene siempre su pecado contra sí, sin poder borrar de su memoria la desgracia inmensa de haberle cometido. Es un culpado, que se mira como un reo condenado á muerte, porque no debe vivir despues de haberse revelado contra Dios. Es un suplicante, que, postrándose continuamente á los pies de su Soberano Juez, implora con gemidos y con lágrimas su misericordia. Es un encargado de reparar con humillaciones, austeridades y mor-

tificaciones el honor de Dios, vilipendiado por su pecado. En fin, un verdadero penitente, es un hombre que se mira como quien vive de gracia y para hacer penitencia. Esto es en sentir de Tertuliano un verdadero penitente.

Pues ahora, yo pregunto: ¿Dónde se encontrarán semejantes penitentes? ¿Lo seréis vosotros, Cristianos que me escucháis? Pero cotejad vuestra penitencia con lo que acabais de oír, y no podreis dejar de confesar que aun os falta mucho para ser verdaderos penitentes. Pues ¿dónde los hallaremos? Volved los ojos á todas partes. Yo no quiero que juzgueis á los hombres, pero examinad sus costumbres. ¿Serán verdaderos penitentes esos hipócritas, que sin borrarse publicamente de los registros del cristianismo, ni desalojar, como debieran esta tierra clásica de la religion del Crucificado, se hallan alistados secretamente en las banderas de la impiedad, de la irreligion y de la inmoralidad? Pero ¿quién no sabe ya en el dia, que la historia secreta de un impío es la historia de todas las maldades y abominaciones que puede cometer un hombre á escondidas de los hombres? ¿Lo serán sino esos otros que, con el título pomposo de hombres desprecupados, todo lo quieren reformar á lo filósofo? ¿Lo serán esos descatólizadores de la católica España, que despreciando el Sacramento de la penitencia instituido por Jesucristo, se confiesan solo con Dios, dicen ellos, como si Dios escuchara ni atendiera á los que no escuchan ni atienden á su divino y querido Hijo Jesucristo? ¿Lo serán, en fin, esas almas sacrílegas que van al tribunal de la penitencia á mentir al Espíritu Santo, ocultando al Confesor el estado vergonzoso de su conciencia, y haciendo del Sacramento que las habia de salvar el mayor de sus delitos? Mas ¿quién no vé en todas estas clases de almas al hombre apóstata, al hombre impío y al hombre sacrílego, en lugar del hombre penitente?

Pues bien, dejemos aparte todas estas almas perdidas, y vengamos á hablar de aquellas que, confiadas en las diligencias religiosas que practican, se tienen por penitentes. Hablemos de aquellos Cristianos que se parecen á vosotros. ¿Y quiénes son aun entre estos los verdaderos penitentes? ¿Lo serán esos Cristianos que confiesan de año en año, y que viven regularmente en pecado mortal de año en año? ¡Ah! ¿Qué señal de penitencia se descubre en unas almas que ni se estremecen, ni temen, ni aun les causa pena vivir un año ó la mayor parte de él en pecado mortal, es decir: aborrecidos de Dios, esclavos de Satanás, despojados de la gracia, desheredados del Cielo, reos del infierno,

y colgados sobre la boca de su horrendo abismo! Pero ¿y de qué están colgados? esto es aun mas espantoso. De un hilo; porque de un hilo está pendiente la vida del hombre. De un hilo que se rompe sin cortarle, que se quiebra sin advertirlo, y mil veces sin saber porque se quiebra. ¿Qué señal de penitencia, repito, se descubre en éstas almas que despues de haber vivido tanto tiempo sin espanto en tan espantoso estado, van á hacer con un ministro abreviador una confesion abreviada y reducida, comunmente á un exámen pasagero, á una explicacion á bullo, á un dolor superficial, y á un propósito tan débil cual prueban sus recaidas? ¿Serán estos verdaderos penitentes?

¿Lo serán sino esos otros que, confesando con mas frecuencia, son sin embargo siempre los mismos? La misma soberbia, la misma ambicion, la misma avaricia, las mismas pasiones, los mismos apetitos, las mismas costumbres, los mismos delitos... En suma, siempre los mismos. ¿Y quién habrá que numere á estas almas pecadoras entre los verdaderos penitentes? Pues qué ¿un verdadero penitente no es un hombre arrepentido y resuelto á perder antes la vida que repetir el pecado? Hablo siempre del mortal, de ese pecado que injuria infinitamente á Dios y causa el mal sumo del hombre; y hablando de este mal inmenso digo: que un verdadero penitente es un hombre avergonzado en la presencia de Dios, al considerar el ultraje que hizo á su divina Magestad con su pecado. Un hombre atemorizado al ver el inmenso riesgo que corrió de haberse perdido por toda la eternidad, si hubiera muerto en su pecado. Un hombre, en fin, resuelto y determinado á sufrirlo todo, á perderlo todo, y á entregar hasta su último aliento antes que volver á cometer un solo pecado mortal. ¿Y son estas las disposiciones de las almas de quiénes voy hablando?

¿Pero qué digo! ¿Semejantes disposiciones se advierten en muchos de los penitentes que conoceis? ¿Las advertis en vosotros mismos? ¿Pues qué, el propósito de morir antes que volver á pecar mortalmente, no es esencial á la penitencia? Y no me vengais alegando la fuerza de las pasiones y la flaqueza de la naturaleza; porque bien se yo que la gracia en esta vida no hace al hombre impecable. Esto seria contrario al estado de hombre libre y viador. Tambien sé que aun el mas justo está sujeto á faltas veniales, porque si digéramos que no tenemos pecado, escribe el Apóstol San Juan en su primera carta, nos engañamos á nosotros mismos, y no hay verdad en nuestros lábios. Ni tampoco negaré que á pesar de las mejores resoluciones y los mas firmes

propósitos, una pasión violenta, una ocasión imprevista, un lance fuerte, unas circunstancias críticas y delicadas pueden sorprender por desgracia á un verdadero penitente, pero estos pecados de sorpresa apenas se dejan ver alguna vez en un alma verdaderamente arrepentida. Lo cierto es que si registramos la historia de la religion encontraremos, si, grandes pecadores, grandes penitentes, Davides, Pablos, Agustinos, Magdalenas, Pelagias, Egipcias... pero apenas hallarémos reincidentes. Repito que un verdadero penitente podrá ser sorprendido alguna vez. ¡Desgracia inmensa que llorará con lágrimas amargas! Mas al fin será una vez, y será reparada luego su desgracia. ¿Però será sorprendido todos los años como vosotros? ¿Lo será todos los meses? ¿Lo será todas las semanas, y acaso todos los dias como vosotros? Hé penitentes de apariencia. ¿Os portáis de esta manera en los negocios del mundo? ¿Cuándo estais arrepentidos de un contrato que os arruinó, volveis acaso á contraerle sabiendo que os vuelve á arruinar? Cuando disteis un mal paso que os puso á las puertas de la muerte, ¿vólveis á dar ese paso? ¡Cosa estraña! De cuántos propósitos forman los hombres apenas se verá uno que cumplan peor que el de no volver á pecar mortalmente, prueba de que no están verdaderamente arrepentidos.

Segun esto ¿adónde irémos, Católicos, á buscar los verdaderos penitentes? Habeis visto que no se encuentran en tantas y tan numerosas clases como llevo recorridas. ¿Los hallarémos en otras? Pues que ¿no pertenecen á algunas de estas casi todos los penitentes que vosotros conoceis? ¿No pertenecéis tambien vosotros mismos? ¿Adónde, pues, repito, irémos á buscarlos? ¿En dónde los encontraremos? ¡Qué cosa tan temerosa, Cristianos! Si se exceptúa un corto número de almas, cuya vida penitente y costumbres ajustadas llevan consigo la dulce esperanza de recibir algun dia el premio de sus sacrificios, todas las demas van por un mismo camino. Ni son inocentes, ni son penitentes. Esto observo, esto veo, esto palpo. Lo veo y asombrado exclamo. ¡Dios mio! Si cuanto nos habeis revelado se ha de cumplir sin faltar punto ni coma, si la multitud de los réprobos en nada puede disminuir vuestra soberana justicia, ¿adónde van á parar esa multitud de criaturas que desaparecen todos los dias á nuestra vista? ¿Dónde están nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros conocidos...? ¿Qué suerte les ha cabido á esta hora en la eternidad? ¿Y cual será la nuestra algun dia sino mudamos de vida?

Amados de mi alma, estas son unas verdades que hacen es-

tremecer. Será muy raro en mi auditorio el que no pueda decirse á sí mismo: yo no soy inocente, tampoco soy verdadero penitente, luego yo estoy perdido si muero en este estado. ¡Qué reflexion tan temerosa para un alma que no ha perdido la fé! No es lo terrible que sea corto el número de los escogidos, sino que lo sea el de los inocentes y verdaderos penitentes. No, Católicos, no consiste en el mayor ó menor número de escogidos nuestra esperanza de ser de este número, sino en nuestra virtuosa conducta.

Pero aqui me dirá alguno: si fuera mayor el número de los escogidos, yo tendria mas esperanza de que me tocára ser de ese número. Eso estaria bien, si para aumentar el número de los escogidos, despues de admitir en él á todos los buenos, se admitiesen tambien algunos de los malos, ó para disminuirle se excluyesen algunos de los buenos; pero no es asi. Por corto que sea el número de los escogidos, los buenos siempre se han de salvar, y por grande que sea este número, los malos nunca se han de salvar: siempre se han de condenar. Si eres bueno, aunque de cien mil solo uno se haya de salvar, ese uno serás tú: pero si eres malo, aunque de cien mil solo uno se haya de condenar, ese uno serás tú, porque ninguno que es malo se salva y ninguno que es bueno se condena, sea cual fuere el número de unos y otros. Pero si yo estoy predestinado, repondrá, yo seré bueno por mas que quiera no serlo. Eso, hijo mio, es una herejía; porque con el mismo decreto que Dios ha determinado tu salvacion, ha determinado tambien que esta sea obra voluntaria, y asi es tan imposible que seas bueno, sino quieres serlo, como que te salves sin ser bueno. Si yo estoy predestinado, replicará, yo me salvaré. Eso es una verdad, pero no lo es menos, que, ó serás un inocente, ó un verdadero penitente. No eres de estas dos clases, pues teme mucho que no estés predestinado, y no dudes, que si mueres sin pertenecer á una de estas dos clases, estás reprobado, y serás condenado. ¡Y cuánto debe estremeceros este pensamiento, pecadores, al miraros sumergidos en vuestros vicios! Se han visto Cristianos, menos pecadores que vosotros, que despues de sesenta y setenta años de penitencia, estando para morir, hacian temblar su camilla, y con una voz desfallecida preguntaban, llenos de congoja, á los que les rodeaban: qué os parece, amados mios ¿tendrá el Señor misericordia de mí? ¿Se dará por satisfecho con mis años de penitencia? ¿Me contará entre el corto número de los escogidos ó entre la multitud de los réprobos? ¿Cuál pensais que será mi suerte en la eternidad en que voy á

entrar? Tan grande era su temor, mis amados, y tan pavorosa era para ellos esta terrible verdad. No han de entrar en el Cielo sino los inocentes y los verdaderos penitentes. ¿Y si, los que habian vivido tantos años entregados á la penitencia, temblaban al acercarse la muerte, qué será de vosotros que camináis á ella cargados de culpas? ¡Camino espantoso!

¡Salid, amados de mi alma, salid de esa infernal vereda. Puesto que no sois inocentes, sed verdaderos penitentes. Emprended desde hoy este único camino que os queda para ir al Cielo. Aun estáis en tiempo de hacer con vuestra penitencia y buenas obras cierta vuestra vocacion y eleccion, dice San Pedro. Hacedlo así, mis amados, y se os dará, añade este Príncipe de los Apóstoles, entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Así SEA.

# SERMON

## SOBRE LA SALVACION.

---

*¿Quid enim prodest homini, si mundum universum lucretur, anime vero suae detrimentum patiatur? Math. c. 16. y. 26.*

**S**i, Dios mio, Vos lo habeis dicho. ¿Qué aprovecha, pues, al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? En efecto, Cristianos, ¿qué aprovechará al hombre haber poseido mas riquezas que Creso, dominado mas naciones y reinos que Alejandro, y disfrutado mas placeres y delicias que Neron ó Sardanápalo, si pierde su alma? *¿Quid prodest?* ¿De qué le aprovechará haber salvado sus bienes, su estimacion y su honor, sino ha salvado su alma? *¿Quid prodest?*

Esta verdad, que deberia estar grabada con punzon de hierro en láminas de bronce, ó esculpida á cincel en pedernal, segun la expresion de Job; esta verdad fundamental de las buenas costumbres apenas merece en el dia atencion á los Cristianos. Por desgracia nos ha cabido vivir en unos tiempos tan inmorales, que ya la salvacion del hombre, hablando generalmente, es uno de los cuidados mas indiferentes del hombre. Ya los Cristianos no viven para el Cielo, sino para la tierra. Ya no piensan en prepararse para la eternidad que por momentos les espera, sino en disfrutar del tiempo que tan rápidamente pasa, y semejantes á aquellos insensatos de que nos habla la Sagrada Escritura en el libro de Isaías, se convidan á pasar dias alegres, diciéndose mutuamente: comamos y bebamos que mañana moriremos. *Comedamus et vivamus, cras enim moriemur.* Pintemos nuestros rostros, coronémonos de rosas, corramos de diversion en diversion, demos satisfaccion á nuestras pasiones y apetitos, disfrute-

mos las delicias y placeres de la vida, esto hemos de sacar de este mundo, porque mañana moriremos. *Cras enim moriemur.*

Discursos mentirosos, pues nada menos que eso habrán de sacar de este mundo. Discursos brutales, pues no manifestarian otros deseos, ni pedirian otra cosa las bestias si ellas pudieran hablar. Discursos detestables de los siglos mas corrompidos. Discursos tan ajenos de un Cristiano como propios de un gentil, y de un gentil ateista y epicuro.

En los hermosos siglos del cristianismo, el cuidado de la salvacion ocupaba todo el Cristiano. De aqui nacía aquella diligencia con que procuraban huir las ocasiones peligrosas, aquel destierro perpetuo de los teatros y concursos mundanos, aquellos ayunos casi continuos, aquellas ingeniosas mortificaciones, aquellas asombrosas penitencias, aquella vida tan ajustada á la ley que les habia de salvar, aquellas asombrosas virtudes que les habian de valer un reino en el Cielo; en una palabra, de aqui nacía la santidad del cristianismo en sus primeros siglos. Pero ahora, en estos últimos siglos, últimos en la virtud y primeros en el vicio; ahora el cuidado de la salvacion es el que menos ocupa á la mayor parte de los Cristianos. Es verdad que quieren salvarse, ¡y cómo podrian no quererlo sin abandonar la fé! Quieren salvarse, es verdad, pero quieren salvarse dulce y cómodamente, porque este es el espíritu de nuestro siglo. Quieren salvarse, pero no quieren poner los medios necesarios para salvarse. Y ved aqui ya la materia de mi discurso. Haré ver que el cristianismo en el dia se compone, hablando generalmente, *de almas que al parecer quieren salvarse, pero que en realidad no quieren salvarse*; porque no quieren su salvacion como deben quererla para conseguirla; y esto es lo mismo que no querer salvarse. Tengo propuesto.

¡Dios piadoso, bondad sin limites, centro de todas las luces y fuente de todas las gracias! alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad y dad eficacia á mis palabras para que yo desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan interesante. Así os lo suplicamos por la intercesion de vuestra querida Madre la Santísima Virgen. AVE MARÍA.

### *Quid prodest homini...*

Que la salvacion es el primero, el grande, ó por decirlo mejor, el único negocio del hombre, ningun Cristiano puede dudarlo sin ir contra su fé. Todos los demas negocios de nuestra vida en tanto merecen nuestra atencion, en cuanto contribuyen al gran negocio de salvarnos. ¡Pero qué contradiccion tan lastimosa no se advierte entre esta verdad eterna y nuestra conducta! ¡Todos queremos salvarnos, pero son pocas las almas que quieren su salvacion como debe ser querida! Unas quieren salvarse, mas no tratan de salvarse. Otras quieren y tratan de salvarse, pero no tratan de veras de salvarse. Otras, en fin, quieren y tratan de veras de salvarse, pero aun muchas de estas no tratan el negocio de su salvacion como debe ser tratado para conseguirle; esto es, como el primero, el mayor y el mas interesante de todos los negocios de su vida y de todos los del mundo. Oid las pruebas de estas tres verdades, y ¡Dios quiera que no os halleis retratados en alguna de las pinturas que voy á hacer de estas tres clases!

Diré primeramente que hay unas almas que quieren salvarse, pero que no tratan de salvarse; porque, sin hablar ahora de esas almas, de esos monstruos del cristianismo, que entregadas enteramente á sus pasiones, y sumergidas en el abismo de sus vicios, han renunciado ya al reino de los Cielos, y miran sin horrorizarse el infierno abierto á sus pies; sin hablar tampoeo de esas otras que, sin haber renunciado á su salvacion, viven, no obstante, como si efectivamente la hubieran renunciado; sin hablar, digo, de estas almas perdidas: ¿cuántas otras hay que engolfadas en los cuidados del mundo, apenas se acuerdan que tienen que salvarse? Vereis una multitud de almas de esta clase que pasan toda su vida en una continua accion sin hacer nada para el Cielo. No han concluido unos negocios y ya se hallan ocupadas de otros. Con estos cuidados se acuestan, con ellos sueñan y con ellos se levantan. El nuevo día las trae nuevas ocupaciones, y las mete en nuevos empeños. Su vida viene á ser una cadena, cuyos eslabones son cuidados continuos que nunca se desprenden, y esta fatal cadena las arrastra á la eternidad, sin que apenas hayan pensado que habia eternidad para ellas. ¡Almas infelices, que trabajando siempre, al fin no han hecho nada! Almas lastimosamente engañadas, que nada encontrarán entre sus manos en aquel terrible momento en que se acabará para ellas todo este

mundo que tanto las ocupa, y principiará para ellas toda la eternidad, de la que han vivido tan olvidadas. *Et nihil invenerunt in manibus suis.* Ved, pues, aquí ya una multitud de almas que quieren salvarse, pero que no tratan de salvarse. Y esta es la primera clase.

Hay otras, y esta es la segunda, que no pudiendo dejar de dar oídos al asombroso negocio de su salvacion, tratan de salvarse, pero no tratan de veras de salvarse. ¿Y por qué así? Porque tratan de salvarse sin incomodar sus pasiones, sin dejar sus vicios, sin practicar las virtudes y sin hacer obras dignas del Cielo. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que traten de mudar de vida, de vencer sus pasiones, ni de privarse de sus desordenados apetitos: yo no veo que traten de apartarse de las ocasiones, de huir de los peligros, y de entregarse á las seguridades de la virtud. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que traten de arreglar su conciencia y de examinar de una vez el caos de sus iniquidades, poniendo en claro aquellos delitos que nunca confesaron bien, y aquellas circunstancias, á veces mas pecaminosas que los mismos delitos: yo no veo que traten de llamar á cuentas tantas confesiones sin enmienda y tantas comuniones sin frato. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que emprendan una vida edificativa, que borre con buenos ejemplos los malos que han dado y los escándalos que han causado: yo no veo que traten de lavar sus pecados con sus lágrimas, ni de enjugar las del pobre con sus limosnas para redimirlos. Yo quiero salvarme, dicen. Pero yo no veo que pongan orden en el tiempo de su vida, dando á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: yo no veo que de las veinticuatro horas que componen el dia y la noche, destinen algunos ratos al negocio de su salvacion, ya meditando la brevedad de esta vida para desprenderse ó no pegarse á ella, y la eternidad de la otra para prepararse á entrar en ella, ya ocupándose en la lectura de los buenos libros para aprender en ellos á salvarse, y ya asistiendo al divino sacrificio para ofrecer con el Sacerdote al Eterno Padre la preciosísima víctima de su querido Hijo, á fin de conseguir por sus méritos infinitos el perdon de sus pecados y las gracias necesarias para vivir sin perderse en un mundo tan perdido. Yo quiero salvarme, dicen...

Pero ¡adónde voy, ni porqué me canso! Vosotras quereis salvaros, almas ignorantes en la ciencia de la salvacion. Vosotras quereis salvaros, y haceis lo que es á propósito para condenaros, ó al menos, no haceis lo que es necesario para salva-

ros. Vosotras quereis salvaros, pero no quereis andar por el camino que abrió Jesueristo para ir al Cielo, camino que han andado y han de andar todos los que han entrado y han de entrar en sus moradas eternas. En suma, vosotras quereis salvaros, pero no quereis hacer lo que es necesario para salvaros; y esto no es querer salvarse. Esto es querer condenarse. ¡O Cristianos! ¡Y qué crecido es el número de esta segunda clase de almas que con sus palabras dicen que quieren salvarse, y con sus obras manifiestan que quieren condenarse!

Ultimamente, hay otra, y esta es la tercera clase, que al parecer quieren de veras salvarse; pero ó lo quieren con una voluntad inconstante, flaca y desanimada, ó con una voluntad de futuro, ó con una voluntad desproporcionada á la grandeza del negocio de salvarse.

Las que quieren salvarse con una voluntad flaca, inconstante y desanimada, son aquellas que forman continuamente planes de conversion, pero que no los ejecutan. Hacen muchos propósitos de entregarse á la virtud, pero se quedan en propósitos. Principian á dar algunos pasos en el camino del Cielo, pero la continua lucha, que es necesario sostener contra las pasiones para seguirle, la firmeza que es preciso conservar para no dejarse vencer, la grandeza de ánimo que es indispensable tener para sobreponerse á las censuras y burlas de un mundo enemigo declarado de la virtud... Todo esto forma un monte de dificultades, que su flaca voluntad nunca llega á superar. Hacen algunos esfuerzos, y luego se desaniman; vuelven de nuevo á esforzarse, y á desanimarse de nuevo, de modo que su vida es un principiar á dar pasos, y volverse pies atrás, un andar y desandar sin adelantar nada. Y esto es lo que se llama querer salvarse con una voluntad flaca, inconstante y desmayada, y esto no es querer salvarse.

Las que quieren salvarse con una voluntad de futuro, son aquellas que dejan la obra de su salvacion para el tiempo venidero. Yo quiero salvarme, dicen; yo conozco que es una desgracia inmensa perder para siempre el Cielo y sepultarse para siempre en el infierno. Yo quiero salvarme, y pienso entrar antes de mi muerte en el camino de mi salvacion; pero... ¿cuándo amado mio? Cuando se apaciguen, responde, estas pasiones que ahora me dominan y tienen cautivo; cuando pase esta edad robusta en que me hallo; cuando se hayan concluido estos negocios que tanto me ocupan; cuando se hayan finalizado ciertos asuntos de consideracion que traigo entre manos; al momento que

tenga un tiempo mas libre; verémos en otra cuaresma... ¡Insensato! Bien podrá ser que algun dia quieras tu salvacion, pero ahora seguramente no la quieres. Y... ¡quién sabe si tendrás tiempo de quererla! Una caída, un accidente repentino, un no sé qué, pondrá fin á tu carrera antes que lleguen esos dias con que cuentas. La justicia divina, que no querrá permitir por mas tiempo la ingratitud con que abusas de su asombrosa paciencia, será la terrible voz que te dirá, cuando estes mas descuidado: ¡necio! no hay para ti esos tiempos con que cuentas, porque esta noche te piden tu alma. *¡Stulte! hac nocte repetunt animam tuam.*

Finalmente, las almas que quieren salvarse con una voluntad improporcionada son aquellas que quieren su salvacion con una voluntad que no corresponde á la grandeza de su salvacion. No permita el Cielo, dice esta clase de almas, que yo deje para adelante la asombrosa obra de mi salvacion eterna, ni que la quiera con una voluntad inconstante, flaca y desanimada. Yo he puesto á mis inclinaciones límites que no las permito pasar. Mi tenor de vida es; en primer lugar, el cumplimiento de mis obligaciones para con Dios y para con los hombres; y en segundo, los ejercicios de piedad. Misa diaria, frecuencia de Sacramentos, lectura espiritual, oracion y otros ejercicios piadosos...

Todo eso me parece muy bien, almas cristianas, y desco que así sea; pero aun dudo, si con todo eso quereis vuestra salvacion como debe ser querida, esto es, como un bien incomparablemente mas importante que todos los demas de vuestra vida. Cuando yo veo que poneis medios y diligencias mas eficaces para conseguir los bienes de la tierra que vuestra salvacion; por mas que me pondereis vuestro deseo de salvaros, no puedo dejar de inferir que no quereis vuestra salvacion, como el primer bien de vuestra vida. Yo veo que para adquirir los bienes del mundo, no se omite diligencia. Entre los medios convenientes, se escogen los mas convenientes, y entre los seguros, los mas seguros. ¡Qué diligencias no practica y que empeños no busca un pretendiente para conseguir un empleo! ¡Qué seguridades no procura un comerciante para conservar sus capitales y aumentar sus intereses! ¡Qué paciencia, que constancia no se ve en un labrador hasta conseguir y recoger sus frutos! Pero trátese de salvacion; aquí ya cesaron las vivas diligencias, los grandes cuidados, la firmeza y la constancia.

Que el Espíritu Santo diga, que es infinito el número de los necios que se pierden, y corto el de los prudentes que se

salvan; que Jesucristo asegure que son muchos los llamados y pocos los escogidos; que es ancho el camino que lleva á la muerte y muchos los que van por él, y estrecho el que lleva á la vida, y pocos los que le frecuentan: que toda la Sagrada Escritura no tenga, por decirlo así, otro objeto que la salvacion del hombre y el cuidado de repetirle: que se salve... todo esto no importa. Si se trata de perder grandes intereses y quedar arruinado, aquí el hombre se extremece, tiembla... Pero trátese de la salvacion, y apesar de encargarnos San Pablo que obremos nuestra salvacion con temor y con temblor, nadie se extremece, nadie tiembla. Y ved aquí, Católicos, como aun las almas que quieren de veras salvarse, todavía no quieren su salvacion como debe ser querida, porque no la quieren como un bien incomparablemente mayor que todos los de su vida y que todos los del mundo. Y ved aquí tambien probada, demasiadamente por desgracia, la proposicion de mi discurso: Esto es, que el cristianismo en el dia se compone, hablando generalmente, de almas que quieren salvarse, pero que no quieren su salvacion como debe ser querida para conseguirla, y por consiguiente de almas que efectivamente no quieren salvarse. ¡Verdad terrible que nos debe llenar de sobresalto! porque nos hace ver que la mayor parte de los Cristianos adultos se condena, como dicen comunmente los Santos Padres; pero verdad provechosa, porque debe despertarnos del profundo sueño en que vivimos sepultados en orden á nuestra salvacion eterna.

¡Quién se hallára ahora ¡ó Dios mio! con la elocuencia de vuestro siervo Ambrosio, para llenar á este piadoso auditorio de un terror santo y saludable en orden á su salvacion eterna! Comunicad, Señor á mi voz aquella vehemencia que animaba la suya, cuando llenaba de espanto á una Ciudad populosa, repitiendo estas breves palabras de Tobías: *Attende tibi*. Mira por ti. Alma hechizada del mundo, digo yo tambien ahora con este varon admirable. Alma hechizada del mundo, vuelve ya en ti, mira por ti. *Attende tibi*. No emplees en cosas que no te importan un tiempo y unos cuidados que solo á ti misma debes. No pases el momento de tu vida engolfada en quiméricos proyectos. Las honras, las riquezas, las dignidades, los deleites, los empleos, la reputacion, la fama... sueños son que todos se disipan al ruido de la muerte, mas tu vivirás despues eternamente en el Cielo ó el infierno. Mira tu misma por ti. *Attende tibi*. Amadores del mundo, cuando la tierra haya recibido los despojos de vuestra mortalidad ¿qué os importará haber disfrutado

los placeres ó haber carecido de ellos? Cuando os halleis reducidos á polvo en el sepulcro ¿qué interés podréis tener en que se aumenten ó disminuyan vuestras riquezas, ni en que se conserve ó borre vuestro nombre de la memoria de los hombres? ¿Pensáis acaso que el cuidado de vuestra fortuna ó vuestra fama ocupa ya en el día á vuestros Padres? Id á consultar con sus cenizas entre las sombras del sepulcro, donde esperan las vuestras; que frias y yertas como estan, se animarán para deciros: mirad hijos por vosotros. *Attende tibi*. El tiempo corre, hijo mio, dirá un Padre, y con su veloz carrera te arrojará dentro de un momento en este sepulcro que me encierra. Ya ves que nada me ha quedado de lo que fui en otro tiempo. Tu poseés ahora mis bienes, como yo los poseí entonces, prestados y con la condicion de dejarlos. Presto los dejarás tambien tú, y tú vivirás despues eternamente en el Cielo ó el infierno. Mira hijo mio por ti. *Attende tibi*. Para qué tantos cuidados y adornos, tanta vanidad y devaneos, dirá una Madre á esa hija envaneada con sus gracias y hermosura. Ya ves, hija mia, que mis gracias, mi hermosura, mis encantos, mis locuras... todo se ha enterrado en este sepulcro; tambien se enterrarán las tuyas, y tu vivirás despues eternamente en el Cielo ó el infierno. Mira, hija mia, por ti. *Attende tibi*. Insensato pecador que, cubiertos tus ojos con la venda que forman tus pasiones, caminas acelerado al precipicio; detente. Óyeme una palabra. Dime ¿quién durará mas, tú, ó tus placeres? ¡Ah! tus placeres aun no llegarán al sepulcro, y tu vivirás despues eternamente en el infierno, si mueres en tus pecados. Mira, pecador, por ti. *Attende tibi*. ¡Amados de mi alma! nuestra salvacion es nuestro único negocio; todo lo demas perece. De aqui á un momento (porque un momento es la vida) entraremos en el curso de los años eternos; y todos los que hemos nacido, podemos decir, que estamos ya á las puertas de esos años y que no nos resta mas que un paso para entrar en su duracion inmensa. ¡Paso terrible!

¡Dios mio! ¡Dios de las misericordias! Nuestra eternidad dichosa ó desdichada está para principiari, y no tenemos sino motivos para temer y temblar. Compadecednos, Señor, de nuestro inmenso peligro. ¡Qué! ¡Perderémos el reino de los Cielos para el que nos habeis criado! En tal caso, Señor, mejor seria que la nada nos hubiera poseido eternamente. Pero yo espero, Dios mio, que aun nos concederéis nuevos plazos, y nuevas gracias para obrar nuestra salvacion y merecer veros y gozaros eternamente en la gloria. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA CORRUPCION DE COSTUMBRES.

*Videte itaque, fratres, quomodo caute ambuletis... quoniam dies mali sunt. Ephes. xxi. 15 et 16.*

Mirad, pues, hermanos, que andeis con cautela... porque los dias son malos.

**S**i hubo jamás un siglo al que pudiesen aplicarse con toda propiedad las palabras del Apóstol, ese es sin duda el nuestro. Porque ¡qué relajacion! ¡qué corrupcion! ¡qué escándalos por todas partes! El cristianismo parece haber desaparecido con los Cristianos que nos han precedido. Contamos ya diez y ocho siglos desde su establecimiento hasta nosotros, y podemos decir que han sido otros tantos escalones por los que han venido descendiendo los Cristianos de la virtud y fervor de nuestros padres. Una fé casi extinguida, y una caridad resfriada ó apagada no ofrecen á nuestros ojos mas que Cristianos sin alma y sin vida. Los dias están oscurecidos por los nublados del vicio y por las tinieblas del error. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

Toda carne ha corrompido su camino, y apenas hay quien no lleve sobre su frente la palidez de la maldad y del crimen. Las calles y las plazas no resuenan sino los elogios del placer, ni presentan á la vista mas que espectáculos de lujo y lujuria. La bondad, que fué en otro tiempo el carácter y el mérito de nuestros antepasados, es mirada hoy como flaqueza de espíritu; el candor como estupidez; la verdad como imprudencia y la piedad como supersticion. La malicia, creciendo con la edad, corrompe todas las condiciones y todas las personas. Son dias malos. *Dies mali sunt.*

En vista de tantos vicios ¿en qué escalon, en qué hondura de corrupcion nos encontramos en el día? Yo lo diré, y esto será todo el asunto de mi discurso. Compararé los primeros tiempos del cristianismo con los nuestros, y esta comparacion nos hará conocer el escalon y la hondura en que nos hallamos y el peligro que corremos de anegarnos. Podrá ser que esa multitud de Cristianos, que con tanta serenidad esperan ser admitidos en el Cielo, despues de una vida tan perdida; podrá ser, repito, que al ver el camino que han llevado los justos y compararle con el que llevan ellos, salgan de su funesto error y muden de vida. Este es todo mi intento y mi deseo. Si no lo consigo, á lo menos lograré que se vea reprobada en esta Cátedra del Espíritu Santo esa corrupcion, que á fuero de general, parece que quiere prescribir contra los preceptos y las virtudes, y aun contra la religion misma.

Señor, comunicad tal energía y eficacia á mis palabras que, presentando nuestro lastimoso estado con los colores que le son propios, hagan que le detestemos, y emprendamos una vida verdaderamente cristiana. Este es el favor que os pedimos por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARÍA.

### *Dies mali sunt.*

Cristianos, es por desgracia una verdad que nosotros deshonramos el cristianismo con nuestras malas costumbres, y que, semejantes á aquellas plantas que con el trascurso del tiempo han degenerado, no producimos sino frutos amargos de corrupcion. Es una verdad, que todos los siglos que han corrido desde los hermosos dias de la Iglesia hasta nosotros, han venido á producir esta generacion perversa, de la que nosotros somos parte, y que el misterio de la iniquidad, pronosticado por San Pablo, se ve cumplido en nosotros de una manera espantosa. Es, en fin, una verdad que nosotros segun nuestras costumbres no somos Cristianos sino en el nombre; Cristianos que á los ojos del mundo parece que vivimos y que á los ojos de Dios estamos realmente muertos, siendo nuestra situacion tanto mas peligrosa y sensible, cuanto menos la sentimos. No, Católicos, no hay porque disimularlo. Nuestras costumbres son tan diferentes de las de los primeros Cristianos, que podria pensarse al verlas que nosotros seguimos una religion distinta de la suya, ó que ellos tuvieron una religion distinta de la nuestra. Si, Cristianos,

vosotros no podriais dejar de confesar esto, si un mundo que os atolondra, y algunas obras exteriores de piedad que os consue-  
lan, no os adormeciesen en una seguridad funesta.

Mas para convenceros de la diferencia de sus costumbres y sentimientos de religion, acordaos de sus tiempos y comparadlos con los nuestros. *Rememoramini pristinos dies.* Acordaos de aquellos dias felices, en que la fé, aun recién nacida, formaba tantos valerosos mártires, tantos penitentes austeros, tantas vírgenes puras, tantos pastores celosos, tantos ministros fieles... *Rememoramini.* Acordaos de aquellos hermosos siglos, en que la Iglesia, inflamada por el fuego del Espíritu Santo, brillaba con un resplandor celestial y era, en medio de las persecuciones, las hogueras y los cadalsos, un espectáculo de admiracion para el mundo, para los Angeles y para los hombres. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos dias gloriosos, en que el cristianismo no contaba sino Santos en su número, en que sus mas frágiles vasos eran mas fuertes que toda la fortaleza del siglo, y en que la fé de los sencillos formaba aquellos verdaderos sábios que toda la filosofía del mundo no habia podido mas que idear y prometer. *Rememoramini.* Acordaos de aquellos tiempos, en que la santidad de las costumbres era la señal por donde se distinguian los Cristianos de todos los demas hombres. Acordaos mis amados, de aquellos felices tiempos en que la fé de los Cristianos se sobreponia á todos los reveses de la vida, y les hacia desear con ansia el martirio. Acordaos de aquellos dichosos tiempos y venid á compararlos con los nuestros. ¡O Dios mio! ¡Que comparacion tan lastimosa y terrible!

Subid sobre las alturas que dominan nuestras poblaciones y echad una ojeada sobre los Cristianos que las ocupan. Pero ¡qué veréis en ellas! Veréis *Cristianos activos*, que se mueven, que se cruzan por todas partes, que se saludan, que tratan de todos los negocios, escepto el de su salvacion, que es su único negocio. Veréis *Cristianos ociosos*, que gastan en un ensadoso círculo de visitas, cumplimientos, adulaciones... en vagatelas, si ya no es en cosas peores, un tiempo preciosísimo que solo se les ha concedido para merecer el reino de los Cielos. Veréis *Cristianos avarientos*, que no cuentan con otros bienes, que los materiales de este mundo, ni tienen otro Dios que su tesoro. Veréis *Cristianos ambiciosos*, que cometen las mayores ruindades y vilezas y se valen de los medios mas indignos para avalanzarse á un puesto ó un empleo que jamás deben ocupar. Veréis *Cristianos escandalosos*, que pueblan el aire de maldi-

ciones, juramentos, desvergüenzas y de horrorosas blasfemias: Veréis *Cristianos libertinos*, que no contentos con su corrupcion, buscan por todas partes ocasiones de corromper á los demas, haciendo en esto un comercio de abominacion, como dice San Cipriano, y un oficio de demonios. Veréis... ¡pero qué no veréis en tiempos tan corrompidos! Veréis, como el Profeta Oseas en los dias malos de Israel, que la maldicion, la mentira, el homicidio, el hurto y el adulterio todo lo han inundado. *Maledictum, et mendacium, et homicidium, et furtum, et adulterium inundaverunt.*

Comparad ahora Católicos aquella santidad del cristianismo con esta corrupcion del cristianismo. Comparad tiempos con tiempos y no podreis dejar de afligiros; no podreis dejar de llorar sobre la corrupcion de nuestros dias; no podreis dejar de temer vuestra perdicion viviendo en tiempos tan perdidos; porque no ocupan ya, (vosotros lo veis y lo palpais) no ocupan ya á los Cristianos aquellas conversaciones, aquellas relaciones tiernas que, recordando las misericordias de un Dios, humillado hasta la muerte por darnos la vida, les hacian derramar copiosas lágrimas de ternura y agradecimiento: ocupánles al contrario conversaciones amargas y relaciones criminales que derraman la deshonra y la infamia sobre las familias. No son ya discursos inocentes los que ocupan á los Cristianos y hacen amables las reuniones: son murmuraciones sangrientas; son ódios envejecidos; son calumnias meditadas, que, en expresion de San Gerónimo, matan á los que las dicen y á los que las escuchan: no son ya diversiones saludables, que la aplicacion al trabajo ó al estudio, hacen necesarias: son juegos perniciosos, que roban el tiempo á las obligaciones: son juegos escandalosos, que destierran la paz de las casas, que arruinan las familias y que ocasionan mas de una vez el homicidio, el suicidio y tambien el parricidio: no son ya comidas sencillas y caritativas en las que tiene su parte la indigencia: son comidas delicadas y costosas con las que se regala el rico, mientras que el pobre muere de hambre, y pasa á la eternidad á quejarse de sus desapiadadas entrañas: no son ya lecturas piadosas las que ocupan á los Cristianos: no son aquellas lecturas que ilustran el entendimiento y purifican el corazon; son lecturas impías; son lecturas paganas; son lecturas abominables, que extinguen la fé, que ultrajan la divinidad y que derraman sobre las almas un soplo de muerte.

¡O Dios mio! ¡No era bastante desgracia, que hubiésemos

caido del fervor de los primeros Cristianos, sin pasar á entregarnos á una conducta pagana, irreligiosa é impía! ¡No era bastante desgracia que fuésemos malos Cristianos, sin venir á ser los mas perversos de cuantos nos han precedido! Porque, Católicos, ¿cuándo se vió en el cristianismo esa inmoralidad pública, esa desvergüenza general, ese impudor sorprendente que estamos viendo en el dia? ¿Cuándo se oyó jamás en él, un lenguaje tan soez, tan asqueroso y obsceno? Cuántas palabras torpes ha inventado la lujuria ó encontrado la lascivia, tantas se oyen sin cesar por todas partes; y aquellos dichos escandalosos que en otros tiempos apenas salian de la boca de un rufian ó una ramera, se han hecho ya comunes hasta á los niños. ¿Cuándo se oyeron, ni aun entre las naciones que adoraban Dioses falsos, esas horribles blasfemias, á las que nada puede añadirse ya de mas horrible, esas blasfemias que erizan los cabellos, que hacen retremblar los oidos, que estremecen el corazon y espantan el alma? ¿Esas blasfemias que son el anuncio mas terrible de la extincion de la fé y de la ausencia de una religion cuya santidad no puede sufrirlas?

Ministros del Señor, Cristiano y piadoso auditorio, redoblad, multiplicad vuestras súplicas para alcanzar del Señor que disipe este torrente de delitos que todo lo inunda, y que remedie esta inmensidad de males, que todo lo destruye, acaba y consume; porque, amados de mi alma, ¿adónde vamos á parar si Dios no lo remedia? En el dia la impiedad ha dejado ya caer la máscara, los libertinos dan el tono y la ley, los jóvenes blasfeman de lo que ignoran, y en las concurrencias de un mundo tan corrompido, hasta los buenos Cristianos se avergüenzan de parecerlo. En el dia la modestia, esta virtud tan alabada en los libros santos, es un objeto de burla entre la turba de los impíos, y la castidad, que fué siempre la virtud de los sábios, es un objeto de oprobio para una multitud de necios que la prostituyen á sus infames pasiones. En el dia ¡qué asombro de corrupcion! En el dia se estudia la voluptuosidad por principios, y cristianos desalmados se entregan á ella con un género de delirio. En el dia no se aprenden con empeño sino las que llaman bellas letras y bellas artes; cuyo abuso contribuye tan terriblemente á fomentar el lujo y á corromper las costumbres. En el dia los signos del paganismo se sustituyen á los de la religion, y las estatuas y pinturas de los Dioses ocupan los lugares de la Cruz y del Crucificado. En el dia no se estudian sino esas ciencias naturales, que no piden cristianismo, y que se com-

ponen muy bien con el estado de pagano. En el día la ciencia del hombre Dios crucificado, que es toda la ciencia del Cristiano, se mira como una ciencia vieja y gótica que no es del día. ¡Qué blasfemia! ¡Y adónde pueden conducirnos tan funestos antecedentes, sino á la extincion de la fê y á la pérdida de la religion? ¡Qué desgracia! ¡Qué horrible desgracia! ¡Qué abismo!

Pero lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo es su carácter de *incorregible*. En los siglos pasados habia corrupcion, y á la vez grande corrupcion, pero generalmente era solo en la voluntad, porque el entendimiento no se habia corrompido; mas en nuestro desdichado siglo tambien el entendimiento se ha corrompido, y siendo el orgullo el hijo predilecto de un entendimiento corrompido, el orgullo se ha hecho el vicio dominante de nuestro siglo. Asi es que jamás se vió entre nosotros tanta altanería y fiereza como en el día. Nosotros hemos saltado las barreras de la sencillez cristiana, y de aquí nace ese espíritu de soberbia que nos domina, y esa resistencia á someternos al santo yugo del Evangelio. En el día las practicas de la religion parece que no convienen á ciertas personas, y que arrodillarse á los pies de un Confesor implorando la misericordia de Dios, y recibir el Cuerpo adorable de Jesucristo es una vulgaridad. ¡Qué blasfemia! Pero no hay que admirarse. Son productos naturales del orgullo. Es preciso, pues, confesar que entre los vicios que se oponen á las prácticas del cristianismo no le hay mas terrible que el orgullo, ni mas difícil de remediar. Como el orgullo excita continuamente la rebeldía del espíritu, hace rebelde é indócil á todo lo que él domina. Por eso las instrucciones cristianas nada pueden sobre el orgulloso. Él las desprecia, las rechaza y persevera en su orgullo.

Y ved aquí, Católicos, lo que pone el colmo á la corrupcion de nuestro siglo; ved aquí lo que le hace *incorregible*. Por mas que nosotros, los predicadores, tronando desde los púlpitos, hagamos resonar las terribles amenazas de un Dios vengador, todo lo que decimos no hace impresion alguna en los espíritus orgullosos. Mas tened entendido; almas soberbias, que en tanto es uno Cristiano, en cuanto es humilde.

San Agustín, despues de haber preguntado muchas veces cual es la virtud fundamental del cristianismo, responde siempre: que es la humildad, porque en efecto, no hay virtud en el hombre que no es humilde. Jesucristo se gloria, dice San Bernardo, de ser humilde y manso de corazón para enseñarnos que el Cristiano no debe conocer otra gloria que la de ser humilde; pero

nuestro desdichado siglo por un refinamiento de orgullo, ha trastornado todas las ideas. No se trata ya sino de admirar y alabar todo lo que favorece á la vanidad, y de despreciar y burlarse de todo lo que respira humildad. En el dia hay un fausto en el corazon como en el vestido, y en los pensamientos como en las palabras; y el lujo que vemos exteriormente por todas partes, no es sino la señal del orgullo que reina interiormente en todos los espíritus.

En vista de esto, no nos admiremos ya, Católicos, de que la pobreza sea mirada como un objeto que espanta, de que el hermano rico se avergüence de ver ó encontrar con su hermano pobre... No nos admiremos de que la riqueza sea el Dios que se adora y por la que se sacrifica el tiempo, el reposo y el alma. No nos admiremos de que se hagan tantos esfuerzos por presentar á la vista todo lo que puede deslumbrar el entendimiento y fascinar los sentidos por procurarse hombres de valer que les consigan empleos, por venir á ser en medio de sus conciudadanos un personaje importante... No nos admiremos, en fin, de que se procuren así en las Ciudades como en las granjas las habitaciones mas voluptuosas y magníficas, ni de que se cubran y carguen las mesas de los manjares mas raros y costosos, y de los licores y vinos mas exquisitos, porque el orgullo conduce á todos estos excesos y desórdenes, y lo mas terrible aquí es, que el orgulloso no los tiene por tales; porque el orgullo se parece á esas enfermedades que no se pueden curar á causa de que los enfermos se creen con perfecta salud.

Yo todo lo espero, dice San Cipriano, de un pecador que se humilla, pero nada espero de un pecador orgulloso. Nabucodonosor no fué convertido en bestia sino para que aprendiese que el Señor detesta al hombre soberbio, y Jesucristo que perdonó á la humilde muger sorprendida en adulterio, no perdonó, antes maldijo, á los Escribas y Fariseos como á una raza de orgullosos. La vanidad que se apodera del hombre es tanto mas criminal, dice San Agustin, cuanto nada hay en nosotros que nos la pueda inspirar. La bajeza de nuestro origen, la corrupcion de nuestro corazon, la flaqueza de nuestro espíritu, la incertidumbre de nuestro destino eterno, son otras tantas miserias que deben humillarnos, abatirnos y anonadarnos. Esto no obstante somos vanos y soberbios, y consiste en que nuestro amor propio no nos deja conocernos; pues á poco que reflexionásemos, nos veremos colocados, en cualidad de pecadores, mas abajo de las bestias.

¿Qué tienes tu que no hayas recibido? dice San Pablo, y

si lo has recibido ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? Esta verdad que hacia tan humildes y agradecidos á los primeros Cristianos, ninguna impresion hace en el dia. El siglo es tan perverso y el mundo se halla tan poseido de la soberbia y el orgullo que no es posible atraerle á sus deberes. Si se le habla de la sencillez de nuestros padres, la trata de rusticidad. Si se le recomienda la humildad, la mira como una virtud que no conviene á los espíritus fuertes. Si se le predica que haga penitencia, responde: ó que no la necesita, ó que eso no está con los usos del siglo. ¡Tiempos perversos! ¡Siglo incorregible! Siglo, cuya corrupcion, por su carácter de incorregible, pone el colmo á la corrupcion de todos los siglos del cristianismo que le han precedido.

¡Cristianos de los primeros tiempos! vosotros que no sabiais otra ciencia que Jesucristo crucificado, ni teniais otro placer que meditar su Evangelio y cumplirle, levantaos contra esta generacion perversa que se atreve á usurpar vuestro venerable nombre y á vivir sin vuestra ciencia y costumbres. Apóstoles de Jesucristo, venid á encender de nuevo aquel fuego divino que vuestro Soberano Maestro vino á traer á la tierra, y en el que quiso que ardiera. Venid á predicar otra vez el Evangelio eterno á un cristianismo pagano. Venid á derribar otra vez los ídolos, no ya de madera ó de piedra, sino de carne y de sangre. Venid á derribar los ídolos que adoran las pasiones. Venid á mudar las costumbres corrompidas de los Cristianos; porque en el dia no bastan predicadores ordinarios; en el dia se necesitan predicadores extraordinarios; se necesitan predicadores de quienes se haya apoderado el Espíritu del cenáculo; se necesitan Apóstoles; se necesitan Pedros, que asombren con sus discursos y conviertan con sus prodigios á la multitud de paganos y malos Cristianos que ocupan nuestras ciudades y pueblos. Se necesitan Pablos, que con la vehemencia de su celo obliguen á los Cristianos del dia, como en otro tiempo á los de Efeso, á presentar en plaza pública esa multitud de libros abominables que han trastornado y trastornan la fé de muchos, y corrompido y corrompen las costumbres de casi todos. ¡Ah! Una hoguera, mil hogueras, formadas de ellos en medio de las plazas y cuyas llamas subiesen hasta el Cielo, llevarian á la presencia del Altísimo un olor de suavidad que aplacaria su ira tan justamente irritada contra nosotros, y nos atraerian mil riquezas de fé y de religion, y mil bendiciones de paz y de consuelo. En el dia, repito, se necesitan predicadores extraordinarios, se necesitan

Boanerges, hijos del trueno, que llenen de terror y de espanto á esas almas insensatas, que caminan, como víctimas engalanadas y con los ojos vendados, á sepultarse en el infierno: porque, Católicos, nos hemos alejado ya tanto del camino que llevaron los primeros Cristianos, hemos bajado tantos escalones y dado tantos pasos en el camino de la relajacion, y nos hallamos tan sumergidos en el cenagoso y corrompido mar de los vicios, que solamente Apóstoles, ó predicadores, poseidos del espíritu de los Apóstoles, parece que pueden sacarnos de este podrido abismo.

Terrible es, Cristianos, el estado en que nos hallamos, espantosa la corrupcion de nuestro siglo. Lo habeis oido y por desgracia no sobran sino hechos para probarlo. ¿Qué nos resta pues que hacer, mis amados? Eso es muy claro. Que cada uno de nosotros enmendemos nuestra vida. Los que se hayan arrojado al espantoso mar de los errores, acogiéndose á la nave de la Iglesia, fuera de la cual no hay vida eterna; y los que se han dejado arrastrar del asqueroso torrente de los vicios, asiéndose para salir y librarse de él á la tabla de la penitencia, sin la cual tampoco hay para ellos vida eterna.

¡Dios de las misericordias! Vos, Señor, veis nuestro lastimoso estado; compadeceos de nosotros. Enviad sobre los ministros de vuestra Esposa la Iglesia aquel espíritu de poderío y de celo que derramasteis sobre los Apóstoles para la conquista del universo. No es hoy menos necesario para la reforma del cristianismo. Enviad, Señor, vuestro espíritu de santidad, y el cristianismo se reformará, y las costumbres recobrarán su pureza, y nosotros volveremos á presentar al universo los hermosos días de nuestros padres; y despues de pasar en virtud nuestra vida sobre la tierra, iremos á recibir su premio eternamente en el Cielo, donde vives y reinas por los siglos de los siglos. AMEN.

## SERMON

### SOBRE LA VERDADERA FELICIDAD.

*Merces vestra copiosa est in  
Coelis. Math. 5. 12.*

**C**atólicos, vuestro premio es muy grande en los Cielos, dice el Señor por San Mateo. Sin embargo ¿qué haceis vosotros, mis amados, para conseguirle? Insensibles á vuestra verdadera y eterna felicidad, vosotros os dejais cautivar de la figura de este mundo, pero ¡qué digo! vosotros quereis vuestro cautiverio. Digo mas. Vosotros quisierais perpetuarle. No pensais en que teneis otra patria, ó no pensais en ella sino con pena. ¡Ah! ¡Cómo practicaréis la virtud si no quereis salir del mundo á recibir su premio en el Cielo! En la fé y esperanza de este premio desafiaban los mártires á la crueldad de los tiranos; en la fé y esperanza de este premio se condenaban las vírgenes á la soledad de los cláustros; en la fé y esperanza de este premio se entregaron los justos de todos los tiempos á la práctica de las virtudes y al rigor de las austeridades. Vosotros haríais lo mismo si tuviérais la misma fé y esperanza. Pero ¿cómo se hallan en vosotros estas virtudes? ¡Ah! tan amortiguadas, que nada obran, nada hacen. ¿Qué mucho, pues, que no practiqueis las virtudes de los Santos? ¿Qué mucho si en lugar de las virtudes reinan en vosotros los vicios? Estan amortiguadas la fé y la esperanza y esto basta.

En esta atencion ¿qué podré yo deciros hoy mas saludable que avivar vuestra fé y esperanza? Ellas os dirán que la tierra no es vuestra pátria sino vuestro destierro: que vuestra pátria es el Cielo: os dirán que en él os están preparados bienes inmensos y eternos; pero os dirán al mismo tiempo que es indispensable la virtud para merecerlos. Ellas os dirán mas: os dirán que la virtud, aun en el destierro, tiene su premio, como el vicio su castigo: os dirán que no os afliais por los males que teneis que pa-

decer en este momento de vida, y que sufráis con resignación, porque vuestro consuelo, vuestro descanso y vuestro premio es muy grande en los Cielos. *Quoniam merces vestra copiosa est in Coelis.*

Esta verdad fundamental de la religion; esta verdad que hace todo el consuelo del hombre en este valle de lágrimas, hará tambien el asunto de mi discurso. Mi intencion en este dia y mi deseo es animaros á practicar la virtud para que merezcáis y consigáis la felicidad verdadera. Para esto procuraré haceros ver que esta felicidad no se halla en la tierra sino en el Cielo. Una vez persuadidos de esta verdad, vosotros no os dejareis engañar de los encantos del mundo, ni de su felicidad aparente, y desprendidos de este engañoso fantasma, no os equivocareis en el género de vida que debéis practicar para conseguir el premio inmenso que os está preparado en el Cielo.

¡Dios eterno! ¡Felicidad esencial! ¡Bondad sin límites! Concedme, Señor, que yo haga conocer á mis piadosos oyentes donde está y en que consiste la felicidad verdadera, para que la busquen con empeño, la sigan con ardor y lleguen á poseerla. Esto os suplico por la intercesion de la Reina de los Cielos. AVE MARIA.

### *Merces vestra...*

¡Todos queremos ser felices... Este deseo se enciende en nosotros con la luz de nuestros primeros años, y no se apaga sino con nuestro último aliento. Este deseo nos acompaña siempre, y aun cuando, extraviados por nuestras pasiones, nos perdemos en caminos opuestos á nuestra felicidad, entonces mismo la vamos buscando. Nuestro error y nuestra desgracia en estos casos consiste en que tomamos la felicidad aparente por la verdadera; pero siempre se verifica que vamos buscando nuestra felicidad. ¡Tan constante es en nosotros el deseo de ser felices! Formado nuestro corazon por la bondad del Señor, modelado por su infinita felicidad, y medido por su eternidad, ha tomado, si puedo decirlo así, de entre sus divinas manos el gusto á la verdadera felicidad, y no se satisfará hasta no encontrarla y poseerla.

Pero ¿dónde la ballará? ¿en la tierra? ¡Ah! ¡en la tierra! Pues qué ¡no es la tierra un valle de continuas lágrimas que corren por todas partes, y un campo sembrado de espinas, en el que apenas se puede dar un paso sin lastimarse! ¡En la tierra! ¿Y desde cuándo ha dejado ella de ser el país de las desgracias y

de los atentados, y la mansion de las miserias y de las iniquidades? Porque, Católicos, ¿qué vemos en la tierra que no vierta lágrimas ó que no dé motivos para verterlas? ¿Qué oímos que no sean quejas, suspiros y gemidos? ¿Qué nos cuentan que no sean desastres ó delitos, si ya no son uno y otro? ¡Ah! en la tierra se encuentran verdaderas infelicidades, pero no se hallan felicidades verdaderas. La verdadera felicidad solo existió sobre la tierra el primer día del mundo inocente, y con la inocencia del mundo se ausentó para siempre de ella.

Nuestra vida principia entre flaquezas, camina entre amarguras y concluye entre achaques y dolores. El niño que acaba de nacer, no abre sus ojos á la luz sino con repugnancia; no se acomoda á los brazos que le reciben, y parece que huye de los que le acarician, como de unos enemigos que le engañan. Gime y se agita entre las mantas que le envuelven, como entre cadenas que le cautivan, y sus llantos aumentados por los mismos esfuerzos que se hacen para acallarle, manifiestan que el principio de su vida no es para este ser humano sino el ensayo de sus desgracias. ¿Qué anuncia esta infeliz entrada en el mundo? Una niñez que se pasará entre antojos y privaciones, entre puerilidades alternadas y lágrimas frecuentes, entre pasatiempos que no hará mas que gustar, y dolores, miserias y enfermedades de que no podrá librarse. Una niñez cuya felicidad consistirá en no conocer ó conocer escasamente que es infeliz.

De esta primera edad romperá como de una nube, que se ha preparado lentamente, una juventud impetuosa, que, á manera de un fuego detenido por mucho tiempo en la debilidad de la naturaleza, causará estragos continuos, si no la contiene una instrucción cristiana que haya imprimido en su corazon el santo temor de Dios; y lastimosamente el primer día de esta edad será regularmente el último de la inocencia, el primer uso de la razon el último de las virtudes, y su primer paso la entrada en la carrera de los extravíos y de los delitos. ¡Ah! ¡cuántos excesos en esta edad de fuego! y por consiguiente ¡cuántas desgracias! ¡cuántas penas! ¡cuántos disgustos! ¡cuántas infelicidades! Porque nadie negará que no hay manantial mas abundante de amarguras que las pasiones desordenadas y los delitos que las satisfacen.

Una edad mas madura acaso templará el ardor de la fogosa juventud, pero aquí entra el tiempo de los cuidados, de los desvelos y de las penas. No parece que se libra el hombre de la violencia de la juventud, sino para entrar en obligaciones y empeños que le hacen aun mas desgraciado. Sujeto á los aconteci-

mientos, pendiente de las ocasiones, esclavo del qué dirán, sacrificado por el bien parecer... jamás es menos dueño de sí mismo que en aquella edad en que pensaba serlo enteramente, y cuando contaba con una feliz libertad, se encuentra con una nueva esclavitud. La vejez, pronta á volverle á las debilidades de la niñez, le irá consumiendo con los trabajos que trae consigo, y llenando con sus achaques y enfermedades el corto intervalo que le resta para la muerte. Llenará sus últimos dias de amargura, y los concluirá entre las últimas agonías para bajar al sepulcro.

Decidme, hombres infelices. ¿dónde está, cual es el dia destinado en vuestra vida para principiar la carrera de vuestra felicidad? ¿Es aquel en que arrebatados por el delirio de una imaginación soñante, trazais el plan de una felicidad, cuyo modelo no se encuentra sino en el primer dia del mundo inocente, y que se desvaneció para siempre con la inocencia del mundo? ¡Sueño brillante! ¡Ilusion que un encanto hizo nacer en vuestro espíritu, pero que vuestro discurso disipará al despertar en un momento! ¿Principiará sino vuestra felicidad desde aquel dia en que la fortuna, despues de haberos hecho padecer por largo tiempo, os admita al fin en la carrera de los honores y las riquezas? Pero desde su entrada, ¡cuántos estorbos puestos á vuestros deseos! ¡cuántos enemigos conjurados contra vuestros ascensos é intereses! ¡cuánto camino que andar antes de llegar al término! y en el término, ¡cuantos escollos que evitar!! La tierra sobre que vais á caminar, está empapada de sudores, de lágrimas, y quizás de la sangre de los que os han precedido en esa carrera. No veréis al rededor de vosotros sino sepulcros de infinitos que ocuparon vuestro puesto y vuestras riquezas, y que habitaron los mismos edificios que ocupais. El rayo que les derribó, humea todavía, y acaso la misma nube que le arrojó está tronando sobre vuestras cabezas. Mil voces, que salen de sus tumbas, os dicen con una vehemencia incomparable: que vuestras fortunas y honores serán tan vacilantes para vosotros, como lo fueron para ellos, y tan incapaces de hacer vuestra felicidad, como fueron de hacer la suya. Desde el instante en que vuestros ojos miren con atencion en rededor de vosotros mismos, advertirán vuestro precipicio por entre las flores que le cubren, y este temor de caer en él, de uno á otro momento, acibarará la dulzura de vuestra posesion, la despojará de una felicidad que la es estraña, y la llenará de la amargura que la es propia, de modo que, si llegais á ser dichosos por el camino de los honores ó las riquezas, no lo sereis sino por un momento.

Vos ¡Dios mio! lo habeis ordenado así, no para nuestro daño, sino por nuestro provecho. Vuestra bondad infinita nos ha preparado en el Cielo bienes sin número, que nos resarzan cumplidamente de las tribulaciones de la tierra, y nos ha repartido en la tierra tribulaciones bastantes para obligarnos á buscar nuestra felicidad en el Cielo. Efectivamente, Católicos, acá en la tierra ¡qué desdichada reunion de todo lo que viene á hacer la infelicidad del hombre! Al contrario allá en el Cielo ¡qué dichosa reunion de todo lo que puede hacer la felicidad del corazon humano! Reposo sin trabajo que le preceda, placeres sin pesares que les turben, consuelos sin amarguras que les acibaren, prosperidades sin envidias, bienes sin temores, gustos sin remordimientos, dulzuras inefables que corren sin cesar del seno de Dios al seno del hombre, y que inundan continuamente el corazon del hombre de las delicias del corazon de Dios.

Acá en la tierra, nuestras pasiones que no pueden satisfacerse sino á costa de las pasiones de los otros, y las pasiones de los otros que tampoco pueden cumplirse sino á costa de las nuestras, forman esa multitud de divisiones, rivalidades y contiendas que nos agitan continuamente. Allá en el Cielo, todos los corazones unidos con el dulce lazo de la caridad, no forman sino un solo corazon y una sola voluntad, cuya regla es el amor, cuyo objeto es la mútua felicidad, y cuya duracion es la misma eternidad.

Acá en la tierra ninguna esperanza hay sin inquietud, ninguna posesion sin orgullo. Allá en el Cielo, á la recelosa y tímida esperanza sucede la posesion dulce y pacífica, el gozo completo é inalterable, y unos placeres tan puros como la divina luz que los alumbra, tan extensos como los inmensos Cielos que los contienen y tan constantes y eternos como el mismo Dios que los concede.

Acá en la tierra yo no veo sino desgraciados que dorando sus grillos, solo consiguen aumentar su peso, que arrastrando sus cadenas, hacen mas penosa su triste situacion, y que muchas veces pierden la vida, como el inocente pajarillo, en los esfuerzos que hacen por desprenderse del lazo. Allá en el Cielo el sagrado Evangelista no nos presenta sino hombres asociados á la gloria de Dios, bañados de sus divinos resplandores, y santamente embriagados en sus inmensas delicias; hombres que forman al rededor del trono soberano esos numerosos coros de bienaventurados, cuyas virtudes, cuyas peleas, cuyas victorias y cuyos premios celebramos en la tierra; hombres que sentados ellos mismos sobre tronos brillantes, ceñidas sus sienes con las coronas de gloria

que les adquirieron sus meritos, y hollando con sus pies esos globos luminosos que ruedan sobre nuestras cabezas, viven y reinan con Dios, bendiciendo sus bondades y cantando sus glorias. ¡Ah! si se abriesen en este instante los Cielos y nos fuese dado ver la innumerable multitud de los bienaventurados al rededor del Trono de Dios ¡cuál sería nuestra admiracion y nuestro enagenamiento! ¡Son estos, diriamos asombrados, son estos aquellos hombres, cuya vida consagrada á la virtud, pareció al mundo tan triste é insensata! ¡Son aquellos hombres á quienes el libertino trataba de preocupados y fanáticos, el incrédulo de espíritus débiles y apocados, y el mundano de infelices voluntarios que, pudiendo disfrutar de los placeres, se condenaban á derramar continuas lágrimas á los pies de un Crucificado! Pero... ¡O Dios mio! ¡De cuánta felicidad no han sido el manantial fecundo aquellas preciosas lágrimas! Tan elevados ahora sobre los demas hombres, como lo está el Cielo, en que reinan sobre la tierra en que fueron insultados y despreciados, poseen aquella felicidad que sácia todos los deseos del corazon humano; felicidad que no es posible hallar en la tierra y que solamente se encuentra en el Cielo.

— Pero ¡qué felicidad es esa, me diréis, que felicidad es esa que llega á satisfacer y saciar los inmensos deseos del hombre? ¡Ah! eso lo sabe solo Dios que la concede, y los bienaventurados que la poseen y gozan. En el mundo nada hay que nos pueda dar idea de ella, nadie que pueda explicarla, nadie que pueda conocerla. El conocimiento de esa felicidad está reservado para el Cielo, y solo cuando entremos en sus moradas eternas, lograremos á un tiempo el doblado gozo de conocerla y poseerla. Si, Cristianos, si morimos con la muerte del justo (¡y quién habrá que no se prepare en la vida para lograr esta muerte!) Si morimos, repito, con la muerte del justo, subiremos, segun la expresion del Profeta, á los átrios de la casa del Señor, entraremos en las moradas de los Angeles y los Santos, nos acercaremos en ellas, viviremos con los amigos de Dios y seremos tambien nosotros sus amigos. Allí alternaremos con los justos de todos los tiempos, con los Santos de todos los siglos y con los Angeles de todas las gerarquias. Rodearemos el Trono Soberano mezclados con la innumerable multitud de los bienaventurados, veremos al Rey de la gloria sobre su excelso Trono, veremos á Dios, no ya como en este mundo, donde las criaturas solo nos le manifiestan como el efecto á su causa, y donde la fé solo nos le presenta cubierto de velos y misterios, sino como le ven los mas

encumbrados Serafines, le veremos cara á cara, le veremos como es en sí mismo, dice el Apóstol San Juan. *Videbimus eum sicuti est.* Veremos aquella magestad inmensa, aquella grandeza infinita, aquel espejo de hermosura en que se están mirando siempre los Angeles, y siempre descando mirarse; veremos aquel Semblante adorable, aquel Rostro soberano, aquella Cara divina, cuya vista hace las delicias inmensas de la gloria. Entonces conoceremos lo que es esa felicidad inmensa, la veremos, la poseeremos y la gozaremos.

Si, ¡Dios mio! ¡luz pura y esencial! ¡resplandor de resplandores, que formais el hermoso dia de la dichosa eternidad! Vos nos iluminareis y nosotros os veremos. ¡Esencia soberana, infinitamente infinita! sino podemos comprenderte, á lo menos te veremos. ¡Adorable Trinidad! ya no ejercitarás por mas tiempo nuestra fé, tu vendrás á ser allá un Santísimo y sempiterno espectáculo para nuestro entendimiento. ¡Humanidad sacrosanta de mi Señor Jesucristo! ya no te presentarás á nuestra vista en ese estado de oscuridad en que ahora te adoramos, entonces aparecerás mas hermosa, sin comparacion que en la gloria del Tabor. ¡Misterios impenetrables, abismos incomprensibles de los desiguos de Dios! nosotros penetraremos vuestras profundidades. ¡Alturas inaccesibles de las montañas eternas! ¡nosotros os hollaremos, siguiendo al Cordero Divino por donde quiera que fuere! ¡O felicidad inefable! ¡O gloria incomprensible! ¡Cuándo serás nuestra felicidad y nuestra gloria!

Levanta, Cristiano, levanta, te dice aqui San Gerónimo. Sal de la cárcel del mundo. Olvidate por un momento de tu destierro y dirijete á tu pátria. Mira aquel eterno reino que allí te está preparado, contempla aquella gloria inmensa que allí te esta prevenida. Un momento (tal es la vida mas larga) un momento y subirás á los Cielos. Un momento y poseerás ese bien inmenso. Un momento aun de inocencia ó de penitencia, y el Cielo es tuyo. Un momento aun de virtud y de constancia y llegarás á la pátria. Un momento aun de combates y victorias y te ceñirán la corona de la gloria.

¡O Cristianos! exclama aqui San Agustin. Si fuera necesario sufrir todos los dias de nuestra vida continuos y duros tormentos y aun las mismas penas del infierno por conseguir el reino de los Cielos, ver á Dios y gozarle ¿no sería justo sufrirlo todo por conseguir tanto bien? Aflijan enhorabuena nuestro corazon tribulaciones continuas; un instante de estas tribulaciones nos labrará una corona de gloria. Lluevan pues, sin cesar calamidades

sobre nosotros. Conjúrese el mundo entero para hacernos infelices ¡empeño vano! Jamás lo conseguirá, si nosotros no queremos, porque nuestra felicidad no está en el mundo sino en el Cielo. Carguen sobre nosotros pesados trabajos, vayáse consumiendo nuestra vida á fuerza de sentimientos, nada importa, dice el Santo, con tal que en el último dia de nuestra peregrinacion subamos á aumentar el pueblo de Dios en el reino de los Cielos. *Ut ascendam ad populum accintum nostrum.*

Almas bienaventuradas, que vencedoras del mundo triunfais gloriosas en el Cielo en medio de vuestra inmensa felicidad, no os olvidéis de nosotros, y pues que teneis ya segura vuestra gloria, pedid á Dios por la nuestra. Angeles del Señor, Príncipes de la Corte celestial, interceded por nosotros ante el Trono soberano. Reina del Cielo y la tierra, Madre de Dios y de los hombres, nada tengo que deciros, sino que sois nuestra Madre y nosotros vuestros hijos. Soberano Señor Sacramentado, Dios oculto y escondido en ese altar de la tierra, y Dios triunfante y glorioso sobre el altar de los Cielos, en vuestras divinas manos estan la gracia y la gloria, concedednos la abundancia de vuestras gracias en la tierra para que os sirvamos y merezcamos subir á veros y gozaros eternamente en el Cielo, donde vivís y reináis con el Padre y el Espiritu Santo por los siglos de los siglos. AMEN.

## SERMON

# SOBRE LA LIMOSNA.

*Quod superest, date elemosynam.*  
Luc. cap. 11. v. 41.

**A**penas se hallará en los libros santos cosa mas recomendada que la limosna, mandandola en unas partes, y aconsejandola en otras. Lo que os sobra, dice el Evangelista San Lucas, dadlo en limosna. Vended lo que poseeis, dice el mismo Evangelista, y dad limosna. Hacedos bolsillos que no se envejecen. (Hacedos) un tesoro en los Cielos, adonde no se acerca el ladron, ni roe la polilla. Pon tu tesoro, dice el Eclesiástico, en los preceptos del Altísimo, y te aprovechará mas que el oro. Encierra la limosna en el corazon del pobre, y ella rogará por ti para librarte de todo mal. Mas que escudo de poderoso y mas que lanza peleará contra tu enemigo. Al faego que arde, apaga el agua, y á los pecados resiste la limosna. Sé de animo generoso con el humilde, y para hacerle limosna, no le des largas. No defraudes la limosna del pobre y no retires de él tus ojos. No desprecies el alma hambrienta, y no exasperes al pobre en su necesidad. No aflijas el corazon del desvalido, y no dilates dar al angustiado. No arrojes el ruego del atribulado, y no apartes tu rostro del necesitado. No retires tus ojos del menesteroso, porque te molesta, y no des ocasion á los que te buscan para que te maldigan por detras; porque oida será la plegaria del que te maldijere en la amargura de su alma, y le atenderá aquel que le hizo. Inclina al pobre tu oido sin desden, paga tu deber y respondele cosas apacibles con mansedumbre. Muéstrate afable á la congregacion de los pobres. Todo esto y mucho mas se lee sin abrir otro libro de la sagrada Escritura que el de el Eclesiástico, pero no es la introduccion de un sermon el anchuroso campo que se necesita-

ria para referir la multitud de textos que se hallan en los demas libros santos, ya recomendando y ya mandando hacer limosna; y por otra parte es preciso explicar, aunque sea brevemente, esta materia, para saber cuando dar limosna es un consejo y cuando es un precepto.

Para esto es necesario distinguir tres clases de bienes y tres clases de necesidades. Hay unos bienes que son necesarios para la vida, otros que lo son para la decencia del estado y otros que son superfluos. Tambien hay unas necesidades comunes como las que padecen los pobres que piden por Dios de puerta en puerta; otras graves, como las que ponen en peligro de enfermar ó padecer gravemente; y otras extremas, como las que llevan á peligro de muerte. De los bienes necesarios para la vida, nadie tiene obligacion á dar limosna. De los necesarios para la decencia del estado, se deben socorrer las necesidades extremas, y aun las graves. Y de los superfluos, se deben socorrer todas las necesidades, de tal suerte que los bienes superfluos sean de los pobres y de la piedad, que los ofrezca en culto soberano al Padre de los pobres.

No me ocuparé yo hoy, Católicos, en probar la necesidad de cumplir el precepto de la limosna, porque la ley natural y divina exigen alta y poderosamente este cumplimiento. Ni aun me entregaré al dulce placer de exhortar á ejercer el consejo de la limosna: porque los corazones humanos, sensibles, tiernos, piadosos y caritativos no necesitan de exhortaciones para ejercerla: y los inhumanos, insensibles, duros, impíos y sin caridad no entienden de consejos. Mi objeto en este dia es rebatir y aniquilar las escusas que se dan para no hacer limosna.

¡O mis queridos pobres! Pedid al Padre de los pobres que me llene de celo y de acierto para hacer bien vuestra causa. Y vosotros los que no sois pobres por una generosidad de la divina providencia, pedid al Señor que os haga generosos para con vuestros hermanos los pobres, poniendo todos por intercesora á la Madre soberana de los pobres y los ricos. AVE MARIA.

### *Quod superest...*

Tantos pretestos han alegado los hombres inhumanos para no dar limosna, y amontonado tantas escusas, que han llegado á persuadir á muchos que no hay bienes superfluos en el mundo; y por consiguiente que nunca es de precepto dar limosna. Esta perversa doctrina fue admitida por algunos Autores, que se atre-

vieron á escribir: que apenas se hallarán en los seglares, ni aun en los Reyes, bienes superfluos, y así que apenas nadie está obligado á la limosna, cuando lo está de lo superfluo. ¡Infelices pobres, si estos relajados Autores fuesen los dictadores de la ley de la limosna! En tal caso todos los bienes quedarían en manos de los viciosos y vosotros padeceríais una horrible bancarrota; pero ¡gracias al Cielo! que os ha dado una defensora, que no se deja deslumbrar por las apariencias. La santa Iglesia, madre muy particularmente de los pobres, salió luego á defender vuestros derechos, condenando tan perversa doctrina. Si, ricos del mundo, hay bienes superfluos, y vosotros los teneis por mas que trateis de escusaros. Sentada esta verdad, yo pregunto con San Basilio ¿porque, hombre acaudalado, vives tu anegado en la abundancia, mientras que tu pobre hermano sufre y pena sepultado en la pobreza? *¿Cur tu dives es, ille autem pauper?* ¡Pues qué! ¿Aquel Dios que reparte los bienes todos del mundo en número, peso y medida, es acaso un Dios injusto para dar á ti con abundancia y haber dejado á tu buen hermano pereciendo en la miseria? *¿Numquid injustus est Deus, qui inaequaliter diviserit?* Entiende, rico engañado, entiende, que en su divina providencia han dirijido consejos mas dignos de su sabiduría. Su intento, en esta distribucion desigual, no ha sido preferir el rico al pobre, sino santificar al pobre y al rico. Quiere santificar al rico con la caridad y al pobre con la humildad; al rico con la liberalidad y al pobre con el agradecimiento; al rico con la limosna que deposita en el seno del pobre, y al pobre con la conformidad con que sufre resignado su pobreza. *Ut tu benignitatis mercedem accipias, ille patientiae praemiis honoretur.*

Segun eso me diréis ¿qué viene á ser un hombre rico? Si consultamos al mundo, un rico es un hombre para quien se han destinado los gustos, los deleites, los pasatiempos, el regalo, la ociosidad, el juego, la sensualidad, el lujo, la delicadeza, en una palabra, todos los placeres y todas las conveniencias del mundo. Esto es un rico, segun la opinion del mundo, y ¡ojalá que muchos no fuesen así efectivamente! Pero, segun la voluntad de Dios ¿qué viene á ser un hombre rico? Segun esta divina voluntad, un rico es el amparo del pobre, su tutor, su consolador y su padre. Es un hombre destinado por Dios á remediar necesidades, á enjugar lágrimas y á hacer felices á otros hombres. En suma, es un encargado de repartir bienes entre sus semejantes. ¡Noble encargo! ¡Dulce y precioso ministerio! Hombre acomodado, exclama aquí San Juan Crisóstomo, hombre acomodado,

sábetes, que si el Señor ha derramado en tu casa las riquezas, no ha sido para que te entregues al mezquino placer de regalarte con ellas, sino para que tengas el dulce consuelo, y el mérito singular de hacer limosna, repartiendolas. *Ad hoc accepisti, ut in elemosynam erogares.*

Pero ya oigo á los ricos decir: segun eso, nuestras riquezas mas bien son temibles que apetecibles; porque gravadas con la pension de alimentar á los pobres, en vez del regalo que nos prometen, solo traen consigo cuidados enfadosos, inquietudes sin término, y averiguaciones molestas y odiosas que nos mortifican. ¡Pero ay! que al mismo tiempo oigo que se quejan los pobres preguntando: y ¿por qué ha dejado el Señor nuestro sustento al cuidado de ese rico altivo y desdenoso; de ese rico duro é insensible; de ese rico regalado y antojadizo; de ese rico en fin, que jamas tiene lo bastante, porque siempre son mas sus vicios que sus bienes? ¡Ay pobres desamparados, y amados de mi alma! Mi corazon, tiernamente compadecido de vuestro desamparo, es quien primero os responde: y en seguida mi lengua, lastimada y compadecida, os dirige tambien palabras de consuelo. Considerad amados mios, que siendo Dios el Gobernador del universo, es indispensable y de toda justicia que nos sujetemos rendidamente al imperio de sus leyes, que adoremos en silencio la profundidad de sus juicios, y que caminemos sin quejas ni murmuraciones por la senda que á cada uno nos ha señalado. No, hijos mios, no añadais á vuestra pobreza la desgracia de no conformaros con ella. La voluntad de Dios, poniéndoos en ese estado, que cierra la puerta á tantos vicios y la abre á tantas virtudes, no ha sido molestaros, sino probaros y santificaros. Acordaos que el mismo hijo de Dios escogió para si ese estado de pobreza que ha destinado para vosotros. El anduvo antes ese camino, y bebió primero el caliz que ahora os ofrece. Acordaos que la pátria de la gloria no admite dentro de sus muros otros ciudadanos que los que han seguido á Jesucristo por el camino de la Cruz, y tened entendido para vuestro consuelo, que bien presto llegará un dia para vosotros en el que, si sabeis conformaros con vuestra pobreza, y hacer buen uso de vuestro estado, sentiriais infinito no haber sido pobres; y que esa misma pobreza, que no querriais tener en la tierra, la bendicireis eternamente en el Cielo.

Y á vosotros ricos ¿qué os diré? ¿No es verdad que el precepto de dar limosna se ha establecido para vosotros, y para vuestro bien? ¿No podia el Señor sin vosotros mantener y

consolar á sus pobres? ¿No mantiene á la hormiga que no siembra, y viste al lirio que no hila? ¡Tristes de vosotros, ricos, si el Señor no os hubiera dejado en la limosna un caudal para redimir vuestros pecados! Porque... ¿Quién ponderará los vicios á que generalmente exponen las riquezas? ¿Qué ociosidad no las acompaña? ¿Qué profanidad no engendran? ¿Qué soberbia no inspiran? ¿Qué orgullo no fomentan? ¿Qué sensualidad no nutren? ¿Qué ódios y rencores no ocasionan? ¿Qué envidias y emulaciones no suscitan? y por último ¿no son ellas las que llenan el alma de cuidados del mundo, y causan el olvido de la salvación? ¿No son ellas las que fomentan los vicios y destierran las virtudes? ¿No son ellas las que arruinan la inocencia, y hacen mas dificultosa la penitencia? Pues, ahora, para resistir á esa multitud de vicios que inspiran las riquezas ¿no se necesita un asombro de la gracia? y para purificarse de tantos pecados como ocasionan ¿no se necesita un prodigio de la misericordia? ¡Ah! si las riquezas no facilitasen por medio de la limosna esas gracias que resisten á los vicios, y esa misericordia que los perdona; en tal caso las riquezas serian un don perjudicialísimo. Solo proporcionarian al hombre medios para condenarse, sin concederle socorro alguno para salvarse. Pero el Señor, piadoso siempre para con los hijos de los hombres, ha preparado la triaca en el veneno, y la ha formado del veneno mismo. Las mismas riquezas, que por si provocan á tantos vicios, distribuidas en limosnas, contribuyen á desterrarlos, y á conseguir las virtudes. Enjuguen, pues, vuestras limosnas las lágrimas del pobre, y el Señor os concederá en retorno un espíritu de fortaleza para resistir á la multitud de vuestras pasiones, fomentadas terriblemente por vuestras mismas riquezas. Depositad una buena parte de vuestros bienes en el seno del pobre, como os lo aconseja un Profeta, y yo os diré con San Lucas, que en premio conseguireis un espíritu de verdadera penitencia para purificaros de todas vuestras culpas. *Date elemosynam, et ecce omnia munda sunt vobis.*

Pero yo me estoy fatigando en vano, porque ninguno os teneis por rico; y así cuanto estoy diciendo de la limosna contais que no habla con vosotros. Teneis mucho, es verdad, pero pensais que debéis tener mas; y estando sobrados de bienes, os parece que aun no teneis los suficientes. Decis (y esta es vuestra mas comun escusa para negar la limosna). Decis, que vosotros no teneis mas que lo preciso; y yo quiero por un momento condescender con vosotros y pasar por vuestro dicho; pero me habeis de permitir que os pregunte ¿y esas modas tan costosas que

gastais? ¿y ese lujo tan excesivo? ¿y esa mesa tan delicada? ¿y esos muebles tan brillantes? ¿No hay aquí algo de superfluo? ¿Es todo esto preciso? ¡O misterio incomprensible del corazón humano! ¡Quién te descubriría, sino te manifestasen tus mismas pasiones! Solo cuando se ha de hacer limosna, no hay mas que lo preciso; en cualquiera otra ocasion ó tiempo, todo es abundancia. Vuestra casa, vuestros muebles, vuestra mesa, vuestros refrescos, vuestras visitas, vuestro porte, vuestro aparato, todo, todo ha de ser de rico, todo ha de manifestar que sois personas de calidad y conveniencias, y nada sentiríais mas que el que no os tuviesen por tales, ó que os tratasen de pobres; pero llegue la voz del pobre á vuestros oídos, y luego desaparece esa casa abundante y esa persona de conveniencias, y en su lugar se deja ver otra casa poco menos atrasada, y otra persona poco menos pobre que la que os pide. ¡Ah! vosotros solo sois pobres cuando se ofrece la ocasion de socorrer, y siempre sois ricos cuando se trata de ostentar y de lucir. *Vincere vultis ditiores, sed in elemosynis habetur modus.* Vosotros no tenéis para ejercitar la virtud, pero nunca os falta para mantener los vicios. Si, ya lo se. Para librar una doncella virtuosa de los riesgos en que su pobreza pone á su honestidad, no habrá quien ofrezca un maravedí, y no faltará acaso alguno entre vosotros tan indigno que ofrezca á esa misma doncella... no me atrevo á proferirlo; antes temo haber ofendido el decoro de mi ministerio tirando las primeras líneas de esta horrible maldad. ¡Gran Dios! ¡á qué extremo de relajacion debe hallarse reducido el mundo, cuando se encuentran en él escandalos que la modestia no permite reprenderlos, ni aun expresarlos!

Católicos, no hay que engañarse. No digais, que no dais limosna porque solo tenéis lo preciso y nada os sobra. Decid, que nada os sobra y solo tenéis lo preciso, porque son tantas vuestras pasiones que todo lo consumen. Yo á lo menos, mientras viere que asistis á los cafés, á las botillerías, al teatro, á los juegos ruinosos, y á todas las diversiones por mas costosas que sean; mientras viere que salís al público con ese aparato tan gastoso, ¿cómo queréis que me persuada á que no tenéis mas que lo preciso? ¿Queréis que crea que teniendo para alimentar ese tropel de pasiones, y para sostener tantos gastos, no tenéis para socorrer al pobre? No, no penseis que engañais á Dios. ¿Pero qué digo?... ni á los hombres lograis engañar y solo conseguís con eso añadir al pecado de la dureza, el pecado de la mentira. ¡Ah! si en lugar de las pasiones reinara en vuestro corazón la caridad,

presto tendriais para dar, y para dar con abundancia; porque, como observa San Agustin: asi como las pasiones nunca tienen lo bastante, por el contrario, á la caridad siempre sobra. *Semper habet unde det, cui plenum est pectus charitatis.*

Pero es preciso, decís, que sostengamos la decencia de nuestra clase y estado, y para sostenerla son necesarios todos esos gastos. Confieso, Católicos, que la religion y la república requieren que haya distincion de clases y estados, y que esta distincion se ha de representar por cierta grandeza exterior que hiera la imaginacion del público, le imponga y le ayude á respetar la clase y la autoridad. Asi vemos que Estér pisaba en el retiro de su aposento la corona que ceñía al presentarse en público para sustentar la magestad del imperio: pero debeis advertir que hay una decencia de clase y estado real y verdadera, y otra falsa y aparente, y para que no las confundais jamás, sentaré este sencillo principio. La verdadera decencia de clase y estado en un Cristiano solo puede ser una decencia verdaderamente cristiana, porque no hay clase ni estado en que sea lícito al Cristiano no vivir como Cristiano. Por consiguiente hay que separar de la decencia de clase y estado todo aquello que se opone al espíritu del Evangelio: de ese Evangelio santo que siempre está predicando modestia, sencillez y templanza.

Ahora, pues, reducida la decencia de clase y estado á una decencia cristiana, ¿serán necesarios para sostenerla todos esos gastos que vosotros apadrináis, y que reprueba el Evangelio? ¡Hombres engañados! Vosotros solos sois quien decís que vuestra clase y estado pide esos vestidos, esos muebles y ese aparato; y todo el mundo está diciendo que eso es excederos de vuestra clase y estado. Preséntese sino un hombre rico y limosnero en un traje verdaderamente modesto, y vereis que todos aplauden la sencillez de aquel traje, al paso que reprueban y maldicen ese lujo que gastais, y que consume hasta los bienes de los pobres. Hombres constituidos en dignidad; hombres de clase, rango y condicion; hombres que con tanta satisfaccion os llamis, y gustais que os llamen, personas decentes, desengañaos, que la autoridad, la clase, el rango, la condicion y la verdadera decencia solo se sostienen bien con la modestia y la limosna.

Pero nosotros, añadís, debemos vivir con prevencion. Lo que hoy parece superfluo, mañana podrá ser necesario. Para desvanecer este pretexto, bastaria decir, que Dios solo permite la prevencion, al paso que manda la limosna, y que primero es lo mandado que lo permitido. Esto bastaria; pero hay mas.

¿Por ventura no manda tambien nuestro Padre celestial, que esperemos los bienes temporales de aquella mano fecunda que engalana las flores con mas vivos y variados matices, que los que adornan las púrpuras reales? Pues considerad, Cristianos, que, si á pretexto de vivir con prevencion, faltais á la confianza en el Señor, le haceis dos injurias á un tiempo: una despreciando sus promesas, y otra no cumpliendo con el precepto de la limosna, á pretexto de vivir con prevencion; pero lo singular de esta excusa es, que solo cuando se ha de hacer limosna, os acordais que es necesario vivir con prevencion.

En efecto, cuando trasladais á esas tiendas de lujo vuestro oro y vuestra plata, cuando entráis en esas casas de juego, que arruinan vuestras familias, cuando os entregais á esos banquetes y á esas disoluciones, que consumen los mas gruesos caudales, en suma, cuando tratais de satisfacer vuestros antojos, vuestros gustos y apetitos... entonces ¿os acordais, se os pasa siquiera por la imaginacion, que debeis vivir con prevencion? ¿Y qué es esto? ¡qué ha de ser! vivir desprevénidos contra las pasiones, y prevenidos contra la limosna. Es guardar economía, dice San Agustin, solo en las limosnas. *Sed in elemosynis habetur, modus.*

Pero tenemos muchos hijos que mantener, y colocar. Por lo mismo teneis necesidad de una particular asistencia del Cielo, y es preciso hacer mas limosnas para conseguirla. Es necesario aumentar el gasto espiritual igualmente que el corporal. Asi lo hacia el Santo Job, ofreciendo á Dios tantos sacrificios, cuantos eran sus hijos. Ademas debeis contar en el número de vuestra familia á Jesucristo y darle su parte por mano de los pobres. Debeis contar tambien en este número á vuestra alma y darla su porcion en sacrificios y limosnas. ¡Cosa graciosa! ¡Teméis que vuestros hijos no tengan de que subsistir despues de vuestra vida, y no temeis no hallar nada en la otra para vosotros! ¡Reservais para sostener vuestra vejez, y no reservais para comprar el reino de los Cielos!

Estan los tiempos muy malos, decís, y por eso no podemos dar limosna. No dais limosna, os contesto yó, y por eso estan los tiempos muy malos. Tenemos pocos bienes, añadís, y yo añado que es porque no dais los bastantes. Si la viuda de Sarepta hubiera hecho lo que vosotros, ella y sus hijos habrian perecido. No tenia mas que un poco de aceite y harina. Diólo en limosna, y desde entonces nada la faltó, aun cuando todo el país era desolado por el hambre. Tobías ciego y sin mas subsistencia que la tercera parte del jornal de una tejedora, por haber dado todos sus

cuantiosos bienes á los pobres, no solo muere en la abundancia, sino que trasmite la abundancia á sus hijos y nietos, y á los nietos de sus nietos.

No, no hay que cansarse, Católicos, en amontonar excusas sobre excusas para negar la limosna, porque ha de venir un dia en que aquel Dios que juzga las justicias, juzgará tambien la causa de los pobres, y patentizará la falsedad de vuestras excusas. ¿Y qué le responderéis entonces cuando os diga, hombres inhumanos, vosotros visteis hambrientos y casi desnudos á los pobres por quienes abogaba mi sangre, y ni les alimentasteis, ni les cubristeis. Visteis mas de una vez correr sus lágrimas por sus pálidas mejillas, y no os enternecisteis. Les visteis llegar á vuestra presencia tiritando, y casi pereciendo, y en vez de abrigoarlos y socorrerlos, los remitisteis á mi providencia, diciéndoles friamente: *Dios te ampare*. Pues véisme aquí sentado en este soberano tribunal para ampararlos, y tambien para vengarlos de vuestra dureza y desprecio. Yo mismo, bien lo sabiais, yo mismo era quien os pedía en los pobres, y vosotros, ingratos, no me socorristeis. Tuve hambre, y no me disteis de comer. Tuve sed, y no me disteis de beber. Estuve desnudo, y no me cubristeis. Enfermé, y no me visitasteis. Me vi en cadenas, y no fuisteis á consolarme. Vosotros, inhumanos, no me amparasteis en mis pobres; pues yo ahora os desamparo á vosotros. Vosotros me despedisteis de vuestra presencia, desconsolado; pues yo tambien os aparto de la mia, reprobados. *Discedite á me maledicti. Esurivi enim, et non dedisti mihi manducare. &c.*

Católicos, yo me estremezco cuando considero, que en aquel dia espantoso, en que el Hijo de Dios ha de juzgar á todo el género humano reunido y postrado á sus pies, no hará mencion de tantos, y tan horrendos delitos como se han cometido desde Adán, y se han de cometer hasta su último descendiente, y solo echará en cara á los réprobos el pecado de la dureza con los pobres, como si este delito solo provocase mas su indignacion que todo el resto de los pecados del mundo. Yo me asombro al considerar, que tampoco hará mencion de tantas y tan heróicas virtudes como presentarán allí los justos que ha habido desde Abel, y que ha de haber hasta el último escogido, y que solamente alabará en ellos la virtud de la limosna, diciendo: venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre, y me disteis de comer, tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis. *Esurivi &c.* ¡O preciosa virtud de la limosna, y cuanto estimada eres de Dios! ¡O terrible pecado de la dureza, y cuanto

provocas su soberana ira! ¡Monstruo abominable! retírate, desaparece para siempre de los corazones de todos los hombres, de esos corazones solo duros por corrupcion, pero compasivos y limosneros por naturaleza: y ven tu, amada virtud de la limosna, ven á posesionarte de unos corazones que por todos los títulos te pertenecen: ejerce en ellos desde hoy tu dulce imperio, y luego se verán socorridos todos los pobres. Los hospitales, los hospicios, los establecimientos de la razon trastornada, las casas de beneficencia, las cárceles, los pobres de la Parroquia, los pordioseros y vergonzantes, todos, y en todas partes sentirán los dulces y consoladores efectos de tu poderoso influjo.

Dios amable, Dios piadoso, Padre tierno y compasivo, concedednos unas entrañas llenas de misericordia para con los pobres, y un corazon compasivo y limosnero, para que despues de haber repartido con ellos nuestros bienes en esta vida, merezcamos oír de vuestra divina boca en la otra, estas dulcísimas palabras: venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me vestisteis... Venid á poseer el reino que os está preparado en el Cielo desde el principio del mundo; y venid á poseerle por todos los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## SOBRE LA LIMOSNA.

---

¿Unde ememus panes ut manducet hi? Joan 6. Y 5.

¿De dónde compraremos panes para que coman estos?

**C**atólicos, ya en otra ocasion hice desde esta Cátedra sagrada la defensa de los pobres. Entonces probé con multiplicados textos de la sagrada Escritura y con razones concluyentes: que la pobreza lleva consigo un derecho natural y divino á ser socorrida, y que la riqueza tiene una obligacion natural y divina á socorrerla: que el Señor, en la desigual distribucion que ha hecho de los bienes, no ha querido preferir el rico al pobre, sino santificar á entrambos: y que un rico, aunque segun las falsas máximas del mundo, es un hombre de gustos, deleites, regalos, pasatiempos, ociosidad, juego, lujo... en fin, un hombre de placeres; segun la voluntad de Dios debe ser el amparo de los pobres, su tutor, su consolador, su padre... en suma, un hombre encargado de socorrer necesidades, de enjugar lágrimas y de hacer felices á otros hombres.

Todo esto y mucho mas hice ver entonces con pruebas incontestables; pero como ninguno se tiene por rico cuando se trata de limosna, y, confesando todos esta obligacion sagrada, nadie se juzga en el caso de estar obligado á cumplirla, me fué preciso hacer ver tambien que eran vanas todas sus excusas, y que su casa, su mesa, su vestido, su porte... todo, todo era ó al menos manifestaba riqueza. Entonces hice ver que no habia sobrantes, porque eran tantas las pasiones y apetitos que todo lo consumian. Y en fin, entonces hice ver que, si la caridad reinara en su corazon, pronto tendrían para dar; porque como dice San Agustin, siempre tiene que dar el que tiene un pecho lleno de caridad. *Semper habet unde det, cui plenum est pectus charitatis.*

Pero ¿pensais vosotros, Católicos, que yo me persuadiese entonces de que, aniquiladas con la fuerza de la verdad las falsas excusas que se alegan para no dar limosna, estas desaparecerian enteramente y quedaria mejorada la causa de los pobres? ¡Ah! si yo tanto me hubiera prometido, manifestaria ignorar que en este siglo, en que abundan tanto las razones, y anda tan alcanzada la razon, en que se habla tanto de beneficencia y humanidad, y se abandona tan lastimosamente la humanidad y la beneficencia... manifestaria, repito, que ignoraba, que los argumentos que se hacen contra las pasiones, nunca son tenidos por bastante convincentes. Es decir, que una gran parte de mis oyentes, si ya no fue la mayor, ó la totalidad se quedaria entonces en su error, de que no estaba obligada á dar limosna, porque asi se lo dirian sus pasiones; y los pobres habrán seguido tan abandonados ó poco menos que antes. ¿Y deberé yo desanimarme por esto y abandonar su justa causa? ¡Ah! ¡No lo permita el Cielo!

El Evangelio que acabais de oír, me presenta una nueva ocasion para mirar por ellos, y no es cosa de perderla. Mas no defenderé ya hoy su causa con razones ni autoridades. De todo me valí entonces, y temo que aprovecharian muy poco á los infelices. El corazon del hombre, solo el corazon del hombre, ha de hacer hoy su defensa. Jesucristo ve en este dia la miseria de cinco mil hombres, sin contar con las mugeres y niños. Se compadece de ellos, y aunque se halla en un desierto, y no se encuentran mas que cinco panes de cebada y dos peces, les manda sentar á todos, y á costa de un portento, satisface su necesidad tan abundantemente, que sobran y se llenan doce cestos de pedazos de los cinco panes y dos peces. ¡Estupenda misericordia! ¡Si querrá el Cielo que yo encuentre hoy esta preciosa virtud en el corazon de mis oyentes! Allá me voy á hacer la prueba, y esto ocupará toda vuestra atencion y todo mi discurso. ¡O mis queridos pobres! este es vuestro dia, si el Señor me concede sus poderosos auxilios para hacer bien vuestra causa. Ayudadme auditorio piadoso á pedirselos por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARÍA.

### *¿Unde ememus panes ut manducent hi?*

He dicho que allá me voy en este dia al corazon de todos los mortales que aun no han dejado de ser hombres. En el corazon humano intento, y espero encontrar el consuelo de los pobres. Porque... ¿quién no ha experimentado que su corazon se

mueve naturalmente á compasion, y aun sin quererlo, y se enternece á vista de la desgracia aiena? ¿Quién no ve todos los dias que, un hombre injustamente perseguido, se grangea, sin saber como, la compasion de todos los que llegan á tener noticia de su desgracia? ¡Pero que digo! Aun cuando su infortunio sea obra de sus delitos, todavia nos mueve á compasion; porque ya allí no vemos un hombre delincuente, sino un hombre desdichado. Buena prueba de esta verdad son esas lágrimas que vertemos, presenciando una escena compasiva, ó leyendo una historia lastimosa. El enternecimiento, en estos casos, las hace correr dulcemente por nuestras mejillas, sin que nosotros las procuremos. ¿Y qué otra cosa son estas lágrimas que la expresion de la compasion que Dios imprimió en el corazon del hombre á favor de los desgraciados? No, Cristianos, no busqueis la ley de la limosna en parte alguna mejor grabada, que en vuestro mismo corazon.

*Cárceles.* ¿Quereis hacer la experiencia? Pues venid conmigo. Hagamos una visita á la humanidad afligida, y vereis lo que es vuestro corazon naturalmente. Comenzemos por las Cárceles. Entrad en esos sombríos calabozos, en esos sepulcros de hombres vivos é infortunados. Entrad en esas mansiones de la afrenta, en donde se reunen todo género de calamidades, y en donde no se interrumpe el triste silencio, sino por el ruido de los grillos y las cadenas. Abí vereis que se confunden los dias con las noches en unas mismas tinieblas, y que las horas que para vosotros pasan con rapidez en los placeres, se suceden ahí con lentitud en el desconsuelo, sin distinguirse sino por el sonido de una triste campana. ¿Y quién son los hombres que se hallan sepultados en esas mansiones de la desgracia? ¡Ah! Son unos hombres, que á la oscuridad de sus encierros, al peso de sus cadenas, á la amargura de su soledad añaden los crueles remordimientos de su conciencia. Unos hombres que viven despedazados en el interior, amenazados en el exterior, ahogados de pena por lo pasado, sumergidos en amargura y desconsuelo por lo presente, y llenos de temores y sobresaltos por lo que en adelante les sucederá. ¡Qué situacion tan lastimosa! ¡O!! ¡Y cómo se aflige y estremece el pobre corazon humano al contemplarlo! Cristianos ¿podréis mirar, ni aun acordaros de esas tristes mansiones del dolor, de la pena y el desconsuelo, sin que vuestro corazon se mueva á compasion y socorra con mano generosa á hombres tan desgraciados? Es verdad, (y hago aqui esta prevencion, porque acaso me estará alguno reprendiendo en su silencio) es verdad que sus

crímenes merecen ser castigados, pero la compasion solo atiende á sus desgracias. Son delincuentes, mas no por eso dejan de ser hombres. Sus delitos serán llevados al tribunal de la justicia, pero sus miserias deben ser oidas y socorridas en el tribunal de la misericordia; y á nosotros no nos pertenece juzgarlos, sino aliviarlos, socorrerlos y consolarlos, repitiendo en el secreto de nuestro corazon enternecido, lo que Jesucristo dijo este dia en el desierto. Me compadeceen estos infelices. *Misereor super turbam.*

*Hospitales.* Pero de la humanidad encarcelada pasemos á visitar á la humanidad enferma. Entrad en los Hospitales. ¡Mas ay! ¡Qué escena tan triste se representa en ellos á todos los mortales! En una misma mansion se encuentran vivos, muertos y moribundos. Al lado de un enfermo, cuya cabeza rebienta de dolor, se halla otro con un quejido continuo que no puede remediar ni suspender. Aqui se preparan las navajas y lancetas para una operacion que estremece, y mas allá el eco fiel repite los gritos del que está sufriendo una curativa, sin comparacion mas dolorosa que la llaga. Cuando en el silencio de la noche cesan estas operaciones terribles ¿pensais vosotros que cesan sus calamidades? Nada menos; el ay y el quejido del doliente, las voces y los gritos del delirante, el estertor y las convulsiones del moribundo, los singultos y los aspavientos del que está espirando... todo se deja percibir ya sucesivamente, y ya tambien á un mismo tiempo. ¿Puede idearse escena mas lastimosa? ¡O humanidad extremadamente afligida, y que digna eres de la compasion de todos los mortales!

Venid aqui, afortunados del mundo. Dejad esas espléndidas mesas, esos estrados del lujo, esas camas de la molicie, donde os apocais y consumís á fuerza de regalaros. Venid, hombres voluptuosos. Arrancaos de esos cafés, de esas fondas, de esas casas de los placeres y los juegos, donde perdeis vuestra conciencia, vuestra salud, y consumis los bienes de estos infelices. Venid tambien vosotros los que sin tocar, á vuestro parecer, en los excesos, llevais una vida uniforme, pero uniformemente regalada y convenienzuda: trasladaos todos á estos asilos de la humanidad doliente. Contempladla detenidamente, y ved si puede mantenerse vuestro corazon sin afligirse. Dejadle obrar libremente, y si aun es humano, no podrá menos de enternecerse, de verter lágrimas y socorrerlos generosa y abundantemente, lamentando su triste situacion y repitiendo: ¡Ah! ¡y como me afligen estos infelices! *Misereor super turbam.*

*Expósitos.* Y ¿á quién, Católicos, volveré yo ahora mis ojos?

¡Ah! á vosotros Padres y Madres criminales: á vosotros se convierte en este instante mi corazón lastimado. Venid conmigo. Entremos en esa casa de Expósitos, que llaman el Santo, y con razón, porque no hay un establecimiento mas santo que el que cuida de la inocencia abandonada. Mirad esa multitud de niños que habeis desamparado desde su nacimiento. A vosotros particularmente toca contemplar este tierno y lastimoso cuadro. Miradle con atención. Su miseria no es capaz de ofender vuestra delicadeza. Pero ¡qué digo! su candor, su inocencia, las gracias de su edad, su mismo infortunio enternecen hasta hacer saltar y correr las lagrimas.

Escuchad Padres y Madres la voz de la naturaleza que suple por su balbuciente lengua. Padre querido, Madre amada os dice llorando, ese hijo, esa hija que habeis abandonado. Padre querido, Madre amada ¿por qué me habeis separado de vuestros amables brazos? ¿Por qué me habeis desamparado? ¿Cuál es mi culpa? ¿Haber nacido? Pues vosotros me habeis dado el ser que tengo. ¡Y podreis olvidaros jamás de que sois mis Padres! ¡Y yo desdichado sin causa, y yo desgraciado sin culpa, podré en algun tiempo dejar de ser vuestro hijo! ¿Por qué pues huís de mí, y me dejais solo? Padres queridos ¿me abandonaréis á luchar para siempre con el desamparo, con la miseria y con el infortunio?

¡O Padres y Madres de estas niñas y desgraciadas víctimas! ¿Podéis escuchar tan justas y tan tiernas quejas sin enterneceros, sin anegaros en lágrimas, y sin correr á tomar otra vez en vuestros brazos á ese hijo, á esa hija de vuestras entrañas, que quizás imperiosas y fatales circunstancias os obligaron á separar de vosotros? Porque yo convengo en que vuestra fama, la paz y honor de las familias, y el escándalo que causaria la publicacion de vuestro delito, pueden haberos obligado á desprenderos por algun tiempo de vuestro querido hijo, ¿pero habeis podido separarle jamás de vuestra memoria? ¿Podeis sosegar hasta volverle otra vez á vuestros brazos? Pues qué, ¿no es siempre vuestro hijo?

Y en el caso de que vuestro corazón fuese tan inhumano que os permitiese olvidarle para siempre, ¿quién os ha dicho que no estais obligados, segun vuestros posibles, á los gastos de su crianza? ¿Quién os ha dispensado en la ley primera entre los hombres, en esa sagrada ley de padre á hijo, en esa ley que está pidiendo sin cesar que le volvais á vuestro seno tan luego como podais hacerlo sin infamia y sin escandalo? ¿Quién os ha dispensado de estar entretanto á la vista de vuestro hijo y cuidar de su crianza en el modo posible? ¡O Padres y Madres criminales!

Contemplad, repito, esa niñez que habeis abandonado desde su mismo nacimiento. Yo dejo entregado á la ternura de vuestro corazón este tiernecito é interesante cuadro, y paso á presentar otro no menos interesante.

*Casa de Beneficencia.* Vamos á Beneficencia. Entrad en ese establecimiento digno del hombre sensible, y el mas propio de la caridad cristiana. Ya ahí no encontrareis con objetos lastimosos; pero en su vez, hallareis y contemplareis, con un placer singular, reunida y socorrida la mendiguez de una Ciudad populosa. Ahí hallareis aquellos infelices que al paso que casi os impedian la entrada en los templos, lastimaban vuestro piadoso corazón con sus lamentos: aquellos infelices que, macilentos, medio desnudos, y muchas veces tiritando, clamaban á vuestras puertas, os detenian en las calles y os seguian á todas partes, solicitando con súplicas, con voz lastimera y hasta con lágrimas vuestro socorro: aquellos hombres estropeados que, ó ya fijos en las esquinas y encrucijadas, ó ya arrastrando por las calles y las plazas, os llenaban de compasion y aun estremecian vuestro sensible corazón. Acordaos de lo que habeis visto en esta Ciudad antes del establecimiento de esta preciosa casa, y confesareis que nada digo que vosotros mismos no hayais presenciado. Pues entrad ahora, repito, en ese asilo general de la pobreza. Ahí encontrareis vestida aquella desnudez, satisfecha aquella hambre, consolado aquel desconsuelo, y socorridas todas aquellas miserias. En suma, ahí encontrareis la pobreza mendiga de esta Ciudad, vestida, alimentada, socorrida, abrigada, consolada, ocupada y convertida, en cuanto es posible, una porcion de infelices en hombres utiles al Estado, á la Iglesia y á sí mismos.

Y bien ahora, Católicos, ¿quién sostiene un establecimiento por tantos títulos precioso? Ya vosotros lo sabeis. Las limosnas de las almas generosas y caritativas. ¡Preciosas limosnas que cubren los miembros vivos de Jesucristo! ¡Dichosos bienes que alimentan á tantos hambrientos, que visten á tantos desnudos, que consuelan á tantos tristes y que socorren á tantos infelices! Almas caritativas, ¿puede haber un placer mas dulce para vuestro corazón que el contribuir al consuelo y socorro de tantos desgraciados?

¡Hombres sensuales! Venid aca, probad y ved si habeis hallado en vuestros placeres alguno tan puro y tan duradero como el que experimenta un alma contribuyendo á enjugar las lágrimas de tantos pobres. Venid tambien vosotros los que sin intentarlo habeis sacado una ganancia de estos establecimientos. Vuestras

almas no eran antes insensibles á la vista de los pobres. Cuando estos han desaparecido de vuestra presencia, tambien se ha disminuido vuestra sensibilidad y vuestra caridad, y sobre haberos librado de la pena que os causaba la vista de sus miserias, habeis rebajado á una mitad vuestras limosnas. Haced la cuenta de lo que dabais antes que hubiese casa de Beneficencia, y vereis que no me excedo en decir que habeis ganado una mitad en este cambio. ¡Triste ganancia! Cuando todos deberiamos aumentar y multiplicar nuestras limosnas en atencion á los grandes beneficios que á ricos y á pobres, á eclesiásticos y á regulares, y á todos en general traen estos inapreciables establecimientos; ¡trataremos de disminuirlas en vez de aumentarlas! ¡Qué inconsecuencia! Pero vosotros aun sois caritativos y no dudo que al contemplar esa multitud de pobres reunidos, se conmovieran vuestras piadosas entrañas y ayudarán con mano generosa al socorro y sosten de tantos infelices. Esta esperanza queda grabada en mi seno, y confio que no me saldrá vana. Con ella paso á depositar en el vuestro otra miseria no menos lastimosa, pero mas general y menos atendida. Voy á hablar de los pobres que llaman vergonzantes. Pobres tanto mas desgraciados, cuanto mas tienen que disimular y ocultar su desgracia.

*Pobres vergonzantes.* Entrad, Cristianos, en esa habitacion desmantelada y ocupada por una familia decente. Ahí vereis grandes miserias disimuladas á pretexto del honor. Honor que forma su mayor calamidad porque les priva de pedir libremente su sustento. Mirad como corren ahí á escondidas unas lágrimas que recelan ser advertidas. Escuchad aquellos profundos suspiros que solo temerosamente se fian á la interioridad del edificio. Ved como esta honrada y pobre familia va rindiendo su existencia al peso de sus miserias. ¡Qué lastima! ¡Qué dolor! Subid á aquella inclemente guardilla, bajad á aquella lóbrega habitacion donde nunca alumbrá el Sol y donde no llega consuelo humano. Ahí vereis unos hijos infelices que con sus continuos llantos quebrantan el corazon de una Madre affligida, que solo puede consolarlos con los ardientes besos que estampa en sus tiernecitos rostros y con las abundantes lágrimas que bañan sus pálidas mejillas. Ahí vereis una hija inocente expuesta á morir de hambre ó á vender su honestidad. Ahí vereis... pero me ahoga la pena.

¡O Cristianos! ¡Si pudierais sentaros en el sagrado tribunal de la penitencia y oir alguna cosa de las que se depositan bajo el sello del Sacramento! Allí sabriais todas estas y otras grandes miserias. Allí veriais llegar una Madre desconsolada que sale de su

casa sin saber adonde dirigir sus pasos, y que no se atreve á volver á ella por no tener, como otra Agar, ni alimento que dar á sus hijos ni corazon para verles morir de hambre. Allí veriais á un Padre afligido que echandose á vuestros pies, os suplicaba bañado en lágrimas que le adquirieseis algunas limosnas secretas para alimentar á sus hijos. Cada dia oiriais almas afligidas á quienes consume la necesidad y acaba la miseria. ¡Qué dolor para un ministro encargado de la caridad de Jesucristo, saber y presenciar tantas miserias y no alcanzar á remediarlas! ¡Quién pudiera comunicar esta pena á esos hombres que tanto pueden!

Ricos insensibles que vivís sumergidos en la abundancia... Hombres sensuales que gastais en contentar vuestras pasiones y antojos las limosnas de los pobres... Vosotros por una parte negais vuestros oidos á la relacion de estas desgracias secretas, y por otra apartais vuestros ojos de esos asilos de la humanidad afligida. ¿Y por qué os portais asi? ¡Ah! Temeis, ya lo entiendo, temeis la ternura de vuestro corazon, porque sabeis que si entraseis á presenciar en las cárceles, hospicios y hospitales tantas y tan grandes lastimas; si vieseis en beneficencia tanta multitud de pobres reunidos, y si permitieseis que se os hiciese relacion de tantas y tan grandes calamidades secretas, no podriais dejar de afligiros, de compadeceros y de socorrerlas. ¿Pero sabeis vosotros, hombres inhumanos, lo que haceis con este porte? Probar hasta la evidencia la única proposición de mi discurso. Esto es, que el Criador ha grabado en el corazon humano la ley de la limosna tan profundamente que aun vosotros á pesar de ser tan insensibles, la hallais impresa en el vuestro tan profundamente que para no cumplirla, os veis precisados á cautelaros de vuestro mismo corazon apartandole de los objetos lastimosos.

Mas no penseis, hombres sin misericordia, que podreis libraros asi de los terribles cargos que el Juez de vivos y muertos, Jesucristo, os ha de hacer en el dia espantoso de las justicias. Yo sufría, os dirá entonces, el rigor de la estacion en una desnudez lastimosa, y mientras que el lujo cubria vuestras salas, vuestras mesas, vuestras camas, vuestras personas, y hasta vuestros perros y caballos, yo estaba aterido de frio y vosotros no me cubristeis. *Nudus fui et non cooperuistis me.* Á mi el hambre me consumia, y vosotros os regalabais sin acordaros de mi. *Esurivi et non dedisti mihi manducare.* Unas diligencias nimiamente exquisitas os preservaban hasta de las menores incomodidades de la vida, y unas sombrías mansiones eran mi habitacion. Yo estuve enfermo, estuve en cadenas y vosotros no me visitasteis. *Infirmus et in car-*

*cere fui, et non visitastis me.* ¡O!!! No habeis faltado á los hombres; habeis faltado á vuestro Dios. Vosotros no habeis sido misericordiosos, pues no esperéis misericordia. Vosotros habeis apagado en vuestro corazon el fuego de la caridad que yo encendí en él al formarle; pues ved ahí esa hoguera que ha encendido en su lugar el soplo de mi cólera para castigar vuestra dureza. *Ite in ignem aeternum.*

Pero, Señor, exclamareis entonces horrorizados ¿cuándo os hemos visto hambriento, desnudo, enfermo ó en cadenas...? ¡Ah! ese es vuestro gran pecado, hombres sin misericordia. No pudiendo vencer la ternura que yo imprimí en vuestro corazon, habeis apartado vuestra vista del hambriento, del desnudo, del enfermo y del encarcelado, para que no se compadezca de ellos. No habeis averiguado sus miserias. Ni aun os habeis dignado de escucharlas para no compadecerlas. Id por tanto al fuego eterno. *Ite in ignem aeternum.*

¡O Dios mio! ¡No permitais que yo baje de este sagrado sitio con el profundo desconsuelo de no haber remediado las miserias temporales del pobre y las miserias eternas del rico! ¡Mis amados! ¡El Dios de las misericordias á quien adorais, quiera haber tocado en vuestro corazon al tiempo que mis palabras han tocado en vuestros oidos! En un caso tan feliz, la causa de los pobres habrá triunfado, y vosotros, si sois ricos, es bien seguro que dareis con abundancia en adelante. ¡Y cuánto bien podreis hacer! Si no sois pobres ni ricos, dará vuestra medianía, y tambien podreis hacer mucho bien. Mas si sois del todo pobres, todavia podreis hacer algun bien al pobre. Podreis acompañarle, podreis consolarle, podreis limpiarle las lágrimas, y á la vez llorar con él, y esto dice San Gregorio Nacienceno, es para el desconsolado un excelente remedio. *Si non habes, lacryma magnum est infortunato remedium.* Seamos todos misericordiosos para con nuestros hermanos, y alcanzaremos del Dios de las misericordias que lo sea con nosotros, y tambien mereceremos que nos diga en el dia de la cuenta general: venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve desnudo y me vestisteis. Venid á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo, y venid á poseerle por los siglos de los siglos. AMEN.

## SERMON

### SOBRE LAS RIQUEZAS DE LA FÉ.

*Euntes autem praedicate, dicentes, quia appropinquavit regnum coelorum.* Math. cap. 10. § 7.

**E**l designio mas amoroso de Dios para con los hombres; el motivo mas justo de una eterna gratitud de los hombres para con Dios... Estos son, Católicos, los sublimes objetos que á primera vista nos presenta el Santo Evangelio en el capítulo décimo de San Mateo (1). Congregar las ovejas de Israel que andaban descaaminadas, sin guia y sin pastor: iluminar á este pueblo ciego, que teniendo ya en su seno el objeto de sus esperanzas, aun preguntaba por él: anunciar á los mortales su cercana redencion... tales fueron los designios de nuestro dulce Jesus, cuando hablando con los doce Apóstoles que habia elegido para que fuesen los primeros anunciadores de la fé, les habla de esta manera: id y predicad, diciendo, que se acercó el reino de los Cielos. *Euntes autem praedicate dicentes, quia appropinquavit regnum coelorum.*

Conforme, pues, á esta mision, los Apóstoles llevan la buena nueva en tiempo de Jesucristo por la Judea; y despues de la venida del Espíritu Santo, por todo el universo. Su voz se deja oir de uno á otro extremo de la tierra; y el Judio, el Griego, el Romano, el Bárbaro y el Escita, todos abrazan la fé de Jesucristo: esta adorable fé que nosotros tenemos la dicha de poseer. ¡Qué felicidad! ¡Qué gloria! ¡Qué honor tan sublime no nos ha dispensado nuestro buen Dios, haciendonos participantes de esta fé, de este don incomparable que niega á tantos otros por sus in-

---

(1) Me salió por pique para el Sermon de oposicion á mi prebenda Magistral, y este es la primera parte del que prediqué entonces.

comprensibles, pero justos juicios! Dichosos pues, nosotros, y mil veces dichosos, que poseemos este sagrado depósito de la fé; por eso dirijo yo hoy mi discurso á Cristianos que conservan pura en su corazon esta fé que recibieron casi al nacer; por eso yo no hablo con aquellos Cristianos extraviados, que en vez de mirar la fé como un don soberano, su luz es para ellos importuna, sus dogmas les parecen inadmisibles y sus máximas impracticables. No, no hablo con aquellos impíos que pasan la mejor y mayor parte de su vida en temerla, profanarla, en combatirla, y, si pudieran, exterminarla. ¿Pero es posible que ellos ignoren el precio inestimable de la fé? Es demasiado cierto, y en tanto grado, que al parecer envidian el destino de las naciones infieles que perecen sentadas en las sombras de la muerte; y á la verdad, que merecen probar la misma suerte.

Mas nosotros, Católicos, lloremos su ceguedad, bendigamos al Señor que nos ha separado de esta masa de perdicion, y que nos ha distinguido por la conservacion de la fé. Alegrémonos al ver lucir constantemente sobre nuestras cabezas este astro luminoso, sin que le empañen las tenebrosas sombras de la impiedad. Sepamos apreciar este primer don de los dones del Espíritu Santo, este principio de un nuevo ser y este fundamento de toda la vida cristiana. Sepamos, repito, apreciar este astro luminoso de la fé que sale de la eternidad, nos alumbra durante la oscuridad de nuestro destierro, y se vuelve á la eternidad. Pero sepamos tambien apreciar las riquezas que nos descubre en su tránsito. Y ved aqui ya, Señores, el admirable espectáculo á que yo os convido en este rato. Voy á manifestar en lo que alcance mi pobre discurso, las riquezas de la fé. Este es todo mi asunto.

Inmensa y eterna luz, de donde proceden todas las luces, alumbrad mi entendimiento, inflamad mi corazon, gobernad mi lengua y dirigid mis afectos y movimientos para que yo pueda desempeñar con acierto y con fruto un Sermón tan importante. Asi lo espero de vuestra infinita bondad por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien todos saludamos reverentes, como el Angel. AVE MARIA.

*Euntes autem praedicate, dicentes...*

He dicho que todo mi asunto en este dia es manifestar, en lo que alcance mi pobre discurso, las riquezas de la fé; ella es la luz de los espiritus. Verdad es que las luces de la fé están mezcladas de una santa oscuridad y que sus riquezas son invisibles.

bles, pero las misteriosas sombras que cubren estos dones preciosos, convienen ya á nuestro estado presente, y ya tambien al cumplimiento de los designios de Dios; y nosotros en calidad de viajeros no podiamos esperar un favor mas distinguido, ni un don mas precioso que las luces de la fé. Nosotros no habitamos todavia una Ciudad permanente, antes bien, como desterrados, nos hallamos en la misma situacion que los Israelitas cuando salieron de Egipto. Como ellos vamos caminando á la tierra prometida: como ellos somos perseguidos por un ejército de furiosos enemigos: como ellos tenemos que atravesar desconocidos y áridos desiertos: y como ellos necesitamos tambien de una guia. La fé, esta columna resplandeciente y oscura al mismo tiempo, es la guia preciosa que viene á nuestro socorro. ¡Luz infalible! Entre tantos caminos espaciosos y sembrados de flores, que conducen inevitablemente á la muerte, ella nos descubre un camino, estrecho si, pero el único que lleva á la vida. Este camino es el de la ley, la justicia y las virtudes, por el cual los hijos de la luz debemos andar constantemente. Es verdad, que este camino se presenta desde luego aspero y laborioso; pero la fé se pone al frente, camina delante y va suavizando las asperezas, allanando las dificultades y apartando los estorbos. Si en tan penoso viaje necesitamos de algunos puntos de apoyo, la fé nos los presenta de distancia en distancia, hasta llegar á las puertas del Santuario eterno. Estos apoyos son, dice el gran Padre San Agustín, los misterios adorables de nuestra redencion, que nos ofrecen diversos modelos de la Santidad, á que debemos aspirar. Si tenemos necesidad de ejemplos para animarnos, la fé nos pone á la vista; primero al Hijo de Dios, andando este camino, y despues á los Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes... á una multitud innumerable de Justos, que siguiendo sus sagrados pasos, llegaron á la mansion de la gloria y nos llaman desde ella; y últimamente, si necesitamos, como los Israelitas, de una columna luminosa que nos guie, la fé hará esto con nosotros, porque la fé es una columna resplandeciente, es decir, una *luz viva y pronta*, una *luz sobrenatural*, una *luz proporcionada*, una *luz saludable* y una *luz inestinguible*. Prestadme, Católicos, toda vuestra atencion, mientras que yo desenvuelvo estos preciosos caracteres de la fé.

En primer lugar, ella es una *luz viva y pronta*. Para dispensarnos de largas y penosas averiguaciones que podrian, ó extraviarnos, ó detenernos en el camino de la salud, ella nos descubre en el Genesis de un solo golpe el enigma de la naturaleza,

llevandonos al momento de su creacion. Dios manda, nos dice, y á su voz la materia sale de los abismos de la nada, el caos se desenvuelve, las aguas corren en tumulto á encerrarse en sus límites, la tierra se descubre y se viste de árboles y de plantas, los animales respiran, los astros ocupan su lugar en el firmamento, y el Rey de la naturaleza, el hombre recibe la vida, la inteligencia, la justicia y el imperio sobre las demas criaturas. Dios solo es el autor de todos los séres. Dios solo es el conservador de todo el universo. He aqui toda la filosofia del Cristiano en cuanto á la creacion. Contento con este descubrimiento, que le hace la fé, deja á la naturaleza sus demas secretos, bendice al Criador, usa de sus obras con accion de gracias, y prosigue sin distraccion su viaje á la eternidad.

En segundo lugar, *la fé es una luz sobrenatural* y un rayo emanado del Sol de Justicia. Ella, como participante de los consejos del Altísimo, nos refiere, durante nuestro destierro, las delicias que nos estan reservadas en la pátria, y las maravillas que no alcanza á explicarnos, no por eso deja de anunciarnoslas. La inagotable fecundidad del Padre, la generacion eterna del Hijo, el amor inefable del Espíritu Santo, un Dios solo en tres personas... Ved aqui la maravilla por excelencia, que solamente nos anuncia por que no alcanza á explicarnosla; ó para decirlo mejor, porque nosotros no podemos entenderla. ¡Abismo insondable! ¡Misterio incomprendible á toda inteligencia criada! Los Querubines, que le contemplan, se hallan precisados á cubrir sus rostros con sus alas. Los Bienaventurados, que le ven, se postran exclamando: Santo, Santo, Santo. El Cristiano que le cree, le adora, suspira y calla. Solo el temerario Deísta se atreve á llevar su orgullo y su limitado entendimiento hasta la profundidad de este misterio; y porque no entiende, blasfema. ¡Insensato! El cree aniquilar lo que niega. ¡Pero acaso su razon es la medida de la inmensa, adorable é inefable Trinidad!

En tercer lugar, *la fé es una luz proporcionada á la vida presente*, y que nos conduce de un modo maravilloso á la vida venidera. Póngase sino la evidencia en vez de la fé y se concluyó el mérito. Descúbrase el secreto de las conciencias, y la virtud por ser mas conocida será demasiado honrada, y la manifestacion de los odios ocultos, de las intenciones perversas y de las perfidias disimuladas, nos armarán los unos contra los otros. Declare un Angel, enviado por Dios, el destino eterno de los hombres, y los escogidos vivirán impacientes por llegar á gozar, y los réprobos se entregarán á la desesperacion por carecer de esperanza.

Manifiestesenos el Cielo abierto, y nos ocuparan los arrobamientos, los éxtasis, los embelesamientos...; se acabó la accion, cesó la sociedad. Pero bajo la nube de la fé, que ni bien es el dia, ni es la noche, Dios permanece oculto, no se manifiesta sino por sus obras y beneficios; la providencia es invisible, no se descubre, sino por el orden admirable del universo, las conciencias estan cerradas; el destino eterno del hombre permanece impenetrable; los escogidos, que no saben si son dignos de amor, ó de odio, obran su salvacion con temor y con temblor; los réprobos, que ignoran su porvenir espantoso, cooperan al cumplimiento de los designios de Dios y sirven á la sociedad á que pertenecen. El misterio de la divina justicia sigue su curso; los decretos de Dios se desenvuelven á sus tiempos; sus designios se ejecutan; las profecías se cumplen; los siglos se precipitan; el dia del Señor se apróxima, llega... y entonces, la fé, que habia servido de luz y guia en el mundo, se retira para no parecer mas; el universo se trastorna; la naturaleza espira; Dios se manifiesta, y todo queda eterno. El vicio y la virtud, los castigos y las recompensas... ¡Cielos! ¿Donde estarán entonces los impios? ¿Pero y donde estaremos nosotros, si no hemos sido justos?

En cuarto lugar, *la fé es una luz saludable* que lo perfecciona todo en el Cristiano. Ella cautiva nuestras pasiones, las regula, las purifica, y para decirlo asi, las sobrenaturaliza. Ella despierta nuestra conciencia, la aclara, la aviva y aumenta su delicadeza. Ella reprime la curiosidad de nuestra razon, la humilla y la fija. Ella debilita nuestra concupiscencia, la doma, y si la deja existir, es para dar á la gracia materia de combates, y ocasiones de triunfos. La fé es útil para todo, y trabajando en la santificacion del alma, contribuye tambien á la conservacion del cuerpo. En efecto, la destemplanza, la embriaguez, la molicie, los placeres y todos los excesos á que se entregan los que viven dominados de las pasiones ¿no apresuran el momento fatal de su destruccion? ¿No les precipitan rápidamente desde la fogosidad de la juventud en las miserias de la vejez? ¡Desgraciados! Apenas comenzaron á vivir, cuando se les puede decir que ya murieron. Al contrario la castidad, la templanza, la sobriedad, la moderacion en los deseos, la paz del alma, la dulce severidad de la fé... ¡Ah! Ellas conservan las fuerzas y la salud del cuerpo, multiplican los dias y los años, y si la muerte no fuera una ganancia para el Justo, y el hombre debiera ser eterno y feliz sobre la tierra, lo seria, y lo seria solo por la virtud.

No es menos necesario la fé á la sociedad. Ella predica la

justicia y la bondad á los superiores; el respeto y la obediencia á los inferiores; la misericordia á los ricos; el sufrimiento á los pobres; los deberes del estado á los Ciudadanos; y la caridad y la aplicacion al trabajo á todos los hombres. Ella es el lazo de los espíritus á quienes reúne en unas mismas verdades; el apoyo de la autoridad, á la que hace inviolable y sagrada; el suplemento de las leyes humanas, que no alcanzan á mandar en el corazón; el fundamento de las costumbres públicas, que son la fuerza de los estados, y la fiadora de la probidad, que sin la fé sería ó falsa ó sospechosa. Ella, en fin, es el consuelo de los desgraciados, la vida de los justos, el freno de todos los vicios y el origen de todas las virtudes. Esto no es una mera suposicion. Las primeras edades del cristianismo ofrecieron el admirable espectáculo de una sociedad fundada sobre los principios de la fé, y al verla, el mundo entero quedó asombrado. Si despues la fé en el estado de languidez á que la redujo poco á poco la relajacion de los siglos, no obraba con tanto imperio, servía sin embargo para contener y reprimir; si se la ultrajaba con la conducta, se la temia á lo menos, y este temor conservaba un cierto orden y decencia. Mas despues que la irreligion ha roto el hermoso dique de la fé, ¡ah! las naciones no se conocen á si mismas. ¡Qué agitacion y division en los espíritus! ¡Qué opiniones! ¡Qué corrupcion de costumbres! ¡Qué escándalos! ¡Qué pasiones! ¡Qué ídolos! ¡Qué ruinas! Callen pues los Ministros evangélicos. La fé no necesita ya, ni Apóstol, ni Defensor. La sociedad si, lo sociedad será su predicadora, y la irreligion no podrá dejar de confundirse á vista de la inmensidad de males, y de estragos que ha causado, no digamos ya á la Religion sino á la pobre y desgraciada sociedad.

En quinto lugar, *la fé es una luz inextinguible*. Ella, si la ponen cautiva en los lazos de la impiedad, se aprovecha de las ocasiones favorables para desatarse de sus cadenas. En la sorpresa de una pérdida desoladora, de un súbito peligro de muerte, de un golpe repentino y espantoso; los primeros movimientos son la libertad de la fé, que se escapa á pesar del tirano que la oprime. Las primeras miradas en estos lances se dirigen al Cielo, y la primera palabra que se pronuncia es el santo nombre de Dios. Los Ateos mismos se sorprenden en estos casos al verse todavía Cristianos. La fé ademas es quien, firme siempre, aunque combatida, prepara sus triunfos á la gracia, y por ella muchas veces los sucesos naturales producen efectos milagrosos. Arrastre á un voluptuoso la fogosidad del amor impuro al logro de su ídolo, y al irse á estrechar con él, encuentre con un cadáver... ¡Qué

golpe! ¡Qué pavor! ¡Qué mudanza! Ya este ciego pecador es un penitente ejemplar. ¿Qué mas habria hecho la resurreccion de un muerto de que hubiera sido testigo? La fé que, aunque combatida, residia en su corazon, preparó á la gracia este triunfo. Ella es tal que se conserva aun en medio de las tinieblas que reunen el pecado, la impiedad y la irreligion. El hombre mas corrompido, y entregado á la maldad, jamás llega al punto de apagar enteramente la fé. Las pasiones tal vez conseguirán que se ciegue su razon, que se adormezca su conciencia, que se corrompa su corazon, y que se mude en cierto modo su caracter; pero no podrán conseguir que se extinga en él la fé. Conseguirán que renuncie á las recompensas de la religion, que atropelle sus mas respetables leyes, que profane sus santos y adorables Sacramentos, y que acaso alguna vez llegue á poner su negra boca en el Cielo, blasfemando contra Dios; pero no conseguirán que abogue enteramente la fé. ¿Pues cómo es que las pasiones logran extinguir muchas veces en el hombre todo don celestial, y no logran apagar la fé? ¡Ah! Porque la fé, una vez impresa en el alma, es una luz inextinguible. Este es un privilegio tan precioso, como propio de la fé. Asi es, que cuando todos los dones del Cielo desaparecen, ella se queda sola en lo mas hondo del alma, como una semilla envuelta y preparada para producir en primera ocasion nuevos frutos de vida. Ni los impíos, ni los mas intrépidos héroes de la impiedad alcanzan á librarse enteramente de la fé. Juzguese sino por la inutilidad de sus esfuerzos. ¡Qué sofismas! ¡Qué contradicciones! ¡Qué indecentes chocarrerias en vez de pruebas no amontonan para disimular sus dudas, sosegar sus inquietudes y dar algun alivio á los torcedores de su conciencia! ¡Qué esfuerzos para ostentar una seguridad que no tienen, y una serenidad que no disfrutan, á fin de aumentar el número de sus desgraciados prosélitos! ¡Qué diluvio de escritos perversos, atestados de repeticiones fastidiosas, de errores y de calumnias no derriban mientras que se consideran lejos del término para imponer á la multitud semisabia, y á si mismos, si les fuera dado! ¡Pero ay! que á las cercanías de la muerte, en aquel terrible momento, en que se aclaran y deciden todas las dudas, la fé, que no habian podido apagar enteramente, chispea sin cesar en el fondo de su alma y arroja una luz que no pueden sufrir. Baste para ejemplo el Corifeo de la incredulidad. Tal vez una vana filosofia acude en este lance á sostener la calma de su espíritu, pero lo mas que llega á conseguir es que oculten algun tanto la turbacion interior que les devora. ¡Desgraciados! Al punto de caer

en los brazos pavorosos de la muerte, llaman en su socorro á la nada, y les responde... ¡Qué horror! la espantosa eternidad.

En sexto lugar... ¡pero adonde enagenado me distraigo! Convergamos, Católicos, en que la fé es una luz viva y pronta que nos descubre á un solo golpe de vista al Criador, la creacion y las principales maravillas de la naturaleza. Una luz sobrenatural, que nos manifiesta, como en un espejo, las eternas delicias de la gloria. Una luz proporcionada á la oscuridad de este destierro, que nos guia por un camino seguro á nuestra querida pátria. Una luz saludable que todo lo vivifica en nosotros, todo lo hermosea y todo lo perfecciona. Una luz, en fin, inestinguible que nos alumbraba hasta en nuestras voluntarias oscuridades; que nos sigue á todas partes; que no pierde ocasion ni lance para librarnos con su claridad de la multitud de precipicios que se encuentran en nuestro viaje, que, aun cuando la tratemos mal, ella no nos desampara; que llegando nosotros al temerario y desafortado arrojé de despedirla, ella, por hacernos bien, no se dá por despedida, y que al fin nos acompaña hasta el último momento de nuestra vida, empeñada siempre, y siempre esperando la ocasion de hacernos felices. ¡Tales son, mis amados, las riquezas de la fé!

¡O fé! ¡O hermoso don de la fé! ¿Quién podrá apreciarte dignamente? ¡O luz divina, concedida á los mortales para su consuelo y guia! ¿Quién no se consolará, andando en tu compañía? ¿Quién no seguirá tu luz en este oscuro destierro? Entreguemonos, Cristianos, sin reserva á esta guia celestial; dejémonos alumbrar de esta luz divina. Ella aclarará nuestro camino y dirigirá nuestros pasos. Ella irá delante de nosotros y se pondrá á nuestra frente en los combates; nos animará á pasar sobre el aspid y el basilisco y nos ayudará á subir de virtud en virtud á la Ciudad de nuestra habitacion. Si, Cristianos, la fé suavizará nuestro penoso viaje, aliviará nuestros trabajos, dulcificará nuestras amarguras, animará nuestra cobardía, consolará nuestro corazon y fortalecerá nuestra alma. Ella, en fin, llegará con nosotros al término deseado, y despues de conducirnos en gracia á la casa de nuestro Padre celestial, desaparecerá como el Angel de Tobías, dejandonos en los brazos de nuestro Dios para que vivamos y reinemos con él por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DEL NACIMIENTO

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. (1)

---

*Natus est vobis hodie Salvator...  
Invenietis Infantem pannis involu-  
tum, et positum in praesepe.* Luc.  
cap. 2. y y. 11, et 12.

Os ha nacido el Salvador... Ha-  
llareis un Infante envuelto en paña-  
les y puesto en un pesebre.

**C**umplióronse, en fin, los tiempos anunciados. Las nubes han llovido al Justo; os ha nacido el Salvador; una estrella publica su nacimiento, señala el lugar donde ha nacido y se encuentra; y los Angeles convidan á los hombres á que vayan á adorarle ¡pero adónde! á un establo, á un pesebre. ¡Santos Cielos! ¡El Príncipe de la Gloria en un establo! ¡El Hijo del Eterno Padre en un pesebre! ¿Y quién podrá conocer en el Niño que ha nacido hoy en un establo y se halla reclinado en un pesebre al Mesías representado por tantos Patriarcas, anunciado por tantos Profetas, figurado por tan magníficas sombras y figuras y esperado en el mundo por cuatro mil años? ¿Quién reconocerá en el Niño que nace hoy en tanto desamparo al Príncipe de los Cielos y la tierra, al Criador de los Angeles y los hombres, al Soberano Dueño del universo, al Reparador de la gloria de Dios, al Redentor y Salvador de los hombres? ¿Quién... pero no, Cristianos, no desairemos con nuestras admiraciones á nuestro querido Dueño.

---

(1) Se ha reducido por ser tan ocupado el dia de Natividad á causa de las tres misas.

Consideremos los motivos que le conducen á nacer en tal estado, y cesará nuestro asombro.

Este Dios humanado nace hoy en tanta humillacion, pobreza y desamparo, porque no viene ahora á juzgar al mundo, sino á padecer por la redencion del mundo. Por eso no se presenta hoy cercado de magestad y de gloria como un Juez que viene á juzgar y castigar á los hombres, sino pobre y humillado, como un penitente universal que viene á padecer y morir por los hombres, como un divino Maestro que viene á enseñar á los hombres desde que nace con su doctrina y ejemplos.

Tengo descubierta mi idea; y vedla aqui reducida á dos proposiciones, que harán todo el asunto de mi discurso. *Primera.* El estado de pobreza y desamparo en que nace hoy Jesucristo, es propio de un Dios que viene á redimir á los hombres. *Segunda.* Este mismo estado de pobreza y desamparo es tambien propio de un Dios que viene á enseñar á los hombres. He propuesto.

Mas para que yo desempeñe con acierto y con fruto mi sagrado ministerio, imploremos los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesora á la purísima Madre de este Dios recién nacido, saludandola como el Angel al concebirle. AVE MARIA.

### *Natus est vobis...*

#### PRIMERA PARTE.

Aquella reconvencion que hacia el gran Tertuliano á los paganos de su tiempo, diciendoles: que por eso no abrazaban la religion cristiana, porque no la conocian ¿no podriamos hacerla nosotros con igual ó mayor razon á los incrédulos del nuestro? Como estos hombres altivos y soberbios solo examinan ligera y superficialmente los misterios de la religion, no descubren en ellos sino sombras y oscuridades. Un Dios que nace pobre y desamparado, ¡qué espectáculo para un incrédulo! Establo, pobreza, lágrimas, desamparo... ¡qué escándalo para su orgullo! No, exclaman con el impío Marcion, no, esto no cabe en un Dios. Apartad, pues, de nuestra vista esos pañales. Apartad ese ignominioso y duro pesebre. *Auferte á nobis pannos et dura praesepeia.*

Pero deteneos hombres temerarios. Respetad las santas profundidades de la religion. No decidais con tanta precipitacion de este adorable misterio. Estudiad antes la esencia del cristianismo y vereis que lo mas admirable en el nacimiento de Jesus es la

pobreza en que nace. ¡Ah! Si este Hijo del Altísimo viniese á mostrarse hoy como Dios, los cerros se precipitarían en los valles para allanarle el camino, los hombres pegados con la tierra besarian el polvo de las huellas de sus pies y los mismos Cielos asombrados se irían retirando al acercarse. Pero esto ¿sería venir á salvar á los hombres? No. Esto sería venir á aterrar y desesperar á los hombres, que desde luego se tendrían por perdidos al ver la Magestad infinita del Dios ofendido. Yo bien se que necesariamente ha de ser un Dios el que aplaque y satisfaga á un Dios; porque la injuria hecha á un Dios solo puede ser reparada y satisfecha por un Dios; pero no ha de ser por un Dios glorioso é incapaz de padecer, sino por un Dios humillado y dispuesto á sufrir los castigos del pecado. Por eso el Hijo del Eterno Padre no se presenta hoy glorioso como Dios, sino humillado como Redentor, y sus lágrimas, el establo y el pesebre son unas humillaciones tan profundas, como propias de un Redentor que viene á reparar la gloria de Dios infinitamente ultrajada por el pecado.

¡Genios arrogantes! Si os escandaliza un Dios pobre y humillado, contemplad á un Dios infinitamente ofendido. ¡Ah! Si vosotros llegaseis á comprender toda la maldad que encierra en sí el pecado, os asombrarian menos las humillaciones del Dios que le satisface, que el sacrilego atrevimiento del hombre que le comete. ¡O Cristianos! Si el Dios que nace hoy en Belen, se presentase rodeado de claridad y lleno de Magestad y de gloria, como querian los Judios, ó segun el gusto de nuestros incrédulos ¿qué sería de nosotros? En tal caso hallariamos en Belen al Dios omnipotente, al Dios justiciero, al Dios infinito infinitamente irritado contra nosotros... Pero ¿dónde encontraríamos al Dios Redentor, al Dios penitente, al Dios mediador entre su terrible justicia y nuestros delitos? ¡Infeliz género humano! ¿Qué harías si te faltase este Dios humillado y penitente, este piadoso Redentor, este generoso pagador de tus pecados? No, amados de mi alma, no miremos nosotros á Belen con una vergüenza soberbia, como el Judío y el incrédulo. Un establo, un pesebre, unos pobres pañales... ¡Ah! Si no fueran los pañales de Jesus, podriamos avergonzarnos, pero... ¡O Dios mio! Son los pañales del amante de nuestras almas, que nace en un establo por nuestro amor para morir en una cruz por nuestro remedio.

Déjense, pues, deslumbrar de las apariencias unos entendimientos que ignoran la religion, pues yo en este recién nacido envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre y reposando sobre pajas, no veo un niño cualquiera, sino aquel Dios Niño de

quien nos dijeron los Profetas que lavaria con sus lágrimas, y borraría con su sangre todos los pecados del mundo. ¡O mi querido Niño! ¡O Niño de mi alma! Yo os adoro con todo mi corazón, postrado á vuestros divinos pies y penetrado del mas profundo reconocimiento. Yo envidio ese dichoso pesebre y esos pobres pañales. ¡Ojalá que mis brazos pudiesen servir de cuna en vez de ese duro leño! ¡y las telas de mi corazón en vez de esos pobres pañales! ¡O mi divino Niño, Niño bañado en lágrimas, pero lágrimas que forman un rio de gracias que inunda el universo. Niño nacido en un establo, pero establo que es el Santuario de Dios sobre la tierra. Niño reclinado en un pesebre, pero pesebre, donde reposa la víctima del mundo. Niño, en fin, que, para dar principio á la obra de la redencion del hombre, nace pobre y bañado en lágrimas en un establo. Nacimiento propio de un divino Redentor.

Habeis visto, Cristianos, en esta primera parte, que el estado de pobreza y desamparo en que nace hoy Jesucristo, es propio de un Dios que viene á redimir á los hombres. Ahora vereis en la segunda, que este mismo estado de pobreza y desamparo es tambien propio de un Dios que viene á enseñar á los hombres. Continuada vuestra preciosa atencion.

## SEGUNDA PARTE.

Como los caminos por donde el hombre se perdió, y continua perdiendose, son, dice el Evangelista San Juan, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida; el Soberano Maestro Jesucristo viene enseñando desde luego los caminos contrarios por donde debe salvarse, que son la mortificacion de la carne, la mortificacion de los ojos y la humildad de la vida. Si, Cristianos, el estado de pobreza y desamparo en que nace hoy Jesucristo nos enseña ya todo esto desde la cuna. En el establo, si, en el pesebre principian á publicarse aquellas terribles verdades que nunca han podido oír las pasiones sin estremecerse. Bienaventurados los que aborrecen el mundo, y mas venturosos todavia los que son aborrecidos de él. *Beati eritis cum vos oderint homines.* Bienaventurados los que enjagan las lágrimas de los pobres, y mas venturosos aun los que las derraman. *Beati qui lugent.* Desgraciados los que buscan con ansia las riquezas, y mas desgraciados aun los que ponen su corazón en ellas. *Vae vobis divitibus!*

¡Y qué! ¿Estas famosas verdades que nos predicó despues Jesucristo en el gran Sermon del monte, no nos las predica ya hoy con su ejemplo en el pesebre? ¿qué? Este divino Maestro que eligió para sí desde la cuna la pobreza real y efectiva ¿no exigirá de nosotros á lo menos la pobreza de espíritu y afectiva? ¡Pues qué! un Dios tan profundamente humillado ¿querrá tener por discípulos á hombres altivos y soberbios? ¡Pues qué! ¿un Dios tan despreciado del mundo reconocerá por suyos á hombres empapados en el mundo? ¡Cristianos! ¿Un Dios que viene á ser nuestro Maestro, no ha de ser nuestro ejemplar? ¿No estaremos obligados á seguirle? Pero ¿quién de nosotros ignora que el que no sigue á Jesucristo, no puede ser su discípulo, ni entrar en su gloria? Y si hay alguno que lo ignore ¿no se le puede decir que profesa una religion, cuyo carácter esencial no conoce? Si alguno quiere venir en pos de mi, decía á todos este divino Maestro: si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese á si mismo, tome su cruz cada dia y sigame. *Dicebat autem ad omnes: si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam quotidie, et sequatur me.* ¿Y no es esta la gran verdad que tan frecuentemente predicaba Jesucristo, señalando en ella el camino para subir al reino de los Cielos? ¡Insensatos! ¿Creerémos que habiendo entrado Jesucristo en la Gloria con cruz, hemos de entrar nosotros en carroza? ¿Creerémos que habiendo costado tanto á Jesucristo nuestra salvacion, nada nos ha de costar á nosotros? ¿Con que el que es la inocencia misma ha de entrar en el Cielo por un camino de espinas y de sangre, y nosotros que somos los culpados hemos de entrar por un camino de flores y de rosas? ¡Qué delirio! No, Cristianos, no es esto lo que nos enseñan el establo y el pesebre.

No nos equivoquemos, mis amados. El camino del Cielo está señalado, y despues de lo que sucede en Belen, no hay necesidad de estudio para saberle. Humildad de corazon, pobreza de espíritu, conformidad con los decretos del Cielo, resignacion en los trabajos, cumplimiento de la ley, conducta virtuosa... Ved aqui el camino que conduce al reino de los Cielos, y ved aqui también, dice San Bernardo, lo que nos predicán las lágrimas y el pesebre. *Hoc praesepe clamat, hoc lacrymae evangelizant.* Luego el estado de pobreza y desamparo en que nace hoy Jesucristo es propio de un Dios que viene á enseñar á los hombres con su ejemplo. Nacimiento propio de un Soberano Maestro, que es mi segunda proposicion.

Permitidme ahora, Cristianos, que al concluir mi discurso,

os haga una pregunta demasiado sensible. Puesto que el pesebre es la primera Catedral del cristianismo ¿dónde estan en el día los discípulos del pesebre? Es verdad que adoramos á un Dios pobre y humillado en el pesebre ¿pero le imitamos en la humildad y la pobreza del pesebre? ¡Ah! ¡Nada sentiríamos mas que vernos tan pobres y humillados como nuestro divino Maestro! Soberbios, como los Angeles rebeldes, quisieramos ser semejantes al Dios Altísimo, pero no al Dios humillado, y es tal nuestra vanidad y tanto nuestro orgullo que nos avergonzariamos de vernos en el estado de humillacion y pobreza del Dios que adoramos. ¡Qué confusion para este Dios Niño pobre, bañado en lágrimas y reclinado en un pesebre!

Cristiana orgullosa, diríjete á Belen, entra en el establo, aflige ahí con tu inmodestia la modestia de la Santísima Virgen, échala en cara la pobreza de su habitacion, de sus pañales y cuna... Cristiano soberbio, dá un paso mas adelante, acercate al pesebre, insulta ahí con tu altivez la humildad del Hijo del Altísimo. Nuevos Marciones... pero no pasemos adelante porque unas inyectivas tan terribles no pueden ni sostenerse, ni oirse. ¡O Cristianos! ¡Con qué voz tan alta y temerosa no claman contra este depravado y soberbio siglo el establo y el pesebre, los pañales y las lágrimas! *¡Quam alte praesepe clamat, et lacrymae evangelizant!*

Reconvenia el célebre Silvano á los Cristianos de su tiempo de que eran el oprobio de Jesucristo. *In vobis patitur opprobrium Christus.* ¿Cuáles habrian sido sus quejas y las santas inyectivas de su celo si hubiera llegado á ver lo que nosotros presenciarnos? ¿Si hubiera visto esos espantosos progresos de la desvergüenza pública y de la corrupcion secreta; esos escandalosos avances de la irreligion; esos horribles misterios del ateismo; esa desenfrenada licencia de las costumbres, ese desprecio impío del pesebre y de la cruz? ¡Ah! Al ver este abismo de maldades, que nosotros presenciarnos ¿con qué expresiones tan valientes no nos habria echado en cara que eramos no solo el oprobio, sino los enemigos capitales de Jesucristo? Vosotros, nos habria dicho, ardiendo en celo, vosotros no sois Cristianos, sino para cubrir de oprobio el pesebre y el calvario, para hacer mas á salvo y con mayor ingratitud la guerra á Jesucristo. *In vobis patitur opprobrium et persecutionem Christus.*

¡Niño Divino! Un pobre Ministro de vuestro Evangelio no puede hacer otra cosa que derramar la semilla. A vos, Señor, pertenece hacer que nazca y lleve fruto. El estado del cristianís-

mo es tan lastimoso que parece necesita ser refundido, y renacer en sus costumbres. Infinito sois, Señor. Infinita es vuestra bondad y vuestra misericordia; por el adorable misterio de vuestro nacimiento, que celebramos en este día, haced que vuelva aparecer sobre la tierra el hermoso cristianismo de los primeros siglos. Vos haceis, cuando quereis, de las piedras hijos de Abraham. Aunque nuestros corazones sean mas duros que las piedras, nada podrá resistir al golpe de vuestras gracias. Derramadlas Niño hermoso, en abundancia sobre nosotros, para que convirtiéndonos a Vos de todo nuestro corazon y amandoos con toda nuestra alma, os sirvamos con entera fidelidad los breves dias que nos pueden quedar que vivir sobre la tierra, para que merezcamos en nuestra muerte, pasar á veros y gozaros en el Cielo por los siglos de los siglos. AMEN.

## JUEVES SANTO.

### SERMON

#### SOBRE EL AMOR AL PRÓJIMO,

#### SIN EXCLUIR LOS ENEMIGOS.

*Mandatum novum do vobis: ut  
diligatis invicem, sicut dilexi vos.*  
Joan. cap. 13.

Un mandato nuevo os doy: que  
os améis los unos á los otros, así  
como yo os he amado.

**S**i alguna vez pueden estar prohibidos al predicador los adornos de la retórica, es sin duda en este día de despojos y humillaciones. Basta haber oído el Evangelio para llenarse de un santo asombro al ver al Hijo de Dios lavar los pies á los hombres, y si yo quisiese adornar este hecho estupendo con las galas de la retórica, esos santos altares desnudos, ese venerable Prelado despojado de sus insignias episcopales, el mismo Jesucristo que deja sus vestiduras para lavar los pies á sus Apóstoles, reprenderían mi imprudencia y mi temeridad. Las acciones de los héroes del mundo necesitan referirse con todos los primores de la elocuencia, porque todo lo humano necesita embellecerse y aun exagerarse para que no se borre luego de la memoria; pero aquí basta referir sencillamente el hecho para llenarnos de un asombro indeleble. Oidle, mis amados, con toda la atención y ternura de vuestra alma.

Antes del día festivo de la Pascua, sabiendo Jesus que era venida su hora de pasar de este mundo al Padre; como hubiese

amado á los suyos que estaban en el mundo, hasta el fin les amó. *In finem dilexit eos.* Acabada la cena (legal)... se levanta de la mesa, deja sus vestiduras, y tomando una tohalla, se la ciñó. Echó despues agua en una vacía, y comenzó á lavar los pies á sus discípulos, y á limpiarlos con la tohalla con que estaba ceñido. Viene, pues, á Simon Pedro, y Pedro le dice: ¡Señor! ¡Tu lavas á mí los pies! y Jesus le dijo: lo que yo hago tu no lo sabes ahora, mas lo sabrás despues. Jamás me lavareis los pies, le dice Pedro; pero respondió Jesus: si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Señor, le dice Pedro: lavad no solamente mis pies, sino tambien mis manos y mi cabeza. El que está lavado, le dice Jesus, no necesita lavar sino los pies, pues está todo (lo demas) limpio: y vosotros limpios estais, mas no todos; porque sabía el que le habia de entregar. Por eso dijo: no todos estais limpios.

Despues que les lavó los pies y tomó su ropa, volviendo á sentarse á la mesa, les dijo: ¿sabeis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien; porque lo soy: pues si yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, tambien vosotros debéis lavaros los pies los unos á los otros; porque ejemplo os he dado para que como yo lo he hecho con vosotros, asi tambien lo hagais vosotros. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.*

¡Y qué podré decir yo ahora, Cristianos, despues de lo que acabais de oír! ¿Entraré en la esplicacion de la multitud de lecciones que encierra este asombroso pasage? Pero esto no cabe en la brevedad de un Sermon. ¿Pues qué haré? Limitarme á aquella que, al parecer, fué el objeto principal de Jesucristo, esto es, á la que nos dá aqui de la obligacion que tenemos de amarnos los unos á los otros. Con esta leccion, con este nuevo mandato cerró el divino Maestro su accion y su discurso. Un nuevo mandato os doy: que os ameis mutuamente, como yo os he amado. *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos.*

Con él tambien le abriré yo para hacer ver que todos estamos obligados á amarnos los unos á los otros. Esto probaré en la primera parte; y en la segunda: que tambien lo estamos á amar á nuestros mismos enemigos. Esta será la division de mi discurso; y para que yo le desempeñe con acierto y con fruto, pidamos los auxilios de la divina gracia, poniendo por intercesora á la Santísima Virgen. AVE MARIA.

**Mandatum novum do vobis.. (1)**

**PRIMERA PARTE.**

Asiento desde luego que la obligacion de amar al prójimo es de la misma naturaleza que la obligacion de amar á Dios. Parecerá estraña esta proposicion, pero ella es verdadera. Una misma es, dicen los Teólogos, la caridad con que amamos á Dios y la caridad con que amamos al prójimo, porque, cuando amamos á Dios y cuando amamos al prójimo, amamos una misma cosa, esto es, á Dios. La prueba es muy clara. Cuando amamos á nuestros prójimos, que son todos los hombres sin excepcion ni de uno solo, no amamos á los hombres por los hombres, sino por Dios; no amamos á los hombres en los hombres, sino á Dios en los hombres: por consiguiente, sea que amemos á Dios, sea que amemos á los hombres, siempre se verifica que amamos á Dios, unas veces en sí mismo y otras veces en los hombres. El primer mandamiento nos obliga á amar á Dios en sí mismo, y el segundo, que es semejante al primero, nos obliga á amar á Dios en los hombres, pero ambos, en conclusion, nos mandan amar á Dios. Asi es que estos dos mandamientos: amarás á tu Dios, y amarás á tu prójimo en Dios y por Dios, vienen á ser como dos partes que componen un solo todo, tan perfectamente unido, que no se puede cumplir cristianamente el uno sin cumplir tambien el otro; y por eso se nos advierte en los libros santos, que el que dice, que ama á Dios y no ama á su prójimo, se engaña á sí mismo, y es vana su religion. *Hujus vana est religio.*

De aqui se sigue que viven muy engañadas aquellas almas que creen que aman á Dios, aunque no amen á su prójimo, y mucho mas aun aquellas que poseidas, ó de una cierta envidia, ó de un odio disimulado contra su prójimo, se contristan en sus prosperidades ó se complacen en sus desgracias; oyen con gusto las murmuraciones que le infaman y con pena las alabanzas que le honran. ¡Y cuanto hay de esto en el mundo! Tambien se sigue, por el contrario, que aquellas almas que á nadie desean mal y que á todos quieren bien, que se alegran en las prosperidades del prójimo y se conduelen de sus desgracias, que procu-

---

(1) Puede predicarse este Sermon fuera del día de Jueves Santo, mudando la introduccion, poniendo la que pida el dia en que se predique, y haciendo las demas variaciones convenientes.

ran hacer siempre bien y huyen siempre de hacer mal... se sigue, repito, que estas almas de tan bello corazon, que estas almas verdaderamente cristianas, aunque tal vez las parezca que no aman á Dios, es sin duda que le aman, porque no se puede amar *cristianamente* al prójimo sin amar tambien á Dios. He dicho, *cristianamente*, porque yo bien sé que se puede fijar el amor en la criatura, sin amar por eso al Criador; y ¡ojalá que esto no sucediese tan comunmente en el mundo! Pero este no es el amor del prójimo, que está mandado al Cristiano: este es un amor pagano que se encuentra en el incrédulo, en el idólatra y hasta en los mismos Ateos. Este amor no es otra cosa que esa filantropía de que tanto se glorian los falsos filósofos de nuestros desgraciados tiempos. La caridad no sufre ese amor pagano y filosófico. La caridad no puede amar al prójimo sin amar en él á Dios, ni tampoco puede amar á Dios sin amar en él al prójimo, porque la caridad es una sola. Luego la obligacion de amar al prójimo es de la misma naturaleza que la obligacion de amar á Dios. Luego si es grande la obligacion de amar á Dios, tambien lo es la de amar al prójimo por Dios, en Dios y para Dios.

A esta prueba incontestable, pueden añadirse otras muy plausibles, que deben obligarnos mas y mas á amar á nuestro prójimo. No ignorais, Cristianos, que á un alma verdaderamente virtuosa y devota son amables las imágenes de los Santos, y particularmente las de aquellos á quienes tiene una especial devocion. ¿Y por qué? porque ama á los Santos que las imágenes la representan. Santa Teresa de Jesus tenía tanto gusto en mirar las imágenes de Jesucristo, que deseaba encontrarlas por donde quiera que andaba. El motivo era, porque amaba tiernamente á Jesucristo. Ahora bien, todos los hombres somos imágenes de Dios ¿podrémos dejar de amarlas, y por lo mismo de amarnos? No, Dios mio, yo no necesito mas para amar á todos los hombres que saber que todos los hombres son vuestras imágenes.

Este precepto del amor del prójimo es tambien el mas importante para todos y cada uno de los hombres: porque, cuando Dios nos manda amar á nuestros prójimos, manda tambien á nuestros prójimos que nos amen á nosotros, y es lo mismo, que mandar á todos los hombres que nos amen, puesto que todos los hombres son nuestros prójimos. ¿Hay cosa mas importante en el mundo que ser amados de todos los hombres? ¡O Cristianos! ¡Con qué seguridad podriamos andar todos por todas partes y á todas horas, si todos los hombres nos amásemos! ¡Cuán seguros no estarían nuestros bienes, nuestra honra, nuestra vida y cuanto

nos perteneciese en este mundo! Ya no se necesitarían, ni rejas, ni cerrojos, ni llaves para custodiarlos. El amor del prójimo sería una llave general, que lo guardaría todo. Por eso, Cristianos, es tan interesante el bueno á la sociedad, y tan perjudicial el malo. Con respecto al bueno, todo está seguro, mas con respecto al malo, todo está en peligro.

Horrorizaros, mis amados, de esas espantosas máximas que autorizan los delitos, para hacer ilustrada y feliz á la sociedad. Miradlas como unos monstruos, vomitados del infierno en estos últimos tiempos para hacer desgraciados á todos los hombres y al mundo entero; y convenceos de que este mandamiento es el mas interesante á cada uno de los hombres y á la sociedad toda entera. ¡O qué paz y que tranquilidad no traería al mundo este solo mandamiento, si cada uno de los hombres le cumpliésemos por nuestra parte! ¡O precioso mandamiento, cuán felices harías á todos los hombres, si todos los hombres quisieran darte cumplimiento!

Por otra parte, este mandamiento de amar á nuestro prójimo es el mas justo y razonable. Porque ¿qué cosa mas justa, y puesta en razon que vivir amandonos ahora acá en la tierra los que esperamos vivir despues amandonos eternamente en el Cielo? ¡O Cristianos! ¡Qué justo, qué razonable es, que los que tenemos una misma naturaleza, un mismo Padre y un mismo Redentor; que somos compañeros en un mismo viaje, llevamos un mismo camino y vamos á un mismo término; que esperamos vivir eternamente juntos en el Cielo, vernos allá, tratarnos y amarnos allá con el amor mas tierno... que justo es, repito, que razonable, que principiemos á amarnos acá en la tierra! ¡O qué mandamiento tan justo y tan razonable!

¿Pero dónde estan, pregunto yo ahora, los hombres que le cumplen? Los mas no aman á nadie sino á sí mismos, porque el amor que manifiestan á sus prójimos casi siempre es un amor interesado. Aman á sus prójimos, porque sus prójimos les amen á ellos, porque sus prójimos no les aborrezcan, por no adquirirse enemigos; pero no aman á sus prójimos por Dios, ni porque son imágenes de Dios, ni porque los ama Dios y manda que los amen; y esto no es amar al prójimo, como Cristianos, sino como paganos. Esto es amar al prójimo solo por interés, y viene á ser lo mismo que no amar á nadie, sino á sí mismos. Ved aqui, Cristianos, el amor mas comun en el mundo.

Mas á pesar del mundo entero siempre será cierto que el precepto de amar al prójimo es semejante al gran precepto de amar

á Dios, el segundo de la ley, y el mas justo, mas razonable y mas importante á todos y cada uno de los hombres. Jesucristo puso un particular cuidado, si así puede decirse, en repetirnosle. Este es mi precepto, que os améis los unos á los otros, nos dice en una parte. *Hoc est praeceptum meum, ut diligatis invicem.* Yo quiero que mis discípulos sean conocidos por el amor que se tengan los unos á los otros, dice en otra. *In hoc cognoscent omnes quod discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.* Y cuando en este dia del amor, acaba de lavarles los pies, ¿sabéis, les dice, lo que he hecho con vosotros? os he dado ejemplo para que, así como yo lo he hecho con vosotros, así también lo hagais vosotros. *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.*

Habéis visto, Católicos, que estamos obligados á amarnos unos á otros, que es lo que me propuse probar en la primera parte. Vamos á ver en la segunda: que también estamos obligados á amar á nuestros enemigos; y no hay que alarmarse hasta haberme oído.

## SEGUNDA PARTE.

Para proceder desde luego con claridad y sin equivocacion; antes de entrar en las pruebas, es necesario advertir, que en el enemigo se han de distinguir dos cosas: el hombre y su enemistad. Nos está prohibido amar la enemistad, pero nos está mandado amar al hombre. Debemos aborrecer el pecado, pero debemos amar al pecador. Supuesta esta distincion, asiento, que estamos obligados á amar á nuestros enemigos, no como enemigos, sino como hombres, como prójimos; no con amor especial, sino con aquel amor general con que debemos amar á todos nuestros prójimos, que son todos los hombres. La razon es muy sencilla, pero muy concluyente. Queda probado en la primera parte, que estamos obligados á amar á todos los hombres sin excepcion, luego también estamos obligados á amar á nuestros enemigos, puesto que por ser enemigos no dejan de ser hombres. Esta prueba es incontestable.

No confundais, mis amados, la enemistad con el hombre. El hombre siempre es amable por mas odiosos que sean sus procederes. Aborreced sus procederes, pero amad al hombre. El hombre siempre es una imágen de Dios por mas manchada que esté. Aborreced las manchas pero amad la imágen. El hombre siempre es nuestro compañero en este mundo, por mas que se descamine. Aborreced sus extravios, pero amad al compañero. El hom-

bre siempre es un hijo de Dios por mas que sea mal hijo. Aborreced su maldad, pero amad al hijo de Dios. El hombre siempre es un hermano de Jesucristo, rociado con su bendita sangre y comprado á costa de su vida, ¿y podrá costar violencia amar á un hijo de Dios y hermano de Jesucristo? No hay que equivocarse, Cristianos. Amar á nuestro enemigo, no como enemigo, sino como hombre, como prójimo, no es cosa violenta á nuestra razon sino á nuestras pasiones desenfrenadas.

Si despues de estas pruebas y distinciones quisieramos valernos de las Santas Escrituras, apenas hallariamos en ellas otro precepto mas formalmente determinado. Si tuviere hambre tu enemigo, dale de comer, decia el primer Salomon en su palacio de Jerusalem. *Si esurierit inimicus tuus, ciba illum.* Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian, decia el segundo sobre un monte de la Galilea. *Diligite inimicos vestros. Benefacite his qui oderunt vos, et orate pro persecuentibus et calumniantibus vos.*

No negaré yo, Cristianos, que este precepto es muy repugnante y difícil de cumplir á la naturaleza corrompida. A San Agustin pareció el mas dificultoso entre todos los preceptos de la ley, y San Gerónimo escribe, que algunos miraron su observancia como imposible. Cuando el martir San Marcelino predicaba el Evangelio á los gentiles, le oian con mucho gusto; pero en llegando á hablarles de amar á sus enemigos, ya no querian escucharle. Decian que esto era opuesto á la inclinacion natural con que todas las cosas rechazan á sus contrarios y que hasta la hormiguilla se volvia contra el pie que la pisaba. Decian que permitir el hombre que le ultrajasen sin vengarse, era envilecerse; y concluian, que el cumplimiento de este precepto era imposible.

No era estraño que discurriesen asi los paganos que no tenian otra guia que la naturaleza corrompida, pero lo seria y muy mucho que discurriesemos asi los Cristianos que tenemos por guia el Evangelio. No, Católicos, no nos dejemos deslumbrar de discursos del saber humano. Dios no manda imposibles, y Dios mismo es quien manda que amemos á nuestros enemigos. De las objeciones que hacian los paganos á San Marcelino, lo que se infiere es: no que el cumplimiento de este precepto sea imposible, sino que es dificultoso, porque nuestro corazon vengativo y soberbio se resiste fuertemente á cumplirle. Lo que se infiere es, que necesitamos ser Cristianos esforzados y valientes para vencer esa resistencia y pedir con instancia el socorro del Cielo para salir con la victoria; y en fin, lo que se infiere es,

que amar al enemigo es la accion mas generosa de un Cristiano. La muerte es la cosa del mundo á que nos resolvemos con mas dificultad. Sin embargo, se ven hombres que eligen antes la muerte que amar á su enemigo. Testigos lastimosos de esta verdad son esos bárbaros y crueles desafíos, dictados por la fiera venganza, que á pretexto de honor ó valor llevan al campo al vengativo para matar ó morir con la muerte de un condenado.

¡Qué diferencia, Católicos, entre un hombre que se venga de su enemigo, y un hombre que le perdona y ama! Yo veo en este un alma grande, generosa y solidamente cristiana. Veo en él una fé viva, que le lleva á perdonar y amar á su enemigo, no por inclinacion (pues acaso no habrá cosa que mas se le resista) sino porque Dios le dice: ama á tu enemigo. Veo una esperanza celestial, que no se promete la recompensa de un enemigo que le aborrece, sino de su Dios que se la ha prometido. Veo una caridad pura, que perdona y ama á su enemigo solo por amor de Dios. Veo un respeto profundo á la ley, que le obliga á sacrificar los resentimientos de la naturaleza. Veo una paciencia asombrosa y una fortaleza admirable. Veo, en fin, aquel conjunto de virtudes, que forma las almas grandes y cristianamente generosas. Por el contrario, en un hombre que no perdona ni ama á su enemigo, veo una fé muerta, porque no cumple con un precepto que confiesa; una falta de esperanza, porque no cuenta con el premio prometido al que perdona y ama á su enemigo. Veo ódio, rencor y una ceguedad lastimosa que le conduce al abismo. ¡Qué espantosa diferencia entre un hombre vengativo y un hombre misericordioso!

Crean los mundanos que se deshonran y envilecen sino toman venganza, y su error consiste en que no conocen el verdadero honor. Este no consiste en hacer el mal, sino en hacer el bien. No está en el vicio, sino en la virtud. Me tendran, dicen, por un hombre despreciable, sino tomo venganza. Dirán que soy un cobarde, un fátuo... pero hombres rencorosos, vosotros no sabéis que el honor y el verdadero valor no consiste en vencer á los enemigos con las armas de la venganza, sino en vencerse á sí mismos con las de la caridad? ¿Quién mas valiente que un David que desquijaraba los osos y los leones? ¿ni quién mas honrado que este santo Rey que ocupó tantos años y con tanta gloria el trono? y sin embargo no solo perdonó á su enemigo Semeí, sino que impidió á su general Abisai que le quitase una vida que tan injustamente poseía. ¿Quién mas honrado y esforzado que el protomartir San Esteban? y no supo morir sino pidiendo á Dios el

perdon de los que le apedreaban. Era San Cristóbal el hombre de mas brio de su tiempo, y habiendo recibido una afrentosa bofetada, aunque podia deshacer entre sus manos al atrevido que se la habia dado, se contentó con decirle: agradece á Dios que soy Cristiano. No hay que equivocarnos, Católicos, perdonar y amar á nuestros enemigos, no como enemigos, sino como hombres, como prójimos, como imágenes de Dios, como redimidos con la sangre de Jesucristo, no solo no es deshonor ó cobardía, es un grande honor, es un heroísmo cristiano.

Amad á vuestros enemigos, dice el Santo Evangelio. *Diligite inimicos vestros.* Esta es la ley, mas si después de la ley quereis tambien el ejemplo, mirad como se porta con los hombres el Padre de los hombres, mirad como se porta Dios. Sufre en paciencia á los pecadores que son sus enemigos. Hace que salga el Sol sobre los buenos y sobre los malos, y llueve sobre los justos y sobre los injustos. Viste en el paraiso á nuestros primeros padres que habian quebrantado su divino mandato. Mantiene en el desierto por cuarenta años con pan del Cielo á un pueblo ingrato; recibe en su casa á un pródigo que habia disipado sus bienes, viviendo lujuriosamente... ¡pero qué no hace con nosotros! Nos dá el ser, la vida, cuanto somos y tenemos, y como sino supiese que somos sus enemigos por nuestras culpas, nos trata con tanto amor como si fuéramos sus amigos. ¡O Dios mio! Al ver vuestro porte ¡quién podrá resistirse á amar á sus enemigos!

Venid aqui, almas rencorosas, haced ahora delante de Dios la pintura que querais de vuestro enemigo. Decid que es un hombre falso, pérfido, violento, sin conciencia y aun sin religion. Sea así como vosotros lo decís, aunque no seria prudente creerlos sin oírle. Tal como es Dios le sufre, Dios le hace bien, Dios le ama y Dios os manda que le ameis. *Diligite inimicos vestros.* Pero él me ha ofendido, decís, me injuria, me ultraja... lo mismo hace con Dios y Dios le sufre y le ama. Pero no es de mis ideas ¡cómo he de poder amarle! O sus ideas son indiferentes, ó son malas. Si son indiferentes, dejadle que abunde en sus ideas. Si son malas, aborreced las ideas, pero amad al hombre que las tiene, pues todas las ideas del mundo no pueden rebajar ni en una coma la obligacion de amar á los enemigos. Pero él ha trastornado mi fortuna, me ha hecho infeliz... no puedo amarle. Luego no puedes ser Cristiano, puesto que todo Cristiano está obligado á amar á sus enemigos por ley expresa de Jesucristo. Luego no puedes entrar en el Cielo, puesto que nadie puede entrar en él sin ser Cristiano y cumplir la ley de Jesucristo.

Venid, repito, almas rencorosas; venid al cenáculo y despues de haber oido como se porta el Padre celestial con los pecadores, que son sus enemigos; ved como se porta en él su Santísimo Hijo. Entrad en esa escuela del amor. Jesucristo es ahí el ejemplo y el Maestro. ¡Mirad ceñido con una tohalla al que corona los Angeles con su gloria. Mirad arrodillado á los pies de los hombres al que tiene su trono sobre los Querubines. Mirad al Hijo del Altísimo á los pies de un traidor, miradle á los pies de Judas! ¡Qué! ¿no sabrá que es su enemigo? Bien lo sabe. ¿Ignorará que le tiene vendido? No lo ignora. ¿Por qué, pues, se arroja á sus pies y se los lava con tanto amor y cariño? ¿Sabéis por qué? Para daros, almas rencorosas, una leccion que os asombre, que os aterre y que os confunda. ¡O mi divino Jesus! ¡O Dios mio! ¡Quién podrá resistirse á ejemplos tan asombrosos, á lecciones tan terribles! No, Dios mio, no seré yo quien se resista. Yo debo, yo quiero, yo amo á todos mis prójimos. Yo debo, yo quiero, yo perdono, yo amo á todos mis enemigos, porque Vos nos mandais que amemos á nuestros enemigos, que es lo que me propuse hacer ver en la segunda parte.

Cristianos que esperais vuestra salvacion de un Dios que perdona y ama: perdonad y sereis perdonados; amad y sereis amados. Olvidaos de las injurias de vuestros prójimos para que Dios se olvide de las vuestras, y si aun se abriga alguna semilla de rencor en vuestro corazon, pedid al amoroso Maestro del cenáculo que os ayude á arrancarla y desarraigarla. Corred en estos dias de perdon y de misericordia á decir á aquella persona que hace el objeto de vuestro odio: hermano mio, demasiado tiempo hemos vivido enemistados. Olvidemos ya lo pasado. Yo os vuelvo todo mi amor; volvedme tambien vos el vuestro. Vamos juntos al Santuario de la paz. Imploramos allí el perdon de vuestras enemistades. Bebamos á los pies de un mismo altar y en un misma copa la sangre de la alianza, y pidamos al Cordero immaculado que selle con ella para siempre nuestra reconciliacion.

¡Dios mio! Oid los votos y las súplicas de vuestro Ministro. Enviad en abundancia sobre la tierra aquel fuego de vuestro divino amor que consume todos los odios, todos los rencores y todas las enemistades. Enviadle con abundancia sobre nuestros corazones, para que amandoos á Vos tiernamente y sobre todas las cosas, y á todos nuestros prójimos por Vos y como á nosotros mismos, merezcamos despues de esta vida, amaros y amar á nuestros prójimos eternamente en el Cielo. ASI SEA.

## SERMON

# DE LA PASION DEL SEÑOR.

—CORO—

*Humiliavit semetipsum, factus  
obediens usque ad mortem, mortem  
autem crucis. Ph. 2. 8.*

Se humilló á sí mismo, hecho  
obediente hasta la muerte, y muerte  
de cruz.

¡**Q**uien no supiere la gravedad de la culpa, venga hoy á ver la satisfaccion que de ella toma el Eterno Padre en la persona de su amantísimo Hijo! ¡Venga y verá como le hiere por la maldad de su pueblo! *Propter scelus populi mei percusi eum.* ¡Quien ignorare cual pára al alma el pecado, venga hoy á ver cual paró á nuestro adorable Jesus su satisfaccion! ¡Venga y verá á este Hijo del Cielo harto de oprobios, plagado de heridas, cubierto de sangre, y tan desfigurado que apenas puede ser conocido! *Et vidimus eum, et non erat aspectus.* ¡Quien no teme la soberana indignacion que merecen sus culpas, venga hoy á ver la demostracion que de ella se hace en el Santísimo Jesus por las ajenas! ¡Venga y verá como prende el fuego de la ira de Dios en la vara florida de la inocencia de Jesus, para inferir, como prenderá en el leño seco de la malicia del pecador! *Si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet?* ¡Quien no tiene bastante sufrimiento para llevar los trabajos y penalidades de la vida, venga hoy á animarse, viendo la mas asombrosa paciencia en los mas duros tormentos! ¡Venga y verá caminando á Jesus á la muerte, como un cordero al matadero! *Tamquam ovis ad occisionem ductus est, et non aperuit os suum* ¡Quien se precie de amante de Jesus,

venga hoy á ver el amor de Jesus y quedará confundido! ¡Venga y verá como se humilla y obedece por su amor hasta la muerte, y muerte de cruz! *Factus est obediens usque ad mortem, mortem autem crucis.* ¡Vengan todos á verlo todo en la tragedia mas lastimosa que jamás vieron los siglos, ni oyeron los hombres! *A saeculo non est auditum.*

¡Cielos! ¡Si este espectáculo tan lastimoso se grangease las debidas atenciones! ¡Si esta tragedia tan tierna y tan dolorosa se imprimiese profundamente en los corazones de los pecadores! ¡Qué pasares, que lágrimas, que frutos de penitencia no produciría! ¡Padecer hoy Jesucristo!! ¡Ofrecerse en sacrificio por los pecadores, cubierto de su propia sangre sobre el altar de la cruz! ¿Cómo puede haber quien no lllore culpas que son la causa de tan tremendo é inaudito sacrificio? Porque, amados de mi alma, ¿qué es lo que vemos hoy en Jesucristo? ¡Vemos un Dios sufriendo por la culpa los mas acerbos dolores! ¡Un Dios reparando la culpa con los mas profundos abatimientos! ¡Un Dios satisfaciendo por la culpa, segun la mas rigurosa justicia! ¡Un Dios humillado! ¡Un Dios padeciendo! ¡Un Dios muriendo!!!

En un dia como este, que nuestra Madre la Iglesia ha destinado á consagrar con un torrente de lágrimas la muerte de su amado Esposo, debería bastar que los ministros del Evangelio pusiesemos á la vista de los fieles la imagen de este Dios crucificado, y que les dijeseamos con el Profeta. ¡Mirad hombres con toda vuestra alma á este Dios muerto por vuestro amor! Registrad esos ojos eclipsados, esas manos taladradas, esos pies agujereados, ese costado abierto, esa cabeza inclinada, y todo ese bendito cuerpo atravesado de mortales heridas. ¡Miradle otra vez, y no os canséis de mirarle! No reprimais vuestro corazon. Dejadle obrar libremente y seguid los afectos lastimosos que en él se excitan. ¡Ah! Solo este espectáculo os moveria mas eficazmente que todas nuestras exhortaciones, y os hablaria con mas vehemencia que toda la elocuencia del mundo.

Porque... ¿qué podré yo decir, ni que podreis vosotros prometeros de mi pobre discurso y débil voz? Os veo congregados en este santo Templo y prontos á prorrumpir en un mar de lágrimas por la muerte de vuestro Redentor. Observo que sin el auxilio de mi voz se enternece vuestro corazon; que abre espontáneamente puerta franca al dolor, y que solo necesita de una mano diestra que acabe de enternecerle; pero yo me reconozco insuficiente para cumplir vuestros piadosos deseos. Porque... ¿cómo es posible pintar con dignos colores los tormentos de un

Dios crucificado? Suceso es este tan lastimoso, que solo puede explicarse con suspiros, con lágrimas y con un doloroso silencio. Si yo no siento vivamente los tormentos de mi amantísimo Jesus ¿cómo podré trasladar á vuestro corazon afectos que yo no experimento en el mio? y si yo he meditado bien esta lastimosa tragedia, yo no podré hacer otra cosa que suspirar y llorar con vosotros.

Sin embargo, conformandonos con el espíritu de nuestra Madre la Iglesia, sigamos los pasos de nuestro Divino Salvador en este memorable dia. Acompañémosle en los trabajosos caminos que emprende por nuestro bien, y ¡ojalá que nos sirva de guia el amor que le abrasa y lleva al calvario! Pero no esperéis hoy de mi otra cosa que una sencilla relacion de esta lastimosa historia. Profanaria en cierto modo mi ministerio, si quisiese vestirla con el ropaje de la elocuencia humana. El lenguaje de este dia es el lenguaje de los afectos dolorosos. Olvidaos, pues, de que me escuchais; yo tambien quiero olvidarme de que os hablo. Jesus humillado, Jesus padeciendo y Jesus muriendo será el único objeto que ocupe en este rato toda vuestra atencion y la mia.

¡Cruz adorable y santa! Tu, espero, que animes hoy mis palabras, y que alientes mi flaqueza. A ti, puesto que adoramos á un Dios crucificado, debemos dirigir hoy nuestros ruegos. Manifiéstanos, cruz bendita, los dolores de nuestro adorado Jesus crucificado, y pendiente de tus brazos. Ayuda á este afligido Ministro para referirlos, y á este piadoso auditorio para llorarlos. *¡O cruz! ave spes única, hoc passionis tempore, piis adauge gratiam, reisque dele crimina.*

---

Año de la creacion del mundo cuatro mil y treinta y tres, segun el cómputo comun, al cumplirse la semana setenta de la célebre profecía de Daniel, habiendo concurrido á Jerusalem una multitud casi infinita de personas del reino y de las naciones á la celebracion de la Pascua, un dia viernes, á los veinte y cinco de Marzo, como sienten graves autores, sucedió el caso mas lastimoso que se leyó jamás en los anales todos del mundo. ¡O dia digno de la memoria y veneracion de todos los siglos! ¡Dia en que la Sinagoga pierde á su predilecto Hijo, la Iglesia á su querido Esposo, el rebaño á su amado Pastor, y los discípulos á su Divino Maestro!

*Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem.* Sabiendo Jesus que habia llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, de dar cumplimiento á tantas profecias como se habian hecho en mas de cuarenta siglos acerca de su pasion y de su muerte, y que era aquella la de comenzar su sangrienta carrera; se levanta de la mesa, y sale del Cenáculo y de la ingrata Jerusalem.

¡O Jerusalem, Jerusalem! y con cuanta razon puedes llorar tu soledad y desamparo en este dia, en que te abandona tu verdadero Príncipe, tu Señor y tu Mesias! Cuando tu Rey Joacaz fué preso y llevado á Egipto, cuando fué muerto Joaquín, cuando fué privado de la vista y de la vida Sedecias, cuando tu famoso Templo fué repetidas veces destruido... todas estas y otras terribles desgracias, que has padecido en el discurso de tantos siglos, nada son comparadas con la que hoy te sucede por tu ingratitud.

Saliendo Jesus de tus muros ya nada bueno puede quedarte. Con él huye la autoridad, la abundancia y el sosiego. Habianse dicho cosas grandes de ti, Jerusalem, pero ya desde hoy no se dirán sino afrentas y desprecios. Eras antes la Ciudad de Dios, y ya eres un pueblo abandonado de Dios. Antes Ciudad pacífica, y ya el centro de la turbacion y el desórden. Antes Ciudad sabia, y ya Ciudad ciega y obstinada. Antes Ciudad santa, y ya Ciudad sacrilega y decidida. ¡Triste y desgraciada Jerusalem! ¡Qué bien vendrian aqui las lágrimas de Jeremias para llorar tu última desgracia!

Pero mientras que esta Ciudad criminal queda abandonada á un oprobio sempiterno, Jesus, el Divino Jesus, camina en medio de sus discipulos, y entre las sombras de aquella temerosa noche pasa el arroyo de los Cedros, sube el monte de las Olivas, entra en el huerto de Jesemaní, y despues de haber encargado á sus Apóstoles que velasen y orasen para que no entrasen en tentacion, se separa de ellos, y se interna en la soledad, llevando consigo á los tres amados discipulos Pedro, Juan y Santiago. Aun de estos se separa á la distancia como de un tiro de piedra, y alli comienza su oracion acostumbrada. ¡O soledad imperturbable, mansion de la paz y del sosiego! ¡Cuántas veces ha venido el amante Jesus huyendo del estrepito del mundo á desahogar en ti sus ardientes deseos? ¡Pero qué novedad es esta que observo! Jesus, la fortaleza y alegria de los Cielos, apenas ha dado principio á su oracion, cuando comienza á entristecerse y ponerse pálido. *Cœpit tristari et moestus esse.*

Siente en su alma un vivísimo dolor, se apoderan de su tier-

no corazón el temor y la tristeza, y no parece que se ha interesado en la soledad sino para entregarse más libremente á la pena y desconsuelo. Gime, se queja, se lamenta, suspira, y no pudiendo sostener la tristeza mortal que le acaba, se viene á sus discípulos, como buscando en ellos algún alivio á su pena. Mi alma, les dice, está sumergida en una congoja mortal. *Tristis est anima mea usque ad mortem*. Aliviad mi dolor, mis amados discípulos, y sostenedme en él. *Sustinete mecum*. Pero estos, entregados á un profundo y vergonzoso sueño, no le oyen. Apartase de ellos, como temiendo que le hubiesen sentido. Ya vuelve á la oración, ya vuelve á los discípulos. De los discípulos va á Dios, de Dios vuelve á los discípulos. Fijase al fin en la oración, crece el dolor, se aumenta, desfallece, empañanse los ojos, se le anuda la garganta, se le embarga la voz, y entre profundos é interrumpidos suspiros, apenas puede pronunciar estas lastimosas palabras: ¡Padre mio! (si es que en el estado, á que me hallo reducido, puedo apellidaros Padre) ¡Padre mio! Si es posible pase de mi este caliz. *Pater mi, si possibile est, transeat á me calix iste*.

¡Ay amados de mi alma! No me admira ya tanto un Dios padeciendo y muriendo, como un Dios temiendo y temblando. Que se quiebre la caña frágil á la violencia del viento; que se levanten torbellinos tan furiosos que no solo desgajen, sino que tronchen y arranquen los robustos cedros del Líbano; que sobrevengan peligros tan grandes que hagan temblar al hombre más animoso y valiente... no me maravilla. Porque al fin ¿qué viene á ser el mayor hombre del mundo? Un edificio de tierra que siempre flaquea por alguna parte y se inclina á sepultarse en sus propias ruinas. Pero ¡temer un hombre Dios! ¡temblar un hombre Dios! ¡entristecerse un hombre Dios hasta el extremo de sumergirse en una congoja mortal! Esto parece incomprensible. En manos de los verdugos; amarrado á la columna, y pendiente de tres escarpas, conserva una tranquilidad inalterable. ¿Qué es pues lo que aquí le ha cubierto de una tristeza de muerte? ¡Quisiera, Dios mio, poderlo imprimir con caracteres indelebles en el corazón de todos mis oyentes! ¿Qué es, pues, mis amados, lo que le tiene sumergido en una congoja mortal? No, no es tanto lo que le amenaza, como lo que ahora pasa por él. No por cierto, no es la muerte ignominiosa que le espera; es el pecado quien le tiene sumergido en esta congoja de muerte. Porque, amados de mi alma, el pecado y solamente el pecado es capaz de atemorizar á un hombre Dios, de consternar á un hombre Dios, y de transformar á un Dios felicísimo en un Dios afligidísimo.

Como Jesucristo habia salido fiador de todos los pecados del mundo, Dios puso sobre Jesucristo, dice Isaias, todos los pecados del mundo. *Posuit Dominus in eo iniquitatem omnium nostrum.* Por eso luego que entra hoy en el huerto y se pone en oracion, se presentan juntos y como en tropel á su imaginacion todos los pecados del mundo. Los pecados de todos los pueblos y los pecados de todos los reinos; los pecados de todas las edades y los pecados de todos los siglos; los pecados de todos los estados y los pecados de todas las condiciones; los pecados de los grandes y los pecados de los pequeños; los pecados de los ricos y los pecados de los pobres; los pecados de los que viven en las Córtes y las Ciudades y los pecados de los que habitan en las villas y los lugares: todos los pecados de todas las pasiones: todos los pecados de todos los pecadores. *Iniquitatem omnium nostrum.*

¡En qué angustias no quedaria sumergido este hombre Dios, cuando se mirase cargado con un mundo de pecados! ¡Qué pena para su alma bendita, para aquella alma mas santa y mas pura que los mismos Serafines, al verse cargada de todos los pecados del mundo! ¡Qué tristeza para el hijo de Dios verse delante de su Eterno Padre cargado con todos los pecados que ultrajan á su Eterno Padre! ¡Qué desconsuelo para el Salvador de los hombres verse agoviado con el peso de todos los pecados que condenan á los hombres. Pero... ¿á qué hombres? á los mismos hombres que va á redimir á costa de su sangre y de su vida.

Por eso nos le representa aqui el Profeta, exclamando entre amorosas ansias, y diciendo: ¿es posible que yo muera de dolor, y que haya de levantar otra vez la cabeza ese pecado, llorado con tantas lágrimas? ¿qué se hayan de repetir las ofensas contra mi Eterno Padre, á quien yo satisfago con tan profundas humillaciones? ¿qué se hayan de condenar todavia unos hombres, á quienes redimo con tan dolorosos sacrificios? ¡Es posible que yo haya vivido en pobreza, entre trabajos y lágrimas... que ahora muera entre desprecios, entre ignominias, angustias y tormentos... y todo esto por librar de un infierno eterno á los hombres, y no los haya de librar! ¡Y todo esto por darlos un Cielo eterno, y no lo haya de conseguir! ¡Luego en vano es mi sacrificio y mi muerte! *In vacuum laboravi.*

Pero ¡ay! que si mis lágrimas no apagan el fuego del infierno, le encenderan inmensamente. ¡Ay! que si mi sangre derramada no convierte á los pecadores, provocará terriblemente contra ellos la indignacion de mi Padre. ¡Ay hombres!!! Para saber cuanto padezco, era necesario que supieseis cuanto os amo! ¡Qué

dulce me seria la muerte, si ella hubiera de ser tan fructuosa para vosotros como ha de ser acerba para mí! ¡Ay de mí! ¡He de morir sin salvaros! ¡He de derramar mi sangre por vosotros, y esta sangre derramada solo ha de servir para que desde las venas de la tierra que la reciba clame contra vosotros!

Aquí el divino Salvador, sumergido en estos tristísimos pensamientos, se queda inmóvil, despidiendo profundos suspiros. Unas veces corren las lágrimas por sus venerables mejillas; otras se detienen, porque el dolor parece que seca el manantial. Ya recoge su aliento y sus fuerzas para poblar el aire de amorosas quejas; ya se sumerge en un congojoso silencio; ya levanta sus manos al Cielo en acción de suplicar; ya las deja caer desfallecidas hácia la tierra. Tal vez levanta sus ojos al Cielo y luego los cierra: apodérase la congoja de su alma y de su cuerpo; ¡y qué efectos os parece, mis amados, que causa! Rompense las venas, corre la sangre, empapanse las vestiduras, se encharca el suelo, desfallece el Señor, cae en una congoja mortal, y se pone en agonía. *Et factus est in agonía.*

Conjúrote, pecador, cualquiera que seas, aunque seas mas duro que el pedernal, conjúrote que detengas el paso por un instante en tu precipitada y funesta carrera. Dignate de mirar siquiera por esta vez á tu amantísimo Redentor, bañado en lágrimas, empapado en su propia sangre, y espirando por tu amor. Contemplale sumergido en un mar de amarguras, y casi difunto por darte la vida. ¡Ah! ¿Podrás contener tu llanto al contemplarle? ¿Será posible que lo que merece sus lágrimas no merezca las tuyas? ¡Pues qué! ¿No son tus culpas el motivo? Y yo, dulce Jesus mio, ¿no soy tambien la causa de vuestro llanto? ¡O mi adorado y piadosísimo Jesus! Tened misericordia de mí, y ya que os dignais llorar por mí, haced que yo lllore con vos; pues mis lágrimas sin las vuestras no me aprovecharan, y las vuestras sin las mías me perderan.

Aquí el Eterno Padre, viendo á su querido Hijo en tan lastimoso estado, envia uno de sus primeros Angeles para que le consuele y conforte: mas ¿cómo podrá consolar la criatura á su Criador, ni fortalecer al que con su fortaleza sostiene el universo? ¿Adónde vas Angel Santo? ¿Ignoras quien es ese á quien eres enviado? ¿No sabes que es el consolador universal, y el Dios de todo consuelo...? Pero este Ministro del Altísimo le consuela de un modo digno del Dios que le envia, y del Dios á quien es enviado.

Postrado en su divina presencia, adora su infinita Magestad, y lleno del mas profundo respeto: Vos, Señor, le dice, sois

omnipotente, y nada puede resistir á vuestra soberana voluntad. Vos no obstante, fatigado de la flaqueza de esa naturaleza humana que os dignasteis recibir, habeis pedido á vuestro Eterno Padre que, si es posible, pase de Vos este caliz; y vuestro Eterno Padre me envia á deciros: que no es posible. Acordaos, Señor, que Vos mismo lo decretasteis asi con vuestro Padre y Espíritu Santo. Seria desdoro vuestro no poner en ejecucion este soberano decreto. Es verdad que serán terribles vuestros tormentos, imponderables vuestras afrentas y espantosa vuestra muerte. Es verdad que por algun tiempo vuestra querida Madre quedará sin su amado Hijo; vuestro rebaño sin Pastor; vuestros discípulos sin Maestro; vuestros amigos afligidos, y triunfantes vuestros enemigos; pero bien pronto vuestra gloriosa resurreccion llenará de gozo á vuestra Madre y amigos, y de confusion á vuestros enemigos.

Con vuestra muerte, Señor, se dará cumplida satisfaccion á vuestra divina justicia, se manifestará mas y mas vuestra inmensa misericordia, se remediará el mundo, quedará vencido el demonio, acabada la muerte, reparado el Cielo, cumplidos los deseos y esperanzas de los Patriarcas y los Profetas, y vuestro nombre será ensalzado sobre todo nombre. Regareis la tierra con vuestra sangre, pero... ¿qué frutos tan copiosos no producirá este riego soberano? ¡Qué gloria para Vos! ¡qué reino para vuestro Padre! ¡y qué bienaventuranza para vuestros escogidos! Los hombres, Señor, os lo suplican, los Angeles lo rogamos, y vuestro Eterno Padre asi lo determina. Abrazad, Señor, el remedio de tantos males y el medio de tantos bienes... Aquí no pudiendo ya el Divino Salvador contener el fuego de aquella caridad con que nos amó hasta el fin, se levanta como un valiente capitán, determinado á destruir con su muerte la muerte del pecado.

Ya Judas el traidor tenia concertada desde el Miércoles la venta de su divino Maestro con los Escribas y Fariseos. Puesto en su presencia ¿qué me quereis dar, les habia dicho, y yo os le entregaré? Como si dijera: yo no quiero apreciarle. Por cualquiera cosa le venderé. En tan baja estimacion le tengo que por poco que me deis, siempre será sobrada paga. *¿Quid vultis mihi dare, et ego eum vobis tradam?* Y ellos le señalaron treinta monedas de plata. *At illi constituerunt ei triginta argenteos.* ¡O ingrato! ¡No debieras á lo menos, segun la ley del Deuteronomio, acudir primero á sus parientes, por si alguno queria comprarle! ¡Ah! Su Eterno Padre daria todos los tesoros del Cielo. Su tierna Madre daria sus tocas, su manto, la sangre de sus venas, daria su virginal corazon. Pero Judas acude á los Principes contra el verdadero

Príncipe y á los Sacerdotes contra el sumo Sacerdote. Desde que se convinieron en la venta, Judas solo buscaba oportunidad para entregarle. *Et exinde quaerebat opportunitatem ut eum traderet.*

El infame discípulo, acompañado de una turba de soldados y ministros, se dirigió en esta temerosa noche al huerto de las Olivas, que era el lugar donde Jesucristo acostumbraba á tener su oracion. Todos venian prevenidos con extraordinaria diligencia. Judas sin duda les aconsejaria esta prevencion. Yo le he visto, les habria dicho, yo le he visto mandar á los vientos y á los mares, y luego le han obedecido. Yo le he visto auyentar con sola una palabra á los demonios. Yo le he visto resucitar á los muertos y mandar á los Angeles... Aseguradle bien y llevadle con cautela. *Tenete eum, et ducite caute.* ¡Ah! ¡Vil! ¡Asi confiesas la divinidad del que has vendido por esclavo!

Prevenidos de esta suerte los ministros de Satanás, llegaron al sitio en donde Jesucristo habia hecho su oracion. A este tiempo el Señor habia despertado ya á sus discípulos, y animandolos al combate, levantaos, les habia dicho: ya se llegó la hora. Ved que se acerca el que me ha de entregar en manos de pecadores. *Ecce appropinquat, qui me traditurus est in manus peccatorum.* Acercose luego el traidor, y saludando al Señor con demostraciones de paz, le dió un beso en su Divino rostro, diciendo: Dios te guarde, Maestro. *Ave Rabi.* ¡Ah infame! Tu entregas á tu Divino Maestro con un beso malvado, y luego vendrá sobre ti aquella terrible sentencia: ¡ay del hombre por quien el hijo del hombre será entregado! *Vae homini illi, per quem filius hominis tradetur.* Sin embargo de que el Señor conoce su falsa salutación, recibe con suma benignidad el beso infame, y dirigiendo á Judas su divina palabra: Amigo, le dice, lleno de ternura y compasion, amigo ¿á qué has venido? *Amice ¿ad quid venisti?* ¿Es posible que entregues al Hijo del hombre con un beso? *¿Oculo filium hominis tradis?* Pero Judas se ha endurecido ya mas que un diamante. Judas ya nada oye, y con su falsa salutación abre la puerta á las potestades de las tinieblas para que se arrojen sobre su divina persona.

Mas antes que esto se verifique, el Señor se adelanta y pregunta á los ministros y soldados ¿á quien buscais con tanto aparato y diligencia? Ellos respondieron á Jesus Nazareno. Pues yo soy, les dice, y luego, retrocediendo precipitados, caen en tierra, como muertos. ¡O fuerza irresistible de la palabra Divina! ¿Adonde está, soldados, vuestro valor? ¿Qué se ha hecho ahora el poder tan ponderado del imperio romano? ¿A qué tanta pre-

vencion, y tanto estruendo de armas, si con sola una palabra habeis de quedar tendidos por tierra y confundidos? Dioles licencia el Señor para que se levantasen, y habiendoles vuelto á preguntar: ¿á quién buscais? ellos volvieron á responder: á Jesus Nazareno. Pues ya os he dicho: que yo soy, y puesto que es á mí á quien buscais, dejad á mis discípulos que se vayan libres.

Viendo estos que trataban de prender al Señor ¿qué hacemos? le preguntaron. ¿Herimos con espada? Pedro, que tenia una, la saca y sin esperar la contestacion del Señor, descarga su primer golpe sobre un criado del Pontífice llamado Malco y le corta la oreja derecha. Entonces Jesucristo que no queria defenderse, ni que le defendiesen, y menos con sangre, contuvo á Pedro, y le dijo: vuelve la espada á la vaina, porque todo el que á hierro mata, á hierro morirá. ¿Piensas que no puedo yo rogar á mi Padre, y me enviará mas de doce legiones de Angeles (mas de setenta y dos mil Angeles) que me defiendan? Pero entonces ¿cómo se cumplirán las escrituras que dicen que conviene que yo padezca? ¿Qué! ¿El caliz que me ha presentado mi Padre, no le beberé? Dicho esto, hizo traer á su presencia al herido y colocando la oreja en su lugar, luego quedó unida y Malco sanó. Apenas se comprende como los enemigos del Señor que habian caido como muertos á la sola palabra *yo soy*, y que acababan de ver la milagrosa union y sanidad de la oreja de Malco, no desistieron de su malvado intento; pero su desdicha estuvo en ser conducidos por un Apóstol traidor, y animados por Escribas y Fariseos. Curado Malco del golpe terrible que le habia dado Pedro, se dirigió el Médico Divino á la multitud y les dijo: con espadas y palos habeis salido á prenderme, como si fuera un ladrón, y estando yo todos los dias con vosotros, enseñando en el Templo, no me prendisteis; mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y dicho esto se dejó atar sin resistencia.

Aquí las entrañas se estremecen al contemplar atado al Hijo del Eterno Padre, pero era preciso que este Divino Cordero, sacrificado en sombras y figuras desde el principio del mundo, caminase atado á el altar de la cruz y fuese sacrificado en realidad sobre ella por la gloria de Dios y la salud de los hombres. Sale atado el Señor de su amada soledad entre soldados, ministros y un brutal populacho que con su algazara y gritería turbó el silencio de aquella memorable y temerosa noche. Si Cristianos, ya el inocente José va vendido; ya el valeroso Sanson camina atado; ya la misteriosa arca de la alianza es llevada cautiva... mas digámoslo sin figuras: ya nuestro amantísimo Jesus va en

manos de sus verdugos. ¡O mi adorado y dulce Dñeño! Atado, como un malhechor, rodeado de una turba enfurecida contra Vos, y arrastrado á la muerte por los impíos, siempre sereis para mi el objeto del mas tierno amor, y entre las ignominias de vuestra prision, un Dios mas grande, si asi puede decirse, que cuando resucitabais los muertos!

Se contaba en Jerusalem tan seguramente con la prision del Señor, que ya se habian tomado todas las medidas para instruir el proceso, y estaban tan resueltos á sacrificar al inocente, que solo se formaba para presentar alguna apariencia de orden. Poseian el sumo Pontificado en este tiempo dos sumos Pontífices, que turnaban por años en el ejercicio, y eran Anás y su suegro Caifás. Este á quien tocaba en este año, habia dispuesto que fuese llevado el Señor primeramente á la casa de Anás por si queria examinarle, y asi se hizo. No nos dicen los Evangelistas lo que pasó en casa de Anás, pero es sin duda que éste, como enemigo del Señor, tuvo gran complacencia en verle en su palacio maniatado é insultado. De la casa de Anás fué llevado á la de Caifás, que le esperaba con ansia y habia juntado un gran Concilio para juzgarle. Pedro y Juan, habiendo vuelto en si del espanto que les ocupó cuando prendieron á su Divino Maestro, le seguian en su penoso camino, pero á lo lejos, para no ser advertidos y presos por los soldados. Vieron que era llevado á la casa de Anás y poco despues á la de Caifás. Juan era conocido de este Pontífice y su familia, y no tuvo dificultad en llegarse á la puerta y llamar. Tampoco la tuvieron los criados en abrirle, pero no sucedió lo mismo á Pedro, el cual se vió precisado á esperar á la puerta, hasta que Juan intercedió por él, y se le permitió la entrada. Bien hubieran querido ir juntos los dos Apóstoles á lo interior del palacio para ver todos los sucesos; pero Juan no tuvo bastante ascendiente para internar consigo á Pedro, y este se quedó en el átrio entre los soldados, ministros, criados y la turba. Se estaba en el principio de la primavera y todavia hacia frio, particularmente de noche. Con este motivo encendieron lumbre en medio del átrio y se calentaban. Pedro por su desgracia se acercó tambien á ella y se calentaba.

El Señor habia sido llevado desde luego á la sala de la audiencia, donde le preguntó Caifás acerca de su doctrina, por si encontraba en sus respuestas alguna cosa de que poder acusarle; pero el Señor le remitió á que lo preguntase al público. Yo, le dije, siempre enseñé en las sinagogas y en el Templo, donde se juntaban todos los judios, y nada he hablado en oculto. ¿Por

qué me preguntas á mí? Pregunta á los que me han oído. Ellos saben lo que yo he dicho. Habiendo respondido el Señor de un modo tan sábio y modesto, uno de los criados del Pontífice, que estaba al lado del Señor, le dió una bofetada, diciendo: ¿asi respondes al Pontífice? ¡Santos Cielos! ¡Una bofetada en aquel hermosísimo rostro en que se miran los Angeles! ¡O mano cruel! ¿Qué has hecho? ¡Tu has sacado con afrenta y con dolor los colores al rostro de aquel en cuya presencia se arrodillan los Cielos y tiemblan los Serafines! A una injuria tan atroz no respondió el Señor, sino con la mayor dulzura. Si he hablado mal, le dijo, da testimonio del mal, y sino ¿por qué me hieres? El bárbaro criado del Pontífice debía ser castigado severamente por la indignidad con que habia tratado á un acusado en presencia del tribunal de su causa; pero no se pensaba en guardar las leyes ordinarias con un preso á quien se queria perder á todo trance.

El Pontífice y Concilio no se ocuparon de este exceso, y sí solo de buscar testimonios contra el Señor para sentenciarle á muerte; pero no los hallaban, aunque se presentaron muchos testigos, porque no se convenian en sus declaraciones. Vinieron, en fin, al Concilio dos falsos testigos y dijeron: nosotros le hemos oido decir: Yo puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres dias; pero tampoco era concorde su testimonio. Viendo Caifás que nada adelantaba, abandonó el exámen de testigos y acudió á la Autoridad. Se levanta del tribunal, y como un hombre asombrado de tantas acusaciones como se habian hecho contra el Señor, se acerca á EL, y le dice con un tono de Autoridad irritada: ¿Nada respondes á la multitud de cosas en que te acusan? Pero el Señor callaba. Entonces Caifás, para obligarle á responder, le conjuró, diciendo: Te conjuro por Dios vivo que nos digas, si eres tu Cristo, Hijo de Dios. Obligado el Señor por el honor de su Padre, en cuyo nombre se le conjuraba, respondió sin detenerse: Yo soy: y os aseguro que vereis al Hijo del hombre sentado á la diestra de Dios. Al oír Caifás estas palabras, se mostró lleno de horror, y rasgando sus vestiduras, exclamó: Blasfemado há. ¿Qué necesidad tenemos de testigos? Acabais de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Y respondieron todos: reo es de muerte. Caifás oyó la sentencia del Concilio con todo el contento que se puede inferir de su odio al Señor, y el Señor le escuchó con todo el aliento con que sufrió su rigor.

Desde este momento, en que fué condenado á morir el Señor, hasta el de su muerte, ya no experimentó sino los mas acerbos

dolores y los mas indignos ultrajes. Estaba la sinagoga tan sedienta de la sangre de su Mesias, que entonces mismo habria pasado á publicar la sentencia y á ejecutarla; pero Dios no lo queria así. El sacrificio del Cordero Divino debia identificarse con el sacrificio del Cordero pascual, y para esto era preciso que llegase la tarde del Viernes, en que este se sacrificaba. En este intermedio debian verificarse muchas profecias que tenian fijado en él su cumplimiento. Era tambien necesario contar con la aprobacion del Gobernador Romano para ejecutar la sentencia, y no lo era menos irritar al pueblo, que amaba mucho al Señor, haciendole creer: que el Señor era un blasfemo. Todo esto pedia tiempo, y como estaban resueltos á sacrificarle antes de la Pascua, juzgaron que no podian perder ni un momento, y determinaron no separarse sino para tomar algun descanso, quedando citados para volver á juntarse á el amanecer del dia siguiente, que era el Viernes, en el cual debia morir el Señor.

Concluida la fatal audiencia con declarar al Señor reo de muerte, le entregaron á la guardia y se retiraron á descansar, mientras que el Hijo del Eterno Padre iba á padecer por ellos. Luego fué bajado á el átrio y rodeado de los ministros y criados del Pontífice, tan irritados contra el Señor como habian visto á su amo; de los soldados de la guardia, que no lo estaban menos por tener que velar aquella noche por su causa, y del populacho que le ocupaba. Pedro aun se hallaba en el átrio. Bella ocasion para haberse acercado á su Divino Maestro á consolarle en su estado de confusion y desamparo, y declararse por su discípulo. Mas Pedro se hallaba poseido del miedo que le habia hecho desampararle en el huerto y seguirle despues solo á lo lejos; y no se atrevió á confesar que era su discípulo. Tomó el partido de callar, y este silencio fué la primera flaqueza que anunciaba su caída. Acaso pensaba salir con el disimulo del mal paso en que se hallaba; pero un silencio culpable no saca regularmente de unos apuros sino para meter en otros mayores. Por desgracia del acobardado discípulo, la criada portera pasó junto á él, y le preguntó: ¿Acaso eres tú de los discípulos de este preso? Terrible pregunta para un hombre lleno de miedo! Turbado Pedro, se halló como fuera de sí, y de un silencio culpable pasó á un lenguaje infiel. ¡Qué horror! El Príncipe de los Apóstoles niega á Jesucristo en su presencia; y delante de toda la multitud deja caer de sus balbucientes lábios estas terribles palabras. *No soy* (su discípulo.) Apenas negó Pedro al Señor cuando cantó el gallo la primera vez. Poco despues vino á el átrio una criada del Pontífice.

ficé, y como viese á Pedro, le miró con cuidado, y le dijo: Tu estabas con Jesus Nazareno, y Pedro le negó con juramento, diciendo: No le conozco, ni se lo que dices. Pasada como una hora, un criado tambien del Pontífice, pariente de aquel á quien Pedro habia cortado la oreja, y que habia oido la negacion de Pedro, le reconvinó, diciendo: ¿Pues qué no te ví yo en el huerto con el preso? Sin duda tu eres de ellos, porque eres Galileo y aun tu lengua te descubre. Entonces comenzó Pedro á jurar, anatematizar y hacer imprecaciones, asegurando que no conocia á tal hombre, y cantó el gallo segunda vez. ¡Dios Eterno! ¡Qué funesto es no resistir á los extravíos en su principio! Pedro los comienza por huir, cuando es preso Jesucristo; los continúa caminando á lo lejos, y callando en el átrio, cuando debia confesarle; y los concluye negándole, primero con un: *yo no soy su discipulo*, despues jurando que no le conoce, y últimamente protestando, anatematizando y asegurando hasta con imprecaciones que no conoce á tal hombre.

¡Qué encadenamiento de extravíos tan terrible! ¡Y cuál otro podia ser el paradero de Pedro, que el de Judas! Pero Jesucristo no está con Judas cuando se ahorca, ni mira á el mal ladron cuando blasfema; pero mira al buen ladron cuando suplica, y á Pedro cuando le niega. Pedro habia negado ya tres veces á Jesucristo antes que el gallo cantase la segunda, y se habia cumplido á la letra la profecía de su Divino Maestro, que le habia dicho: Antes que el gallo cante dos veces, tu me negarás tres; pero habria servido poco el canto del gallo, ni el cumplimiento de la profecía, que eran la señal de su caída, si Jesucristo no le hubiera dirigido una mirada, que le traspasó el corazon y sacó de su letargo. Jesucristo le mira y Pedro se convierte, y sale espantado de aquella habitacion funesta, donde habia padecido tan lastimosa desgracia, ahogado de pena y convertidos sus ojos en dos fuentes de lágrimas.

Entretanto que Pedro, saliendo del átrio, lloraba inconsolable su desgracia, los soldados, ministros, alguaciles, criados y toda la turba se ocupan en hacer sufrir al Señor cuanto pudieron imaginar de mas afrentoso y sensible. Hacen del Hijo de Dios una diversion bárbara y un entretenimiento cruel y toman por descanso cargarle de ultrajes. En medio de ellos se mantiene el Señor con un semblante grave y digno de la grandeza de su alma, y esta misma grandeza que conserva entre los insultos, aumenta el furor de sus verdugos. Unos le escupen en la cara; ¡Dios mío!!! Otros le dan fuertes bófetadas: ¡Cielos Santos!!! Y

otros cubriendo con un tupido velo su Divino semblante, le dan repetidos y crueles golpes, diciendo: Profetizanos, Cristo; ¿quién es el que te hirió? ¡Dueño amado!!! Bien podiais señalarlos, y reducirlos tambien á la nada; pero estaba cumpliendo el Señor las profecías y la voluntad de su Eterno Padre, y por eso nada decia, ni hacia. Este silencio y sufrimiento en vez de aplacar la cólera de aquellas bestias feroces, la irrita mas y mas. Redoblan las bofetadas y los golpes; renuevan las burlas y los ultrages, y un proceder tan cruel no cesa sino con aquella noche de horrores.

Apenas amanecia, cuando ya estaban reunidos los Príncipes de los Sacerdotes, los Ancianos del pueblo, los Escribas y Fariseos y todo el Concilio para seguir y concluir la causa de Jesus, y crucificarle antes que llegase la media tarde, en que principiaba la fiesta de la Pascua. Luego tomaron al Señor del átrio, donde habia sufrido tanto en aquella noche terrible, y le llevaron á la sala de la audiencia, en donde estaba reunido el Concilio. Volvieron á preguntarle si era el Hijo de Dios, y el Señor volvió á decir, que sí; haciendo la misma confesion que la noche anterior; confesion que, despues del cumplimiento de tantas profecías y de tantos prodigios, en prueba de esta verdad, solo podia mirarse como blasfemia por unos hombres enemigos de la luz y rebeldes á la verdad. Sobre esta segunda confesion confirmaron la sentencia de muerte que habian pronunciado la noche anterior, y ya solo pensaron en que la confirmase tambien el Presidente Pilato. Mandan á la guardia que tome al Señor, atado como estaba desde que le prendieron en el huerto, y se encaminan con Él al pretorio del Presidente. Iban en tropel, rodeando al Señor los Magistrados y toda la turba de sus enemigos gritando y cargandole de insultos.

Viendo Judas que el Señor iba á ser condenado á muerte, llevado de un pesar cruel, volvió á los Príncipes de los Sacerdotes y Ancianos que estaban en el Templo las treinta monedas en que se le habian vendido, diciendo: He pecado entregando la sangre de un Justo. Judas conoció la enormidad de su delito; pero no conoció que el mayor de todos los pecados á los ojos de un Dios que muere por la salvacion de todos los hombres, no era haber sido traidor, sino poner límites á la misericordia del Señor, y no arrepentirse. Los Príncipes y Ancianos no quisieron recibir este dinero, y respondieron á Judas con aquella frescura con que los perversos miran á los traidores cuando han cometido ya la traicion. ¿Y qué nos importa á nosotros que tu hayas pecado? Allá tu te entiendas. Entonces Judas, arrojando los treinta

dineros en el Templo, salió de él desesperado y se ahorcó. Un pesar tan amargo le habria podido salvar, si hubiera sido apoyado con la esperanza y confianza en Dios, pues no hay pecador por grande que sea á quien el verdadero arrepentimiento no vuelva á la amistad de su Dios. Judas, aunque mas culpado que Pedro, con haber llorado y esperado como él, nos habria dejado el consuelo de bendecir las misericordias del Señor sobre este gran pecador; pero Judas desesperó y se ahorcó. ¡Muerte horrible! que no tiene semejante en el mundo, si se consideran todas sus circunstancias.

Habiendo tomado los Príncipes el dinero que arrojó Judas en el Templo; no es lícito, dijeron, poner este dinero en el tesoro del Templo, porque es precio de sangre. (¡Hipócritas!) ¡Después de haber comprado con aquel mismo dinero la sangre del Justo de los Justos, hacen escrúpulo de ponerlo entre el dinero del Templo! Y compraron con ello, dice el Evangelista, la tierra de un Alfarero para sepultura de los peregrinos, cumpliendo, sin saberlo, la profecía hecha por Jeremías hacia ya mas de seis siglos.

Tenia Pilato su tribunal en Jerusalem, y á él llevaron los judios al Señor para que confirmase la sentencia de muerte. Era Pilato un hombre naturalmente recto, pero tímido, y su timidez le hizo injusto. Una multitud de judios, congregados en Jerusalem para celebrar la fiesta de la Pascua, iba en tumulto á apoyar la peticion de sus Gefes, y dispuesta á un alboroto en caso necesario. Aun era muy temprano cuando los enemigos del Señor llegaron al palacio de Pilato con su Divina víctima. Tenia este palacio delante de sí una gran plaza, en la que se presentaron los individuos del Concilio y la multitud que les seguia. Jesucristo fué llevado á la audiencia de Pilato, pero sus acusadores se escusaron de entrar en ella, porque tenian que comer la Pascua y se contaminarian si entraban en la habitacion de un incircunciso, como lo era Pilato. Tenia el palacio una galeria ó balcón, cubierto, que dominaba la plaza donde estaban los enemigos del Señor. Salió Pilato á este balcón y, dirijiendo su palabra á los Magistrados, Ancianos, Escribas, Fariseos, Principes de los Sacerdotes y Doctores de la ley, porque todos se hallaban allí acusando al Señor juntamente con la plebe, y les preguntó: ¿qué acusacion traeis contra este hombre? Si no fuese malhechor, le contestaron con altivez, no te le hubieramos entregado. Pues bien, les dijo Pilato: si estais seguros de que es un malhechor, tomadle y juzgadle vosotros segun vuestra ley. No, dijeron al

momento; á nosotros no nos es lícito matar á ninguno (y en esto dijeron verdad; por que habia salido ya el cetro de la casa de Judá, segun la profecia de Jacob). Los judios querian que muriere Jesucristo, pero querian que le condenase á muerte Pilato. Dejándolos este en la plaza, vuelve á la audiencia ó pretorio, y llamando á parte á Jesucristo: ¿Tú eres, le preguntó, el Rey de los Judios? Tu lo dices, le contestó el Señor; pero mi reino no es de este mundo; si fuese de este mundo, mis Ministros pelearian para que no fuese entregado á los judios. ¿Luego tú eres Rey? dijo Pilato. Tú dices que yo soy Rey. Entonces Pilato volvió á presentarse á los judios, diciendo: Yo ninguna causa hallo en este hombre. Pero ellos levantando mas el grito, clamaban, diciendo: Tiene alborotado el pueblo, y decian otras muchas cosas. ¿No oyes, dijo Pilato al Señor, cuantos testimonios dicen contra tí? Pero el Señor guardaba tan profundo silencio que Pilato estaba en gran manera admirado.

Quería Pilato soltar al Señor, y tomaba medios para no echar sobre sí el sacrificio de un inocente; pero lo conocieron los judios, y aumentaron sus gritos, diciendo: Vos no sabeis quien es ese hombre. Él principió á sembrar sus máximas en la Galilea, y ha venido derramandolas por toda la Judea hasta llegar á el atrevimiento de predicarlas aqui en Jerusalem, capital del reino. Cuando oyó Pilato hablar de la Galilea, creyó que podria salir del apuro en que se hallaba. Preguntó si Jesus era Galileo. Es, le dijeron, natural de Nazaret, Ciudad de la Galilea. Jesucristo era natural de Belen, pero los judios creian que lo era de Nazaret, porque alli se habia criado. Sabido por Pilato que Jesucristo pertenecia á la jurisdiccion de Herodes, Gobernador de la Galilea, y que este se hallaba á la sazón en Jerusalem, luego se le envió escoltado y atado como estaba, siguiéndole en tropel sus acusadores.

Fué grande el contento de Herodes cuando le prescataron al Señor. Había mucho tiempo que deseaba verle, porque habia oido decir de Él muchas cosas y esperaba que hiciese algun milagro en su presencia. Estaba la multitud, y particularmente los Escribas, Fariseos y principales del pueblo, acusando fuertemente y sin cesar al Señor delante de Herodes; pero este no hacia caso de sus declamaciones y gritos; todo su empeño era lograr que el Señor hiciese algun milagro en su presencia. Para esto le hizo muchas y variadas preguntas, pero el Señor nada respondia. Vió Herodes que estaba muy lejos de conseguir un milagro de quien no conseguia ni aun una respuesta, y picado de este silencio,

que miró como un desprecio, le insultó con toda su Corte, le escarneció, le trató de fátuo, y mandó que le vistiesen de una ropa blanca, como á loco, y le volviessen á Pilato.

Herodes y Pilato, que eran antes enemigos, se hicieron amigos con este motivo, y este fué el fruto que cogió Pilato de una remision que habia de ser tan inútil para él, como afrentosa para el Señor. Volvieron sus acusadores del palacio de Herodes al de Pilato con el mismo alboroto que habian ido y se fijaron otra vez en la plaza delante del balcon del Presidente. El Señor fué llevado á la sala del pretorio, donde habia estado antes, y Pilato volvió á presentarse á los Príncipes de los Sacerdotes, á los Magistrados y á la plebe, y les dijo: Vosotros me habeis entregado este hombre como pervertidor del pueblo, y habiendole yo preguntado delante de vosotros, no he hallado culpa alguna de aquellas en que le acusais; y ni Herodes (que como judío sabe mejor vuestras leyes) á quien os he remitido con Él, ha hallado causa alguna de muerte. Vosotros tenéis de costumbre que se os suelte un reo por razon de la Pascua, cualquiera que vosotros querais. Estaba preso un reo muy perverso, llamado Barrabas, que habia cometido un homicidio en un alboroto.

A este eligió Pilato para que escogiesen entre él y Jesucristo, contando tanto mas segura la libertad del Señor, cuanto Barrabas era mas detestable. Cuando Pilato estaba ya sentado en su tribunal para oír la eleccion que hacia el pueblo entre Jesus y Barrabas, tuvo que retirarse para oír á un enviado de su muger, por el que le decia: Nada tienes tú con ese Justo, porque he padecido hoy muchas cosas por causa de él. Esperaba Pilato librar al Señor, y no le puso en gran cuidado este aviso.

Volvió á sentarse en el tribunal, y teniendo á su lado á Jesus y á su vista aquel pueblo alborotado que sabia quien era Barrabas, por la publicidad de sus delitos, le dijo: ¿A quién queréis que os deje libre, á Barrabas, ó á Jesus, que se llama Cristo? Parecia no haber duda en la eleccion, pero Pilato quedó sumamente sorprendido, cuando oyó clamar de todas partes á una voz: deja libre á Barrabas. ¡Qué confusion! ¡Qué oprobio para Jesucristo, que estaba presente, ver que se posponia su inocencia y santidad infinita, á las maldades y perversidad de un Barrabas! ¿Pues qué haré, dijo aqui Pilato, de Jesus, que se llama Cristo? Que sea crucificado, respondieron todos. ¿Qué mal ha hecho? volvió á preguntar Pilato. Mas ellos gritaban; que sea crucificado. Insistiendo Pilato en soltar á Jesus, les habló segunda vez; mas ellos volvieron á dar voces diciendo: Crucificalo, crucificalo.

Por tercera vez les dijo Pilato ¿pues qué mal ha hecho? yo ninguna causa de muerte hallo en Él. Le castigaré, pues, y le soltaré; pero ellos pedían á grandes voces que fuese crucificado y prevalecían sus voces. Viendo Pilato que nada adelantaba, y que crecía cada vez mas el alboroto, tomando agua, se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este Justo: allá os lo vereis vosotros; y respondió todo el pueblo: Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos. ¡Imprecacion espantosa, que tuvo, tiene y tendrá el mas terrible cumplimiento! Entonces Pilato determinó que se hiciese lo que le pedían y soltó á Barrabas, dejando preso al Señor para crucificarle, sino podia aun librarle.

Ordenaban las leyes romanas que los que hubiesen de morir crucificados, fuesen primero azotados, mas por ignominia que por tormento. De este medio quiso valerse la humanidad y compasion de Pilato, como de último esfuerzo para librar al Señor; pero lo hizo de un modo que su humanidad vino á ser la inhumanidad mas cruel, y su compasion para con el Señor el mas terrible de sus tormentos. Quiso enternecer las entrañas de sus enemigos y librarle por este camino de la muerte; mas eran de pedernal, ó de aquella clase de piedras que, segun dicen, se endurecen mas bañandolas en sangre. Mandó á las guardias que bajasen al Señor á el patio para azotarle; pero previniendoles: que no le azotasen como á los reos comunes, sino con tanto rigor que á su vista no pudiesen dejar de enternecerse los corazones mas duros: que solamente cuidasen de no quitarle la vida, y que le volviesen á su presencia. Aun esperaba Pilato sacar algun partido de esta crueldad.

Sabia Jesucristo cual habia de ser el fruto de este tormento, pero se sometió á él en silencio, no para aplacar el furor de sus enemigos, sino para dar cumplimiento á las profecías, y satisfacer al Cielo por nuestros pecados en su bendita carne. Tan cruel fué el tormento de los azotes, que no se puede escribir sino gimiendo, ni leer sino derramando un mar de lágrimas. Bajan al Señor á el átrio, le desnudan de sus vestidos, dejan expuesto brutalmente á las miradas de todos el hermosísimo cuerpo del Hijo de la Virgen, le atan á una columna, descargan una lluvia de azotes sobre sus delicadísimas carnes, las muelen, las abren, las despedazan, y la sangre chorrea por todas partes.

Acercaos, amados de mi alma, acercaos á esa temerosa columna. ¿Conoceis al inocente que se halla atado á ella? Yo si, yo le conozco, responde aqui con viveza San Bernardo. Yo le co-

nozco; y por eso le conozco, porque está tan desconocido; porque registro en él aquel varon de dolores, vaticinado por los Profetas; aquel varon tan desfigurado que no quedaria rastro de su semblante; aquel varon tan desconocido, que estaria con nosotros y le andariamos buscando; que le tendriamos presente y preguntariamos por él. *Et vidimus eum, et desideravimus eum.*

Pero ¡qué lastima! mis amados. Todo su bendito cuerpo no es ya mas que una gran llaga. No hallan donde herir los verdugos, y con todo eso no cesan de descargar golpes, ni alzan mano á los azotes, sino para reservarle á otros nuevos é inauditos tormentos. En efecto, como Jesus es el Señor de los Cielos y la tierra, y el verdadero Rey de Israel, no contentos aquellos hombres crueles con haberse mofado de su poder, le insultan como Rey. Le desatan de la fatal columna, le visten de un manto de escarnio, le ponen una caña por cetro en la mano, y tejiendo una corona de agudas y penetrantes espinas, se la clavan en su divina cabeza, con tanta violencia, que saltando la sangre por todas partes, se ve de repente cubierto y empapado en ella desde lo mas alto de la cabeza hasta las plantas de los pies. Con la sangre que cae por todas partes, se cubre aquel semblante mas hermoso que todos los semblantes de los hijos de los hombres: se apagan aquellas miradas que convertian á los discipulos infieles, y hacian caer en tierra á los ministros y soldados; y aquella cara Divina en que desean mirarse los Angeles, no es ya mas que una masa informe de sangre coagulada.

Venid aqui, Cristianas en el nombre y paganas en el porte; venid á ver al Rey Salomon con la corona que le ha puesto su Madre la sinagoga en el dia de su pasion. Cotejad esa soberbia con que adornais vuestras cabezas, con la corona de espinas que ciñe y ensangrienta la de vuestro Redentor. ¡Podréis sufrir comparacion tan terrible! ¡Dios piadoso! Haced que á la vista de vuestro Hijo Soberano, coronado de penetrantes espinas y cubierto todo de sangre; el dolor, la pena, el sentimiento y el llanto se apodere de su corazon y forme tantas Magdalenas penitentes, como Magdalenas pecadoras se presentan en estos dias, con escandalo del cristianismo, á insultar otra vez á vuestro adorable Hijo en su pasion y su muerte.

En tan lastimoso estado lleva la guardia al Señor al pretorio de Pilato, y este le presenta á sus enemigos, diciendo: *Ecce homo.* Ved al hombre; como si dijera: Ved al Mesias prometido, al restaurador de Sion, al consuelo de Israel, al Hijo del Altísimo; y ved que de tantos títulos magníficos solo le queda el de

hombre, y de hombre moribundo. *Ecce homo*. Nada tengo que deciros á vosotros almas piadosas que veis á vuestro amantísimo Jesus cubierto de heridas y de sangre, pues vuestro corazon no podrá desahogarse sino vertiendo un torrente de lágrimas. *Ecce homo*. Y vosotras almas desgraciadamente cautivas de vuestras pasiones, volved los ojos á este Dios moribundo. ¡Ah! ¡Podreis en algun tiempo mitigar vuestro dolor sabiendo que vuestras culpas le han puesto en tan lastimoso estado! *Ecce homo*. ¡Cristianos de cualquier clase y condicion que seais! No os diré ya que mireis á vuestro Dios; solo os diré con el Apóstol, que mireis al Esposo de vuestras almas, á quien ofrecisteis un amor eterno en el Bautismo. Mirad el lastimoso estado á que se halla reducido vuestro querido Esposo. *Ecce homo*. Y á vosotros, perdidos judios ¿qué os diré? ¿Os diré que este es el verdadero Mesias y el Justo prometido al mundo? Pero no... solo os diré que es un hombre; y un hombre de vuestra misma nacion; y un hombre descendiente de Abraham, de Isac y de Jacob; y un hombre de la sangre Real de David y de la Sacerdotal de Aaron. ¡Pero qué he dicho! Ni aun hombre es, pues solo conserva de hombre una triste figura y una sombra vana. Apenas le queda una respiracion de vida que está para exhalar. ¿Le negareis, hombres inhumanos, el pequeño consuelo de que tarde un poco mas en morir, y de que muera con menos tormentos?

○ ○ ¿Pero qué nuevas furias agitan á Jerusalem? ¿Qué odio tan implacable es este que se ha apoderado y arde en los corazones de todos? Crece el tumulto del pueblo vehemente é impetuoso en sus deseos; se enfurece; asegura á Pilato en su conciencia tímida y consternada; le anima á la maldad, y le obliga á firmar una sentencia sacrílega y deicida. ¡O promesas hechas al pueblo escogido! ¡O Abraham! ¡Tu que tanto deseaste ver el dia del Señor, y que habiendole vislumbrado allá en siglos muy remotos, te llenaste de una alegría indecible! ¿Fué por ventura este el dia que te era manifestado entonces? ¡O Patriarcas! ¡O Profetas! vuestro pueblo, vuestros mismos hijos piden la muerte del Justo, esperado por tantos siglos, y para colmo de su horrendo crimen, se les otorga su peticion. *Et tradidit eis illum, ut crucifigetur*.

Apenas se pronuncia la sentencia, que no obstante ser la mas injusta que se ha dado ni dará jamás en el mundo, fué consentida por el Señor sin apelar, para enseñarnos á llevar con paciencia las injusticias de los hombres. Apenas, digo, se pronuncia la sentencia, cuando le desnudan de la púrpura de que por escarnio le habian cubierto, y le vuelven á poner sus propios ves-

tidos para que sea conocido de todos. Tan desfigurado, amados de mi alma, tan desfigurado estaba aquel Divino semblante, que ya solo por los vestidos podía ser conocido. Traen al punto las cruces para el Redentor, y para los dos ladrones sentenciados al mismo género de muerte, á fin de oscurecer con su infame compañía la fama de Jesucristo. ¡O Cielos y como se encrucece esta dolorosa tragedia! ¡Qué pasos tan lastimosos no se suceden sin cesar! ¡Quién podrá seguir refiriéndolos y contemplándolos sin que le ahogue la pena, el sentimiento y el llanto!

Pero ¡ó Cielos! ya cargan sobre los delicados y llagados hombros del Hijo de la Virgen el pesado leño: ya se abren las puertas de Palacio: ya comienza la confusa gritería: ya se oye el pregon de la sentencia, en que declaran al inocentísimo Jesus por un sedicioso, blasfemo y enemigo del César; ya en fin sale el Hijo del Eterno Padre del Palacio de Pilato, cargado con su enorme cruz, y rodeado de ministros de soldados, y de un pueblo amotinado.

Amados de mi alma, ya sale el Justo Abel, porque le lleva su hermano Cain al campo para quitarle la vida. Ya sale el inocente Isac, y camina al sacrificio, cargado con la misteriosa leña en que ha de ser sacrificado. Asi echan de los Reales al purísimo Jesus, como si fuera un leproso, porque se ha cargado con la lepra de nuestras culpas. ¡O amor divino y sin igual!!! De esta suerte, mis amados, iba el Rey de Cielo y tierra cargado con su enorme cruz, tomando posesion de su principado, y llevando sobre sus hombros todo su señorío. De esta suerte iba el misterioso Moisés, abriendo camino por lo profundo del mar con la vara de la cruz para dar paso al pueblo escogido á la tierra prometida. De esta suerte iba el valeroso Sanson y Divino Nazareno, cargado con las puertas de Gaza subiendo hasta la cumbre del monte. De esta suerte iba el valiente Josué, haciendo ostentacion de su poder contra el infernal Amalec... cuando se encuentra con su Santísima Madre en la calle de la amagura.

¡Cielos!!! ¡Qué encuentro tan lastimoso; pero qué cruel! ¡Quién podrá declarar lo que aquí pasa! ¡Miránse Hijo y Madre cara á cara! ¡Eclípsanse aquellas dos lumbreras del Cielo, y sus corazones quedan traspasados de dolor y sumergidos en un profundo y congojoso silencio! Ninguno habla porque el dolor lo impide, mas al fin el amor rompe y la ternura se explica.

Madre mia, dice el Hijo, Madre mia, amada mia y querida de mis ojos ¿por qué habeis venido hoy á este lastimoso sitio? Vuestro dolor acrecienta mis dolores, y vuestro tormento mis tormentos. Volveos, Madre mia, á vuestro inocente retiro, pues

no corresponde á vuestro decoro virginal compañía de homicidas y ladrones. Volveos, Paloma mia, al arca hasta que cese este diluvio de sangre, porque no ballareis donde sentar vuestras virginales plantas sin que queden ensangrentadas. Volveos, Señora mia, á vuestro amado retiro. Allí, entregada á la oracion y contemplacion acostumbradas, beberéis como pudiereis este amarguísimo caliz. ¡O, Hijo mio! ¡O amado de mi alma, dice la Madre anegada en un mar de lágrimas! ¡Ay! ¡Hijo de mis entrañas! ¿Por qué me aconsejais que me aleje de vuestra Divina compañía? Vos sabéis, amado mio y Dios mio, que no hay para mi otro oratorio que estar donde Vos esteis. Si ahí dentro de vuestro sagrado corazon me recibiereis, ahí con Vos crucificado, seré yo crucificada, y con Vos sepultado, sepultada. Con Vos beberé la hiel, con Vos penaré en la cruz, y con Vos espiraré.

Entre tan tiernos y lastimosos coloquios, caminaban al Calvario estas dos Divinas víctimas. El Hijo agobiado con la cruz, titubeando con su enorme peso, tropezando, arrodillando y cayendo, y dejando regado el camino con su sangre; y la Madre traspasada de dolor, viendo y presenciando los tormentos de su querido Hijo sin poderselos aliviar, y estampando sus virginales plantas en la sangre que va derramando su Amado.

De un modo tan lastimoso caminan al sacrificio estas dos víctimas, y al fin llegan al Calvario; pero... ¡cómo! el Hijo, desfigurado, cubierto de polvo, de heridas y de sangre, exhausto de fuerzas y moribundo; y la Madre pálida y mortal. ¡Qué lastima! ¡Qué compasion! Pero ¡ay! amados de mi alma, que la compasion se ha ausentado hoy de la tierra. Nada entenece ni ablanda los acerados pechos de sus verdugos. Para descanso, mandan tender sobre la cruz al fatigado y moribundo Jesus. Le cosen á ella con gruesos clavos, la levantan en alto, y para echar el resto á su crueldad, la dejan caer de golpe en el agujero de la peña, en que ha de quedar enarbolada. Con el terrible golpe se estremece todo el cuerpo, se abren todas las heridas y el moribundo Jesus queda cubierto de nuevo con su propia sangre.

La Madre se ha puesto al pie de la cruz, y se va empapando de la que cae de su amado Hijo. ¡Dios eterno! ¿Cuándo vieron ni volveran á ver los siglos un sacrificio tan lastimoso? El Sol y la Luna, dice el Profeta, se han colocado en un mismo lugar. ¡Pero ay! que el Sol se ha convertido en tinieblas y la Luna en sangre! Jesus está oscurecido con su sangre, cuajada y denegrada, y María está ensangrentada con la que aun está vertiendo su Hijo. Pero ¡qué pavor! desde el momento que es crucificado el Señor,

toda la tierra se cubre por tres horas de tinieblas hasta que espira.

Acercate tú alma cristiana, y siguiendo esa melancólica y dudosa luz, que, repugnándolo, despiden las amortiguadas estrellas, busca á Jesus. Abí le tienes pendiente de tres escarpías. *Atende et vide.* Contempla á tu Redentor anegado en un mar de tormentos, sumergido en la oscuridad de una noche, y desamparado de todos. Escucha como envía sus dolorosos y tiernos suspiros al Cielo y á la tierra. ¡Pero ¡ay! que nadie le oye! Cuanto le rodea, observa un profundo silencio. Tiende por todas partes su vista moribunda, y se encuentra en una soledad espantosa. Pues ¿adónde estais, discipulos del Señor? ¿Qué es de vosotros, Apóstoles de Jesus? ¿Le dejareis solo en medio de sus tormentos? ¿Pero qué digo? Ojalá que Jesus se viese desamparado de todos. Le serian mas tolerables sus dolores y congojas si los padeciese solo: pero la constancia de los amigos que le acompañan, le causa mayores sentimientos que la deslealtad de los que le han desamparado.

Porque un discípulo amado, una amante Magdalena, unas piadosas mugeres... María, la tristísima María, aquella afligidísima Madre al pie de la cruz de su amado Hijo, y este su amado Hijo colgado de la cruz, y vertiendo sangre... ¡Dios mio! ¡Qué sacrificio tan riguroso no exigís de tal Madre y de tal Hijo! Amados míos, que santo es el fuego en que se abrasan y consumen estas dos víctimas, pero ¡qué cruel! María no se explica, porque hay penas que se encarnizan en el corazón y no permiten ni aun el alivio de trasladarlas á la lengua; y Jesus, desatendido, sufre por espacio de tres horas el desamparo del Cielo y de la tierra, y al cabo exclama: ya todo se acabó.

He llegado al término de mi espantosa carrera. ¡O amor! ¡O inflexible amor! ¡O riguroso amor! Ya nada tienes que pedirme, puesto que yo nada tengo ya que darte. Solo me queda un alma sumergida en un mar de tormentos, acaba ya de herirla mortalmente y sacrifica la víctima... Envía luego el amantísimo Jesus un poderoso clamor al Cielo, diciendo: Padre: en vuestras manos entrego mi espíritu; y diciendo esto, inclinó su Divina cabeza y espiró. *Et haec dicens, spiravit.*

Aquí se estremeció el orbe, tembló la tierra, se oscureció el Sol, se rasgó el velo del Templo, se partieron las piedras, se abrieron los sepulcros y toda la naturaleza gimió de sentimiento. ¡Así se consumó la obra de la redención!!! ¡Pero á cuanta costa! Lo habeis oido, Cristianos. Recordad los pasos del Hijo de Dios

desde que suda sangre en el huerto hasta que espira en la cruz. ¡Cuántos insultos! ¡Cuántos vituperios! ¡Cuántas burlas! ¡Cuántas afrentas! ¡Cuántos dolores! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántas congojas! ¡Cuántas agonías! ¡Cuánta sangre! ¡O pecado! ¡O mancha del pecado, que no se borra sino con la sangre, con toda la sangre de un hombre Dios! ¡O mi querido Redentor! ¡O mi adorado Jesús! ¡O Dios de mi corazón! ¡Yo me uno á Vos en el camino del Calvario! ¡Yo voy con Vos al monte del sacrificio! ¡Yo me arrodillo al pie de vuestra cruz para recibir sobre mi cabeza pecadora vuestra misericordiosísima sangre! Yo me aflijo, Dios mío, yo lloro al veros espirar ¡y ojalá que yo espirase con Vos al veros morir! ¡O mi querido Jesús! ¡Concededme un corazón tan compadecido de vuestras penas, como afligido por mis pecados, que fueron la causa de ellas! ¡Concededme un corazón apenado por vuestros trabajos, agradecido á vuestros dolores y abrasado en vuestro amor! ¡O Virgen piadosísima, mi querida Madre! ¡Alcanzadme de vuestro misericordiosísimo Hijo estas gracias! Alcanzadlas también para todos los hijos que os encomendó desde la cruz.

¡Jesús Divino! ¡Salvador adorable! (aquí se puede usar el Crucifijo y decir lo que Dios inspire al predicador) por vuestra dolorosísima pasión y acerbísima muerte concedednos un dolor de nuestras culpas que se asemeje en algo al vuestro. Concedednos, Señor, que vivamos el resto de nuestros días en vuestra Divina gracia, para que merezcamos vivir con Vos en la gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DE LA RESURRECCION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

—\*—

### SOBRE LA INCRECULIDAD.

*Surrexit Dominus verè. Luc.*  
24. 34.

Resucitó el Señor verdaderamente.

**Y**a en fin, Cristianos, pasaron los dias de dolor y de ignominia. Jesus no es ya un Dios desconocido y humillado. Jesus no es ya un Dios que con su silencio parecia justificar la maldad de los que le quitaban la vida. Jesus no es ya el Dios de la cruz y del sepulcro. Jesus es ya el Dios de la resurreccion y la victoria. Jesus es ya el Dios fuerte y poderoso, el Dios árbitro de los sucesos humanos, el Dios triunfador del mundo y de sus atrocidades. Jesus es ya el Sol de justicia que todo lo ilumina. Pero ¡qué es esto! El incrédulo Israel se empeña en cerrar los ojos por no ver este Divino Sol; no quiere reconocer á su libertador resucitado, y se obstina en no creer lo mismo que está viendo. ¡Espantosa ceguedad! Mas no hay que estrañarla, Católicos; porque esto que sucedia hace mas de diez y ocho siglos en el pueblo de Israel, es lo mismo, y aun menos, que lo que en nuestros dias está sucediendo en el pueblo Cristiano; y hasta en la Católica España. ¡Desgracia indeciblemente lastimosa! ¡Desgracia increíble, sino se estuviera palpando! ¡Desgracia que ni aun imaginar pudieron nuestros Padres!

Vosotros, Españoles, íncultos en la fé, que vivís afligidos y horrorizados al ver que la incredulidad, esta fiera singular, se ha introducido en esta preciosísima porción de la heredad del Señor, esperais sin duda algun consuelo de mi ministerio en esta parte. Vosotros teneis un derecho á esperarle; es verdad: y en mí hay una obligacion á procurarosle, pero yo apenas le encuentro. Sin embargo, despues de muy pensado el asunto, me ha parecido que podrá serlo el presentar á vuestra vista el origen de la incredulidad. Para esto procuraré haceros ver, y será mi principal asunto; procuraré haceros ver que no se forma por la razon, sino por las pasiones desordenadas. Cuando hayais oido las pruebas de esta verdad, espero que habeis de experimentar una gran satisfaccion y cobrar á la incredulidad un horroroso aborrecimiento, y ved ahí el medio que yo he hallado para daros algun consuelo.

Si este sermon fuese inútil para los incrédulos, que acaso ninguno vendrá á oírle, y si el Señor por mi indignidad y para su desgracia, no me concediese que asistan, que presten benigno oído á mis palabras y que despierten de su funesto sueño, al menos yo me consolaré con la dulce esperanza de que á vosotros os concederá que os confirmeis mas y mas en la religion adorable que habeis recibido del Cielo; que vivais mas y mas reconocidos al Soberano dispensador de tanto bien; y que le sirvais con un corazon fiel, agradecido y constante.

Mas para que yo desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan importante, necesito los auxilios de la gracia. Ayudadme á pedirlos al Divino resucitado por la intercesion de su Santísima Madre. AVE MARIA

### *Surrexit...*

Para aborrecer y detestar la incredulidad es necesario conocerla bien; porque, segun San Ambrosio, la incredulidad nada es menos que eso, de que ella tanto se gloria. Robustez de entendimiento, fuerza de la razon, altura de ingenio que se sobrepone á los errores del pueblo... Tales son los títulos pomposos, con que se aplauden á sí mismos los incrédulos, pero venid conmigo, Católicos. Corramos hoy este fatal y mentiroso velo. Descubramos la incredulidad de los Eseribas y Fariseos y en ella veremos la incredulidad de todos los incrédulos. Veremos flaqueza de entendimiento, ceguedad de la razon, debilidad del ingenio,

pobreza y extravíos del discurso, particularmente si se trata de religion y del reino de los Cielos. Veremos que los incrédulos se adelantan con mucha ventaja en el camino del error y los extravíos á los extravíos y errores del pueblo.

Eran los Escribas y Fariscos unos hombres que regentaban con Autoridad suprema las cátedras de Israel, que tenian en su poder los libros santos, y que interpretaban sus oráculos. A pesar de esto, examinemos su conducta en orden á la resurreccion de Jesucristo y descubriremos una ceguedad y unas pasiones que abaten, que no permiten obrar á la razon; descubriremos una incredulidad que asombra.

Ya la Sinagoga habia triunfado completamente del Justo en el Calvario. Ya aquel Jesus, objeto de su eterna envidia y víctima de su mortal odio, habia espirado en la cruz y descendido al sepulcro. Ya se habian sepultado con él su nombre y sus conquistas. Solo unos cuantos discípulos sobrecogidos y acobardados lamentaban su muerte entre las sombras de la noche, y desahogaban su corazon oprimido en un torrente de lágrimas que ofrecian á la memoria de su querido Maestro. Las Marias, la misma Magdalena, aquella muger tan amante de Jesus y tan intrépida, despues de haber recibido al pie de la cruz sus últimos suspiros, solo viene ya al sepulcro á buscar el triste consuelo de embalsamar y regar con un mar de lágrimas el ensangrentado y yerto cadáver. Parte de la multitud, dudosa tal vez hasta entonces, entre la Autoridad de la Sinagoga y los innumerables milagros que habia visto obrar á Jesucristo, no descubria ya en la muerte de este hombre Dios sino el castigo justo de un delincuente; y si el corazon humano es capaz de sosiego, cuando pesa sobre él un crimen tan horrendo, los mismos Escribas y Fariseos se estaban saboreando con el bárbaro placer de haber exterminado al Justo y sepultado su nombre.

Pero ¿qué ruido, qué tropel se deja oir de repente que turba esta infiel y falsa seguridad? Es la guardia del sepulcro que, huyendo despavorida, ha entrado en Jerusalem, llenándola de confusion y de espanto. La causa es que aquel Jesus que ya no existia sobre la tierra, y con quien ya no se contaba, se ha levantado triunfante y glorioso de entre los muertos: y mostrándose ahora mas poderoso que cuando mandaba los vientos y los mares, ha quebrantado las puertas, los cerrojos y los candados que le separaban de la region de los vivos.

Ya conocereis, Católicos, qué impresion tan profunda no haria esta noticia terrible en el ánimo de los Escribas y Fariscos,

de estos hombres, que eran los gefes de una religion que iba á sepultarse para siempre, si la resurreccion que se les anunciaba resultaba verdadera. Sobresaltados con semejante noticia, procuran averiguar con exquisita diligencia y sin perder momento, el principio y la causa de un rumor que les anuncia aquella resurreccion que tanto ellos habian temido. Hacen comparecer en su presencia á los soldados de aquella guardia que ellos mismos habian puesto al sepulcro; les examinan, se informan menudamente del tiempo y orden con que se ha verificado la resurreccion, y de los prodigios y circunstancias que la habian acompañado. Repasan la vida de Jesucristo y cotejan este nuevo é inaudito prodigio con la multitud de prodigios de que ellos mismos habian sido testigos.

¿Podrian tomarse medios mas acertados para conocer la verdad de la resurreccion y poner en claro la inocencia del Justo, á quien habian trocado por un homicida y colgado en un leño, como les arguye San Pedro? Pero... ¡ay Católicos! que, como confesar y publicar una verdad contraria, no solo á nuestros deseos, sino tambien á nuestro honor y nuestros intereses, pida una valentía singular de espíritu y una virtud sobresaliente, son pocos los que se determinan á ejecutarlo; á lo menos los Escribas y Fariseos estuvieron bien lejos de cumplirlo. Es verdad que se reunieron, que discurrieron, que consultaron y que tomaron todos los medios que les sugirió su política, pero... ¿para qué pensais? ¿Para asegurarse de la verdad de la resurreccion y publicarla? No por cierto. Para oscurecerla y para sepultarla en un eterno olvido, si les fuera dado. Cuando han tentado todos los medios, y ninguno encuentran que pueda ocultar esta gloriosa resurreccion ¿qué os parece que hacen? Echan mano del mas extravagante que acaso jamás idearon los mortales. Dan dinero en abundancia á los soldados de la guardia, y les dicen: Publicad, que, estando vosotros dormidos, vinieron los discípulos y le robaron. ¡Invencion ridícula! ¡Astucia miserable! exclama aqui San Agustin. ¿Con que nos traeis por testigos á hombres dormidos? ¡Prueba graciosa! Vosotros si que sois los que estais verdaderamente dormidos. *Verè vos ipsi obdormistis.*

¿No es verdad, Católicos, que podria dudarse antes de este hecho si el entendimiento humano era capaz de llegar á tal extremo de ceguedad? Pues, oidme, y asombraos: existe en nuestros tiempos, ¡y ojalá que no existiera! existe otra ceguedad todavia mas extremada. Sí, Cristianos, vais á ver en nuestros incrédulos una ceguedad todavia mas ciega que la de los Escribas y Fari-

seos; porque, yo pregunto, ¿en qué consistía la ceguedad de estos hombres? Consistía en no reconocer, en negar la resurreccion de Jesucristo, en procurar que quedase sepultada en un eterno olvido. ¿Y por qué? Porque esta resurreccion sepultaba para siempre aquella su querida y antigua religion de Israel, de la que ellos eran los principales ministros; aquella religion en que habian nacido y vivido; aquella religion que habian recibido de sus padres y ascendientes; aquella religion en fin, que les habia sido dispensada por ministerio de Ángeles hacia ya mas de quince siglos.

¿Y en qué consiste la ceguedad de nuestros incrédulos? ¡Ah! No consiste en resistir, como los Escribas y Fariseos, á una religion nueva y extraña que venia á sepultar para siempre la suya propia. La ceguedad de nuestros incrédulos consiste en desamparar su propia religion, en desconocer la religion de Jesucristo en que han nacido, y en la que, segun se ve, no debian haber nacido. Consiste en abandonar esta religion adorable que han recibido de sus padres y ascendientes: esta religion Divina, que el Hijo de Dios trajo del Cielo, y que nos ha sido dispensada, no por ministerio de Ángeles, como á los Israelitas, sino por el mismo Señor de los Ángeles.

Ved ahí, pues, Católicos, una ceguedad mas extremada, una ceguedad mas ciega que la de los Escribas y Fariseos; una ceguedad que es el escándalo de la razon y de la religion, la afrenta del cristianismo y la ignominia del siglo; una ceguedad, que si no es una locura, es la que se acerca mas á la locura.

Porque ¡o incrédulos! ¡hombres desatinados! ¿cuál pensais que es esa religion que abandonais? ¡Ah! Ella es una religion tan sublime en sus dogmas, tan profunda en sus misterios, tan magistosa en su culto, y tan maravillosa en la proporcion de que consta todo el orden que la compone que, para ser obra de un mero hombre, era preciso confesar que una mano mortal supo trazar perfectamente la obra del Omnipotente. Ella es una religion, tan pura en su doctrina, y tan santa en sus leyes, que, si pudiera ser obra del ingenio humano, engrandeceria al hombre sobre el hombre mismo. Ella nos conduce á Dios con tanta suavidad, con tanta justicia y con tanta santidad, que solo del Dios Santo por esencia puede traer su origen. Ella es una religion, anunciada por tantos siglos, vaticinada por tantos Profetas, acreditada con tantos milagros, confesada por tantos mártires, rubricada con tanta sangre, defendida por tantos justos y hermoseedada con tantas y tan heroicas virtudes, que es imposible dejar de abrazarla y amarla en llegando á conocerla bien.

¡Ah! Una religion propagada por doce pobres, sin ciencia para convencer, ni elocuencia para persuadir; una religion que tiene por enemigos el saber, el poder, y un mundo idólatra, es decir, todas las pasiones; y que no obstante, triunfa de la sabiduría humana, sale ilesa del acero de los tiranos, sobrevive á la caída de los imperios, y establece su trono sobre las ruinas de las religiones idólatras; una religion que por cualquiera parte que se la mire, no respira otra cosa que la verdad y la santidad de su origen; una religion semejante, ¡incrédulos! ¿podréis desampararla sin cerrar primero los ojos á las luces mas puras de la razon, y sin atropellar las pruebas mas evidentes de su origen Divino? ¿Y no sería preciso, para desampararla, que dejaseis primero de ser racionales, para dejar despues de ser Cristianos?

Pero no nos admiremos, Católicos, porque ya lo he dicho, y es el principal asunto de mi discurso. Los incrédulos no se forman por la razon, sino por las pasiones viciosas. Y sino decidme ¿se habrán formado por la razon esos incrédulos que solamente lo son por parecerlo y pasar por hombres entendidos? Porque ya sabeis vosotros que en estos miserables tiempos ha conseguido el infierno que se confunda la opinion de sábio con la de libertino, queriendo cubrir el ignominioso nombre de libertino con el precioso nombre de sábio. ¿Se habrán formado por la razon esos incrédulos de rutina, y hablando mas claramente, incrédulos de reata, que solo lo son porque lo son otros, y que para ser buenos creyentes, no necesitarian de otra diligencia que volver la espalda á sus impíos compañeros? ¿Se habrán formado por la razon esos incrédulos que solo lo son por respetos humanos?

Preséntese sino un libertino satírico y burlesco en una concurrencia, un café ó una tertulia, y vereis como se aplauden las blasfemias que vomita este genio del mal. ¿Y por qué? No por convencimiento, ni aun por gusto que haya en ello, sino por una vergonzosa y culpable condescendencia, por un respeto mundano, por no singularizarse, por no exponerse á ser el objeto del desprecio de la concurrencia... porque tambien es bien sabido que el prurito de nuestro siglo es delirar en materias de religion; y cualquiera que tenga valor todavia para salir á su defensa, por grande que sea su talento y erudicion, luego es tenido por un hombre preocupado, iluso y necio.

¿Se habrán formado por la razon esos jóvenes tan extraviados como dignos de compasion, que sin estudio, sin experiencia y sin haber principiado aun á pensar como hombres, se meten ya á disputar como incrédulos? ¿Se habrán formado por la razon esas

infelices jóvenes, esas desgraciadas señoras, á quienes primero se moteja de pusilánimes, luego se las incorpora en el número de los espíritus ilustrados, despues se las descatoaliza, ó al menos se las desmoraliza, y por último se las seduce y corrompe? ¿Se habrán formado por la razon esos hombres orgullosos que no tanto temen pensar disparatadamente, cuanto pensar como los demas hombres? ¿Y que en haciendo opinion á parte, nada les importa que esto sea, siguiendo la verdad, ó siguiendo la mentira? ¿Se habrán formado por la razon esos hombres presumidos y mal acondicionados, que abrigando en su corazon cierta aversion secreta á la religion, piensan haber trastornado el dogma mas bien establecido con una vana conjetura, ó con una voluntaria y disparatada suposicion? ¿Esos hombres en fin, que para creer ninguna razon les basta, y para no creer cualquiera razon les sobra?

Mas aqui se me dirá, que aunque es cierto que la turba, ó sea la plebe de los incrédulos, no se forma por la razon, sino por las pasiones viciosas, hay sin embargo incrédulos que se han formado por la razon, incrédulos reflexivos, incrédulos que han estudiado y examinado la religion: pero yo pregunto ¿y qué estudio y que exámen ha sido el suyo? Un estudio superficial, un exámen frívolo, practicado con un corazon lleno de pasiones, reprobadas por la misma religion que examinaban, con una razon enemiga de la docilidad que ella tanto encarga, y tal vez en medio de las embriagueces de la torpeza. Un estudio superficial, un exámen frívolo cual fué el de un Español de estos impíos y corrompidos tiempos, hombre de mucho talento y de altos puestos, pero de altos extravíos, que habiéndole llamado la gracia, fué necesario principiar su instruccion por enseñarle el Credo que habia olvidado enteramente.

Un estudio superficial, un exámen maligno, reducido á recoger cuidadosamente cuantas burlas, cuantas sátiras, cuantas anécdotas, cuantas paradojas ha podido inventar una abominable filosofia para ridiculizar la religion, y dar algun colorido á sus locas pretensiones. Un estudio superficial, un exámen maligno, limitado á algunas ojeadas curiosas y pasajeras por los libros santos, no con el fin de instruirse sino con el fin de criticarlos; no para ilustrarse, sino para obstinarse y endurecerse en sus errores. Ved aqui todo su exámen; á esto está reducido en sustancia este estudio que tanto se nos implora y pondera. Luego tampoco estos incrédulos, que llaman de reflexion y de estudio, se han formado por la razon, sino por las pasiones viciosas; luego todos los

incrédulos se forman por las pasiones viciosas, que es lo principal que me propuse hacer ver en mi discurso. ¡Que consuelo para un Cristiano ver que la incredulidad no nace ni se alimenta sino del asqueroso cenagal de las pasiones desordenadas!

¡O vosotros, Ministros del Señor! Si por disposición del Cielo prestasen alguna vez los incrédulos benigno oído á vuestras palabras, tened presente, que para reducirlos á la religion, habeis de principiar por reducirlos á la razon. Yo salgo desde ahora fiador de su fé, como vosotros consigais despojarles del desorden de sus pasiones; pero sin este trabajo prévio, por mas que pongais ante sus ojos la mas pura y clara luz, no verán gota. Serán como los Escribas y Fariseos, nada verán; ó acaso verán, pero no creerán; ó acaso creerán, pero no confesarán lo que creen. ¡O religion adorable! ¡Qué glorioso es para tí tener siempre por compañera la razon, y no reconocer otros enemigos que las pasiones desordenadas!

¡Amados de mi alma! permitidme esta advertencia al concluir mi sermon. ¿Quereis cobrar un justo horror á la incredulidad? pues no os olvideis jamas de que es hija únicamente de las pasiones viciosas, que la abortan y la nutren. ¿Quereis abominarla? pues procurad conocerla. Imperio de la razon, independenciam, luces, juicio superior á las preocupaciones de la educacion... Ved aqui las pomposas exterioridades de la incredulidad; pero continuas perplejidades, terribles incertidumbres, temores profundos, dudas interminables... Ved aqui la esencia de la incredulidad. Figuraos un hombre desgraciado, que perdido en una noche tenebrosa y pais desconocido, anda y desanda, sin tino y sin camino, tropezando aqui, cayendo allá, y sin saber este infeliz ni donde se halla ni adonde va á parar. Ved aqui un incrédulo, segun el pensamiento del gran Crisóstomo. Perdido en la noche tenebrosa de los errores y en el pais desconocido de las novedades, anda y desanda, tropezando acá y cayendo allá, sin saber, ni lo que piensa, ni lo que debe pensar. ¡Hombre infeliz! Envuelto en la negra y espantosa nube de las dudas y las incertidumbres, nada hay cierto en el mundo para él, mas que una cosa. ¿Sabeis cuál? Que anda perdido.

¡O religion santa y adorable! ¡O don celestial! ¡O luz Divina, concedida á los mortales para su consuelo y guia! Tu sí, tu sola alumbras nuestro destierro. Tu sola diriges á los extraviados hijos de Adan por un camino seguro al seno de su Dios. ¡O preciosa y amada religion! ¿En dónde reposará el hombre perseguido, sino reposa en tus brazos? ¿Quién le consolará en sus aflicciones, si tu

no le consuelas? ¡Dichoso el mortal que se abriga á tu sombra y reposa en tu seno! ¡O religion sacrosanta! Primero se pegue nuestra lengua al paladar, se anude nuestra garganta y vierta nuestro corazon la última gota de su sangre, que nosotros dejemos de confesarte, amarte y cumplir tus santos ordenamientos.

¡O Divino triunfador de la muerte y del sepulcro! ¡Autor soberano de esta religion celestial! Concedednos que triunfe de los corazones de todos los hombres y muy particularmente de los corazones de todos los Españoles. Haced que perezca en todo el mundo, y sobre todo en España, no el impío, sino su impiedad, no el incrédulo, sino su incredulidad. Haced que asi como á todos nos une un mismo Bautismo, nos una tambien una misma fé y una misma religion. Haced Señor que todos guardemos vuestros santos mandamientos para que caminando de virtud en virtud subamos al Cielo á reinar con Vos, que, resucitado y glorioso, vivís y reináis con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DE LA ASCENSION

## DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

---

*Videntibus illis, elevatus est, et  
nubes suscepit eum ab oculis eorum.*  
Act. 1. 9.

Viéndolo ellos, se fué elevando,  
y le recibió una nube, que le ocultó  
á sus ojos.

**E**n fin, Cristianos, están acabados todos los padecimientos y abatimientos de Jesucristo, consumados todos sus trabajos y disipadas todas las sombras con que le oscurecieron las profundidades de la cruz. Ya se echó el sello á todos sus misterios, y se corrieron todos los velos que ocultaban sus grandezas y sus glorias. Jesucristo, subiendo hoy al Cielo, repara el escándalo que con su muerte de cruz pareció haber dado á la tierra. El honor sucede á la ignominia, y el mas glorioso triunfo á la muerte mas afrentosa. El Cielo que, para oprimir al Justo, pareció haberse unido á la tierra, y aun al mismo infierno, se declara hoy altamente á su favor, y la tierra, llena de sus beneficios, se une al Cielo para celebrar su triunfo.

¡Misterio de la gloriosa Ascension de Jesucristo á los Cielos!  
¡Misterio adorable! Él es la glorificacion completa del Salvador, el término feliz de su agigantada carrera, la corona de su ministerio, el glorioso reposo de sus fatigas, la prueba de sus grandezas, y la confirmacion de su divinidad. ¡Misterio adorable! Él hace la alegría de los Angeles, la felicidad de los Santos y la dulce esperanza de todos los mortales. ¡Misterio adorable! Jesucristo deja hoy la tierra para continuar haciendo nuestra felici-

dad en el Cielo, para derramar desde allí sus preciosos dones sobre nosotros, para fortalecer nuestra fé, para animar nuestra esperanza, y para consumir la obra de nuestra felicidad eterna. ¡Misterio adorable! Él encierra también la glorificación de la naturaleza humana, y su elevación sobre todos los coros celestiales, la dichosa libertad de todos los cautivos del Limbo y su felicísima entrada con el Divino Triunfador en el reino de los Cielos. Misterio en fin; y ved aquí todo el asunto de mi breve discurso. *Misterio infinitamente glorioso para Jesucristo.*

Este día, Cristianos, es todo de triunfo. No tendrán lugar hoy en mi sermón los adornos oratorios. La sencilla y gloriosa relación de la Ascension de Jesucristo á los Cielos ocupará mi atención. ¿Y qué asunto puede ser más digno de la vuestra? Pues para que yo le desempeñe con acierto y vosotros le oigais con fruto, pidamos los auxilios de la Divina gracia por la intercesion de la Madre del Divino Triunfador. AVE MARIA.

### *Videntibus illis...*

A fin de comprender en algun modo cuan glorioso sea para Jesucristo el adorable misterio de su triunfante Ascension á los Cielos, considerémonos trasportados en espíritu, primero al cenáculo de Jerusalem y despues el monte de las Olivas, y contemplemos lo que allí pasa. La obra de la redencion y salvacion del género humano se habia adelantado, tocaba ya en su término; y cuando el Señor la consideró concluida por su parte, y que solo faltaba que viniese sobre ella el Espíritu Santo, trató de volverse al Cielo, de donde habia venido, y enviar al Espíritu Consolador, como lo tenia prometido, quedándose para siempre reinando á la diestra de su Eterno Padre. Ordenó, pues, á los Apóstoles y discípulos que se hallasen en Jerusalem el día cuarenta de su resurreccion, y ellos lo hicieron como lo ordenaba su Divino Maestro; y cuando en la mañana de aquel día se hallaban reunidos en el cenáculo, se les apareció el Señor, les dió la paz, comió por última vez con ellos, y estando comiendo, les dijo: Voy á enviar sobre vosotros el Prometido de mi Eterno Padre.

Hecha esta promesa, salió del cenáculo con su Santísima Madre, Apóstoles y discípulos, y se dirigió por Betania al monte Olivete; á aquel monte inclito, que llamaban *monte Santo*; á aquel monte famoso por su altura, frondosidad y hermosura; y más famoso todavia por el memorable huerto que habia en su

ladera, en el que sudó sangre el Señor y fué preso para ser crucificado; y que iba á hacerse aun más famoso desde este dia por su Ascension desde él á los Cielos. Acompañado el Señor de su Santísima Madre, rodeado de sus Apóstoles y seguido de sus discípulos hasta el número de ciento y veinte, inclusas las santas mugeres; salió de Jerusalem cerca de las doce del Jueves, que era el cuarenta de su gloriosa resurreccion; y formando una procesion la mas santa del mundo, porque la presidia el Hijo de Dios y la adornaban su Santísima Madre, y los once Príncipes de la Iglesia, caminaron al monte Olivete, adonde llegaron á las doce, hora señalada por el Señor para subirse á los Cielos.

Entonces manifestando su adorable y soberana hermosura á su querida Madre y amados discípulos, cuanto puede soportar la flaqueza humana, haciendo resplandecer mas que en el Tabor los rayos de su divinidad, y derramando en aquella bienaventurada compañía un torrente de delicias, levanta sus Divinas manos, les bendice, y bendiciéndoles, comienza á elevarse y subirse al Cielo delante de ellos con un movimiento magestuoso y pausado, á fin de que gozasen por mas tiempo de su glorioso triunfo, y quedasen bien convencidos de su Ascension á los Cielos, como lo estaban de su resurreccion, por las continuas apariciones y comunicaciones que en el espacio de cuarenta dias habia tenido con ellos.

¡Qué gozo! Católicos, ¡qué dulce enagenamiento para estas venturosas almas al ver subir á su Divino Maestro, vestido de gloria y cercado de resplandores! ¡Qué indecible alegría no ocuparia sus amantes corazones al verle subir, no como el Profeta Elias, arrebatado en un carro de fuego, ni como el pastor Habacuc, y el diácono Felipe, trasportados sobre los vientos por manos de Ángeles, sino por su propio poder, por su propia virtud y sobre el carro triunfal de su propia Gloria! ¡Qué triunfo tan glorioso, Cristianos, para Jesucristo! ¡Qué espectáculo tan gozoso para sus discípulos!

Estaban estos inflamados de un fuego Divino y bañados de dulces y copiosas lágrimas de ternura. Tenian fijos amorosamente sus ojos en su Divino Maestro que se les ausentaba. Veíanle subir con un movimiento magestuoso y pausado para darles tiempo á disfrutar de su glorioso triunfo, y le seguian, no solamente con la vista, sino tambien, y principalmente, con toda la efusion de su alma. Cuanto mas se les alejaba, tanto mas se avivaba su ansia, y su corazon parecia querer salirse del pecho para seguir á su adorado Dueño... cuando he aqui que una luminosa y trasparente nube, poniéndose bajo de sus Divinos pies y condesándose

poco á poco, tambien poco á poco se le fué ocultando hasta que al fin se le ocultó enteramente.

Aunque ya no le veian, seguian, no obstante, con los ojos fijos en la nube sobre que iba y que le servia de carro triunfal, y perdiendo tambien á esta de vista, aun les parecia que le veian, y no acertaban á apartar sus ojos del venturoso camino por donde su querido Jesus se les habia subido al reino de los Cielos. Habrian permanecido largo tiempo estáticos en este dichoso sitio, si dos Ángeles no les hubieran hecho volver de su enagenamiento, diciendoles: Varones de Galilea ¿por qué estais aqui con los ojos mirando al Cielo? Este Jesus que habeis visto subir al Cielo, asi vendrá como le habeis visto ir al Cielo. *Viri Galilaei ¿quid aspicitis in Coelum? Hic Jesus, qui assumptus est à vobis in Coelum, sic veniet, quemadmodum vidisti eum euntem in Coelum.*

Cristianos ¡qué despreciable! ¡qué vil parecia ya la tierra á los que en la Ascension del Señor habian visto algunos rasgos de la gloria! Se necesitan Angeles que les adviertan y vuelvan de su enagenamiento para que aparten sus ojos del Cielo.

Los Apóstoles oyeron con sumision lo que los Ángeles les digeron, y aunque sentian indeciblemente apartar sus ojos del camino por donde se les habia ausentado su adorado Daño, obedecieron, no obstante, y se volvieron á Jerusalem á esperar el Espiritu Consolador que les habia prometido su Divino Maestro, teniendo siempre á su frente á la Santísima Virgen, que como principal interesada en las glorias de su querido Hijo, habia presenciado de un modo particular el glorioso triunfo de su subida á los Cielos.

Luego que Jesucristo pasó del término adonde podia alcanzar la vista de sus discípulos, corre en un momento espacios inmensos, deja atrás todos los órbes celestes, y sube, como estaba profetizado, sobre todos los Cielos. *Ascendit super omnes Coelos.* Millones de Angeles le acompañan y una multitud innumerable de ilustres cautivos adornan este gloriosísimo triunfo. Los Patriarcas, los Profetas, todos los Justos de la antigua alianza, todas las almas que habian muerto fieles á Dios desde el principio del mundo hasta este dichoso dia, libres todos de las sombrías mansiones de su cautiverio, acompañan la victoria de un Dios triunfante; y despues de tantos siglos, estos ricos despojos, arrancados al Limbo, van á ser coronados con su Libertador en el Cielo.

Abrid vuestras puertas Príncipes celestiales, exclama aqui el Real Profeta; abrid vuestras puertas y entrará el Rey de la Gloria. *Attollite portas Principes vestras... et introibit Rex Gloriam.*

Aqui las puertas del Cielo, aquellas puertas tan antiguas como el pecado de Adan, aquellas puertas que por mas de cuarenta siglos se habian hecho de bronce para los hombres, aquellas puertas tan inaccesibles como la entrada del Santuario, cuya mansion cerraban estas misteriosas puertas, se franquean, se abren y el Rey de la Gloria Jesucristo entra triunfante en el Cielo empirco y se coloca sobre un trono mas resplandeciente que los Planetas, mas brillante que las Estrellas, mas luminoso que el Sol, y mas duradero que los siglos; se coloca en el trono del antiguo de los dias y se sienta á la derecha de Dios. *Sedet à dextris Dei.*

He aqui ya, Católicos, la humanidad de Jesucristo infinitamente ensalzada y glorificada. He aqui esta humanidad Santísima participando en virtud de su union con Dios de la Gloria del mismo Dios. ¡Ah! Digámoslo con San Juan Crisóstomo, arrebatados de admiracion y de gozo. Una naturaleza mortal es trasportada hoy al seno de la inmortalidad. Un cuerpo humano es colocado hoy sobre todos los coros celestiales. Aquel Jesus, que se humilló tan profundamente que no pudo humillarse mas, es ensalzado hoy tan altamente que no puede subir mas. El que se hizo por algun tiempo inferior á los Angeles, es colocado hoy sobre todos los Querubines y Serafines. El Verbo que descendió de la eternidad al tiempo y del Cielo al pesebre, vuelve hoy del tiempo á la eternidad y del monte de las Olivas al reino de los Cielos. Aquel Jesus ignorado y desconocido hasta de los suyos, se manifiesta hoy como es verdaderamente en sí mismo, resplandor y gloria del Padre, infinito como Él, eterno como Él, inmortal y omnipotente como Él, Dios como Él, uno mismo con Él, Dios verdadero de Dios verdadero.

Cielos, tierra, abismos, adorad á este hombre Dios, á este Divino Jesus, á este Hijo del Altísimo, sentado ya á la diestra de su Eterno Padre. Animales misteriosos del Apocalipsis, Ancianos venerables, postraos hoy por nosotros y arrojad vuestras coronas delante del Cordero que murió por nuestro amor y vive para nuestra glorificacion. Angeles del Señor, repetid en nuestro nombre aquel cántico celestial que dulcemente arrebatado os oyó entonar el Sagrado Evangelista. Digno es el Cordero que fué muerto y vive, de recibir la divinidad, el honor, la gloria y el imperio. Diga toda criatura que está en el Cielo, en la tierra y bajo de ella; digan todos: al que está sentado en el trono y al Cordero, bendicion, honor, gloria y potestad por los siglos de los siglos. Y tu, pueblo Cristiano, generacion escogida, sacerdo-

cio Real, heredad conquistada con la sangre de Jesus, alégrate, salta de gozo; quien te redimió muriendo, vive y vive reinando en el Cielo, sentado á la diestra de Dios y dominando desde su excelso trono á todo cuanto existe. *Et dominatur in solio suo.*

¿Y qué os diré yo ahora, Católicos, al concluir mi discurso? No os diré que Jesucristo desde el trono de su gloria llama toda la tierra y la residencia; que desde allí escoge las naciones que su Eterno Padre le dió para su herencia y forma de ellas su Iglesia; que desde allí manda, y los pueblos le obedecen y le adoran; que desde allí reduce á polvo los ídolos y destruye sus aras, arrasa sus templos y hace cesar un culto sacrilego; que desde allí estiende su pesada mano sobre aquellos señores del mundo que dictaron los decretos mas crueles y mandaron ejecutar las carnicerías mas bárbaras con el temerario empeño de destruir la Iglesia en su nacimiento. Nada de esto os diré yo, porque ya esto está cumplido; pero si os diré: que Jesucristo desde el trono excelso de su Gloria sigue gobernando y defendiendo á esta su amada Esposa y que la gobernará y defenderá hasta la consumacion de los siglos, segun su promesa. Si, Católicos, Jesucristo desde el trono excelso de su Gloria sostiene á la Iglesia en medio de las convulsiones mas furiosas, la conserva en el feliz cautiverio de la fé y la conduce bajo el yugo adorable del Evangelio. Consiente, es verdad, porque asi la conviene, consiente, digo, que sea combatida por las heregías, los cismas y las persecuciones; pero jamás permite que sea vencida. Si soplan furiosos los vientos contra ella, Él los calma. Si se levantan tempestades, Él las aplaca. Si la combaten los incrédulos y libertinos, Él los confunde. Si la afligen y deshonoran los malos cristianos, Él, ó los convierte con su gracia, ó los entrega á su terrible justicia. Él, en fin, con la proteccion que la dispensa, hace que sea siempre el centro de la verdad, que salga siempre triunfante de sus enemigos y que los mismos imperios del mundo concurren á conservarla. Asi vela Jesucristo desde el trono de su Gloria sobre su Esposa la Iglesia. Asi la gobierna y defiende, y hace desaparecer como paja arrebatada por el viento á cuantos enemigos se levantan contra ella. *Dominatur in solio suo.*

¿Qué intentais pues en vista de esto, hombres libertinos? ¿Fielósofos impíos qué intentais? ¿La destruccion de la Iglesia? ¿Empresa temeraria! Sabed que escrito está y cumplirse ha lo que está escrito. Si, escrito está, no con punzon de hierro en pederual, sino con el dedo de Dios en el libro eterno. Escrito está, que la Iglesia, esta columna de la verdad jamás será derribada, y

que, no ya vosotros que nada podeis, pero ni todo el infierno que tanto puede, prevalecerá contra ella. ¿Pues qué esperais conseguir con vuestras insensatas persecuciones? ¿Qué se anegue la barquilla? ¡Sacrilega esperanza! ¿No sabéis que su Piloto es Jesucristo, que desde el augusto trono de su Gloria la sostiene, la defiende y la dirige con un movimiento magestuoso y triunfante en medio de las horrascas que vosotros levantais para anegarla? ¿Pues qué esperais conseguir con todos vuestros esfuerzos? ¿Queréis saberlo? A lo mas conseguireis que mude de mar y fondeadero. Conseguireis hacer desdichado á un reino. Lograreis que esta magestuosa nave vaya de region en region y de imperio en imperio recogiendo los escogidos para el Cielo; pero... ¿con qué horror no deberán miraros aquellos desgraciados paisés á quienes despojais de la fé y dejais sentados de nuevo en las sombras de la muerte? ¿Con qué execracion, repito, no deberán miraros aquellos infelices á quienes privais de la dulce esperanza de ser eternamente dichosos en el Cielo y reducís al espantoso destino de ser eternamente desdichados en el infierno?

¡O mi querido Jesus! Vos, Señor, sentado en el augusto trono de vuestra Gloria, á la diestra de vuestro Eterno Padre, teneis en vuestras Divinas manos la naturaleza y la gracia, los imperios y los hombres. Mirad con misericordia á este reino, á esta preciosa porcion de vuestra herencia. Echad una ojeada de compasion sobre tantos Españoles lastimosamente engañados y extraviados, y haced que todos los hijos de esta amada pátria, nos unamos en una misma fé y un mismo espíritu, como lo estamos en un mismo suelo y un mismo Bautismo. Unidnos Señor con el vínculo de la caridad, que es el vínculo verdadero, para que estrechados con este dulce lazo caminemos todos juntos por la senda de vuestros Divinos preceptos á veros en el trono de vuestra Gloria; en donde vivis y reinais con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. AMEN.

PASCUA DE ESPIRITU SANTO.

SERMON

SOBRE

EL ESTABLECIMIENTO DE LA RELIGION.

*Praedicaverunt ubique, Domino  
cooperante, et sermonem confir-  
mante, sequentibus signis. Marc.  
16. 20.*

Predicaron en todas partes,  
cooperando el Señor y confir-  
mando su doctrina con milagros.

**C**onsumada por Jesucristo la obra de la redencion sobre el árbol de la cruz, confirmada esta divina obra con su gloriosa resurreccion y testimoniada con repetidas apariciones del Señor por espacio de cuarenta dias... cuando ya trataba de separarse de su querida Madre y amados discípulos, les mandó que no se fuesen de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, esto es, al Espíritu Santo, prometido por el Padre. Luego que Jesucristo se subió desde el monte Olivete á los Cielos, esta venturosa compañía se volvió á Jerusalem, y entraron en el cenáculo. Allí estaban retirados y ocupados en pedir unánimemente el cumplimiento de la Divina promesa. María Santísima, á quien el sagrado Evangelista cuida de nombrar separadamente por reverencia á la suprema dignidad de Madre de Dios, estaba al frente y presidia aquella congregacion de Justos. Continuaba esta naciente Iglesia reunida en el cenáculo y pidiendo el cumplimiento de la divina promesa, quando á los diez dias de su retiro y hora

de las nueve de la mañana, vino de repente un ruido del Cielo, como de un viento que bajaba con vehemencia, y llenó todo el cenáculo donde estaban sentados. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y reposaron sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en varias lenguas, segun les concedia que hablasen el mismo Espíritu Santo. *Et coeperunt loqui, prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.*

Habia en aquel dia en Jerusalem, con motivo de la Pascua, hombres religiosos de todas las naciones del mundo, y luego que oyeron el estruendo, que vino del Cielo, todos acudieron al cenáculo, donde se habia oido, y todos quedaron pasmados, porque cada uno les oia hablar en su propia lengua. ¿Pues qué, se preguntaban asombrados los unos á los otros, pues qué, estos hombres que nos hablan no son todos Galileos? ¿Cómo es, pues, que cada uno de nosotros les oimos hablar en la lengua del país en que hemos nacido? Aqui nos hallamos Partos, Medos y Elamitas; habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia; del Ponto, Asia, Frigia y Panfilia; de Egipto, Roma y tierras de Libia. Aqui estamos reunidos judíos de nacimiento y judíos convertidos, Arabes y Cretenses, y de toda nacion que hay bajo del Cielo. *Ex omni natione quae sub Coelo est.* Todos hablamos lenguas diversas, y no obstante, todos los oimos hablar en nuestra lengua las grandezas de Dios. Todos, pues, se admiraban y pasmaban, diciéndose unos á otros ¿qué quiere ser esto? *¿Quidnam vult hoc esse?*

Ved aqui, Católicos, como el Espíritu Santo anuncia al mundo la dicha que el Hijo del Eterno Padre le ha preparado con su pasion, su muerte y su resurreccion. Bajo de la mano omnipotente de este Espíritu Soberano se va á verificar una segunda creacion y á salir del seno de la idolatria y del caos de la infidelidad un nuevo pueblo, un pueblo Cristiano. Pueblo feliz, que habia sido anunciado desde el principio de los siglos, que ha sido formado en la plenitud de los tiempos á costa de la sangre del hombre Dios, y que ha sido santificado por la virtud del Espíritu Santo. Pueblo excelso sobre todos los pueblos del mundo. Pueblo, cuya religion tiene un origen Divino, y cuyo establecimiento prueba su divinidad. Y ved aqui, Católicos, la verdad de que voy á ocuparme en este dia; porque ya no basta defender las costumbres, es necesario defender tambien la religion. No basta defender los mandamientos, es necesario defender tambien los artículos, puesto que la corrupcion no existe ya solo

en el corazón, sino que ha pasado á corromper el entendimiento. Nos hallamos rodeados, no solo de hombres inmorales y libertinos, sino tambien de hombres incrédulos é impíos, y es necesario hacer ver á esta segunda clase; que la Religion que ultrajan y desamparan, es una Religion celestial y divina. La prueba de esta verdad será hoy todo mi asunto.

Podrá ser que, conociendo bien á esta hija del Cielo, la respeten, se humillen y vuelvan á buscar en su seno el reposo que han perdido desde que la abandonaron; mas si mi discurso (lo que no permita el Cielo) fuese inútil para ellos, siempre será provechoso para consolar la fé de los verdaderos fieles, y confortarlos en ella contra las pruebas á que pueden hallarse expuestos por conservarla y defenderla; porque en estos dias malos nada extraño es el martirio, no tanto del cuerpo como del espíritu; pues en estos tiempos no se trata regularmente de martirizar á una carne mortal sino á una alma eterna. Pecado propio de demonios, y tambien de algunos hombres en el dia. ¡Qué cosa tan triste y dolorosa para un Ministro del Evangelio verse precisado á hacer la apología de la Religion delante de unos hijos cuyos pádres murieron llenos de fé! ¡pero qué cosa tan precisa!

¡Paraclito Soberano, que en lenguas de fuego vinisteis sobre los Apóstoles! ¡Espíritu Consolador! consolad mi ministerio. Venid sobre este Ministro de vuestra Iglesia y sobre el numeroso auditorio que le escucha. Preparad nuestros entendimientos con vuestras soberanas luces, y nuestros corazones con vuestras divinas gracias para que fructifique en todos vuestra divina palabra. Concedednoslo por la intercesion de vuestra Esposa, á la que pedimos este favor, saludándola con las palabras del Angel. AVE MARIA.

### *Praedicaverunt ubique, Domino cooperante ..*

He dicho que la Religion católica es una Religion celestial y divina y voy á probarlo. Todo efecto producido por una causa que de suyo no tiene virtud para producirle, es un milagro y una prueba de la divinidad; pero cuando el efecto es producido por una causa opuesta al mismo efecto que produce, esto ya no es un milagro solamente, sino un portento entre los milagros. Que la vara de Moisés abra un camino en el mar, que la piedra del desierto dé aguas en abundancia, milagros son y grandes mi-

lagros; pero que el ciego del Evangelio reciba vista, cubriendo sus ojos con el barro que debía cegarle; que los jóvenes del horno de Babilonia se refresquen con aquel fuego voraz que debía consumirles en un momento, estos ya no son milagros solamente, son portentos entre los milagros.

Pues ved aquí, Católicos, la clase de prodigios con que se estableció sobre la tierra la Religión cristiana; esa Religión adorable traída del Cielo por el mismo Hijo de Dios y publicada por el Espíritu Santo. Prestad, Católicos, á mi discurso toda vuestra atencion. Aun cuando, al tiempo de establecerse esta Religión adorable, el entendimiento del hombre hubiese estado libre de todo error y de toda prevención, y su corazon exento de todos los vicios y de todas las pasiones; y aun cuando todos los hombres con las armas en la mano se hubiesen empeñado en establecerla y todos los sábios en propagarla, siempre habria sido un prodigio que se estableciese en el mundo una Religión tan llena de misterios, tan superior á los alcances del hombre, y sobre todo, tan opuesta á las inclinaciones de su corazon. Pero que se estableciese en él esta Religión tan pura, tan santa y tan misteriosa, cuando el entendimiento estaba lleno de errores y de prevenciones contra todo lo que podia tocar en su libertinaje intelectual; cuando el corazon abrigaba en su seno todas las pasiones y las contentaba con entera libertad hasta donde alcanzaban sus facultades; cuando el saber, la fuerza y la autoridad caminaban de acuerdo con el entendimiento y el corazon... que se estableciese, repito, en semejantes circunstancias, esto ya no es un prodigio solamente, sino un portentoso entre los prodigios.

Demos extension á este discurso. Entremos en pruebas, y para esto, yo pregunto: ¿Qué era el mundo cuando se oyó por primera vez en él la voz de los Apóstoles? Ven presuncion arrogante, y llénate de rubor al verte obligada á confesar que en punto de Religión no hay cosa mas necia que la razon humana, cuando solo se gobierna por sí misma. ¡Ah! Tal estaba entonces el mundo, que mas parecia una reunion de criminales, que una sociedad de hombres. Aquí el infame ateismo destilaba poco á poco en el corazon de los discípulos, la ponzoña de sus abominables maestros. Allí la monstruosa idolatría hacia publica ostentacion de sus torpes misterios. Unos afectaban no conocer Dios alguno. Otros multiplicaban los dioses á su antojo. Las pasiones eran exclusivamente las árbitras de la Religión y las que dictaban sus leyes y sus ceremonias. Ellas inventaban las divinidades y las aumentaban ó disminuian segun se las antojaba; de modo que los

ídolos del corazón eran los autores de los ídolos del templo. Los filósofos, ó totalmente corrompidos, ó vergonzosamente cobardes los adoraban, y el necio vulgo los erigia altares. No se conocía, ni la vergüenza ni las buenas costumbres. No habia pasión, ni delito que no tuviese algun Dios que le sirviese de ejemplar y le protegiese; y podia decirse con verdad, que los hombres adoraban sus pasiones en sus dioses y que sus dioses realmente eran sus pasiones.

Desterrada algunas veces la deshonestidad pública de las calles y las plazas, corría á los Templos, donde encontraba un asilo seguro; porque un Júpiter adúltero recibia gustoso el humo pestilencial de los adulterios, y una Venus deshonesto los sacrificios inmundos de la torpeza. En suma, los dioses eran semejantes á sus adoradores y los adoradores á sus dioses.

Asi que, la idolatría, engendrada por las pasiones, abortada por la imaginacion, aplaudida por los sentidos, autorizada por el gobierno, engalanada por la poesia, mamada desde la cuna y nutrida por la práctica en el resto de la vida, tenia fijado su imperio en casi todo el universo. Las naciones mas cultas se mostraban mas fecundas en inventar dioses y si algunos entendimientos, al parecer mas robustos, pero en realidad mas débiles, se eximian de la idolatría comun, incurrian en otro escollo aun mas lastimoso. No queriendo creer en falsas divinidades, venian á no creer nada.

Tal era el estado del mundo: en tan horrosas sombras se hallaba sepultado, cuando doce hombres que salen (hoy) del cenáculo emprenden denodados la obra de iluminarle y purificarle. Pero... ¿y qué hombres son estos que acometen tal empresa? ¿Quiénes son estos hombres que se prometen aclarar sombras tan densas, desterrar errores tan antiguos, arrancar pasiones tan arraigadas y hacer que á una tenebrosa noche suceda un hermoso dia? ¿Quiénes, vuelvo á preguntar, quiénes son estos hombres que se encargan de mudar el semblante del universo? ¿Son acaso algunos hombres mas sábios que los Magos de Egipto, que los Bracmanes de la India, que los Arcopagitas de Atenas ó que los Cicerones de Roma? No por cierto, Católicos. Nada de eso. Son doce Galileos que solo saben á Jesucristo, y éste crucificado. *Non sciunt aliquid, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.*

¿Pero no serán acaso estos doce Galileos unos hombres poderosos que aterren con sus armas á los pueblos, ó unos maestros consumados en el arte de persuadir que les seduzcan, ó unos astutos políticos que les engañen con promesas lisonjeras? Mas

ah! Ellos no conocen otras armas que su Evangelio, ni prometer otras cosas que las que se han prometido á ellos mismos. Esto es, lágrimas y cruces. ¿Pero no serán, al menos, unos hombres atrevidos con cuya voluntad se condesciende porque se les teme? Mas ellos solo son animosos para ofrecer su cuerpo á los perseguidores, doblar su cuello bajo el acero de los tiranos, compadecerse de su ceguedad, amar sus personas, orar por ellas y morir por Jesucristo. ¿Pero, en fin, no serán siquiera unos hombres condescendientes y conciliadores de sistemas y opiniones que toman algo de todas para ganarlos á todos? Pero ¡ó Dios mio! En ellos mejor que en el antiguo Ismael se verificó el vaticinio, de que todos serian contra ellos y ellos serian contra todos. El Judío y el Gentil, el Griego y el Romano, los habitantes del oriente con sus fábulas y los del occidente con sus supersticiones, los Peripatéticos con sus sutilezas y los Académicos con sus perpétuas dudas, todos los hombres con todas sus pasiones declaran la guerra á estos doce Apóstoles, y estos doce Apóstoles la declaran á todos los hombres. *Manus omnium contra eos, et manus eorum contra omnes.*

¡Con que, Católicos, con que doce Apóstoles que salen (hoy) del cercado, con que doce Galileos, pobres, sencillos, plebeyos, sin ciencia, sin autoridad, sin influjo, sin poder, sin arte para deslumbrar y ganarse las voluntades, ó imponer é infundir el temor; con que doce hombres de esta clase hacen frente á todo el universo? ¿Y qué sucede? ¿Y qué resulta? ¡O Dios omnipotente! ¡Dios de las virtudes! Solo Vos podeis obrar este portentoso. Sucede, amados de mi alma, resulta que vencen á todo el universo. Hé, ciegos entusiastas de los Voiles, venid aqui. Descifrad este suceso, tomad el peso de Astrea, poned en una balanza la ciencia y el poder de todo el universo y en otra la ignorancia y la flaqueza de doce pobres pescadores, y decidnos ¿por qué pesa mas? ¿por qué vence la ignorancia y la flaqueza de doce pobres pescadores á la ciencia y el poder de todo el universo? Ved porque reglas de comparacion, vosotros que sois tan matemáticos y tan demostradores, ved porque reglas de ecuacion ó igualacion podeis sacar este cálculo diferencial, mientras que yo continuo mi discurso.

Al ver, Católicos, que el mundo entero, despues de las mas serias reflexiones, del exámen mas critico y de la mas obstinada resistencia, al fin se rinde á estos doce Apóstoles y á los discipulos que les suceden, y adoran al Dios del Calvario; al ver esto, yo pregunto, (y no temo que el incrédulo mas obstinado me lo

niegue en el fondo de su corazón) yo pregunto, la Religion católica establecida en el mundo de este modo ¿no es una Religion celestial y divina? Porque decir que esta clase de hombres pudieron establecerla por sí solos y sin el auxilio del Cielo, esto sería una perversidad, esto sería una insigne locura. *Hoc nefas est, et iniquitas máxima.* O como dice San Agustin, sería un portentoso mucho más portentoso que todos los portentos con que ha sido establecida. *Esset omnibus signis mirabilius.*

Pero demos otro paso en una causa tan feliz, tan importante y de tanto consuelo y placer para un verdadero Cristiano. Añadamos pruebas concluyentes á concluyentes pruebas. Cuando los Apóstoles emprendieron esta conversion del universo, una sola nacion, y ésta casi ignorada, conservaba la memoria del Criador. Por lo demas, el mundo entero no conocia otra cosa que sus mismas supersticiones, y estaba persuadido á que la idolatría habia sido la religion de todos los tiempos, como lo era entonces de todas las naciones. Por otra parte, la relacion de las hazañas fabulosas de sus dioses, la pompa de los sacrificios, y mas que nada, la entera libertad de dar gusto á todas sus pasiones les hacia sumamente amable una religion que en todo complacia y en nada mortificaba. Por eso los príncipes y los súbditos, los sacerdotes y los pueblos, todos con empeño sostenian una religion de placeres para todos. Tal era el estado del mundo cuando se le predica por primera vez la Religion del Evangelio; esta Religion pura y santa que condena todos los vicios y pide todas las virtudes. ¡Qué borrasca ¡Dios mio! que furiosa persecucion no se levantará contra ella!!!

Pedro y Pablo se van acercando á Roma, á la capital del mundo. Nos atreveremos á preguntarles con el Crisóstomo ¿qué fin les lleva ó qué esperanza les anima? Pero ellos entran resueltos á predicar la Religion del Crucificado en la capital del paganismo; á fijar en ella la cruz y á publicar allí el Evangelio. ¡El Evangelio! ¡O Cielos! ¡El Evangelio! ¡Dios Santo! ¡O amados de mi alma! ¡Un Evangelio de paz en una Corte vengativa! ¡Un Evangelio de desprendimiento en una Corte avarienta! ¡Un Evangelio de pureza en una Corte corrompida! Porque bien sabeis vosotros, sábios que me oís, la horrorosa pintura que nos hacen de los vicios de Roma los historiadores de aquel tiempo y bien conoceis tambien que la misma libertad con que los pintan, es la prueba de la disolucion y desenfreno con que se cometian. Sin embargo ¡qué portentoso! Pedro y Pablo lo consiguen. La Religion del Crucificado se predica en la Corte de los Césares y su cruz se colóca sobre el Capitolio.

Católicos, ¡con cuanto consuelo no seguiria yo presentando nuevas pruebas de esta Religion celestial y divina sino temiera abusar de vuestra paciencia! Despues de haber visto el triunfo del Evangelio contra la ciencia y el poder de todo el universo ¡con qué asombro no le veriais triunfar del hierro y del acero! Trasladaos, mis amados, siquierá por un momento al siglo de Jesus. Considerad á los dioses del paganismo, colocados en el Capitolio y al Autor del Evangelio, pendiente de la cruz. Contemplad á esas deidades del imperio rodeadas y defendidas por legiones numerosas y á Jesus rindiendo el último aliento en el calvario. Pero ¡que es esto! Los dioses del Capitolio se caen por sí mismos, como otro Dagon de sus propias aras; los ejércitos armados no son para sostenerlos; todo el poder romano no alcanza á volver á colocarlos en sus altares y Jesus triunfante de la muerte y del sepulcro fija el trono de su imperio en sus mismos Templos. Al ruido de la caída de los dioses, se reunen con Roma las naciones para repararla y evitar la ruina de la idolatría; pero en vano; nada consiguen. Échan mano en su desesperacion del hierro y del acero. Bañan la Religion de Jesus en su propia sangre. Mas este baño que recibe en su misma cuna, la robustece y aumenta. Los Senados y los Césares establecen como ley del estado exterminarla y la hipocresía de la Sinagoga reunida á las supersticiones del paganismo, se conjuran para destruirla, pero ella crece y se extiende á pesar de todos sus esfuerzos.

Enciéndese mas y mas el fuego de la persecucion ¡y qué cruel vendrá á ser mis amados! ¡y que encarnizada! Uno de los menores tormentos que van á sufrir los discípulos de Jesus es la muerte, porque no lograrán morir hasta haber agotado la cólera de los tiranos y fatigado las fuerzas de los verdugos. Roma no gustará ya de ver en sus circos la sangre de los gladiadores y solo se complacerá mirando encharcada la arena con la sangre de los mártires. Un Cristiano en las garras de un leon ó despedazado por las de un tigre, será su mas agradable espectáculo. La suerte que espera ya á los fieles es morir y no oír al espirar sino burlas y desprecios. Pero ¡ó poder invencible de la Religion de Jesus! La violencia de las persecuciones en vez de exterminarla, la propaga. Sin embargo del encarnizado empeño de un mundo conjurado contra ella, ella rompe todos los diques, derriba todas las barreras que se oponen á sus progresos, y cuantos mas hijos la degüellan, tanto mas se multiplica. Maravilla verdaderamente estupenda con la que el gran Tertuliano llamaba la atencion de los Césares. En vano, les decia, teneis desnudo y suspendido el

acero sobre nuestras cabezas, porque cuanta mas sangre derramais, mas se fertiliza y produce el campo de la Iglesia. *Quo plures metimur, eo plures effcimus*. Para un hijo que nos quita, vienen mil á sucederle, y si os empeñais en esterminarnos, vuestro trono no tendrá vasallos, vuestra pátria quedará sin hijos y solo dominareis sobre regiones debastadas.

¡O profundidad de los consejos de Dios! El rigor de las persecuciones y la duracion de los tormentos solo sirvieron para establecerla, estenderla y afirmarla. ¡O Religion Divina! ¡O hija del Cielo concedida por Dios á los hombres! ¡O Religion adorable! Tu que triunfaste de la corrupcion del mundo, de la sabiduría de sus sábios, del poder de sus Emperadores y del furor de los pueblos, triunfa de nuestros corazones. Haz que, como te adoramos creyendo y confesando todas tus verdades, asi te honremos cumpliendo todos tus mandamientos, para que, despues que nos hayas dirigido en este destierro por el camino de las voluntades de Dios, nos abras las puertas de la pátria eterna de la gloria, para verle y gozarle por los siglos de los siglos. AMÉN.

¡Oh Señor Sacramento, vuestras delicias son estas con los hijos de los hombres. Pero ¿qué es esto gran Dios? ¡Oh humildad hasta ocultar las delicias de vuestras Mestizas! ¡Rebeldes vuestra ingratitud á los velos débiles de una hostia! ¿Rebeldes vuestra ingratitud á un punto casi invisible, y en este anonadamiento, os encerrais en nuestros Sacramentos por tener la complacencia de vivir entre nosotros? ¡Tanto nos amais Señor! ¡A tanta costa paraís vivir con nosotros? ¿Queréis vivir así hasta que acaben los siglos? ¡Oh gran Dios y que caras os cuestan las delicias de vivir con los hijos de los hombres!

¡Chinos, si yo pudiera probar en este día la Real presencia de Jesucristo en el antiguo Sacramento que adoramos; que ninguno no me olvide debe luego nuestra Santa Religion. El antiguo y nuevo Testamento, la ley y la tradicion de todos los siglos me presentarían como á gloria, las pruebas mas evidentes de este adorable misterio. Apenas se halla el sacrificio en el antiguo Testamento que no le anuncie. El árbol de la vida, el sacrificio de Abel, el arca de Noé y la orden de Melchisedech son como las primeras imágenes que van representando este antiguo Sacramento.

La cruz del monte Oreb, que ardía y no se quemaba; el Corbeto de un año y sin mancha, cuya sangre previó á los profetas. Hebreos de la espada engañada; el prodigioso maná que cayendo diariamente al rededor de las tiendas del pueblo de

## SERMON

### DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

*Deliciae meae esse cum filiis  
hominum. Prov. 8. 31.*

Mis delicias son estar con los  
hijos de los hombres.

**S**i, Soberano Señor Sacramentado, vuestras delicias son estar con los hijos de los hombres. Pero ¿qué es esto gran Dios? ¿Os despojais de vuestra Magestad? ¿Os humillais hasta ocultaros bajo los velos débiles de una hostia? ¿Reducís vuestra inmensidad á un punto casi indivisible, y en este anonadamiento, os encerrais en nuestros Sagrarios por tener la complacencia de vivir entre nosotros? ¡Tanto nos amais, Señor! ¿A tanta costa quereis vivir con nosotros? ¿Y quereis vivir así hasta que acaben los siglos? ¡Ah! ¡mi Dios, y que caras os cuestan las delicias de vivir con los hijos de los hombres!

Católicos, si yo intentase probar en este día la Real presencia de Jesucristo en el augusto Sacramento que adoramos ¡qué riquezas no me ofrecería desde luego nuestra Santa Religion! El antiguo y nuevo Testamento, la fe y la tradicion de todos los siglos me presentarian, como á porfía, las pruebas mas evidentes de este adorable misterio. Apenas se halla pasage en el antiguo Testamento que no le anuncie. El árbol de la vida, el sacrificio de Abel, el arca de Noe y la ofrenda de Melchisedech son como las primeras imágenes que van representando este augusto Sacramento.

La zarza del monte Oreb, que ardia y no se quemaba; el Cordeiro de un año y sin mancha, cuya sangre preservó á los primogénitos Hebreos de la espada vengadora; el prodigioso maná, que cayendo diariamente al rededor de las tiendas del pueblo de

Israel, le sustentó por espacio de cuarenta años en un árido desierto; el pan subcinericio, que entrando victorioso por el ejército de los Madianitas, fué á anunciar á Gedeon el triunfo mas glorioso; aquel pan de los valientes, en cuya virtud hizo el Profeta un viage de cuarenta dias sin alimento; el panal misterioso de Sanson; el arca del Testamento; los panes de la proposicion; el tabernáculo de Silo; el Templo de Salomon; el pueblo entero de Israel; su Sacerdocio, sus Pontífices, sus sacrificios, sus Pascuas, sus solemnidades, sus espiaçiones, sus fiestas... todo, Católicos, todo era una continuada representacion de ese Cordero Divino, sacrificado diariamente sobre nuestras aras hace ya diez y ocho siglos, y sacrificado entre sombras y figuras allá desde el principio del mundo, como nos dice San Juan. *Agnus, qui occisus est ab origine mundi.*

En el nuevo Testamento no tenemos cosa ni mas formal, ni mas clara, ni mas expresamente determinada que la Real presencia de Jesucristo en este adorable Sacramento. El mismo nos dice en todos cuatro Evangelios. Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Esta es mi sangre, que será derramada en remision de los pecados. Yo no os he enseñado otra doctrina, decia San Pablo á los primeros Cristianos, que la que recibí del Señor; porque el Señor Jesus en la noche que habia de ser entregado, tomó el pan y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed. Este es mi cuerpo. Y tomando tambien el cáliz: Este cáliz, dijo, es un nuevo testamento en mi sangre. *Hic calix novum testamentum est in meo sanguine.* ¡O adorado Redentor de nuestras almas! ¡Vos, Señor, no quedasteis satisfecho dando toda vuestra sangre por nuestro amor en la cruz! ¡Quisisteis tambien quedaros con nosotros para siempre, amandonos en el Sagrario.

Pero, Católicos, yo no intento, lo repito, yo no intento hacer os ver que Jesucristo habita entre nosotros y reside en la Hostia Sagrada tan real y verdaderamente como en el Trono de su Gloria. Este es un artículo de Fé, del que no podemos separarnos sin salir del centro de la religion y del seno de la Iglesia. Mi discurso, (y este es todo mi asunto) mi discurso se dirige únicamente á recordaros el amor que Dios nos manifiesta en este adorable Sacramento, con el fin de moveros á el amor de este Dios Sacramentado.

Pero ¡qué intento, Señor! ¡qué es lo que emprendo! ¡siendo yo polvo y ceniza, me prometeré poder manifestar á los hombres vuestro amor y moverlos á que os amen! No, gran Dios, yo nada puedo; pero Vos lo podeis todo. Infundid, Señor, en mi

corazon aquel celo que consumía al Apóstol siempre que hablaba de Vos; é iluminad mi entendimiento, inflamad mi voluntad y comunicadme vuestro amor para que yo le comuniqué á mis oyentes. Estas gracias os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra purísima Madre. AVE MARIA.

*Deliciae meae...*

El plan y la economía de la religion, los lazos que nos unen con Dios y á Dios con nosotros consisten en una mútua correspondencia de amor y de agradecimiento. De amor de parte de Dios: de amor y de agradecimiento de nuestra parte. El amor hace que Dios se incline hácia nosotros hasta humillarse por nosotros. El amor y el reconocimiento exigen de nosotros que ensalcemos con nuestros cultos y obsequios las humillaciones de Dios. Infero ahora que como nunca se humilló Dios mas por nosotros que en el adorable Sacramento del altar, nunca mas nos manifestó su amor. Por consiguiente, el Dios de la Magestad oculto bajo los velos débiles de esa Hostia Sagrada y reducido por nuestro amor á un estado de oscuridad, de anonadamiento y de la mas profunda humillacion, exige de nosotros el amor mas tierno, mas constante y mas agradecido, y los cultos mas solemnes y obsequiosos. Y ved aqui ya, Cristianos, todo el fundamento en que estriba mi discurso.

Aunque el primer hombre del mundo, quebrantando el precepto de un Dios omnipotente, se hizo el blanco de sus iras, y sujetó á los ultimos rigores de su divina justicia á toda su descendencia, sin embargo, mediando luego su infinita misericordia, no solo no castigó con el último rigor á los infelices descendientes de este primer pecador, sino que llevado de la bondad de su corazon, aun volvió á inclinar hácia ellos sus piadosos ojos. Pero ¿cómo los trató en los cuatro mil años que mediaron desde este fatal pecado hasta la venida al mundo de su Santísimo Hijo? ¡Ah! ¡con qué terror! ¡con qué soberanía! Se puede decir que en todo aquel tiempo apenas padecia humillacion la Magestad con el trato con los hombres.

Registrad el antiguo Testamento, y encontrareis por todas partes confirmada esta verdad. Si atiende al sacrificio de Abel, lo manifiesta en el fuego que envia del Cielo para que le consuma. Si libra del naufragio á Noé y su familia, es en medio de un diluvio, que, anegando el mundo entero, publica su ira omni-

potente. Si hace alianza con Abraham, esta se verifica entre los horrores de un sueño espantoso que le eriza los cabellos y le llena de pavor. Si libra á su pueblo del cautiverio, es asombrando á todo Egipto y sus comarcas con plagas espantosas. Si abre camino á Israel por lo profundo del mar, sepulta al mismo tiempo en sus abismos á todo un ejército. Si habla con Moisés sobre el monte Sinaí como un amigo con otro, los truenos en este tiempo llenan de pavor al pueblo, y el monte cubierto de una densísima nube, humeando por todas partes y arrojando llamaradas hasta el Cielo, presenta, en expresion de la Sagrada Escritura, un espectáculo terrible. *Eratque omnis mons terribilis, qui ardebat usque ad Coelum.*

Todo, Católicos, todo en aquel tiempo manifestaba al Dios fuerte, al Dios de la Magestad y del poder. Por consiguiente, el tiempo de la antigua ley fué, para decirlo así, el tiempo de la soberanía de Dios. Por eso se llamó entonces el Dios fuerte, el Dios terrible, el Dios omnipotente, el Dios poderoso en las batallas, el Dios de los ejércitos. *Dominus exercituum.*

Concluyéronse, en fin, aquellos cuatro mil años, en los que Dios se portó con los hombres de un modo tan lleno de magestad y soberanía. Acabose la ley de la preparacion. Llegó la plenitud del tiempo, y en la Encarnacion del Verbo comenzaron propiamente las humillaciones de Dios. Pero ¿qué humillaciones? mis amados; humillaciones gloriosas, humillaciones llenas de grandeza; humillaciones en las que se estaba trasluciendo y entreviendo continuamente la Magestad Soberana que allí se ocultaba. Que un Dios Eterno se hiciese hombre en el tiempo y apareciese entre los hombres á manera de siervo, como dice San Pablo, es sin duda un abismo de humillacion; pero esta misma humillacion la anuncia un Príncipe del Cielo, y la anuncia á la criatura mas Santa de la tierra, esto es, á Maria, advirtiéndola al mismo tiempo, que aquel que va á tomar carne humana en su seno virginal, aunque parezca un puro hombre, es el Hijo Eterno de Dios. *Quod nascetur ex te sanctum, vocabitur filius Dei.*

Es verdad que este hombre Dios nace pobre y silencioso en un establo, pero los Angeles le cantan allí sus glorias; los pastores le adoran como Dios, una nueva estrella anuncia su nacimiento, y los Reyes, viniendo de tierras lejanas, confiesan la divinidad del Niño que adoran en un pesebre. Si perseguido en Judá este Hijo del Altísimo y despreciado en Israel lleva una vida pobre, humilde y laboriosa, esta apariencia solo deslumbra á los que miran las cosas superficialmente. Por entre las sombras que ocul-

tan la divinidad, salen continuos rayos de luz que la descubren, y en el humilde Jesus se entreve sin cesar el Hijo Eterno de Dios.

Si se presenta á recibir el Bautismo de San Juan, como si fuera un pecador, los Cielos se abren sobre él, el Padre Eterno le llama su Hijo amado, y el Espíritu Santo reposa sobre su cabeza. Si paga tributo al César, como cualquiera otro súbdito, obra un milagro para adquirirle. Si ayuna, los Angeles le sirven el alimento. Si su pueblo le persigue, se hace invisible... pero digámoslo de una vez; su pobreza, sus trabajos, sus fatigas, sus persecuciones, sus desprecios... todo, Cristianos, todo manifiesta la naturaleza humana en que se humilla por nuestro amor.

Pero en medio de todo esto, sus palabras, sus obras, sus virtudes, sus prodigios, sus milagros, sus portentos... todo está manifestando la divinidad que allí se oculta. Los enfermos sanan, segun su voluntad; los paralíticos recobran el movimiento por su virtud; los muertos resucitan al imperio de su voz; el templo dá testimonio de su poder; el Tabor publica su gloria; el mar se hace de bronce bajo de sus pies; los panes se multiplican entre sus manos, y hasta los espíritus infernales, huyendo de su presencia, van publicando que aquel Jesus humillado es el Santo Hijo de Dios. *Tu es Sanctus Dei.*

¡Qué mas diré! ¡qué muere plagado de heridas, harto de oprobios y todo cubierto de su propia sangre! ¡Pero! ¡qué prodigios no obra cuando espira! El vapor de su sangre sube hasta el Cielo, le empaña, oscurece la claridad de los astros y convierte un claro dia en una temerosa noche. La tierra se estremece bajo el peso de su cruz, las piedras se parten, los sepulcros se abren, los muertos vuelven á la vida para publicar sus glorias, y en Jesucristo espirando se ve el prodigio inaudito de un hombre que principia á reinar cuando acaba de vivir. Luego por mas que se humillase este Hijo del Eterno Padre en su vida mortal, sus humillaciones estuvieron siempre mezcladas de mil rasgos de grandeza. La divinidad, relampagueando continuamente, hacía gloriosas las humillaciones de la humanidad, y obrando este Hijo del Altísimo como Dios, se resarcía de las humillaciones que sufría como hombre.

Pero ¿y en el Sacramento? estad aqui conmigo, Católicos, y aumentad vuestra atencion, porque este es el blanco adonde viene dirigido todo mi discurso. Acercaos á ese Altar Santo: registrad esa Custodia, y decidme: ¿descubris algun rayo, algun resplandor siquiera del Dios de la Gloria que ahí reside? ¿Traslucís algun reflejo, algun indicio, al menos, de la divinidad que ahí se oculta?

¡Santos Cielos! ¡Qué silencio! ¡Qué oscuridad! ¡Qué misteriosos abismos!!! ¡Con que, amados de mi alma! ¡con que aquel Dios tan grande, tan Señor de sí mismo y de todo cuanto existe! ¡con que aquel Dios, cuyo poder no conoce otros límites que los de su voluntad, obediente á la voluntad del hombre, se apresuró luego que oyó su voz, bajó del Cielo á la tierra, se ocultó bajo los accidentes de esa Sagrada Hostia y se halla en esa Custodia tan real y verdaderamente como en el trono de su Gloria! ¡con que aquella luz increada, de donde procede toda luz y en cuya presencia se oscurecen las estrellas y pierden su claridad los astros y la luna! ¡con que aquel Sol de la Gloria, que ilumina Cielos inmensos, ha recogido ahí todos sus rayos, ha ocultado toda su luz y en tan profunda oscuridad habita en ese viril! ¡con que el Hijo del Altísimo, engendrado antes de la aurora entre los resplandores de los Santos, se halla oculto y oscurecido bajo los velos débiles de esa Sagrada Hostia! ¡Puede darse humillación mas profunda! ¡Puede imaginarse mayor anonadamiento! ¡O mi Divino Jesus! humillado, oscurecido y anonadado ahí por nuestro amor, ¡y cuan cierto es que, amandonos desde la eternidad, nunca nos habeis manifestado mas vuestro amor que en ese adorable Sacramento! ¡Amoroso y dulce Jesus! Despues de amarnos Vos tanto ¡podrémos dejar de amaros! ¡Ah Señor! Si asi lo hiciésemos, hasta las paredes de este Templo clamarán contra nosotros, acusando nuestra ingratitud portentosa. *Lapis de pariete clamavit.*

Pero ¡adonde, Católicos, inconsiderado he dirigido yo hoy mi discurso! Trato, me empeño en moveros al amor de Dios en unos tiempos en que apenas ha quedado señal ni vestigio del temor de Dios. ¡Empresa temeraria! Porque hablemos con pureza. ¡En qué siglo vivimos, mis amados! ¡En qué tiempos nos hallamos, Santo Dios! ¡Qué vicios hay que no se hayan aumentado en nuestros dias! ¡Qué delitos que no se hayan cometido! ¡Ah! vosotros los habeis visto con espanto, vosotros los estais viendo con dolor y la Iglesia y la España entera los han llorado y los lloran inconsolables. Mas echemos aqui un velo para no ver tantas maldades. No nos detengamos á mirar esa audacia, ese descaro, ese género de empeño con que se ofende ya á Dios, y sirvan nuestros ojos, no para ver tantos males, sino para llorarlos.

Cerremos tambien nuestros oidos para no oir esas horrendas blasfemias con que se insulta á Dios y á sus Santos; ese lenguaje obsceno que escandaliza á los hombres, ofende la decencia pública y mancha la pureza de nuestra lengua española, acaso la mas hermosa que se conoce entre las naciones; para no oir esas

palabras infames que apenas se caen de la boca hasta de los hombres que se llaman decentes y de principios, hasta de las mugeres á las que es natural el pudor, hasta de los niños en quienes debe reinar la inocencia... Pero, repito otra vez, que cerremos nuestros oídos para no oír tantas blasfemias y tantas obscenidades como resuenan sin cesar por todas partes.

Mas ya oigo que me direis asombrados al ver tanta iniquidad, tanta abominacion, tanta abundancia de maldad... ¿Y por qué un Dios constantemente justo, sufre hoy esas maldades y esas abominaciones que castigó con tanto rigor en otros tiempos? ¿Por qué suspende ahora los golpes de su ira? ¿Por qué no acaba con los hombres altivos y corrompidos, como acabó con los ángeles soberbios? ¿Por qué no les anega un diluvio, como en tiempo de Noé? ¿Por qué no se abre la tierra y los traga vivos, como á los murmuradores del desierto? ¿Por qué no les abrasa y consume el fuego del Cielo, como á los habitantes de Sodoma? ¿por qué...

Mas no paseis adelante. ¿Sabeis por qué? ¡Ay amados de mi alma! este es otro nuevo y poderosísimo motivo para que amemos á Dios. ¿Sabeis por qué? Porque en medio de nosotros está viendo á su Hijo humillado por nosotros. Porque está oyendo á ese Pontífice Eterno y Mediador Soberano de los hombres, que desde la soledad y silencio de esos Sagrarios le está diciendo: No atendais, Padre mio, á la soberbia de los hombres, ó miradla solamente para ver como yo me humillo aqui por ellos. Es verdad que ellos, insolentes, se rebelan contra Vos; pero vedme aquí humillado y anonadado en vuestra divina presencia pidiendo por ellos. Si ellos son atrevidos y desleales, yo soy obediente y fiel. Si ellos se abrasan en las llamas de un amor profano, yo me consumo en el fuego de vuestro divino amor. Mirad, Padre mio, el estado de humillacion á que se halla reducido vuestro amado Hijo en estos Sagrarios. *Respice in faciem Christi tui.*

Acordaos, Señor, que estoy aqui por los hombres. Por ellos morí una vez realmente sobre el leño de la cruz, y por ellos muero todos los dias místicamente sobre estas sagradas aras. Estos son los hijos que engendré con mi sangre en el Calvario, y estos mismos son los hijos que alimento con mi carne en el Altar. Ellos se reconocerán; ellos renunciarán á los vicios; ellos entrarán en las sendas de la virtud, y sino lo hiciesen, la muerte, la inexorable muerte, los va á poner de uno á otro momento en las manos de vuestra espantosa justicia, y una eternidad toda entera os queda para castigarlos.

Entretanto, Padre mio, continuad vuestra paciencia y vues-

tra misericordia. De ellos habrá quienes vengan arrepentidos á pedir el perdón que yo os pido para ellos. Aun restan Publicanos, que vendrán á herir sus pechos en el Templo. Aun quedan Magdalenas, que se postrarán á los pies de los Altares llorando sus extravíos. ¡Me privaréis, Padre mio, y os privaréis á Vos mismo, de esta complacencia! ¡Ah! ¡Señor! No os olvidéis de que si ellos son unos hombres que os agravian y deshonran, yo soy un hombre Dios que os honro y desagravio. *Respice in faciem Christi tui.*

Y ved aquí, Católicos, porque un Dios constantemente justo, sufre á los criminales y suspende los golpes de su ira. Si ¡Soberrano Señor Sacramentado! ¡Vos sois el blanco en donde se embotan las saetas de la divina justicia! ¡Vos sois el que deteneis el poderoso brazo de vuestro Eterno Padre para que no descargue el terrible golpe de su ira! ¡Vos sois el que estais conteniendo el fuego vengador que ha de abrasar la tierra y consumir todas sus iniquidades! Si, Dueño adorado; ¡en el momento que Vos os ausenteis de entre los hombres, ya no habrá mas hombres! En faltando Vos del mundo, ya no habrá mas mundo, porque Vos sois por quien subsiste el mundo y cuanto contiene el mundo. *Cum deficiet Hostia et sacrificium, consumabitur desolatio.*

¡O Dios mio! ¡y por cuantos títulos sois el Dueño de nuestro corazón! Abrasado Vos de amor en ese adorable Sacramento ¡qué derechos tan sagrados no teneis á todo nuestro amor! En mi nombre ¡Dios de mi alma! y en el de todo mi auditorio, me atrevo á aseguraros en este momento de fervor, que os amamos y que os amamos con todo nuestro corazón. ¡Ojalá Dueño amado, que fuésemos nosotros los árbitros de los corazones de todos los hombres del mundo para amaros con todos ellos! ¡Ojalá que estuviese á nuestra disposición el amor de todos los Santos y de todos los Ángeles para corresponder en algun modo á vuestro inmenso amor. Mas ya que esto no nos sea dado, al menos recibid los deseos de nuestro pobre corazón, y concedednos por premio de estos deseos: que aquel fuego de caridad que vinisteis á traer al mundo, prenda desde ahora en nuestros pechos é inflame nuestros corazones, para que os amemos con un amor tierno, constante y agradecido en la tierra, y pasemos despues á amaros con un amor perfecto, inefable y continuo en el Cielo por los siglos de los siglos. AMEN.

## SERMON

### DE NUESTRA SEÑORA DE LA CANDELARIA. (1)

—

*Postquam impleti sunt dies purificationis Mariae, secundum legem Moysi, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino. Luc. 2. 22.*

Después que se cumplieron los días de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarle al Señor.

¡Cuántos misterios, Católicos, en una sola festividad! La Virgen de las Vírgenes se sujeta hoy á la ley de la purificación, y el Santo de los Santos se ofrece víctima del pecado. Un anciano venerable, justo y timorato, llamado Simeon, viene al Templo y cuando se presentan los Padres del Divino Niño, le toma en sus trémulos brazos y estrechándole con su pecho, ahora, Señor, exclama: dejareis ir en paz á vuestro siervo, porque mis ojos han visto ya al Salvador. Y una viuda Profetisa, llamada Ana, que tenia ya ochenta y cuatro años y servia al Señor en ayunos y súplicas, viniendo en aquella misma hora, bendecía al Divino Niño, y decia grandezas de Él á todos los que esperaban la redención de Israel. *Et loquebatur de illo omnibus qui expectabant redemptionem Israel.*

¡Cuántos misterios, repito, en una solemnidad! Pero... ¡y cuántas lecciones de sumisión á la voluntad de Dios y de resignación en sus adorables decretos no nos presentan estos profundos misterios! María, sin haber contraído jamás la menor mancha,

---

(1) Se predicó tan breve por razon de la festividad.

viene hoy al Templo á ofrecer el sacrificio de las manchadas; y Jesus, siendo la Santidad por esencia, viene á ofrecerse sobre el Altar como una víctima pecadora. María, la Madre mas pura y Santa de todas las madres del mundo, se sujeta hoy á una ley que la confunde con las madres impuras y pecadoras: y Jesus el mas rico y poderoso de los Cielos y la tierra es redimido hoy con la ofrenda de los pobres.

Católicos, ¡qué lecciones tan elocuentes de sumision á la voluntad de Dios y de resignacion en sus adorables disposiciones no nos dan en este dia la Madre de la pureza, confundida en el Templo con las madres impuras, y el Santo Hijo de Dios, tendido sobre el Altar, como una víctima pecadora! Esta sumision y resignacion de que nos dan hoy Madre é Hijo un ejemplo tan admirable; esta sumision y resignacion tan desconocida y desusada en el mundo, y, no obstante tan necesaria en el mundo, hará el asunto de mi discurso. Asunto de la mayor importancia para todos y cada uno de nosotros, porque sin ella, nuestra virtud realmente no es virtud, sino un querer complacernos á nosotros mismos. Sin ella las ilusiones de nuestro espíritu son nuestra ley; las inconstancias de nuestro corazon, nuestra regla; y los caprichos de nuestra voluntad, nuestra conducta: pero con la sumision á la voluntad de Dios y resignacion en sus adorables disposiciones, todo en nosotros es recto y virtuoso. Son virtuosos nuestros sacrificios, nuestros padecimientos y hasta nuestras alegrías son virtuosas; y en fin, reduciendo mi discurso en un dia tan ocupado, me limitaré á hacer ver que en la sumision á la voluntad de Dios y resignacion en sus adorables disposiciones consiste la verdadera paz de un corazon cristiano y el consuelo de su vida.

Virgen purísima, la mas sumisa y resignada con las disposiciones del Cielo, vuestra admirable conducta me servirá de texto y prueba en este dia para persuadir á mi auditorio de la necesidad que todos tenemos de vivir sometidos enteramente á la voluntad de Dios, y resignados en todo con sus disposiciones adorables. Mas para que yo desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan interesante, alcanzadme de vuestro Divino Hijo las luces y gracias que necesito. AVE MARIA.

*Postquam...*

La sumision y resignacion en la voluntad de Dios es para el alma Cristiana un manantial inagotable de paz y de consuelo. Repito, que la sumision y resignacion en la voluntad de Dios es para el alma Cristiana un manantial inagotable de paz y de consuelo. Esta sumision y resignacion hace que espere sin inquietud lo que en adelante la ha de suceder, y que mire con tranquilidad lo que de presente la sucede. Tal es la division de mi asunto. Digo, en primer lugar, que la sumision y resignacion en la voluntad de Dios hace que el alma Cristiana espere sin inquietud lo que en adelante la ha de suceder, y esto es lo primero que nos enseña hoy la conducta de Maria. ¡Con qué resignacion no escucha esta humildísima Virgen los tristes sucesos que la anuncia el anciano Simeon acerca de sí misma y de su querido Hijo! La asegura de parte del Cielo que una espada de dolor ha de traspasar su corazon maternal. La añade, (y esto la es sin comparacion mas doloroso) la añade, que aquel Hijo de sus entrañas que estrecha ahora entre sus brazos, ha de ser expuesto algun dia, como un blanco, á las saetas de sus enemigos, y hecho el objeto de la contradiccion de su pueblo; y ni la dice que espada es esta que ha de traspasar su corazon virginal, ni cuales son las saetas que han de atravesar el de su querido Hijo, dejándola en una terrible incertidumbre acerca de unos sucesos tan funestos. ¡Qué tropel de inquietudes y sobresaltos no debian turbar el corazon de la Virgen con tan triste profecía! Sin embargo, esta resignadísima Madre deposita sus temores en el seno de su Dios; adora los decretos del Padre celestial acerca de su amado Hijo y de sí misma, y se somete humilde y resignada á su voluntad soberana. ¡Cristianos! ¡Qué leccion tan elocuente no nos dá en esta ocasion nuestra querida Madre para que vivamos resignados en la voluntad de Dios, acerca de lo que nos está por venir! Lo mas amargo de un alma que vive sujeta á las inconstancias de la vida humana, son sus continuas inquietudes, no solamente acerca de lo que de presente la sucede, sino tambien y á la vez, aun mucho mas, acerca de lo que la sucederá en adelante. Busca hasta en el porvenir sustos, cuidados y sobresaltos, como sino la cercaran bastantes de presente; y, contra lo prevenido por el mismo Jesucristo, se afana por los trabajos del dia de mañana,

como sino tuviera sobrados el de hoy. No, no sucede así á un alma que vive resignada en la voluntad de Dios. Ella sabe que nada sucede en este mundo que no venga ordenado y dirigido por su sábia y adorable providencia: sabe que no se mueve ni una sola hoja en el árbol sin su divina voluntad: sabe que todo en esta vida, aun aquello que parece malo, coopera á la formación del Justo, haciendo buen uso de ello; y penetrada de estas sólidas y consoladoras verdades, no se afana acerca del porvenir. Deja venir los sucesos, y cuando llegan, procura hacer buen uso de ellos. Sabe por otra parte que el Señor cuida de todos y cada uno de nosotros mejor que nosotros mismos, y llena de confianza se arroja en los brazos paternales de su divina providencia, donde encuentra la paz, la tranquilidad y el consuelo, que no es posible encontrar entre las inconstancias del mundo. Tal es la felicidad de un alma que vive resignada en la voluntad de Dios.

Sin embargo, esto no quiere decir que ella abandone sus negocios y de nada cuide por su parte. No por cierto. Esto no sería resignarse en Dios. Sería tentar á Dios. Un alma resignada confía en Dios, pero no le tienta. Trabaja, como si todo pendiera de ella, y espera el fruto de sus trabajos de la mano de Dios, de quien todo pende. Pone medios, y deja al Señor que conceda ó niegue los fines. Planta y riega, dice San Pablo, y espera tranquila los frutos que Dios quiera concederla, y como sabe que nada la debe, no se queja ni se inquieta si se los niega. Un alma resignada en la voluntad de Dios, practica diligencias para adquirir, pero no sabe otros medios de adelantar que los que la permiten su religión y su conciencia. Jamás se vale del crimen para mejorar su suerte. Tiene negocios, mas sus negocios son siempre justos y tranquilos, porque no quiere conseguir con ellos sino lo que agrade á Dios. Pero, digámoslo de una vez con el Apóstol Santiago. La conducta de un alma, resignada en la voluntad de Dios, está llena de prudencia, de piedad, de caridad y de frutos de buenas obras. *Plena fructibus bonis*. Ella sabe juntar el cumplimiento de sus obligaciones con la práctica de la piedad y las virtudes, y la actividad de las diligencias con la resignacion en la voluntad de Dios. Es piadosa y laboriosa al mismo tiempo; trabaja para no tentar á Dios; ora para conseguir de Dios; y su corazón resignado es el centro, concluye el Apóstol, donde reside la paz en que vive. *Seminatur in pace*.  
 ¡Católicos! ¡Qué feliz, qué dichosa es un alma que vive resignada en la voluntad de Dios! ¿A quién la compararemos? Con-

fieso, mis amados, que no hallo en la tierra cosa que se la parezca y que solo en el Cielo encuentro su ejemplar y su modelo. Efectivamente, la paz inalterable que allá gozan los Bienaventurados, proviene, dice San Agustín, de su estrecha union y perfecta sumision á la voluntad de Dios y por eso son dichosos, porque no quieren sino lo que Dios quiere. Gozemos, ó Dios mio, acá en la tierra un destello siquiera de aquella paz felicísima, viviendo resignados en vuestra adorable voluntad. No haya en la tierra otra voluntad que la vuestra y habrá en la tierra una paz que se asemeje á la del Cielo.

Pero, si María sometiéndose humilde y resignada á la voluntad de Dios, en órden á los tristes y dolorosos sucesos que se la anuncian, nos enseña á resignarnos acerca de lo que nos podrá suceder en adelante, que fué lo que propuse en primer lugar; tambien María sometiéndose humilde y resignada en órden á las humillaciones que hoy sufre, nos enseña á resignarnos acerca de lo que de presente nos sucede, que es lo que me propongo en el segundo. Seré breve. Continúadme vuestra preciosa atencion.

Descendienta esta Virgen admirable de la sangre real de David y del linage sacerdotal de Aaron, y llevando hoy en sus brazos el Daeño del universo, se ve reducida á presentar en el Templo la ofrenda de las pobres. ¡Qué humillacion tan asombrosa para la primera y mayor princesa del mundo! Pero como en esto hace la voluntad de Dios, se somete á ella humilde y resignada y en esta resignacion halla su paz y su consuelo. Pues ved aqui, Católicos, el gran secreto que nos descubre hoy la conducta de María, para dulcificar las amargas y trabajos que de presente nos suceden, y conservar la paz y tranquilidad de nuestro corazon en todas las tribulaciones de nuestra vida, sean las que fueren.

«Mi Dios es omnipotente, puede y debe decir el Cristiano atribulado. Mi Dios es omnipotente. En su mano está sostenerme en los trabajos que padezco, ó librarme de ellos. Tiene medios para curar todos mis males; si quiere aplicarmelos, nadie puede oponerse á su voluntad soberana, y sin duda me los aplicará, si me conviene. ¿Pues por qué te entristeces alma mia? Espera en el Señor. Déjate conducir de su adorable providencia y Él será tu salud y tu consuelo en el tiempo conveniente. *Et gratiam tibi dabit in tempore opportuno.*»

«Mi Dios es infinitamente sábio, puede y debe añadir el Cristiano atribulado. Mi Dios es infinitamente sábio. Él ve las diversas utilidades que me resultan de los diferentes estados en que me pone. Yo no las conozco, mas no por eso son ellas menos apre-

ciables. Es verdad que yo no veo adonde pueda llevarme por los caminos que me conduce, pero una vez que su mano soberana es quien me guía, no hay sino paso adelante. ¡O Cristianos! ¡Cuántas veces á pesar nuestro nos lleva el Señor por los penosos rodeos del desierto á la tierra prometida! ¡Cuántas veces lo que parece nuestra última desgracia, es el primer escalon para subir á la Gloria! Registrad los libros Santos. Leed las vidas de los Justos y no hallareis cosa mas frecuente que desgracias temporales para conseguir bienes eternos.

— *Estad en el camino de la vida* —  
Mi Dios es infinitamente bueno, puede y debe añadir por último el Cristiano atribulado. Mi Dios es infinitamente bueno. Me ama tiernamente y desea mi bien más que yo mismo. Todo lo que quiere con respecto á mí, lo quiere para mí y mis intereses eternos son los que motiván sus resoluciones temporales. Si me castiga es, ó para probar mi paciencia, ó para ejercitarme en las virtudes, ó para refrenar mis pasiones, ó para purificarme en el horno sagrado de las tribulaciones, ó para otros mil y mil fines que se propone su infinita sabiduría y que no me es dado conocerlos. Si me humilla en la tierra, es para hacerme digno de ser ensalzado hasta el Cielo y en cualquier estado en que me pone, sea de salud, ó de enfermedad, de riqueza ó de pobreza, de honor ó de vituperio, mi salvacion es quien le mueve. Descansa, pues, alma mia, este momento de vida en su adorable providencia. Déjate gobernar de un Padre omnipotente, infinitamente sábio é infinitamente bueno. Él te conducirá, por los estados y caminos que mas te convengan, al reino de los Cielos. ¡O dichosa sumision á la voluntad de Dios! ¡O feliz conformidad con sus disposiciones adorables! Tú, tu sola encierras el verdadero secreto de consolar en todas sus tribulaciones al pobre corazon humano.

Efectivamente, Cristianos, y ved aqui la conclusion de cuanto queda dicho: someterse á la voluntad de Dios (y no nos cansemos de repetirlo para que se fije bien en nuestra memoria y en nuestro corazon) someterse á la voluntad de Dios y resignarse en sus disposiciones adorables, es el consuelo universal del Cristiano en todos sus trabajos, es la gran máxima de la religion, el fundamento de todas las virtudes y la fuente de donde manan todos los méritos. Someterse á la voluntad de Dios y no querer sino lo que Dios quiere, es la voluntad de todos los Justos, la felicidad de todos los Santos y la gloria de todos los Ángeles. Someterse á la voluntad de Dios y resignarse en sus disposiciones adorables, es lo que nos enseña hoy con su conducta la Reina de los Cielos y á lo que nos anima con su ejemplo. Por último y

sobre todo, someterse á la voluntad de Dios y resignarse en sus adorables disposiciones fué la constante ocupacion del Hijo Eterno de Dios en su vida mortal. Cuando entró en el mundo, dijo: Ved, Padre mio, que vengo á hacer vuestra voluntad. *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.* Y cuando ora en el huerto la vispera de salir de él, dobla sus rodillas, se postra en tierra, pega su Divino rostro con el suelo y en esta humildísima postura, Padre mio, exclama: Yo sé que todas las cosas os son posibles, mas no se haga mi voluntad, si no la vuestra. *Abba Pater. Omnia tibi posibilia sunt, verumtamen non mea voluntas, sed tua fiat.*

¡Cristianos! Si los Justos, si los Santos, si los Ángeles, si la Reina de los Angeles, si el Hijo Eterno de Dios, se someten, se conforman, se resignan, se abisman en la voluntad de Dios ¿qué nos toca á nosotros? Pueblo congregado en el Templo del Señor, sujeta á su divina voluntad todas tus voluntades; resignate enteramente y sin reserva en sus disposiciones adorables. Él será tu protector y cuidará de ti mas que tu mismo. Entreguémonos, mis amados, en los brazos paternales del Señor, arrojémonos en su augusto y piadoso seno, y él nos llevará, como á otro Jacob, en su regazo por los penosos desiertos de este mundo á la patria prometida de la gloria, que á todos os deseo. AMEN.

## SERMON

### DE DOLORES DE NUESTRA SEÑORA.

*Stabat juxta crucem Jesu Mater  
ejus. Joan. 19. Y. 25.*

Estaba al pie de la cruz de Jesus  
su Madre.

¡Qué asombro de constancia! fieles ¡Cuándo las columnas de la Iglesia han cedido á los vaivenes de la tribulacion! ¡Cuándo los discípulos desamparan á su Divino Maestro! ¡Cuándo los Apóstoles le dejan solo, y Pedro, aquel fiel y leal amigo, que protestaba morir antes que apartarse de Él, ya solamente le sigue á lo lejos; y aun asi es tan grande su temor, que llega al extremo fatal de negarle!... En tan desecha borrasca, María, esa afligidísima Madre permanece inseparable al pie del árbol de la cruz. *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus.* ¡O Virgen bendita y santa! ¡O amorosa y tierna Madre! ¡Es posible que esten vuestros ojos compasivos tan cerca de vuestro amantísimo Hijo, que no haya llaga que no registren, herida que no descubran, ni tormento que no presenciéis!

¡Cristianos! Siente vivamente un padre la muerte de un hijo amado; pero no habiendo presenciado el lastimoso estado en que le puso su última enfermedad, ni las congojas y agonías de su muerte, su corazon paternal no recibe tan dolorosa impresion. El Patriarca Jacob siente vivamente la muerte de su querido José, pero no prorrumpe en lamentos hasta que le presentan la túnica de su hijo empapada en sangre. Entonces gime, suspira, se lamenta y se niega á todo consuelo, y derramando un torrente de lágrimas; bajaré, dice, al sepulcro llorando á mi querido hijo José. *Descendam luens in infernum.* Agar sale de la casa de

su marido Abraham con su único y tierno hijo Ismael en los brazos, y caminando errante por un árido y dilatado desierto, llega á consumir la prevencion de comida y bebida de que la habia provisto Abraham. El tiernecito infante comienza á desfallecer. Observa la madre el congojoso estado de su querido hijo, y no teniendo valor para verle espirar, le deja tendido al pie de un árbol, luchando con las congojas de la muerte, y se huye de su presencia, llorando á gritos, y exclamando: No tengo valor, no puedo, no veré espirar delante de mis ojos á este hijo de mis entrañas, no veré morir al niño. *Non videbo morientem puerum.*

Asi estos afligidos padres parece que dan algun alivio á su corazon con la ausencia de su desgracia: pero María, esa Madre la mas amante y la mas amada del mundo, ni este pequeño alivio se permite. Inmóvil al pie de la cruz, está viendo caer por todas partes la sangre de su querido y único Hijo, observa sus mortales agonías, le vé inclinar su Divina cabeza, le vé espirar... ¿Quién alcanzará á pintar el dolor y la pena de esta Madre al pie del árbol de la cruz cuando espira su Hijo! ¡O!!! Su dolor fué tan profundo, y su pena tan desmedida, que hasta los Sagrados Evangelistas parece que se hallan como embarazados para pintárnosla, y precisados, si es lícito decirlo asi, á usar del ingenioso artificio del diestro Timantes.

Para representar este pintor célebre con la mayor viveza posible la pena de los padres de la Princesa Ifigenia, en la muerte de esta su amada hija, pintó primero á los criados con rostro muy triste y pálido; despues á las camareras, bañadas en lágrimas que hilo á hilo caian de sus ojos; pintó á los deudos y parientes con las manos anudadas, y el cabello desgredado; y últimamente á los hermanos consternados y acongojados: Pero cuando trata de pintar el desconsuelo de los padres, entendiendo que no habia mano, ni pincel que pudiese trasladar al lienzo su afliccion, echó un velo sobre sus pálidos rostros, dejando á los expectadores la libertad de inferir el sumo dolor de los padres, por el que manifestaban los criados, los deudos y los hermanos.

Pues á este modo en el triste y lastimoso espectáculo de la muerte de Jesus, los Evangelistas nos pintan primero el Sol oscurecido; despues el velo del Templo dividido en dos partes de alto á bajo; la tierra que tiembla, las piedras que se parten, los sepulcros que se abren... Nos pintan á las mugeres de Jerusalem bañadas en lágrimas, y á los discípulos tan afligidos, que parecia haberse acabado para ellos el consuelo por siempre: pero cuando nos quieren pintar el desconsuelo de la Madre del inocente que

está clavado en la cruz, el pincel queda suspenso, y ni un solo rasgo aciertan á tirar para formar un cuadro tan lastimoso. En este apuro echan un velo, como Timantes, sobre su pálido rostro, limitándose á decirnos únicamente, que estaba al pie de la cruz de Jesus su Madre: como si dijeran, allí estaba su tierna y querida Madre. ¡Cuál seria su dolor y desconsuelo! Vosotros podreis inferirlo por la consternacion general de todas las criaturas, pues nosotros no acertamos á pintarle y solo sabemos decir: que estaba allí su Madre. *Stabat juxta crucem Jesu Mater eius.*

¡Y qué podré yo decir, mis amados, ni que pintura podré haceros de un suceso en cuyo cuadro, hasta el sagrado pincel de los Evangelistas se detiene, y no acierta á tirar sus acostumbrados rasgos! Sin embargo, por lo mismo que los Evangelistas nos dejan la libertad de pintarle cada uno segun nuestros sentimientos, yo, siguiendo los míos, procuraré manifestar, aunque con expresion lánguida y fria para una materia tan tierna y lastimosa, los dolores y penas de la Santísima Virgen al pie de la cruz de su querido Hijo. Este será todo mi asunto. Para desempeñarle con fruto, pidamos las luces y la gracia del Espiritu Santo por la intercesion de su afligidísima Esposa. AVE MARIA.

### *Stabat...*

No os detengais, almas compasivas, á considerar en este día aquel cuchillo de dolor que traspasó el corazon de María al presentar á su tierno Hijo en el Templo; ni aquella consternacion que ocupó toda su alma, cuando, al volver de Jerusalem, se halló de repente sin el amado de sus entrañas. Tampoco os detengais á contemplar aquella lastimosa despedida de la Madre mas tierna y el Hijo mas querido al entrar Este en su dolorosísima Pasion, ni aquel amarguísimo encuentro de la calle de la amargura... Cada uno de estos sucesos bastaria por sí solo para anegar en un mar de amargura vuestro corazon tierno y lastimado. Pasemos mas adelante. Venid conmigo, y subamos al monte del Señor, adonde nos convida hoy el Profeta. *Venite, ascendamus in montem Domini.*

Vamos al monte de la mirra, al monte Calvario. Allí vereis un dolor que no tiene semejante. Vereis el espectáculo mas lastimoso que jamás vieron los siglos. Vereis el Sol y la Luna en el lugar del sacrificio. Pero... ¡ay! que el Sol, segun la expresion de un Profeta, está convertido en tinieblas y la Luna en

sangre. Jesus, Sol de la Gloria, está oscurecido y harto de oprobios sobre la cruz, y María, Luna del Cielo, está cubierta de sangre al pie de la cruz.

¡O lastimoso espectáculo! ¡O Madre la mas triste y desconsolada de todas las madres! ¡O Paloma Divina! volando por las calles de Jerusalem en busca de vuestro amado, no hallasteis donde fijar vuestras purisimas plantas hasta volver al arca misteriosa, hasta encontrar al Hijo de vuestras entrañas. Pues ya estan cumplidos vuestros ardientes deseos. Ahí le teneis pendiente de tres escarpas. Levantad vuestros ojos virginales, y vereis la cara del mas hermoso de todos los hijos de los hombres, y del mas Santo que todos los Querubines y Serafines, cubierta de palidez; sus ojos Divinos teñidos de sangre, su Sagrada cabeza taladrada de penetrantes espinas, su rostro desfigurado, y todo su cuerpo tan plagado de heridas, tan cubierto de sangre, tan afeado y denegrido, que apenas podreis conocerle. Su presencia divina y su incomparable hermosura han desaparecido enteramente, y ni rastro ha quedado ya de su figura. *Non est ei species.*

¡O Madre querida! Nuestros corazones, aunque de piedra, quedan penetrados del mas profundo dolor al contemplar tan lastimoso espectáculo. ¿Qué sucedería, Madre amada, al vuestro, el mas tierno, el mas compasivo, el mas amante y el mas cercano á vuestro querido Hijo? ¡O Madre bendita! Con cuanta mejor razon que Jeremias, podeis llorar ahora y exclamar: Vosotros los que cruzais estos caminos, deteneos. Contemplad este doloroso y peregrino espectáculo. Mirad la Madre mas desconsolada del mundo, derramando un mar de lágrimas, porque la han arrebatado su único amado. Mirad esta viña vendimiada, á quien acaban de robar aquel racimo blanco, encarnado y hermoso como el amado. Miradme desconsolada y consumida de tristeza. Mirad mis parpados y mis mejillas entumecidas con el llanto. Levantad vuestros ojos compasivos. Mirad ese varon de dolores. Registradle por todas partes. No encontrareis mas que heridas desde la planta del pie hasta lo alto de la cabeza. Pues ese es mi Hijo. Ved ahora si hay dolor que se compare con el mio. *Videte, si est dolor sicut dolor meus.*

¡O desconsolada Madre! ¡Con quién os compararé! ¡A quién os haré semejante! Vuestro dolor y quebranto es tan grande como un mar ¿quién podrá consolaros? *Magna est velut mare contritio tua ¿quis medebitur tui?* Estais viendo á vuestro Hijo clavado en un duro leño; observais sus congojas y agonías. Le veis abrir sus cárdenos y ardientes lábios, pidiendo una gota de

agua. Veis correr por todas partes su preciosísima sangre, y<sup>r</sup> le veis que va á espirar. ¿Quién aliviará tantas penas? ¿Quién curará tantas heridas mortales? ¿*Quis medetur tui?* Pero... ¡amados de mi alma! Cuando el pacientísimo Cordero, consumado su sacrificio, inclina su Divina cabeza, y espira! ¡Dios Eterno! ¿Quién podrá expresar aquí el dolor inmenso de María?

Se parten las piedras, tiembla la tierra, se abren los sepulcros, y como dijo San Dionisio, toda la máquina del mundo se deseuaderna á vista de esta lastimosa y divina catástrofe. ¿Y si esto sucedía en las criaturas insensibles, qué pasaría en el corazón de María? ¿Cuáles serían aquí sus ansias, sus penas y sus angustias.

Pero... ¡qué lastima! fieles. Cuando la Sagrada Virgen se hallaba mas sumergida en este mar de amarguras, viendo á su Hijo ya muerto y pendiente de la cruz, un nuevo y fiero dolor viene á aumentar sus tormentos. Soldados armados y mandados, se presentan á quebrar las piernas de su querido Hijo y de los dos ladrones que habian sido crucificados con Él, uno á su diestra y otro á su siniestra. Al verlos su maternal corazón se estremece y tiembla de nuevo. ¿Con qué ansia no les pediría aquí esta tiernísima Madre: que no cometiesen en su Hijo, ya muerto, tal atrocidad? Yo soy, les diría. Yo soy la Madre del inocente, sacrificado y muerto en ese madero. Pero si aun no estais satisfechos con su muerte, aqui me tenéis á mi. Descargad el golpe, y acabad con la Madre, pero no toqueis en el Sagrado cadáver de mi querido Hijo. Sed sensibles á los ruegos de una Madre traspasada de dolor. No añadais tormentos á mis tormentos... Mas cuando así suplicaba esta soberana Reina, enristrando uno su lanza, dá un bote cruel en el costado desnudo de Jesus y le abre tan enormemente, que cabe á entrar una mano por la herida. ¡O lanza rigurosa! ¡O mano atrevida! ¡O Madre bendita! Vos sola recibís este temeroso golpe. ¡Hierro cruel! Tu abres el costado del Hijo y traspasas al mismo tiempo el corazón de la Madre. *Ferrum lanceae militaris, latus quidem Salvatoris, animam vero transivit Virginis Matris.*

Anegada esta afligidísima Madre en un diluvio de penas, viendo á su querido Hijo, no solo muerto en una cruz, sino abierto tambien su Divino costado y traspasado su Sagrado corazón con el hierro de la lanza... poseída de una amargura amarguísima, parecia que no la restaba mas que espirar al pie de la cruz de su difunto Hijo, cuando vió llegar á aquel lastimoso sitio dos varones José y Nicodemo, que venian dispuestos á bajar de la cruz

el Sagrado cadaver, para darle honrosa sepultura. Pero cuando estos piadosos varones vieron aquel lastimoso espectáculo... Al Hijo descoyuntado, plagado de heridas, cubierto de su propia sangre y abierto su Sagrado costado; y á la Madre traspasada de dolor, pálida y mortal; cuando vieron una escena tan lastimosa, el sentimiento, la pena y la consternacion, se apoderaron á un tiempo de sus corazones compasivos y les pararon enagenados entre el sentimiento y el asombro.

Pero vueltos de su enagenamiento, entiendo yo que dirijirian sus palabras á la Santísima Virgen y la hablarian de esta manera. ¡O Señora la mas bendita entre todas las mugeres y la mas afligida entre todas las madres! Dios os consuele y dé fuerzas en tan lastimosa situacion. Nosotros, vuestros humildes siervos, somos discípulos, aunque ocultos, de vuestro Divino Hijo y venimos dispuestos á cuanto pueda honrarle y consolaros. Nosotros procuramos, en cuanto estuvo de nuestra parte, impedir las crueldades y la muerte que los Príncipes de Jerusalem han mandado ejecutar en vuestro inocentísimo Hijo, y ya que no pudimos conservar su preciosísima vida, venimos á manifestar nuestro sentimiento, nuestra pena y nuestra fidelidad despues de muerto. Tenemos prevenido un sepulcro nuevo, muy pobre, es verdad, para depositar en él tan rico tesoro, pero la religiosidad, la devocion, la ternura y las lágrimas con que le colocaremos en él, suplirá en parte la pobreza. Dadnos Señora vuestra licencia para cumplir nuestros piadosos deseos.

¿Cuáles os parece, almas generosas, tiernas y compasivas, cuáles os parece que serian aqui las demostraciones de agradecimiento de esa Soberana Reina para con estos fieles amigos, que atropellando por todo y sin temer la venganza de los Escribas y Fariseos, venian á cumplir los últimos officios de la piedad con el Hijo y á consolar el sumo desconuelo de la Madre? ¡Ah! Esto no hay lengua que pueda expresararlo. A lo menos yo no encuentro palabras para decirlo.

Tomada en fin la licencia de la Madre, dan principio al descendimiento del cadáver del Hijo, y arrimando sus escalas al árbol de la cruz, comienzan arrancando de su Divina cabeza la corona de espinas que estaba clavada en ella, y tomándola en sus manos, luego la pasan á las de la Santísima Virgen, que la esperaba arrodillada al pie de la escala. Apenas la recibe, cuando estrechándola con su corazon, exclama: ¡O corona mas preciosa que todas las coronas del mundo! ¡O espinas! ¡O penetrantes espinas! Vosotras habeis ceñido con fiera crueldad la cabeza del

que es la corona de los Ángeles. Ceñid ahora también mi angustiado corazón. Recibe luego los clavos, y contempladlos ¡ó clavos! dice anegada en nuevo sentimiento y llanto. ¡O crueles clavos! Vosotros habeis traspasado y rasgado las manos que fabricaron los Cielos. De vosotros ha estado pendiente todo el peso de la justicia de Dios, y de los pecados del mundo. Pero cuando ya ve entre los brazos de los piadosos varones el Sagrado cadáver de su querido Hijo, luego se prepara con ansiosa diligencia para recibirle en su regazo virginal.

Mas temerosos estos de acabar con la vida de la Madre, si pasasen á sus brazos el cuerpo despaizado del Hijo, y parandose dudosos... ¡O varones piadosos! les dice. ¡Me negareis vosotros muerto al que me robaron vivo sus enemigos! No, no es posible que podais ser insensibles á los ruegos de una Madre la mas triste y la mas desconsolada. Nada os debe detener. Su palidez, sus llagas, la sangre cuajada que le cubre... todo se halla estampado ya en mi angustiado corazón. Ven, Hijo mio, dice, alargando los brazos. Ven al regazo de tu afligidísima Madre. Ven sumo Sacerdote del mundo. Ven á sacrificar mi pobre corazón en el altar de mi pecho. Ven Hijo de mis entrañas. Ven á mis brazos. Yo lavaré con este torrente de lágrimas que vierto todas tus llagas y heridas. Ven prenda de mi corazón. Ven amado de mi alma. Ven... Pero ¡ó Angeles de paz! venid vosotros, cubiertos de palidez, á acompañar en su llanto á esta vuestra afligidísima Reina. Llorad Cielos. ¡Estrellas del firmamento! llorad con esta Santísima Virgen. ¡Criaturas todas del mundo! acompañad el llanto de María.

Abrázase luego la Madre angustiada con el cuerpo destrozado del Hijo. Estréchale entre sus brazos. Introduce su rostro virginal entre las espinas que habian quedado clavadas en su Divina cabeza. Tíñese el rostro de la Madre con la sangre del Hijo. Báñase el rostro del Hijo con las lágrimas de la Madre. Párase esta de repente á mirar aquella lastimosa figura, y estrechando á su querido Hijo con nueva ansia entre sus brazos: ¡O Hijo de mis entrañas! exclama: Tu eras el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres. Tus ojos eran vivos y penetrantes. Tu semblante venerable. Tu boca derramaba sin cesar rios de dulzura. Tus manos estaban llenas de jacintos. Tus pies eran deliciosos, y todos tus pasos compuestos. Mas ¡ó Hijo mio! ¡Cuántos estragos ha causado un fiero enemigo en el Santo de los Santos! *¡Quanta malignatus est inimicus in Sancto!*

Tus ojos estan undidos; tus labios cárdenos; tus manos des-

garradas; tus pies agujereados; tu costado abierto á hierro de lanza, y todo tu Santísimo cuerpo ensangrentado, denegrido y despedazado. ¡O Sol eclipsado! ¡O luz apagada! ¡O vida muerta! ¿Son estos, Hijo mio, aquellos hermosísimos ojos que oscurecían al Sol con su luz? ¿Son estas aquellas manos prodigiosas, á cuyo contacto recobraban su vista los ciegos, y resucitaban los muertos? ¿Es esta la boca Divina de donde salían sin cesar rios de misericordia? ¿No me hablas, Hijo mio? ¡O lengua del Cielo, que á tantos consolastes con tus dulcísimas palabras! ¿Quién te ha puesto en tanto silencio, que ni á tu afligidísima Madre respondes? ¡O Padre Eterno, infinitamente piadoso para con los hombres y riguroso con vuestro Divino Hijo! Vos solo sabeis, Señor, las olas de amargura que anegan mi corazón; y Vos solo podeis sostenerme entre tan acerbos penas.

Pero cuando así se lamentaba y lloraba esta Madre inconsolable, San Juan y las demás mugeres que la acompañaban se acercan al Sagrado cadáver. Juan pone su boca en el costado, la Magdalena en los pies, las Marías en las manos. ¡Qué suspiros tan tiernos y tan profundos! ¡qué sollozos! ¡qué lágrimas! ¡qué llanto! Abrazase Magdalena con aquellos sagrados pies, y derramando sobre ellos dos fuentes de lágrimas ¡ó columnas de mi sustento! exclama: Aquí fué donde yo encontré el perdón de todas mis culpas, mi salud y mi vida. San Juan descubriendo aquel pecho agujereado. ¡O pecho Divino! dice: Tu has sido abierto para derramar sobre la tierra los tesoros del Cielo. Las Marías asidas tierna y fuertemente á sus manos, las bendicen y las besan, diciendo: ¡O blancas y hermosas manos! ¿Cómo así ensangrentadas, denegridas y taladradas?

Entre tanto la angustiada y desconsolada Madre, ya observa un profundo silencio, ya suspira, ya levanta sus pálidos ojos al Cielo, ya los fija en el pecho abierto de su querido Hijo, ya en su cabeza ensangrentada, ya en sus ojos oscurecidos, ya en sus manos desgarradas, ya en sus pies agujereados... y entre tan fúnebres sentimientos, entre tantas lágrimas, y tan amargo llanto, se celebra con lamentos y el llanto mas lastimoso del mundo en aquel lugar santo, la muerte del Salvador de los hombres... Y tomando los piadosos varones de los brazos de la Virgen el Sagrado cadáver, le llevan rodeado de estas almas afligidas y lo depositan en un sepulcro nuevo, en donde ninguno otro habia sido puesto todavía. *Et posuerunt eum in monumento suo novo, in quo nondum quisquam positus fuerat.*

¡O Madre bendita y santa, la mas afligida, y la mas descon-

solada de todas las madres del mundo; pero la mas poderosa en el Cielo! Escuchad benigna y piadosa la humilde súplica que os dirige mi alma al concluir la triste y lastimosa relacion de vuestros padecimientos, en la acerbísima Pasion de vuestro querido Hijo. Alcanzadnos, Madre piadosísima, que el dolor, el pesar y el arrepentimiento de nuestras culpas, que fueron la causa de ese diluvio de penas que vinieron sobre vuestro inocentísimo Hijo, y sobre Vos, se impriman del modo posible tan profundamente en nuestros corazones como se imprimieron en el vuestro las llagas de vuestro amado Hijo. Entonces nuestra vida será justa, nuestra conducta virtuosa, nuestra penitencia constante; y nosotros seremos unos verdaderos discípulos del Crucificado, que siguiendo vuestras virginales huellas por el camino real de la cruz, llegaremos á acompañaros en la Corte celestial de la Gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DE LA

## ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN.

---

*Maria optimam partem elegit.*  
Lucas 10. 42.

María eligió la mejor parte.

**C**atólicos, cuando un Cristiano contempla en este día á la Santísima Virgen que sube al Cielo á ocupar el excelso trono de su inmortal Gloria ¿qué otra cosa puede hacer que admirar enagenado este soberano triunfo? Porque ¿cuándo se vió jamás un triunfo semejante en una pura criatura? Entra María en el Cielo y el Padre Eterno recibe allí á su Hija, el Hijo Eterno á su Madre y el Espíritu Santo á su Esposa. Los Ángeles saludan allí á su Reina, los Patriarcas á su augusta descendienta, los Profetas á su Virgen misteriosa, los Discípulos á su querida Maestra, los Mártires á su consoladora en los tormentos, los Confesores al ejemplar de sus virtudes, y las Virgenes á la que es la corona de las Virgenes. ¡Qué felicidad! ¡Qué triunfo, Cristianos! Alegrémonos hoy todos en el Señor, celebrando este día solemne en honor de la Bienaventurada Virgen María, de cuya subida al Cielo, se alegran los Ángeles y alaban al Hijo de Dios. *Gaudemus omnes in Domino... de cujus assumptione gaudent Angeli et collaudant filium Dei.*

Pero ¿cuál pensais, vosotros, que es el título que hace á María acreedora á tanta gloria y á tan soberano triunfo? ¿Pensáis acaso que es el ser la Madre de aquel Jesus que habia de liberar á Israel, restablecer á Sion, encender la antorcha de David y tener por imperio todo el orbe? No. por cierto. El triunfo y gloria de María no consiste en tener un Hijo que intime leyes á la tierra y domine á las gentes que la habitan. Diré mas y vosotros no os escandalizareis. Tampoco consiste el triunfo de María

en ser la Madre de un Hijo, engendrado antes de la aurora entre los resplandores de los Santos, de un Hijo á quien adoran los astros de la mañana, de un Hijo que teniendo á Dios por Padre, tiene á María por Madre, y que siendo el Hijo de María, es el Dios á quien adora María. Todo esto es soberano, es celestial, es divino. Todo esto pertenece á la dignidad y grandezas de María; pero no consiste en esto el triunfo de María. El triunfo de María consiste en haber escogido la mejor parte, como dice el presente Evangelio. *María optimam partem elegit*. Consiste en haber correspondido fielmente á las inspiraciones de la gracia y haberse adquirido con esta fiel correspondencia todo género de virtudes. En una palabra, (y ved aquí todo mi asunto) el triunfo de María consiste en las virtudes de María. Tengo propuesto, *Spíritu Soberano*, que iluminais el universo desde los montes eternos! alumbrad mi entendimiento, inflamad mi voluntad y sugeridme sentimientos y expresiones dignas de vuestra amada Esposa, á quien, para conseguirlo, ponemos por intercesora, saludándola con las palabras del Ángel. AVE MARIA.

### *María optimam partem elegit.*

Deber la dignidad mas sublime á su virtud: anteponer su virtud á la dignidad mas sublime, ¿quién no reconocerá? Católicos, por estas dos cualidades una criatura incomparable? ¿Quién no reconocerá á María? Deber la mas sublime dignidad á su virtud es la primera cualidad que hace incomparable á María. En efecto, María debe á su virtud la dignidad mas sublime; debe á su virtud, en el sentido que esto puede decirse, la sublime dignidad de Madre de Dios; porque, no nos equivoquemos, Cristianos. La maternidad Divina, esta sublime dignidad, no es de aquellas que ninguna preparacion requieren en la criatura que ha de recibirlas. No es como la que sin méritos ni virtudes se concedió á un San Pablo, haciendole de repente Apóstol de Jesucristo de perseguidor de Jesucristo. La maternidad Divina exige, que la criatura que ha de recibirla, esté preparada con todo género de gracias, con todo género de dones y con todo género de virtudes; y tal era el estado de María al recibir esta dignidad angusta. Ved la prueba.

Trata el Verbo Eterno de humanarse, dice San Gregorio, y de elegir una Madre de quien nacer temporalmente. ¿Y qué os parece que hace? Escoje de entre todas las hijas de Sion aquella cuyas virtudes tienen mas proporcion con la dignidad de Madre

del mismo Dios que la elige; aquella que está mejor preparada para recibir esta augusta dignidad; escoge á María. Sabido esto, no nos empeñemos ya, dice el Santo Padre, en buscar otras pruebas de las incomparables virtudes de María. La santidad de los Angeles, como ellos al fin no son sino Ministros del Hijo de Dios de quien ella es Madre, no viene á ser otra cosa que una sombra comparada con la Santidad de María. De aquí es, que los Sagrados Evangelistas para hacer su elogio, solo nos dicen que nació de ella Jesus. *De qua natus est Jesus*. Porque nunca habria nacido de ella Jesus, si Jesus no la hubiera hallado digna de ser su Madre.

Pero ¿qué era, me preguntareis, lo que el Hijo de Dios veía en María para elegirla por Madre? ¿Y qué era, os pregunto yo á vosotros, lo que no veía en María? ¡Ah! Veía en María una inocencia que no conoce pecado y le teme; una pureza que nada tiene de que recelarse y de todo se recela; una humildad que cuanto es digna de los mayores elogios, tanto se entrega á los mas profundos abatimientos; una virtud, me equivoco, un conjunto de virtudes que tenían asombrado al mismo Cielo. Veía en María una inocencia, una pureza, una santidad, un corazón, un amor, un... ¡qué se yo lo que digo! porque yo alabo á María como se alaba á los Santos, y yo me engaño, pues cuando yo hubiera acabado de decir lo que ellos fueron, apenas habria principiado á decir lo que fué María, y si María no hubiera tenido otras virtudes que las que forman los grandes Santos, no habria nacido de ella Jesus, en sentir del mismo San Gregorio.

Si, Cristianos. Las virtudes que forman los mayores Santos, no habrían sido suficientes para formar la Madre del Santo de los Santos. La fé de Abraham, la obediencia de Isac, la inocencia de Jacob, la castidad de José, la mansedumbre de David, y el zelo de Ezequias, no habrían reunido toda aquella santidad que Jesus pedía en María, y la sangre que habia pasado por las venas de tantos Patriarcas, de tantos Profetas, de tantos Pontífices y de tantos Reyes, no habria sido digna de correr por las venas de Jesus, sino hubiera pasado primero por las venas de María. Colocada esta Virgen admirable entre los dos testamentos, con proporcion para ser á un mismo tiempo la gloria del antiguo pueblo y la santidad del pueblo nuevo; aunque infinitamente menos que Dios, era casi infinitamente mas que los hombres, y sola ella, dice San Bernardo, solo María podia ser la Madre de Jesus, y solo Jesus podia ser el Hijo de María. Asi que María debe á su virtud, en el modo que esto es posible, la dignidad de ser Madre

de Dios. Primera cualidad que hace incomparable á María. Añado ahora, que María prefiere su virtud á la dignidad de ser Madre de Dios. Segunda cualidad que hace, si es posible, aun mas incomparable á María. Continúad dispensándome vuestra preciosa atencion.

No aspirar á los honores sino por el camino del mérito, no pretenderlos sino con servicios; recibirlos con una atencion agradecida y perderlos con una indiferencia serena; ved ahí la virtud de los héroes del mundo. Temer las grandezas de la tierra, renunciarlas, huir de ellas, no pretender sino el olvido del mundo, ni querer vivir sino sepultado en Jesucristo; ved ahí la virtud de los héroes del Evangelio. Pero temer una grandeza, toda celestial, toda divina; temblar, estremecerse á la propuesta de la dignidad de Madre de Dios, solo porque esta dignidad augusta se opondrá, al parecer, á la virginidad; anteponer la virginidad á la dignidad de Madre de Dios; ved ahí lo que excede incomparablemente á cuanto han llegado á intentar los héroes del mundo y del Evangelio. Ved ahí la virtud de María.

No temas, la dice el Ángel. Tendrás un hijo que será el Redentor de su pueblo; el Mesías anunciado por los Profetas y á quien los Profetas pronostican tantas glorias; será el Príncipe que dominará sobre todo el universo, y cuyo reino no tendrá fin; será el Hijo del Altísimo. *Vocabitur Altissimi filius.* ¿Pero y mi virginidad? pregunta sobresaltada María. *¿Quomodo fiet istud, quoniam virum non cognosco?* ¡O María incomparable! ¡O prodigio de la diestra del Excelso! Para Vos sola, Virgen gloriosa, estaba reservado dar al mundo este portentoso ejemplo. Si, Cristianos, en el corazon virginal de María prevalece la gracia que santifica á la gracia que ennoblece, y el estado mas perfecto al estado mas sublime y mas glorioso. María quiere mas agradar á Dios como Virgen, que mandarle como Madre, y está pronta á renunciar ser su Madre, si para serlo, es necesario dejar de ser su Virgen, dice San Gregorio de Nimes. *Angelus partum nunciat, Maria virginitati inhaeret.*

¡Qué asombro! Católicos. ¡Con que la virtud de María es tan eminente que llega hasta anteponer su virginidad á la dignidad mas augusta que encierra la religion! ¡á la dignidad mas gloriosa que se conoce entre los Angeles! ¡á la dignidad misma de ser Madre de Dios! Si, Cristianos; y esta es la segunda cualidad que hace aun mas incomparable á María.

¡Ah! ¡Con quanto gusto, con quanto consuelo no recorreria yo ahora el hermosísimo campo de las virtudes de María! Pero

es preciso confesarlo. Mi edad (1) no sufre ya largos discursos, y así resumo el presente, diciendo: que María por su virtud mereció, en cuanto puede merecerse, la dignidad de ser Madre de Dios; y que su virtud fué tan eminente, que llegó á anteponer su virginidad á esta dignidad inmensa. Esto es lo que acabais de admirar en las breves, pero concluyentes pruebas que habeis oido. Esto es lo que me propuse manifestar en mi discurso y esto es lo que manifiesta la virtud incomparable de María. Virtud en la que consiste el triunfo y la gloria que recibe hoy María en las mansiones eternas.

Cristianos, ¡qué amable es la virtud! ¡qué preciosa! ¡qué necesaria! María no parece que acierta á estimar otra cosa que la virtud, ni á ocuparse de otra cosa que de la virtud, ni á emplearse en otra cosa que en aumentar la virtud y perfeccionarla. Esto es lo único que ella juzga necesario. Esta es la mejor parte que ella elige. *Unum est necessarium. María optimam partem elegit.*

Porque, en efecto, Católicos, María sin maternidad divina y con virtud, agradaría á Dios, y Dios amaría y premiaría á María; pero María con maternidad divina y sin virtud, si esto fuera posible, no agradaría á Dios, y Dios no amaría ni premiaría á María. Os parecerá acaso fuerte esta doctrina, pero ella es la misma que predicó Jesucristo. Bienaventurado, le decia una muger, levantando su voz en medio de la multitud que le seguia: Bienaventurado el vientre que te trajo y los pechos que mamaste. *Beatus venter, qui te portavit, et ubera, quae suxisti.* Y el Señor la dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. *Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.* Por eso, segun San Agustin, la misma maternidad Divina no seria suficiente para hacer mercedora á María del triunfo con que sube hoy al Cielo, si no la hubieran hecho acreedora sus virtudes; y llevar al Verbo encarnado en su seno virginal, aun no bastaria, sino llevase en su alma la palabra de Dios y la guardase. En guardar pues la palabra de Dios consiste la virtud, y sin guardar la palabra de Dios ninguno puede ser bienaventurado, segun la doctrina de Jesucristo. *Quinimo beati, qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud.*

Si, Cristianos, la virtud y solamente la virtud nos es necesaria para ser bienaventurados. Las riquezas, los honores, los placeres no nos son necesarios. Sin ellos se consigue el Cielo, ó mas

---

(1) De 72 años. Los Señores Predicadores, que se hallen en edad oportuna, podran ampliarle como mejor les parezca.

bien, ellos son mil y mil veces los que impiden nuestra entrada en el Cielo. ¡Pero qué digo! Tampoco son duraderos. Un momento y ya no existen. Mañana, hoy cerraremos los ojos, perderemos de vista á este mundo, bajaremos al sepulcro, y cuanto somos, cuanto poseemos, cuanto disfrutamos, todo se acabará para nosotros, todo desaparecerá, nada nos quedará, fuera de la virtud. ¿Y qué será entonces de nosotros si ella tambien llega á faltarnos? ¡Qué inmensa desgracia! Sin virtud ya no habrá para nosotros por toda la eternidad, ni Cielo, ni Santos, ni Angeles, ni Reina de los Angeles, ni Dios de la Gloria, ni Gloria de Dios. Sin ella no habrá ya para nosotros otra cosa por toda la eternidad, que infierno, ministros infernales, justicia divina, tormentos eternos. ¡Cristianos! ¡Quién puede pensar en esto! ¡Quién puede, ni aun imaginarlo sin estremecerse y consternarse! ¡O virtud! ¡O preciosa virtud! ¡Cuán necesaria eres para el hombre! ¡O hombre! ¿Cómo te atreves á vivir sin la virtud?

Por eso María prefiere la virtud, no solamente á todo lo que puede ofender á la virtud, sino tambien á todo lo que parece oponerse á la perfeccion de la virtud. ¡Ah! Temer una grandeza toda celestial, toda divina; una grandeza que del Dios á quien adora María, hace un hijo propio de María... Estremecerse, temblar á sola la idea de esta grandeza, porque la parece que trasluce alguna sombra de oposicion á la perfeccion de su virtud; Ved ahí lo que excede á todo elogio. Ved ahí la virtud de María. Esta virtud heroica, esta virtud excelsa es la que hace á María digna (en el modo que esto es posible) de ser la Madre del Hijo de Dios; la que la hace merecedora del triunfo con que sube en este dia al reino de los Cielos, y es coronada Reina de la Gloria sobre los mas encumbrados Serafines; esta virtud celestial, y en cierto modo divina, es la que la coloca en un trono excelso, al lado de la Santísima humanidad de su amantísimo Hijo.

¡O Virgen admirable! ¡O Madre querida! ¡O Reina de los Cielos y la tierra, que vestida del Sol, calzada de la Luna, coronada de Estrellas, y sentada en el trono excelso de vuestras inmensas virtudes, reiais sobre todos los coros celestiales, sobre los Querubines y los Serafines! alcanzadnos, Madre adorada y Reina gloriosa, de vuestro Santísimo Hijo: que nos conceda el bien inmenso de la virtud, para que viviendo en virtud todos los dias de nuestra vida, merezcamos ser admitidos á la hora de nuestra muerte en el reino de los Cielos, y reinar con vuestro gloriosísimo Hijo y con Vos por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DEL

## PATROCINIO DE MARÍA SANTÍSIMA.

---

*Beatus venter qui te portavit,  
et ubera quae suxisti.*

Bienaventurado el vientre que  
te trajo y los pechos que mamaste.  
San Lucas cap. 11. y. 27.

**C**atólicos, si yo tratase en este día de probar solamente el valimiento que la Santísima Virgen tiene para con Dios, diría con San Gerónimo, que María es la autora de la salud, porque nos trajo el Autor de la salud; diría con San Juan Crisóstomo, que María nos ofrece á aquel Hijo á quien dió el ser, y por ella conseguimos el perdon de los pecados; diría con San Bernardo, que tenemos en el Cielo una abogada en María, que como Madre de Dios y Madre nuestra trata con el mayor interés y eficacia los negocios de nuestra salud eterna; diría con todos los Santos Padres, que María es la medianera de los pecadores, la protectora de los Justos, y la segunda Redentora del mundo; y diría otras mil cosas á este modo de que estan llenos sus eseritos; pero limitándome á hacer solamente su panegírico, no haria otra cosa que repetir lo que han dicho ya tantas veces los oradores evangélicos en una multitud de sermones llenos de elocuencia. Mi discurso en este dia no se dirigirá solamente al elogio de María, tendrá tambien por objeto la reforma de nuestras costumbres. Y ved aquí ya todo mi discurso dividido en dos partes. En la primera procuraré hacer ver el poder y valimiento de María; y en

la segunda la necesidad que tenemos de este poder y valimiento para andar por los peligrosos caminos del mundo y llegar con felicidad al puerto de nuestra dicha eterna.

Virgen poderosísima, alcanzadme de vuestro Hijo Omnipotente los auxilios necesarios para que yo desempeñe con acierto y con fruto un asunto tan interesante. AVE MARIA.

### PRIMERA PARTE.

Destinada la Santísima Virgen antes de todos los siglos para ser en el tiempo Madre, sin Padre, de un Dios, engendrado en la eternidad por un Dios Padre, sin Madre, recibió todas las gracias y dones que correspondían á tan augusto ministerio. San Bernardo nos la representa llena de asombrosas prerogativas, libre de todas las manchas del viejo Adán y revestida de todas las gracias del nuevo. San Ambrosio y San Agustin nos la pintan como un abismo de perfeccion y un oceano de virtudes, y San Cipriano nos la hace ver Madre y Virgen al mismo tiempo, que no tuvo semejante antes de ella, ni tampoco la tendrá despues. Cuando el Hijo del Eterno Padre, ha de nacer hombre entre los hombres, escoje, dice San Gregorio, aquella, cuyas virtudes tienen mas proporcion con la incomparable dignidad de Madre del mismo Dios que la elije, aquella á la que Dios pueda confesar con mas decencia por Madre suya y que sea menos repugnante que llame Hijo suyo al mismo Dios. Sentados estos principios, continua el Santo Doctor, ninguna cosa se iguala á María, porque no hay cosa que se parezca á María, ni sea semejante á María. La santidad y pureza de los Angeles, como estos, al fin, no son mas que Ministros de Dios, de quien María es Madre, no son sino sombras de su pureza y santidad. Por eso el Sagrado Evangelista, para hacer su elogio, solo nos dice: que nació de ella Jesus. *De qua natus est Jesus.* Y ciertamente, Católicos, para saber la multitud, la excelencia y la sublimidad de las virtudes de María, basta saber: que nació de ella Jesus; pues nunca hubiera llegado á ser Madre de Dios, si Dios no la hubiera hallado en proporcion para serlo.

Pero qué era, es preciso preguntar siempre que se llega á este paso ¿qué era lo que Dios veia en María para honrarla con una dignidad tan gloriosa? ¿con esta dignidad incomparable? Mas ¿qué era, preguntaré yo con mas razon, lo que no veia en María? En ella veia aquella asombrosa pureza que tanto agrada al

Dios de la pureza: veía una inocencia que no conoce pecado y le teme; una humildad que cuanto es digna de los mayores elogios, tanto mas se cree digna de los mayores abatimientos; un amor á la soledad que la hace vivir en solo Dios, sin desear otra compañía que á Dios solo; un valor al que solo faltan ocasiones para manifestarse en los mas heróicos sacrificios; un corazon tan noble y elevado que se creeria envilecido, si diese entrada en él mas que á su Criador; veía un conjunto de virtudes que asombraban á los Cielos: veía... pero yo alabo á María como se alaba á los Santos, y me equivoco: pues cuando yo hubiera dicho cuanto ellos fueron, apenas habria principiado á decir lo que fué María, y no temo repetir con San Gregorio: que si María solo hubiera tenido esas virtudes que tuvieron los mayores Santos, no habria sido Dios su Hijo, y que, para llegar á concebirle, necesitó llevar sus méritos hasta el sòlio mismo de la Deidad. *Ut conceptionem Verbi aeterni pertingeret, meritorum verticem usque ad solium Deitatis evertit.*

¡O Cristianos! Veía Dios en María la Santidad mas semejante á la Santidad de su Santísimo Hijo. Santidad que solo se hallaba en un Hombre Dios, y cuya semejanza solo se hallaba en María. Santidad que, aunque no era la Santidad del Hombre Dios, era casi infinitamente superior á la Santidad de los hombres y de los Ángeles; porque la Santidad de María habia salido, por decirlo asi, del término de las Santidades criadas y se habia colocado entre la Santidad del Criador y la criatura, entre la Santidad infinita y finita, y siendo infinitamente menos Santa que el Criador, era casi infinitamente mas Santa que la criatura. *Usque ad solium Deitatis evertit.*

En vista de esto ¿cuál será el poder de tan singular criatura! Constituida por su santidad, hija de un Padre Omnipotente, Madre de un Hijo Omnipotente y Esposa de un Esposo Omnipotente! ¿Cuál será el valimiento de María, cuyo Patrocinio celebramos en este dia? Si Moisés, levantando sus manos al Cielo en el desierto, contó la ira de Dios irritado contra su pueblo: si Elías hacia bajar á su voluntad lluvias saludables del Cielo sobre la tierra: si la sombra sola de San Pedro bastaba para obrar portentos; si ha sido tan grande el poder de los Santos acá en la tierra ¿cuál será el poder de la Reina de los Santos allá en el Cielo? Siendo María la criatura mas Santa que hay en el Cielo; siendo María la Madre del Hombre Dios ¿qué no alcanzará del Hombre Dios!

Elevada esta Reina de la Gloria sobre los mas encumbrados

Serafines, y colocada al lado de la humanidad de su Hijo Jesucristo, participa allí de su poder y de su gloria, cuanto es posible á una pura criatura. Allí está repartiendo el Hijo con la Madre su autoridad y su amor. Allí esta Soberana Reina está distribuyendo, dicen los Santos Padres, como una segunda Redentora, las gracias del Redentor. Allí esta poderosísima Virgen se ha constituido la mediadora entre los hombres y el Hombre Dios. Allí en fin esta dulcísima Madre se ha establecido para ser en todo tiempo la proteccion y el consuelo de aquellos hijos que, en la persona de San Juan, la encomendó desde el árbol de la cruz su amado Hijo. Allí es la fortaleza de los Justos, el amparo de los pecadores y el recurso general de los pueblos y los reinos. ¿Qué confianza no deberemos poner en una Madre tan tierna que tanto puede y que nos quiere tanto? ¿Qué no deberemos prometernos de esta querida de Dios y de los hombres! ¿Cuál deberá ser nuestra devocion para con este embleso del Cielo y de la tierra! ¿Cuál nuestra confianza en la proteccion de María! Porque no ignorais, Cristianos, que despues de la proteccion de Jesus, no hay otra mas poderosa que la proteccion de María... ¿Pero qué importará para nosotros esta proteccion de María, si nosotros no nos acogemos á ella? Mas esto pertenece ya á la segunda parte de mi discurso.

## SEGUNDA PARTE.

La grandeza del negocio por una parte, y nuestra gran flaqueza por otra, prueban incontestablemente la necesidad que todos tenemos del patrocinio y amparo de la Santísima Virgen: porque ¿á qué fin necesitamos ese Patrocinio? A fin de hacer felizmente nuestro gran viaje. Y ¿adónde? A la eternidad. ¡O qué viaje tan asombroso! ¡O qué viaje tan difícil y tan lleno de peligros! Vamos á la eternidad, mis amados, pero... ¿desde cuándo? ¿por donde? ¿cómo? ¿á que eternidad? Ved aqui cuatro preguntas de la mayor importancia y que merecen la mas seria meditacion. En su contestacion vereis la gran dificultad de hacer bien este viaje y la necesidad que todos tenemos del Patrocinio de la Santísima Virgen para hacerle con felicidad. Aplicad vuestra atencion, pues el asunto es demasiado serio é interesante para poderle mirar con frialdad ó indiferencia.

Vamos á la eternidad, Cristianos, pero... ¿desde cuándo? Desde el primer instante de nuestra existencia, sin que nos deten-

gamos ni un solo momento en el camino. Cuando estamos aun encerrados en el seno de nuestras madres, y cuando reposamos ya en su regazo; cuando crecemos en la niñez y en la juventud, y cuando menguamos ó nos disminuimos en la vejez; cuando dormimos y cuando velamos; cuando corremos y cuando estamos sentados... En todos tiempos caminamos con paso igualmente acelerado á la eternidad. Somos como el que navega siempre con viento en popa, que lleva siempre un mismo rumbo, y que se dirige siempre á un mismo término. Que vele ó que duerma; que se siente ó se pasee en su camarote; que suba á cubierta, ó que baje á escotilla; que haga lo que quiera, ó que no haga nada... siempre se va acercando al término de su viaje.

Hombres engolfados en el mundo, acordaos que tambien vosotros caminais á vuestro término sin deteneros ni un momento; pero ¿qué término? ¡ó Dios mio! al término de la éternidad. ¡Insensatos! Vuestros dias huyen con rapidez, vuestras diversiones, vuestros placeres, vuestros deleites, todas vuestras cosas pasan como una sombra, como un humo que se disipa. Los sucesos de ayer, ya no son hoy, y mañana no serán los que ocupan este dia. Todo pasa en este mundo. Todo va quedando atrás. Solamente vosotros vais siempre adelante, y caminais sin deteneros á entrar en la eternidad. ¡Qué locura! ¡engolfarse en un mundo momentáneo un hombre eterno!

Vamos á la eternidad, pero... ¿por dónde? ¡O amados de mi alma! Si ya que vamos á la eternidad, el camino que llevamos fuese llano y espacioso... pero es tan estrecho y tiene tan mal piso, que es necesario caminar con sumo tiento para no tropezar y caer en él á cada paso. Porque hablemos claro, Cristianos. ¿Por dónde vamos á la eternidad? ¡Ah! por un mundo lleno, atestado de peligros. Peligros en la Ciudad, dice San Pablo, y peligros en el campo; peligros en la compañía y peligros en la soledad; peligros en los enemigos y peligros en los amigos; en todo y en todas partes peligros. Peligros en las riquezas, porque traen consigo el lujo y la molicie, é inspiran el orgullo y la soberbia; y peligros en la pobreza, porque una necesidad continuada llega á apurar el sufrimiento, y expone á ruindades. Peligros en el matrimonio, porque su duracion regularmente llega á resfriar el amor, porque los géneos son tan diferentes como los semblantes, y á veces enteramente opuestos, y porque la crianza de la familia ocasiona mil pesares, mil disgustos, mil peligros.

Peligros en la soltería; y no hablo de aquellos solteros que huyen del matrimonio por un exceso de lujuria, para entregarse

libremente á manchar los tálamos fieles, á corromper la juventud, y á perseguir la virginidad y la inocencia; porque estos hombres detestables, cuyo número han aumentado grandemente las doctrinas de nuestros bellos filósofos, no solamente son la afrenta del cristianismo, sino que trastornan la sociedad y la llenan de confusion y de injusticias. No hablo pues de esta soltería infame, sino de aquella soltería que traen consigo la edad, la necesidad y las circunstancias, y de ella digo que tiene mil peligros, porque la violencia de la pasión carnal atropella á todos aquellos que no estan bien afianzados en el Santo temor de Dios. Peligros en la viudez...

¿Pero en qué estado viviremos que no esté sembrado de peligros, ni adónde volveremos nuestros ojos que no veamos peligros y tropecemos con peligros? Aquí libros emponzoñados que trastornan las cabezas; allá pinturas infames que corrompen los corazones; por todas partes conversaciones obscenas, discursos impios, ejemplos perversos, ocasiones críticas y violentas, objetos que provocan, enemigos que tientan... pero ¿adónde voy? mis amados Cristianos. ¿Pretendo decir en pocas palabras la multitud de peligros de que está sembrado el mundo? ¡Ah! Esto seria lo mismo que querer contar al mar sus arenas. ¡Y quién no inliere ya de aqui la gran necesidad que todos tenemos del Patrocinio de la Santísima Virgen para arribar al reino de los Cielos por entre tantos y tan inminentes peligros!

Vamos á la eternidad; pero... ¿cómo? ¿Vamos acaso como unos hombres robustos, y con fuerzas suficientes para vencer tantos y tan grandes peligros? ¿Vamos como unos hombres ágiles, y con bastante ligereza para saltar por sobre tantos precipicios y tan profundos abismos? Nada menos que eso. Antes, por el contrario, vamos cargados con el enorme peso del viejo Adán y sus innumerables miserias. Ignorancia profunda en el entendimiento, malicia refinada en la voluntad, obstinada rebeldía en las pasiones, lucha continua entre la carne y el espíritu, y sobre todo un fondo de corrupcion en nuestro corazón que pone el colmo á todas nuestras miserias. Cargados con tan abrumante peso, vamos á la eternidad, y por colmo de nuestra desgracia vamos embarcados en la nave de nuestra flaca y corrompida naturaleza.

¿Cómo, pues, podremos arribar al puerto de nuestra salud eterna, cargados con tanto peso, surcando un mar tan peligroso, y embarcados en una nave desmantelada, barrenada por todas partes, carcomida y casi podrida? ¡Ah! No hay acaso en el

mundo cosa mas asombrosa que ver la serenidad con que la mayor parte de los hombres navegan á la eternidad por entre tantos escollos y borrascas en una nave perdida; ni tampoco hay una prueba mas convincente de la necesidad que todos tenemos del Patrocinio de la Santísima Virgen para escapar de tantos peligros y llegar con felicidad al puerto de la dicha eterna.

Finalmente: vamos á la eternidad, pero... ¿y á qué eternidad? A una eternidad, ó inmensamente dichosa, ó inmensamente desdichada. Desde el primer momento de nuestra vida caminamos ó á acercarnos en el Cielo para siempre, ó á sepultarnos para siempre en el infierno; ó á reinar eternamente en la gloria con los Angeles y los Bienaventurados, ó á padecer eternamente en el abismo con los ministros infernales y los condenados. Vamos, ó á ver á Dios y gozarle para siempre, ó á perderle y condenarnos para siempre. ¡O eternidad venturosa! ¡O desventurada eternidad!

Cristianos, permitidme aqui que os pregunte, lleno de asombro y sentimiento. ¿Van á la eternidad esa multitud de almas abandonadas que vemos en el mundo? ¿Van á la eternidad tantos maldicientes y tantos juradores; tantos tramposos y tantos usureros; tantos calumniadores y tantos chismosos...; finalmente: van á la eternidad tantos escandalosos, cuya boca es un sepulcro abierto que no exala mas que impurezas? Todos estos, yo pregunto: ¿Van á la eternidad? ¿Van á la eternidad esas almas desdichadas que viven de asiento en el espantoso estado de pecado mortal el mes, los meses, el año y acaso los años con una serenidad que estremece á los ojos de la fé? Los amancebados, los adúlteros, los rencorosos, los que retienen lo ageno contra la voluntad de su dueño... ¿Todos estos van tambien á la eternidad? ¿Van á la eternidad esas almas tan acostumbradas á pecar, que ya, mas que por pasion, pecan por diversion, por chanza, por risa, por pasatiempo?... ¿Van á la eternidad esas almas tan ocupadas en pecar, á las que podria preguntarse, sin agraviarlas, si estan asalariadas para ofender al Señor? ¿Van á la eternidad esas almas blasfemas, que hablan de Dios, de la Virgen, de los Angeles y de los Santos del mismo modo, y con el mismo lenguaje, que una muger perdida hablaria en el arrebató de su cólera á otra de su clase? ¿Van á la eternidad... pero ¿adónde voy yo con mis preguntas? ¡O Dios mio! ¿No ha quedado ya en la católica España un tribunal, una autoridad, un Juez que castigue tantos pecadores y pecadoras que insultan públicamente vuestra Magestad adorable? ¿Qué ¡Dios mio! se ha de reservar todo para el dia de vuestras venganzas? ¡Espantosa reserva!!!

Mis amados, ello es cierto que toda la multitud de pecadores que llevo referidos, y otros mil y mil que ni el tiempo ni la decencia de este lugar me permiten expresar, todos van á la eternidad. Pero... ¿lo creen ellos asi? Permitidme que lo dude, porque si lo creyeran ¿cómo era posible que fuesen ofendiendo é insultando por el camino á aquel Dios infinitamente justiciero, á cuyos pies van á presentarse! ¡Hombres desatinados! vuestro proceder es tan opuesto á vuestra fé, que mas parece de un loco que de un hombre que cree la eternidad. Pero tened entendido, hombres temerarios, que vuestra conducta criminal no detendrá ni un solo momento vuestro viaje á la eternidad; antes bien, podrá contribuir á acelerarla, porque los vicios abrevian la carrera de la vida, y muchos de los viciosos, como dice el Real Profeta, no llegarán á la mitad de sus dias. *Non dimidiabunt dies suos.*

Vuelvo á mi discurso y repito: que todos vamos corriendo, volando á la eternidad; que el camino que llevamos, sobre ser estrecho y de mal piso, está sembrado todo de peligros; que un camino tan difícil y arriesgado tenemos que andarle cargados con el enorme peso de las miserias humanas; y en fin: que este viaje tan dificultoso, este gran viaje del hombre, este viaje tan breve como indispensable, tiene por término infalible una eternidad ó de gloria ó de eterno infierno. Inferid ahora vosotros, Cristianos, si hay algun negocio en el mundo que necesite mas de proteccion, de amparo y valimiento ¿Y á quién acudirémos en tanta necesidad sino á nuestra querida Madre? ¡O Madre clementísima! ¡Reina del Cielo, y consuelo de la tierra! ¡Refugio del hombre afligido y casi anegado en el mar tormentoso del mundo! ¡Aurora de la mañana y estrella del mar! Vos, Señora, sereis nuestro refugio, nuestra ayuda y nuestro consuelo. Vos alumbrareis nuestros pasos, y dirigireis nuestro rumbo para que por entre tantos y tan inminentes peligros lleguemos dichosamente al puerto de la vida eterna.

¿Qué consuelo para nosotros, mis amados, poder contar con el Patrocinio de la Santísima Virgen! ¿Qué no deberémos prometernos de un valimiento tan poderoso! ¿Qué no deberémos esperar de una Madre tan tierna y tan amante de sus hijos! ¡Ni á quien podrémos acudir despues de Jesucristo con mas esperanza que á María Madre de Jesucristo.

¡O tu Cristiano, seas quien fueres, exclama aqui San Bernardo, tú que en vez de andar por tierra firme, fluctúas en el mar proceloso de este mundo, y te ves sumergir á cada paso entre sus olas, llama á María, sino quieres anegarte. *Voca Ma-*

*riam si non vis obrui procellis.* Tú que te ves acometido de continuas tentaciones y cercado de amargas tribulaciones, llama á María, si no quieres ser vencido. *Voca Mariam.* Tú, á quien persiguen las desgracias, á quien atropellan los enemigos, á quien consumen los trabajos, llama á María, si quieres sostenerte. *Voca Mariam.* Si turbado tu corazón á vista de la enormidad de tus delitos, si confundida tu conciencia con su multitud, si asombrado al contemplar el terrible juicio que te espera, te ves sumergir en la tristeza, y que vas á anegarte en los abismos de la desesperacion, llama, llama á María, ella te consolará, ella te animará y apartará del precipicio. *Voca Mariam.* En los peligros, en las perplejidades, en las dudas, en todas tus aflicciones y necesidades acuérdate de María, llama á María. *Mariam cogita. Mariam invoca.* Si la llamas, te oirá, si la pides, te dará, y si te pones bajo de su proteccion, ella te protegerá.

¡O soberana María! ¡O Reina celestial! Llenad toda la extension de la tierra de vuestra proteccion. Tomadla toda bajo de vuestro amparo. Reinad, despues de Dios, sobre todo lo que no es Dios; pero reinad principalmente sobre nosotros para que militando bajo de vuestro imperio, consigamos la victoria de ver á Dios y gozarle en vuestra amabilísima compañía por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

DE LA

## PURISIMA CONCEPCION DE MARIA SANTISIMA.

---

*Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit, in quo omnes peccaverunt. Ad Rom. cap. 5. v. 12.*

Por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, y así pasó la muerte á todos los hombres por aquel en quien todos pecaron.

### SOBERANO SEÑOR SACRAMENTADO:

**C**on que es tan infeliz nuestra suerte! Si por cierto, Cristianos. El principio de donde descienden todas las generaciones humanas fué inficionado en su mismo origen con el veneno de la culpa. Antes que existamos nosotros, ya existe, en cierto modo, nuestro pecado. Él se nos anticipa, él se nos adelanta, y para decirlo así, nos está esperando en el camino por donde necesariamente hemos de pasar. La ira del Cielo es lo primero que heredamos de nuestros padres, sea que nazcamos para vivir en una choza ó para habitar un palacio. En el hecho de ser hombres, ya somos pecadores, porque, como dice San Pablo, por un hombre entró el pecado en este mundo, y en él todos los hombres pecaron. Sí, todos entramos en el mundo, dice San Ambrosio, como aquellos desgraciados bajeles, que destrozados en la tormenta son arrojados por las olas á las playas. *Quos naufragos quidam naturae fluctus expulit.*

¡O venturosa María! ¡O María incomparable! Sola Vos, Madre adorada, os librasteis del naufragio. Esta desgracia, que alcanzó á todos los descendientes de Adán; esta desgracia, que ha hecho verter tantas lágrimas desde el principio del mundo y que las hará correr hasta su fin; este castigo que es la prueba mas espantosa de la justicia de Dios; esta ley del pecado, tan penosa, tan duradera, tan general, tan terrible... esta ley que se ha entendido con todos... no, purísima María, esta ley no se ha entendido con Vos. *Non enim pro te, sed pro omnibus haec lex constituta est.*

Prevenida María en el primer instante de su ser por la gracia de la preservacion, no recibe con la existencia el pecado original, y donde todos hallamos una naturaleza manchada, ella encuentra una naturaleza pura. ¡Privilegio imponderable! Privilegio que la distingue de todos los descendientes del padre pecador, pues aunque los Jeremías y Bautistas fueron santificados antes de nacer, habian sido concebidos en pecado como los demas hombres. Sola María, sin comparacion mas dichosa que aquellos personajes, fué concebida sin mancha ni sombra de pecado; ó como decimos continuamente, fué concebida en gracia sin mancha de pecado original. Y esto es en lo que consiste el misterio de este dia. Misterio que nos presenta al mismo tiempo la idea mas grande de la pureza de María y de la malicia del pecado. Misterio que es la prueba mas convincente de la Santidad de Dios, y del ódio que Dios tiene al pecado. Misterio en fin, que ofrece la materia mas interesante á vuestra atencion y á mi discurso. En él vereis, que tanto por el amor que Dios profesa á María, como por el ódio que tiene al pecado, no permitió que María fuese concebida en pecado; y es todo mi asunto.

Purísima María, objeto de mi veneracion, de mi ternura y mi esperanza; permitid, Madre querida, que, cumpliendo yo hoy con la ley del cariño, os consagre este mi pobre discurso. Y Vos, Soberano Señor Sacramentado, concededme vuestras luces y vuestras gracias para que yo le desempeñe con acierto y con fruto. Esto os pedimos todos por la intercesion de vuestra purísima Madre, á quien saludamos con las palabras del Ángel.

**AVE MARIA.**

*Per unum hominem...*

En aquel fatal momento en que todos hallamos el pecado, María encuentra la gracia. Con vuestra licencia Soberano Señor Sacramentado. He dicho, Católicos, que en aquel fatal momento en que todos hallamos el pecado, María encuentra la gracia. ¡Venturosa Criatura! Ella recibe la vida, donde todos hallamos la muerte. ¿Y de dónde os parece que proviene esta diferencia tan feliz y tan gloriosa? Proviene del amor que Dios profesa á María, y del ódio que tiene al pecado. ¡Ah! Si Dios no amara tanto á María, podría acaso bastar que la santificase en el seno de su Madre, como al Bautista, y sino aborreciera tanto el pecado, también podría acaso permitir que fuera concebida en pecado, como los demas hombres; pero Dios ama á María, como jamás amó á una pura criatura, y Dios aborrece infinitamente el pecado. Entremos en pruebas.

Dios amó á María, dicen los libros Santos, desde el principio de sus caminos. Dios amó á María en todos los instantes de su vida y Dios no podría amar á María en todos los instantes de su vida, si hubiera en su vida algun instante en que María estuviera en pecado; porque Dios no puede amar á una criatura que está manchada con el pecado. Digo mas. Porque Dios no puede dejar de aborrecer á una criatura mientras que está manchada con el pecado, aunque no lo esté mas que un instante.

¡Y cómo era posible que María fuese aborrecida de Dios ni por un solo momento! ¡Oh! Solo pensarlo horroriza. ¡Qué! ¡María! La obra privilegiada de la mano del Altísimo. ¡María! La criatura mas perfecta de todas las puras criaturas. ¡María! Aquella clarísima aurora que precedió al Sol de justicia. Aquella fecunda nube que llovió al Justo por esencia. Aquella bendita Madre que llevó en su seno virginal al Hijo Eterno de Dios. ¡María! Aquella dichosísima criatura que fué destinada antes de todos los siglos para ser en tiempo la Hija del Eterno Padre, la Madre de su Eterno Hijo y la Esposa del Espíritu Santo. ¡Hé!!! ¡Cómo era posible que esta criatura, tan amada de Dios, fuera aborrecida de Dios ni por un solo momento!!! ¿Y cómo podría dejar de serlo si hubiese sido concebida en pecado? Luego no haber sido María concebida en pecado, como todos los descendientes de Adán, esta distincion tan feliz y tan gloriosa proviene del amor que Dios profesa á María.

Añado ahora que tambien proviene del ódio que Dios tiene al pecado. Hay entre Dios y el pecado una oposicion infinita; y así, donde quiera que le descubre, le detesta, le persigue, le castiga. Registrad sino los Cielos y la tierra; registrad los abismos, y en todas partes vereis un Dios, que detesta, que persigue, que castiga espantosamente el pecado.

Subid á los Cielos y contemplad la temerosa escena que allí se representa. Una multitud innumerable de hermosísimos Ángeles rodea el trono de Dios. Deslumbrada la tercera parte por su hermosura, comete un pecado de soberbia. ¿Y qué sucede? ¡O Dios justo! ¡Dios terrible! ¡Quién puede comprender el ímpetu de vuestra ira! En el momento en que pecan, les arroja de la altura de los Cielos á la profundidad de los abismos. No les dá tiempo, ni para cometer un segundo pecado, ni para arrepentirse del primero; y prefiere despoblar el Cielo de la tercera parte de sus hermosísimos Ángeles, á permitir en él, ni un solo pecado, ni por un solo momento. ¡Castigo espantoso! mis amados. Una culpa, una sola culpa, una culpa de un solo momento sepulta, en el momento mismo en que se comete, una multitud de hermosísimos Angeles en unos fuegos eternos. ¿Puede darse prueba mas terrible del ódio que Dios tiene al pecado?

Pues ahora, despues de haber contemplado lo que pasa en el Cielo, volved los ojos á la tierra, y encontrateis con otra escena que, si no es mas lastimosa en sí misma, lo es sin duda para nosotros. Acercaos al Paraiso. Allí vereis dos criaturas poco menos perfectas que los Ángeles. Vereis á nuestros primeros Padres Adán y Eva. ¡O qué criaturas tan hermosas! Dios las ha formado á su imagen y semejanza, las ha criado en un estado de inocencia, las ha colmado de gracias, de dones y de virtudes y las ha colocado en un Paraiso de delicias. Allí las encontrareis dulcemente ocupadas en amar á su Criador. ¡Qué ocupacion tan dichosa! ¡Qué estado tan feliz! Pero Adán y Eva pecan. ¡Qué desdicha! ¡qué horrenda desdicha! En aquel instante mismo pierden la inocencia, pierden la gracia, pierden los dones, pierden las virtudes, y ya desde este fatal momento, aquel Dios que les habia formado á su semejanza, y destinado para verle y gozarle eternamente en el Cielo, les desconoce; no es ya para ellos sino un riguroso Juez, irritado infinitamente contra ellos. Les echa en cara su delito, les arroja del Paraiso y les condena á sufrir innumerables trabajos en este mundo, y á padecer despues con los Ángeles rebeldes las penas eternas del infierno. ¡Qué castigo, Cielos! Mas no para aquí su enojo. La ira que ha concebido contra su

pecado es tal, que no se aplaca con castigar á los delinquentes, sino que estiende el castigo á todos sus descendientes, porque son sus descendientes, y solamente la mediacion de su Santísimo Hijo (bendito sea eternamente) pudo contener la ejecucion de tan espantosa sentencia. ¡Quereis prueba mas terrible del ódio que Dios tiene al pecado! Pues registrad los abismos.

¡Dios Eterno! ¡Cuáles pensáis que son aquellos calabozos horrendos que nunca alumbró, ni jamás alumbrará el Sol de justicia! ¡Cuáles aquellos rios de fuego que corren allí sin cesar, y aquellos globos de llamas que nunca se apagan ni menguan! ¡Qué sucesion tan exquisita de nuevos y continuos tormentos no experimentan las infelices víctimas que gimen en aquellas mansiones del horror! ¡Qué desesperacion tan desesperada! Pasarán siglos, y sus tormentos nunca pasarán. Correrán sin cesar sus lágrimas, y sus lágrimas no apagarán el fuego que las abrasa y consume... ¿Creéis, Católicos, pensáis, pecadores, que quiera decir yo con esto que es horrible caer en las manos de un Dios infinitamente justo, y ser sepultado para siempre por su justicia entre las llamas eternas? ¡Oh! ¡Sin duda que esto debe llenar de espanto al pecador mas endurecido y obrar su conversion! Pero lo que intento decir es, que si quereis acabaros de convencer del ódio que Dios tiene al pecado, mireis como le castiga en el infierno. No se necesita de otra diligencia.

¿Y cómo podria componerse este ódio implacable que Dios tiene al pecado, y los tormentos con que le castiga, con el amor que profesa á María? ¡Qué! Este Dios que no permite el pecado ni por un solo momento en su Côte soberana ¡le permitiría en María, que es el trono Soberano de su Santísimo Hijo! Este Dios que desconoce su misma imágen, luego que la ve manchada con el pecado; este Dios que por un solo pecado condena á un infierno eterno á los que habia criado para su eterna Gloria; este Dios, en fin, que se ensaña, por decirlo así, hasta en la descendencia del pecador... ¡Cómo era posible que este Dios tan enemigo del pecado sufriese en la Madre de su Santísimo Hijo, ni por un solo momento, la mancha del pecado!!!

Por otra parte: ¿Cómo su Santísimo Hijo habia de respirar el primer aliento de su vida mortal en el seno de una Madre que hubiera sido inficionada con el veneno del pecado? ¿ni cómo la sangre que habia de correr por sus Divinas venas habia de ser enteramente pura, y tan pura como correspondia á su Santidad infinita, si en algun momento no hubiera sido pura? No nos equivoquemos, Cristianos. La Santidad del Hijo de Dios exigía en

María la mayor pureza posible, y si María hubiera sido manchada con el pecado en algun momento de su vida, otra muger que nunca hubiera sido manchada, seria mas pura que María y por consiguiente mas digna de ser la Madre del Hijo de Dios. ¡Qué injuria! ¡qué ultraje para María! Estas razones fueron tan convincentes para San Agustin, que á pesar del empeño que traia en defender contra los Pelagianos la universalidad y generalidad del pecado original, siempre exceptuó de él á la Virgen María. *Excepta Virgine María.*

Si quisiera yo ahora, despues de tan concluyentes razones, valerme de la multitud de autoridades de los Santos Padres ¿qué campo tan dilatado no me ofrecerian sus escritos? Pero esto seria entrar en un nuevo é inmenso campo al concluir mi discurso. Habeis visto probado, tanto por el amor que Dios profesa á María, como por el ódio que tiene al pecado, que María no fué concebida en pecado; que es lo que propuse haceros ver en mi discurso.

Y bien ahora, Católicos, permitidme que os pregunte, aunque asombrado. Un Dios que no permite en María, no digamos ya un pecado propio y personal, pero ni un pecado ageno y heredado. Un Dios que no sufre en María ni una sombra de pecado... ¿cómo mirará en nosotros esos pecados que no son heredados, sino personales y muy personales; esos pecados que no son obra de voluntad agena, sino de voluntad propia y muy propia; esos pecados que no son de un momento, sino de larga duracion y de costumbre; esos pecados, en fin, que no se miran ya como lo que realmente son, esto es, como el sumo mal del mundo, sino como un mero pasatiempo?

Porque, amados de mi alma, tal es (y permitase decirlo á mi dolor) tal es el estado á que ha llegado la depravacion de los pecadores en nuestros dias. Pecan ¿pero cómo? sin temor y sin remordimiento; con tanta facilidad, que para los pecados que no cometen, solo les falta la ocasion ó el tiempo de cometerlos. Pecan y despues de haber pecado, ó se olvidan que pecaron, ó se complacen con la memoria del pecado. Pecan, quieren pecar, desean pecar y en vez de huir del pecado, corren ansiosos tras de el pecado. Se resisten á todas las inspiraciones de la gracia, se endurecen contra todos los remordimientos de la conciencia, y no les atemoriza ¡qué horror! morir condenados por el pecado, con tal que logren vivir entregados al pecado. Pecan y no quieren pecar solos. Asi estamos viendo con el mas profundo dolor, que en todas las clases, estados y condiciones siembra el liberti-

naje sus corrompidas máximas, vomita la irreligion sus horrendas blasfemias, y derrama la torpeza sus inmundos placeres. Los pecadores de nuestros dias no se contentan con pecar, sino hacen gala del pecado. Nada temen, de nada se avergüenzan, y tienen en poco ser pecadores, sino añaden el escándalo de parecerlo. A tal estado ha llegado en nuestros tiempos la corrupcion de ideas y de costumbres, y acaso es esto lo que distingue al siglo presente de todos los que le precedieron. Hemos visto en otros tiempos que los Ministros del Evangelio reprendian los desórdenes de cada estado en particular, porque cada estado adolecia de sus achaques particulares, pero hoy todo se halla confundido. Los delitos se cruzan, y los estados se los comunican mutuamente. En el dia se peca con serenidad, y con serenidad se vive en el pecado. Sobresaltados continuamente los pecadores acerca del estado de sus intereses y negocios temporales, viven con una tranquilidad que asombra acerca de sus intereses eternos. A la noticia de una pérdida temporal, particularmente si es considerable, se llenan de sentimiento y tardan mucho tiempo en consolarse, pero si no se ha perdido mas que la gracia de Dios, luego se consuelan, ó diciéndolo mas claro, no necesitan de consuelo, porque no se desconsuelan; y no se desconsuelan, porque no escuchan los gritos de su conciencia, ni temen la divina justicia. ¡Hombres temerarios! Un Dios que condena los Angeles á millones por un solo pecado. Un Dios que castiga á todos los hombres por el pecado de un solo hombre ¿no castigará vuestros pecados? ¿Pensáis acaso que porque calla ahora, habrá de callar siempre? ¿Pensáis que porque ahora no quiere tocar en los fueros de vuestro libre alvedrio, no ha de llegar el tiempo de su justicia? ¡Oh! llegará un dia y no tardará en llegar; sí, llegará, y entonces ¿qué será de vosotros si no os habeis enmendado? ¡Insensatos pecadores! Este momento que ahora lograis es un momento de gracia y de misericordia ¿pero sabéis vosotros si el momento siguiente será el de la divina justicia? ¿Acáso contais con convertirlos despues? ¡Qué desatino! ¡Con que presumís convertirlos mañana y acaso morireis hoy ó esta noche! ¿Quién puede vivir seguro mientras que vive en pecado? ¿Qué diriais, qué hariais, qué responderiais, si ahora de repente fuerais presentados en el tribunal de aquel Dios Omnipotente, cuya ira teneis tan irritada? ¿Cuál seria allí vuestra sentencia y eterno destino? ¡Santos Cielos! ¡Qué pecador puede pensar seriamente en esto sin estremecerse y enmendarse! Pues no hay medio. O enmendarse, ó condenarse.

Pero no ¡Santísima María! no permitais tan horrible desgra-

cia. Vos sois la Madre de todos los pecadores: pues Madre querida, amparad á todos vuestros hijos. Alcanzadles el don de la conversion. Haced ¡ó bendita entre todas las mugeres, escogida entre todas las generaciones y privilegiada entre todos los descendientes del pecador Adan! haced que ese Dios de Santidad y de Gloria que no permitió en Vos el pecado, nos libre tambien á nosotros del pecado.

Y Vos Soberano Señor Sacramentado, concedednos esta gracia y todas las demas que necesitamos, para hacernos dignos de veros y gozaros en vuestra gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## DE SAN FELIPE NERI.

---

*Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentis in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus Dominum suum, quando revertatur à nuptiis; ut cum venerit et pulsaverit confestim aperiant ei.*  
Luc. 12. 35.

Tened ceñidos vuestros lomos, y lámparas encendidas en vuestras manos, y sed semejantes á hombres que esperan á su Señor, cuando vuelva de las bodas, para que, cuando viniere y llamare, al instante le abran.

**L**a Iglesia en sus primeros tiempos fué una congregacion de Justos que estaban siempre preparados con sus lámparas encendidas para recibir al Esposo celestial. Ella entonces contaba el número de los Santos por el número de los Cristianos que la formaban. La sangre del Redentor, que aun humeaba, les fortalecia y sostenia en una santa vida... ¡pero qué lástima! Este dichosísimo estado del cristianismo, que debiera durar siempre, no duró mucho tiempo. Cuanto mas se fueron alejando los Cristianos del tiempo de la pasion del Redentor, tanto mas se fueron olvidando de ella, tanto mas se fueron entibiando en su primer fervor, y tanto mas fueron declinando hácia la relajacion del mundo y dejándose arrastar á ella.

Entonces los fieles, que aun conservaban el fervor primitivo, huyeron de un mundo enemigo del Evangelio, y buscaron un abrigo á su virtud en los desiertos. La heregia, que ya habia emprendido su fatal carrera, contribuyó tambien á estas huidas; y ved aqui, Católicos, que un Egipto, una Libia, una Tebaida... se

ven en muy poco tiempo pobladas de Cristianos. Pablo, primer Hermitaño, es tambien el primer portento que presentan aquellas famosas soledades. Los Antonios con sus numerosas familias; los Macarios, los Pacomios, los Hilariones y los Arsenios, son otros tantos Angeles del desierto que, separados de un mundo reprobado por Jesucristo, van poblando el reino de Dios, su Padre. Los Gerónimos y Agustinos, los Basilio y Benitos, los Domingos y Franciscos, fundadores todos de nuevas familias, todos se retiran á guardar su virtud en las soledades y los cláustros.

Pero... ¡qué! ¿No ha quedado virtud en el mundo? ¿Es acaso este una masa compuesta únicamente de almas perdidas? ¿Dios nos libre, mis amados, de tomar temerariamente la balanza del Santuario y querer pesar con mano osada el número de los justos!

El Señor solo, conoce los que son suyos. Aun conservaba siete mil, cuando el Profeta Elías se quejaba de que habia quedado él solo sin doblar la rodilla ante Baal. No por cierto, la virtud no se ha ausentado enteramente del mundo; pero ¿quién se encarga de cuidar de ella? Los Antonios y los Pablos se retiran y la cultivan en los desiertos, los Basilio y Benitos en los monasterios, los Domingos y Franciscos en los conventos, las Claras y las Teresas en las clausuras. ¿Quién, pues, vuelvo á preguntar, quién se encarga de la virtud que queda esparcida por el mundo?

Ven tú, dichoso Felipe. Ven, Varon admirable. Para tí está reservado este glorioso encargo. Tú, sí, tú serás el encargado especial de la virtud, que queda esparcida por el mundo. Tú cuidarás de la virtud entre los peligros del mundo. Tú serás el Patriarca de las almas que necesitan salvarse entre los peligros del mundo. Y ved aqui, Católicos, el punto de vista, bajo el cual voy á hacer su panegírico. Felipe es el Patriarca de las almas que siguen la virtud entre los peligros del mundo. Tengo propuesto.

Soberano Señor Sacramentado, fuente de todas las gracias y centro de todas las luces, alumbrad mi entendimiento, é inflamad mi voluntad para que yo desempeñe con acierto y con fruto mi Ministerio. Asi os lo pedimos por la intercesion de la Santísima Virgen. AVE MARIA.

### *Sint lumbi vestri...*

Se decia en otros tiempos, que si se exceptuaba un corto número de Cristianos, que se retiraban á los cláustros, todos los demas, ó no se habian de salvar, ó se habian de salvar entre los peligros del mundo; mas ya es necesario decir que todos los

Cristianos, ó no se han de salvar, ó se han de salvar entre los peligros del mundo; porque ya apenas hay cláusiros. Pero ¿quién se salvará en un mundo tan perdido? ¿Quién podrá salvarse, navegando siempre por un mar tan borrascoso? ¿Quién arribará al puerto de la salud, surcando siempre este furioso elemento? ¿Qué será de una virtud tierna y delicada, respirando siempre en una atmósfera tan maligna?

No recopilaré yo aquí lo que nos han dejado escrito los Santos Padres sobre los peligros del mundo, porque... ¿qué era el mundo de sus siglos comparado con el mundo de los nuestros? ¡O tiempos miserables, en que, desencadenado el infierno, vomita sin cesar sobre la tierra monstruos horribles que la destrozan! Una licencia soberbia y desenfrenada; una curiosidad vana y atrevida siembran sin cesar nuevos errores entre las verdades de la fé. Unos hombres profanos y temerarios traspasan los límites que Dios puso á la libertad humana, y atropellando la religion, han llegado á negar hasta los primeros principios de la razon. Ellos han roto los vínculos que unen á los hombres entre sí y con su Hacedor, y han predicado una igualdad que rechaza y rebazará siempre la naturaleza, y que derrama los desórdenes y los horrores en la sociedad. Esta brutal filosofia, difundida por las sectas en todo el universo, ha causado esas convulsiones espantosas que hemos experimentado en nuestros tristes dias, ha trastornado los Altares y los Tronos y ha confundido y desatinado á los hombres. Esta cruel filosofia ha causado esos cismas que dividen las naciones, los reinos, los pueblos y hasta las mismas familias, que destrozan el seno de la Iglesia y rasgan la túnica inconsútil de Jesucristo. Finalmente, esta filosofia libertina ha traído esa corrupcion espantosa y general que inficiona todos los estados y todas las edades; que forma de nuestras Ciudades otro valle de Pentapolis y que parece anunciar otro diluvio para borrar esta universalidad de iniquidades. Y bien ahora, mis amados. ¿Quién podrá salvarse en un mundo tan estragado? ¿Qué será, repito, de una virtud tierna y delicada en una atmósfera tan corrompida? ¡O mis amados Cristianos! ¡Cuánto apoyo, cuánta ayuda no necesita la virtud para sostenerse, para no perecer entre los peligros de un mundo tan perdido!

Pues ved aquí, mis amados Congregantes, el gran beneficio que el Señor nos ha dispensado en nuestro Patriarca San Felipe, Fundador de estos Oratorios. Son estos Santuarios para las almas que necesitan salvarse entre los peligros del mundo, como otros lugares de refugio en el antiguo Israel; y San Felipe, como

otro Moisés, enviado por Dios para conducir las por entre los peligros de este destierro á la patria prometida de la Gloria. Estadme atento, auditorio piadoso, mientras que yo manifiesto estas verdades en la vida de San Felipe.

Fueron sus padres Francisco Neri y Lucrecia de Soldi, ambos recomendables aun mas por sus muchas virtudes que por su antigua nobleza. Criaron al niño con el mayor cuidado y zelo, aunque les costó poco su educacion, porque Felipe era de un genio dulce y pacífico, de unos modales llenos de gracia, de un entendimiento feliz, que todo lo aprendia, y de unas prendas tan amables que se insinuaba en los corazones de todos. ¡Qué circunstancias tan propias para envanecerse, y aun para perderse un jóven! Pero Felipe conoció desde muy luego que un verdadero Cristiano, aun viviendo en medio del mundo, nada debia tener con las vanidades del mundo, y que si le convenia gloriarse, solo debia gloriarse, segun el Apóstol, de tener por padre á Dios, por hermano á Jesucristo, por compañeros á los Angeles y los Santos y por patria el reino de los Cielos. Conocia la preciosidad de su alma, la nobleza de su origen y la grandeza de su destino. Sabia que habia venido de Dios, que debia volver á Dios y vivir eternamente en Dios; y lleno de estas sublimes ideas, miraba con indiferencia cuanto se estima en la tierra, y solo suspiraba por el reino de los Cielos.

De aqui nació aquel desprecio con que miró el árbol genealógico de su noble ascendencia, que por un género de lisonja le presentaron siendo aun muy niño. De aqui aquel fervor y aquella ánsia con que, levantando sus ojos al Cielo, exclamaba tantas veces: ¡O Cielo! ¡O patria amada! ¡Qué digna eres de todas las atenciones y de todos los desvelos del hombre! De aqui aquella singular piedad que ya le distinguia en sus primeros años. Quien le viese dobladas sus tiernecitas rodillas sobre la tierra y levantadas sus inocentes manos al Cielo, ofreciendo á Dios entre amorosos suspiros un sacrificio sin mancha... Quien le viese presentando á el Autor de su vida y de sus dias los albores de sus dias y la primavera de su vida... ¡Cómo podria dejar de enternecerse y aun de tributar dulces lágrimas á un espectáculo tan tierno!

¡O Cristianos! ¡Qué ejemplo tan bello de la crianza que debe darse á los niños! Pero al mismo tiempo ¡qué ejemplo tan temible para esos padres descuidados que dejan á sus tiernecitos hijos en manos de sus pasiones nacientes! Pasiones que comienzan desde entonces la fatal carrera de sus triunfos sobre unos corazones que debian principiar desde entonces á triunfar de ellas. Pasiones que

rara vez se consigue desalojarlas del Santuario que usurparon á la virtud. Pasiones, en fin, que por último resultado vienen á dar cumplimiento á esta divina sentencia. El jóven, hasta en su vejez, no se apartará de la senda que emprendió en su juventud. *Adolescens juxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.* ¡Qué maldad, padres y madres, entregar á vuestros queridos hijos é hijas en manos de sus pasiones! ¡Qué desgracia, hijos é hijas, pasar vuestros floridos años entregados á las pasiones! ¡Qué ingratitud, que injusticia, padres y madres, hijos é hijas, usurpar al Criador lo mas precioso de la vida y querer que al fin reciba una consumida vejez! ¡Dios Eterno! ¡Con qué desprecio, con qué ultraje no os tratan los que así se portan!

Bien diferente de esta fué la crianza que dieron á su hijo los padres de Felipe, y la conducta de su hijo. Crecia este en juicio y en virtud al paso que se adelantaba su edad, y se le vió en lo mas florido de sus dias tomar una resolución que solamente suele ser fruto tardío de los escármientos y los años. En aquella época de la vida en que los apetitos son mas vehementes y las pasiones mas impetuosas, ofrece el mundo á Felipe medios abundantísimos para dar cumplida satisfaccion á todas sus pasiones y á todos sus apetitos. Su tio, Romulo Neri, trata de hacerle heredero de mas de medio millon de reales. ¡Qué tentacion para un jóven que no fuese Felipe! ¡Qué proporcion, qué ocasion para entrar á ser uno de los primeros actores de ese que llaman gran mundo, porque es grandemente malo! Pero ¿qué impresion pensáis que hace semejante ofrecimiento en este jóven, ejemplo de todos los jóvenes? ¿Creéis vosotros que un gozo repentino se apoderase de su corazon y que la fuerza de la alegría se manifestase en el semblante, como sucede en casos semejantes? Pues os equivocais enteramente, porque en Felipe sucede todo lo contrario.

Al oír una propuesta semejante, se teme á sí mismo, se asusta, se sobresalta, comienza á andar pensativo, caviloso, inquieto, y al fin resuelve huirse á Roma, donde pobre, desconocido y desprendido de todo, pueda sacrificar á Dios solo su corazon por entero. En efecto, emprende secretamente su viaje, entra en aquella populosa Ciudad, y ocultando su nacimiento, su nobleza y las riquezas de sus padres y parientes, se pone á servir de Ayo. ¡Qué humildad! ¡Qué desprendimiento de los bienes de la tierra! ¡Quién pudiera, mis amados, introducirnos ahora en su reducido aposento para que vierais su pobreza! Una camilla en el suelo, un Crucifijo á la cabecera, y unos pobres vestidos colgados de una cuerda, era todo el mueblaje de un jóven á quien se ofrecian

con empeño las riquezas. Así triunfaba Felipe en la flor de sus años de esos bienes que triunfan de tantas almas hasta en la misma vejez.

Pero ¿bastará á Felipe haber triunfado de las riquezas para que se tenga por seguro en el camino del Cielo? ¡Ah! Felipe sabe muy bien que una sola pasión sin domar, basta para extraviar al hombre de este celestial viaje, y así trabaja infatigable por sujetarlas á todas; pero contra la que mas principalmente se dirige, es contra aquella de la que se quejó un Apóstol al Señor en lo mas santo de su vida; de aquella que es mas continua, mas violenta, mas empeñada y mas fatal al comun de los mortales. Quiero decir, contra la pasión de la carne; contra ese capital enemigo que ha causado tantos estragos en el mundo, corrompido tantas inocencias, destruido tantas virtudes y condenado tantas almas.

Mas ¿cómo sujetará Felipe una pasión tan atrevida en una edad tan fogosa? ¿Queréis saberlo? Pues venid conmigo al cementerio de Calixto; entrad en las Catacumbas, en aquellas famosas cuevas donde los primeros Cristianos guardaban su religion del furor de los tiranos. Allí oireis golpes pavorosos, que el eco fiel va repitiendo por aquellas bóvedas subterráneas; pero no hay que sorprenderse. Es Felipe, que, como otro San Pablo, está castigando su cuerpo para que no se rebele contra su espíritu. Pasad adelante y vereis un espectáculo. Vereis un jóven vestido de cilicios, dobladas sus rodillas desnudas sobre la tierra, y con un ramal en la mano descargando pesados y repetidos golpes sobre sus delicadas espaldas, haciendo saltar la sangre por todas partes y bañando con ella un cuerpo virginal. Vereis un jóven pálido, cubierto de sangre, bañado en lágrimas y enviando profundos suspiros al Cielo. Vereis á Felipe. ¡Qué discípulo tan propio de Jesucristo, orando en el huerto y derramando sangre en el pretorio!

Diez años estuvo Felipe, despues de haber ocupado los dias en sus obligaciones y estudios, pasando allí las noches, hecho un mártir de la penitencia entre los mártires de la fé, y trasladando á un cuerpo inocente el furor que los tiranos habian dejado como depositado, en aquellas cuevas memorables. Allí castigaba culpas que no habia cometido, para evitar culpas que no queria cometer. Allí vencía en un cuerpo desangrado y enflaquecido á un enemigo que siempre vence al hombre regalado. Allí, en fin, reducía á servidumbre una carne que solo se sujeta castigandola. Ved aqui, Cristianos, como vencía Felipe en lo mas

fuerte de su edad á un enemigo que, como es sabido, vence á tantos hasta en la fria vejez. ¡Qué ejemplo para un Cristiano que desea de veras vencer á un enemigo tan peligroso y obstinado! ¡Qué leccion para una alma pecadora en un jóven inocente!

Peró ya oigo que me decís espantados. ¡Y cómo podriamos nosotros imitarle! Nosotros, que aun no estamos para cortas y suaves penitencias; ¿cómo podriamos llevar penitencias tan largas y asombrosas? Nuestra naturaleza es flaca y nuestra complexion delicada. Los ayunos nos debilitan, las madrugadas nos hacen daño, la soledad nos pone de mal humor y vuelve melancólicos, y el retiro nos hace rústicos é insociables. Somos jóvenes y las penitencias nos impedirian crecer y robustecernos. Somos hombres de negocios y las penitencias nos atrasarian en su cumplimiento. Somos casados y casadas y las penitencias impedirian el desempeño de nuestras continuas y penosas obligaciones. Somos ancianos y la vejez no sufre rigores.

Muy bien, Cristianos convenientizados, muy bien. ¿Con que segun eso, no hay tiempo á propósito en la vida humana para las penitencias, aunque todos los tiempos lo sean para los delitos? ¿Con que las naturalezas son flacas y no sufren grandes penitencias? ¿Y cómo es que son tan fuertes para cometer grandes delitos? ¡Qué contradiccion tan lastimosa! Nunca se ha ponderado mas la flaqueza humana que en nuestros dias, y nunca ha sido mas fuerte para cometer y multiplicar los delitos. Prenda sino por desgracia el fuego del amor carnal en el corazon de esos jóvenes, que necesitan cuidarse tanto para crecer y robustecerse. Prenda en el de esas doncellas amimadas, á quienes todo ofende y hace daño. Prenda en el de esas señoras de vidrio, que no se atreven á salir al aire por miedo de quebrarse. Prenda en el de esos poderosos del siglo, que yacen en la molicie sobre colchones de pluma. Prenda hasta en el de esos viejos de Babilonia, que apenas pueden con los años, y vereis que pronto desaparece en todos ellos esa naturaleza tan flaca y esa complexion tan delicada. Vereis que todos se hacen fuertes como por encanto, acometen las empresas mas arriesgadas, entran en las ocasiones mas peligrosas, obran portentos... exponen su honra, pierden su hacienda, arriesgan su vida, pero no importa. Lo pide asi la pasion, y esto basta.

¿Dónde está, pregunto yo ahora? ¿qué se ha hecho aquella naturaleza tan flaca y aquella complexion tan delicada é incapaz de penitencias? ¡Ah pobres pecadores! ¿De qué servirá escusaros en el tribunal del mundo con una verbosidad de mentira, sino

podeis excusaros en el tribunal de Jesucristo con un lenguaje de verdad? ¡Pero es posible, Dios mio, que hayan de ser los hombres tan animosos para servir á las pasiones y tan cobardes para servirlos á Vos! ¡Ah! Si prendiese en su corazon el fuego del amor divino con la vehemencia que el amor carnal, cada pecador seria un portento de penitencia, y cada Cristiano un prodigio de virtud. Digo mas; este sagrado fuego se comunicaria luego á sus prójimos y formaria el verdadero zelo. Vedlo cumplido en la vida de nuestro Santo.

Felipe, en los diez años que habia ejercitado sus penitencias en las Catacumbas, habia trabajado en formar un Justo en sí mismo. Desde ahora va á entrar en el glorioso y celestial empeño de formar Justos en sus prójimos. En estos diez años se habia proporcionado Felipe con todo género de virtudes y con la ciencia de la salvacion, para el sublime y tremendo ministerio sacerdotal, y conocido su mérito, luego fué llamado á recibir este sagrado carácter. No cabian ser mejores las disposiciones con que se acercó á celebrar el primer sacrificio del Cordero de Dios: Y las gracias extraordinarias con que le regaló el Cielo en la primera misa, fueron como el preli dio de los grandes favores que habia de recibir en lo sucesivo. Celebraba todos los dias y siempre con nuevo fervor. Desde la consagracion principalmente, hasta que consumía, las dulces y abundantes lágrimas que derramaba, daban un testimonio continuo del divino amor de que estaba poseido. Acabando de decir un dia misa, y sintiéndose inflamado de un deseo extraordinario de amar mas y mas á Dios, se lo pedía en su accion de gracias con fervorosísimas instancias; y he aqui, que de repente se encuentra tan inflamado su corazon, que no cabiendo en el pecho, rompe con estruendo dos costillas para dar cabida á su amor.

Incorporado este nuevo y fervorosísimo Sacerdote en la congregacion de Sacerdotes de San Gerónimo, fué destinado á ocupar el tribunal de la penitencia, y luego se vieron los maravillosos frutos que hacia; y animado Felipe al ver las admirables conversiones que el Señor principiaba á obrar por su ministerio, no omitía diligencia por aumentarlas. El dia le hallaba en el confesonario, y á veces tambien la noche sin haber salido de él. Trabajaba incansable y era prodigioso el número de almas que sacaba del cieno de los vicios y conducia por el camino de las virtudes, sosteniéndolas con la frecuencia de confesiones, alimentandolas casi diariamente con el pan de los Angeles, y adelantandolas en el camino de la perfeccion con la oracion y otros

ejercicios piadosos, que vinieron á ser como los ensayos y el preludio de los que se habian de practicar en sus preciosos y nunca bien ponderados Oratorios.

Parecia increíble que Felipe tuviese tiempo para tanto, pero su zelo aumentaba sin cesar su mismo zelo y llegó á no conocer términos ni límites. Todo lo intentaba, todo lo emprendia y casi todo lo conseguia. Ya no solo hacia pláticas, exhortaciones y discursos en las Iglesias de Roma, sino que las hacia tambien en sus calles y sus plazas. Arguía, suplicaba, reprendia, oportuna é importunamente, segun el Apóstol, en toda paciencia y doctrina. Arrancaba vicios, plantaba virtudes, y mudaba, sostenido por la valentía é intrepidez de su zelo, el semblante de aquella inmensa Ciudad. Entonces se vió en ella con asombro una reforma general de costumbres. Se desterraron los escándalos de las calles y las plazas. Se llenaron á todas horas las Iglesias de almas fervorosas que oraban y recibian los Santos Sacramentos y se vió á Roma convertida en un vasto Santuario de piedad y de virtudes.

Una perspectiva tan hermosa llenaba de gozo el corazon de Felipe; pero no llenaba todo su zelo. Descaba por una parte este amante de las almas que una reforma tan admirable y una piedad tan fervorosa no se limitasen á Roma, si no que se generalizasen en toda la Iglesia, y temia por otra que el tiempo apagase la piedad y destruyese la reforma. Para conseguir lo primero y evitar lo segundo, inventó un medio propio de su sabiduría y de su zelo. Estableció la congregacion del Oratorio compuesta de venerables Sacerdotes, que hiciesen general la reforma y la piedad por todas partes y las sostuviesen en todos tiempos.

Y ved aqui, Congregacion venerable, los motivos que tuvo San Felipe para establecer sus Oratorios; establecimientos preciosos, que tienen por objeto principal sostener la virtud entre los peligros del mundo; establecimientos prodigiosamente fecundos, que han producido y producen tan abundantes frutos de vida eterna; establecimientos, mis venerables hermanos, que piden toda nuestra caridad, todo nuestro zelo, toda nuestra constancia y toda nuestra firmeza en sostener á todo trance estos abrigos de la virtud, donde vengan á refugiarse, consolarse y animarse las almas que necesitan salvarse entre los peligros del mundo; establecimientos, en fin, que fueron el término y como el compendio del abrasado zelo que consumía á Felipe por la salvacion de las almas.

En efecto, Cristianos. Felipe, despues de haber dado á los niños el ejemplo de una tierna devocion, á los jóvenes de una

aerisolada pureza y á todo el mundo de una vida virtuosa: Felipe, despues de haber sido la honra del Sacerdocio y el dechado de los Confesores; Felipe, despues de haber convertido tantos pecadores, dirigido tantos penitentes y sostenido tantos justos: Felipe, en fin, despues de todo esto, establece sus Oratorios, estos relicarios de la piedad, y muere en el Señor á la edad de ochenta años, habiendo ofrecido el Divino sacrificio con suma alegría de su alma en el mismo dia de su muerte; en el que, para su mayor consuelo, se celebraba aquel año la festividad del Santísimo cuerpo de Jesucristo.

¡Habeis oido, Católicos, una relacion abreviada de la vida de San Felipe, de este Patriarca de la piedad de los pueblos, y ¿qué parte hallais en ella que no os instruya, que no os anime y consuele? Vosotras, almas cristianas, que vivis afligidas entre los peligros del mundo, venid á este lugar de refugio. Aqui teneis en ese altar Santo la imagen de San Felipe. Ella os recordará que este Cristiano practicó la piedad y las virtudes y llegó á ser un gran Santo entre los mismos peligros que á vosotros os rodean. Venid, si, venid á ocultar en este Santuario un corazon perseguido. Vosotras, almas piadosas, que cifrais vuestro mayor consuelo en concurrir á este Santuario de la piedad que os proporcionó San Felipe, venid á presentar vuestro piadoso corazon al Dios de las piedades, venid á ofrecer todo vuestro amor al Dios del amor, oculto en ese Santísimo Sacramento del amor. Felipe será aqui vuestro mediador para que sea aceptado agradablemente vuestro sacrificio.

Y vosotros, Sacerdotes del Señor ¿á qué os diré que vengais? ¡O mis venerables hermanos! Aqui vendreis á sostener las almas que espantadas de las iniquidades del mundo correrán á este lugar de refugio. Aqui traerán su pobre corazon fatigado y tal vez lastimado por sus iniquidades. Vosotros las consolareis, las animareis y las fortalecereis con vuestro celestial ministerio. Y á vosotros, juventud Sacerdotal ¿qué os diré? ¡O mi amada juventud! ¡Con qué cariñosa afición, con qué dulce confianza os contempla este anciano Sacerdote, estropeado ya por los padecimientos de una carrera que principió y ha continuado á par de las revoluciones y que regularmente concluirá antes que ellas! ¡O mis amados hijos! (permitid á mi edad usar de este tierno nombre) ¡O mis queridos hijos! Vosotros sereis aqui los valientes de David, los inclitos de Israel, los robustos de Salomon, que rodeareis y defendereis, no el trono de un Rey de la tierra, si no el trono del Rey del Cielo. ¡O mis amados Sacerdotes! Yo os encargo, yo

os suplico, yo os conjuro en cuanto puedo, que jamas permitais que se cierren las puertas de este Santuario, donde se santifican tantas almas: que jamas consintais que se oscurezca este templo que es el refugio y consuelo de esta Ciudad. Nuestro Patriarca, solo, aislado, por decirlo asi, sin autoridad, sin auxilio, sin valimiento y escudado únicamente con su carácter Sacerdotal, hace prodigios, emprende, se empeña, vence. ¡Y qué no hará, no ya un solo Sacerdote, sino una Congregacion de Sacerdotes en defensa de este Santuario! ¡O mis venerables Sacerdotes! ¡Y cuánto puede nuestro sagrado carácter cuando le anima un santo zelo.

¡Dios del hermoso amor! ¡Dios del poder y las virtudes! ¡Dios de la santidad y la vida! No desampareis este Santuario hasta que en el fin de los siglos cese el continuo sacrificio. Sobre ese altar Santo, en ese sagrado tabernáculo habeis habitado hace ya tantos tiempos y habeis recibido él amor de tantas almas que han venido á ofreceros su amante corazon... Continudad habitando en él y recibiendo el amor que os ofrezcan sucesivamente las buenas almas, hasta que sucesivamente vayan á ofrecerosle en el templo de la gloria por los siglos de los siglos. AMEN.

# SERMON

## DE SAN JUAN BAUTISTA.

---

*Hic venit... ut testimonium perhiberet de lumine.*

Este vino... para dar testimonio de la luz. San Juan 1. y 7.

Jamás se había visto en el mundo un testimonio mas propio para traer á los hombres á la verdad, que el testimonio del Bautista. Él era el Ángel del desierto, profetizado por Isaías, y representado por Elías; el Varon extraordinario que había de preparar los caminos del Señor; el Precursor del Mesias y el Profeta del Altísimo. ¿Qué podía oponer el mundo al testimonio de un hombre tan autorizado por Dios? Sin embargo, el mundo despreció el testimonio del Bautista, su celestial doctrina no halló sino contradicciones, su ejemplo censuras y su zelo las cadenas y la muerte. Tal es el proceder del mundo con respecto al testimonio que dan los justos á la verdad con su doctrina y conducta, y tal es tambien el asunto de que yo intento hablaros en este dia.

Porque... desengañémonos, Católicos, el mejor modo de elogiár á los Santos, no consiste tanto en ponderar sus virtudes, cuanto en hacer que sus virtudes sirvan de modelo y estímulo para las nuestras. A los ciudadanos del Cielo corresponde admirar los prodigios y celebrar con cánticos de alabanza las maravillas que Dios ha obrado en sus Santos; á nosotros sobre la tierra nos importa hallar en sus vidas modelos de virtud que imitar, instrucciones que seguir y ejemplos que nos animen á conseguir, como ellos, el reino de los Cielos. Seria inútil celebrar los prodigios de los Santos y no imitar sus virtudes. Seria,

en cierto modo, insultante celebrar sus virtudes y condenarlas al mismo tiempo con nuestras malas costumbres. Tratemos, pues, de imitarles mas que de admirarles; porque entre todos los elogios que podemos tributarles, y todos los cultos que podemos rendirles, este elogio de imitacion y este culto de virtud será, no lo dudemos, al que ellos se manifestarán mas agradecidos.

Por esta razon no me empeñaré yo hoy en hablaros de lo maravilloso que contiene la vida del Bautista. Bastará decir en esta parte, que su vida es la misma maravilla. Hablaré de lo que tiene de moral y de instructivo para nosotros. Me limitaré á proponeros al Bautista condenando al mundo con la verdad, y siendo condenado del mundo por haber dado testimonio á la verdad. *Ut testimonium perhileret veritati.* Vereis en la primera parte, que el Bautista condena al mundo con su vida austera y penitente, y que el mundo condena al Bautista, censurando y despreciando su austera y penitente vida. Vereis en la segunda, que el Bautista condena al mundo con su zelo, y que el mundo condena á muerte al Bautista por causa de su zelo. Materia abundante en instrucciones para dirigir nuestra conducta.

Mas á fin de que yo desempeñe con fruto un asunto tan importante, implóremos los auxilios de la divina gracia por la intercesion de la Santísima Virgen. **AVE MARIA.**

### PRIMERA PARTE.

En todos tiempos el mundo ha condenado de excesos la virtud, las penitencias y las austeridades de los Justos. Decia, Católicos, que en todos tiempos el mundo ha condenado de excesos la virtud, las penitencias y las austeridades de los Justos. Esta injusticia del mundo la experimentó tambien el Bautista y la condenó con su ejemplo. El no fué uno de aquellos penitentes, que despues de haber vivido por algun tiempo esclavos de las pasiones, desengañados al fin y reconocidos, huyen del mundo, y emprenden una vida penitente para aplacar la ira del Señor y librarse de la venganza divina que han provocado con sus culpas. El Bautista fué un Justo, que recibió la gracia aun antes de nacer, que se huyó á la soledad desde sus primeros años y que llevó á ella aquellos preciosos dones con que el Señor previene á sus escogidos, cuando quiere coronar su inocencia.

Contempladle sino en los desiertos de la Judea, en las riveras del Jordán, y en la misma Corte de Herodes. ¡Qué espectáculo

de penitencia en todas partes! La diferencia de los lugares en nada muda sus santos rigores. Vestido siempre de una piel de camello, ceñido siempre con un cinto de cuero, y siempre mantenido con langostas y un poco de miel silvestre, en todos tiempos y en todas ocasiones se presenta al mundo, como un prodigio de virtud y penitencia. ¿Qué impresion tan feliz no debiera haber causado en toda la Judea esta vida celestial del Bautista? Porque ¿cuándo se habia visto un Profeta mas austero en su conducta, mas ajustado en sus costumbres, mas heróico en su pobreza, mas amante del desierto, mas puro, mas virginal, de una vida, en fin, mas parecida á la vida de los Angeles? Sin embargo, esta vida tan austera, esta soledad tan profunda, estas virtudes tan heróicas no hallaron entre los Judíos sino burlas y desprecios. Miraron sus santas austeridades, como unas singularidades odiosas; y al mismo Bautista, como un hombre poseido de Satanás. *Venit Joannes, et dicunt: Daemonium habet.*

Esta fué la conducta que observaron los judíos con respecto á las penitencias y austeridades del Bautista, y esta es tambien por desgracia la que observan generalmente los Cristianos con respecto á las penitencias y austeridades de los Justos. Porque... confesémoslo, Católicos, ¿qué impresion hacen en nosotros los dones que Dios comunica á sus siervos cuando les lleva por el camino de la virtud y de la penitencia? ¿Qué pensais, qué decis de aquellas almas, que movidas de la gracia, mudan en vuestra presencia las continuas y peligrosas distracciones del mundo en retiro, los trajes del lujo en honestidad, las modas ruinosas en moderacion y los placeres criminales en lágrimas penitentes? ¿Qué sentimientos causan en vosotros estas felices mudanzas, estas consoladoras pruebas de la paciencia del Señor y de su inmensa misericordia para con los pecadores? ¡Ah! Cuando deberia llenarse vuestro corazon de una santa envidia y ánsia por imitar y seguir á estos dichosos pródigos que vuelven arrepentidos á la casa de su padre celestial, á estas felices Magdalenas que corren á llorar sus culpas á los pies del Salvador; cuando debierais, repito, llenaros de una santa envidia por imitar y seguir á estas dichosas almas; por el contrario tratais su santa mudanza de singularidad, su retiro de humor melancólico, sus lágrimas de flaqueza y sus penitencias y austeridades de ilusiones que las engañan y hacen enemigas de sí mismas. Unas veces todo os parece en ellas un puro fingimiento, otras un ardor del corazon, otras una llamarada de espíritu, que pasará luego, decís, y volverán á ser lo que fueron. Prevenidos de este siniestro modo de juzgar,